RAFAEL BARRET

EL DOLOR PARAGUAYO



RAFAEL BARRETT
DESCUBRIDOR DE LA REALIDAD SOCIAL DEL PARAGUAY

Reflexionar y escribir sobre Rafael Barrett, sobre la enorme y profunda experiencia que representó —y representa— el conjunto de su vida y de su obra en el proceso cultural de un pueblo material y espiritualmente devastado como el Paraguay por arrasadoras vicisitudes históricas, es hoy una tarea al par que difícil cada vez más urgente y necesaria. Dar a conocer sus textos, difundirlos, es no solamente una tarea de rescate de una de las obras más lúcidas e incitadoras que se escribieron en el Paraguay —y que quedó prácticamente desconocida por las nuevas generaciones—; es también contribuir a replantear, desde un punto de partida insoslayable, los problemas sociales y culturales de base que afronta esta colectividad y, por extensión, los del sector de la cuenca del Plata, uno de los sectores más conflictivos en la convulsionada realidad de nuestra América.

Rafael Barrett fue un precursor en todos los sentidos. Su extraña a la vez que transparente vida, malograda prematuramente en la plenitud de sus mejores potencias, luego de la también extraña y fulminante "conversión" del *dandy* europeo al predicador del pensamiento libertario y de las modernas ideas de liberación, en el seno de una sociedad esclavizada social y políticamente, la tornan paradigmática en un contexto lleno de fracturas, asincronías y fallas de todo orden como consecuencia de la dominación y de la dependencia, causas de nuestro atraso y subdesarrollo. Su camino de Damasco fue éste: su contacto con América y con el Paraguay, en particular.

Rafael Barrett fue un precursor, no sólo en el sentido del que precede y va adelante de sus contemporáneos, sino también en el del que profesa y enseña ideas y doctrinas que se adelantan a su tiempo.

En la noche del infortunio paraguayo, la vida y obra de Barrett fue un meteoro que resplandeció, por desdicha, sólo un corto instante. Un resplandor, sin embargo, que proyectó vislumbres futuras: las que hoy tienen plena vigencia. De su horizonte se puede decir que era "el mismo suelo que pisaba".

Contra ese horizonte se yergue ahora su figura como la de un contemporáneo; se dibuja su ideario fervoroso e insobornable. Este ideario al que el futuro dio la razón, al tiempo de hacer de su vida y de su obra una parte —la más lúcida y firme— de nuestro pasado pero también de nuestro presente y de nuestro porvenir. Y esto no sólo con relación al Paraguay feudalizado, aplastado, colonizado, sino a toda nuestra América.

Más que un predicador político o un moralista práctico que predicó con su acción y con su obra, fue un rebelde visionario, un obrero infatigable de ese afán redencionista que marcó su alma a fuego y la volvió incandescente: uno de esos "espíritus dehiscentes como semillas", abierto al futuro en una obra en la que no hay nada que adivinar y sí todo por aprender. "Es por la obra que nos ponemos en contacto con la esfinge —dijo el propio Barrett—. No es seguramente como espectadores que descifraremos el enigma de la realidad, sino como actores".

Y también: "El mayor problema filosófico es reconciliarnos con la muerte, y quizás lo resolvamos mediante la obra. No somos sino el vehículo de las formas. No se comunica sino lo que es común a todos. No somos los dueños sino los depositarios de la vida. Por eso el amor es una deuda, y está hecho de sacrificio. No nos entregamos solamente, sino que nos devolvemos".

Tal fue la persuasión más profunda, la actitud, la actividad y el legado de Rafael Barrett.

RADIUM ESPIRITUAL

Casi toda su obra fue producida como artículos, notas, comentarios y alguno que otro ensayo, alguna que otra conferencia para la prensa periódica o para auditorios no siempre dispuestos a calar, a recibir con entusiasmo fértil estos mensajes. Sin embargo, esta obra tiene la consistencia y coherencia de un *corpus* que un pensamiento poderoso hubiese forjado a lo largo de una extensa vida. De esta obra, de estas crónicas, dijo Vaz Ferreira: "Son de las más hermosas y puras y ardientes condensaciones de pensamiento y sentimiento de hombre: como radium espiritual".

Su faena —con palabras de Martí— fue "arte de fragua y de caverna, que se riega con sangre y hace una víctima de cada triunfador". Alumbró en las tinieblas de una noche demasiado larga la memoria o el presentimiento no demasiado utópico, en el que el sol de todos los días alumbrara por fin para todos esa pobre, esa inerme, esa inextinguible posesión de la dignidad humana cuya plenitud no adviene más que cuando se la comparte en la comunión y en la solidaridad.

Por supuesto, en esta vida y en esta obra no faltaron las contradicciones. ¿Qué grande hombre no las tiene, más aún en el seno de una sociedad desestructurada y contradictoria? Barrett que adoptó el "dolor paraguayo", además de los suyos personales y secretos, hizo de ambos un territorio común sobre el cual no podía caminar sino con los pies desnudos, con el alma desnuda, con todas las virtudes y todos los defectos del hombre. Aunque hay que decir, en mérito a la verdad de Barrett, que estos posibles defectos, incluso el de la posibilidad del orgullo intelectual, fueron prontamente calcinados en ese fuego que los consumió en poco tiempo; ese fuego en que el *yo,* trascendido y entregado desde adentro, se convierte en humanidad; ese *yo* que bajó hasta los postrados a quienes enseñó a recoger su vida y a encaminarse hacia el porvenir.

¿Qué responder a los que nos piden lo imposible, a los que de nada se extrañan?, se preguntaría Barrett con la transida pregunta que mucho más tarde se harían Breton y Eluard: Los goznes de pan cierran las puertas del hambre, el buen tiempo cierra las prisiones. Es siempre. Es nunca. Los seres posibles interrogan a los seres probables ya sin padres ni madres.

La vida y la obra de Barrett son un intento de responder a estas preguntas de los postrados, de los que nos piden lo imposible, de los sin pan y de las muchas prisiones. Y esta tentativa —contra el "siempre" y el "nunca"— ha llegado hasta hoy, hasta nosotros, con la madurez de los frutos del tiempo.

No es casual que su primer libro publicado se titule *Moralidades actuales.* En uno de sus artículos, precisamente, conmina admonitoriamente a que no digamos que el hijo reproduce al padre. "No pronunciéis esta frase cruel y necia: nos heredamos, nos reproducimos, somos los de antes. Blasfemia profunda que hace de la humanidad espectros y no hombres".

El hombre Barrett se dirigía a los hombres de su tiempo y los impulsaba desde su pasado común a la tierra común de los nuevos hombres.

Esta fue su voz clamante en el desierto. Este fue el rescate que pagó por anticipado con la entrega de su propia vida. Hay un momento en que Rafael Barrett, ya consumido por la tuberculosis, quemado hasta el fondo por el dolor paraguayo, besa a su hijo apoyando sus labios en el vidrio de una ventana detrás del cual el niño lo mira. No era éste un gesto vanamente sentimentaloide; era la actitud de quien niega los estigmas de una herencia inhumana y afirma el derecho de los hombres nuevos contra la fatalidad de los espectros.

VIDA Y OBRA

No contamos aún con una biografía seria y autorizada de Barrett. Sobre su vida se han acumulado anécdotas, malentendidos, epigrafías, detracciones o

exégesis ampulosas que velan por igual la genuina sustancia de este hombre ejemplar. Lo malo es que la vida de hombres como Barrett nos induce a un lenguaje apologético, que no siempre es el producto de una legítima admiración sino de las supersticiones de una mala conciencia individual y colectiva. Tal vez sea también el defecto principal de esta nota introductoria. Reconocerlo es ya un paso hacia el gradual descubrimiento de una verdad de la que no se ha dicho aún la palabra justa.

En cuanto a los textos de la obra barrettiana, la necesidad de un rigor de análisis es todavía más necesaria. La doble vertiente sociológica y literaria de estos textos —aparte de otros abordajes posibles y también deseables de acuerdo con los modernos métodos de la investigación textual—, puede aportar elementos valiosos y nuevos en la correlación de sus estructuras con las de una realidad social, en el diseño de sus covariaciones significativas, estrechamente ligadas.

En el pequeño pero brillante grupo de intelectuales —que formaron lo que se llamó el *novecentismo* paraguayo— fue Barrett casi el único que observó y exploró los más diversos aspectos de la realidad socio-cultural del país. Los otros se hallaban ocupados en difundir una cultura de alto nivel en una utópica puesta al día con la de Europa; varios de ellos preocupados sobre todo por los problemas de la historiografía relacionados con la guerra del 70: los desmembramientos territoriales y la defensa de los títulos de posesión del Chaco paraguayo (que luego iba a originar otra guerra, la que enfrentó a Bolivia y Paraguay en 1932-1935).

Barrett fue también uno de los pocos que se interesaron con criterio crítico y científico en los problemas del bilingüismo en el Paraguay. Este bilingüismo exaltado románticamente como un índice de la riqueza cultural del país entró a formar parte del mito del etnocentrismo guaraní. Como expresa Francesc Vallverdú en su libro *Ensayos sobre el bilingüismo,* citando a Aracil—: "En un país donde dos lenguas tropiezan a cada momento y una desaloja a la otra, la mistificación del bilingüismo como valor supremo tiende inequívocamente a neutralizar —idealmente cuando menos— las inevitables tensiones del conflicto(. . .) Si el mito ha prevalecido, habrá que imputarlo a las clases superiores y a los intelectuales autóctonos". Barrett fue el primero en darse cuenta de que bajo el "valor supremo" del mito o de la mistificación del bilingüismo, se escondían los problemas emergentes de una sociedad en la que la fuerza espiritual y material de las clases dominantes supone siempre el otro término de clase y de lengua dominadas. Es decir, un problema ideológico: lo que desde Ferguson, no hace muchos años, se conoce como el fenómeno de *diglosia,* en el choque y fricción entre una lengua formal y una lengua no formal, con sus connotaciones socio y psico-culturales en el campo de la problemática de una lengua y de una cultura bilingües.

Barrett percibió claramente este fenómeno diglósico, como un indicio más de la relación existente entre dominantes y dominados de una sociedad en

situación semifeudal y semicolonial como la paraguaya de su tiempo. Se adelantó así, también precursoramente, a las modernas teorías sobre el bilingüismo, el dilingüismo y la diglosia con sus variables específicas.

Sin negar la validez y la incompatibilidad de las dos lenguas (una formal, culta, con escritura, el castellano; la otra, informal, oral, popular, el guaraní), Barrett delimitó sagazmente los dos campos, roles o funciones de ambas, casi en los mismos términos en que Bernard Pottier había de hacerlo no hace mucho al referirse al mismo problema. "Las necesidades mismas —formuló Barrett— el deseo y el provecho mayor o menor de la vida contemporánea regularán la futura ley de transformación y redistribución del guaraní".

El hecho innegable es que Barrett —como lo demuestra este ejemplo— concibió y redactó sus textos con un genuino sentido creativo y no sólo como una didascalia moralizadora. La coherencia de sus escritos desborda las limitaciones del único medio de que entonces disponía —el periodismo— para la expresión de su pensamiento. Su escritura es, en este aspecto de su obra, el terreno que más atrae y promete como un nivel iluminador de la obra en su conjunto, a través del análisis de sus significaciones segundas. Pero, precisamente por este hecho, una investigación semejante sólo se justificaría en virtud de un afinado análisis que desplegara todas sus significaciones posibles.

LA ISLA MISTERIOSA

En uno de sus epifonemas, en que satiriza el "espíritu científico" de los sabios de gabinete, Rafael Barrett narra el siguiente brevísimo apólogo:

> *En uno de mis viajes lejanos, descubrí una isla. De vuelta, visité a un célebre geógrafo. Me oyó, consultó largamente libros y planos, y me dijo:*
> *—La isla que ha descubierto no existe. No está en el mapa.*

El agudo sentido epigramático de la fabulilla alude certeramente a la voluntaria ceguera de ciertos "geógrafos" que tradicionalmente se han ocupado del Paraguay como de una isla que parece haberse caído del mapa. Aquellos más cautos que han preferido encerrar este vacío de su desconocimiento en una fórmula no menos vacía: "la incógnita paraguaya", entran con mayor razón en la alusión satírica. No puede negarse que la fórmula se ha popularizado bastante; parece haberse constituido en un lugar común ya casi inevitable.

A Barrett le dolía y exasperaba el hecho de que una de las zonas más castigadas de nuestra realidad socio-cultural latinoamericana pudiera encerrarse en una charada irresponsable o en vagas improvisaciones. El apólogo de Barrett define también con una suerte de transida ironía su propia situación como buscador y descubridor de esta realidad que él sí exploró en sus hondones más recónditos; adquiere su verdadero sentido: el de un proferimiento que brota de una desesperación tranquila, aunque no reposada ni resignada, que apela al porvenir, a la conciencia de la gente espiritualmente aguerrida que no pueda echar a broma un asunto tan serio.

UN PARAISO TERRESTRE

Extraño destino el de estos buscadores de la isla misteriosa.

Casi tres décadas después de la muerte de Rafael Barrett, Georges Bernanos dejó su transido testimonio: "Hace algunas semanas partía para el Paraguay, ese Paraguay que el diccionario Larousse, de acuerdo con Le Bottin, califica de *Paraíso Terrestre;* pero bien sé que no he terminado de buscarlo, que lo buscaré siempre, que buscaré siempre esa ruta perdida, borrada de la memoria de los hombres".

El peregrinaje de este espíritu religioso, de este buscador de Dios, que no se resigna a no encontrar la ruta de los hombres, el camino del Hombre, revela la potencia fascinadora del mito del Paraíso terrestre y de un país devorado por el mito; por los falsos mitos, habría que corregir.

Bernanos había ido a buscar al Paraguay "esa ruta perdida, borrada de la memoria de los hombres". ¿Por qué allá? El autor de *Los grandes cementerios bajo la luna* hablaba sin duda de la humanidad. Pero, ¿no la había visto representada en pequeño en esa colectividad que vivía como en castigo junto a uno de los más hermosos ríos de la tierra? Un buscador de Dios como él, hablaba en nombre de los desposeídos. Sabía que sin su rescate en la comunión y en la solidaridad, en la tierra y en el tiempo de los hombres, la salvación mística era imposible. Y a pesar de todos los fracasos, no abdicó de la esperanza en el Paraíso Terrestre.[2] Bernanos,

[1]Rev. *Sur,* núm. 48, Buenos Aires, 1938.

[2]En la otra América, Melville también habló de un Paraíso terrestre, que debía ganarse en el tiempo. Pero el mito del autor de *Moby Dick* encerraba connotaciones menos religiosas que la de Bernanos o de Pinelo. Su *Paraíso en la Tierra* era una persuasión del triunfo de la democracia norteamericana. Melville hablaba desde una conciencia nacional en ascenso sobre el horizonte y el dominio del mundo, si bien en algunos de sus poemas había levantado al mismo tiempo su voz contra los excesos de esta voluntad de expansión y de dominio. Aquí el mito moral se confundía con el mito político.

sin embargo, no vio su cara infernal: ésa que *quema* la memoria de los hombres. Barrett, en cambio, se quemó entero en esa realidad que nada tenía de mítica, ni de mística. Vivió y combatió en ella. La describió. Fustigó sin temor y sin descanso sus terribles estigmas.

Varios siglos antes, otro buscador de Dios, León Pinelo, el cosmógrafo y teólogo de Chuquisaca, afirmó y *probó* en uno de sus libros (una especie de Teodicea, o más sencillamente una teología natural) que el Paraíso Terrenal estuvo situado aquí, en el corazón del Nuevo Mundo, del continente indígena, como "un lugar corpóreo, real y verdadero", y que aquí fue creado el Primer Hombre.

LOS PEREGRINANTES

Desde Pinelo a Bernanos continuó la peregrinación de muchos otros buscadores. Habría que citar, entre otros, a Aimé Bonpland, uno de los primeros. Compañero de Humboldt, en las primeras décadas del siglo pasado, Bonpland fue "prisionero" del doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, El Supremo del Paraguay, que lo liberó cuando él quiso desdeñando y dejando sin respuesta al desafío de Bolívar que lo amenazó veladamente con una invasión para rescatar a su amigo, el sabio francés. Durante los nueve años de su tranquilo cautiverio, Bonpland anduvo recogiendo el "cielo de las plantas" de las Misiones, venerado por los campesinos paraguayos. Llorado por ellos y llorando con ellos tuvo por fin que marcharse cuando la misma inexorable voluntad del Dr. Francia decidió su destierro.

Habría que citar también a José Gervasio Artigas, el gran luchador oriental que vivió y murió en el Paraguay (cuando se asiló aquí), luego de treinta años de exilio como campesino libre; condición y situación a las que no quiso renunciar cuando sus compatriotas lo llamaron y él habría podido volver a ser uno de los grandes jefes de la Unión Americana.

En el campo de las actividades intelectuales, se debe mencionar al doctor Viriato Díaz-Pérez, coetáneo de Rafael Barrett. Componente de la famosa generación española del 98, escritor, publicista, pero sobre todo maestro en el sentido genuino de la palabra, Viriato Díaz-Pérez murió también en el Paraguay después de casi seis décadas de "trabajos forzados." "Prescindir del talento es una operación peligrosa", dijo Barrett. Pero usarlo a conciencia no es menos peligroso, pudo agregar según su propia experiencia.

Guido Boggiani, el etnógrafo italiano también vino al Paraguay a "buscar la ruta perdida" y perdió la vida por lo que más amaba: la develación del mundo originario en sus sobrevivientes autóctonos.

Hay que incluir en la lista a Josefina Plá, oriunda de las Islas Canarias que, inmovilizada ahora en su silla de enferma, sigue trabajando incansablemente por la cultura paraguaya, desde hace cincuenta años. Lo mismo puede decirse de la antropóloga polaca de renombre internacional, la doctora Branislava Susnik, fundadora y maestra de la ciencia antropológica en el Paraguay, y una de las mayores autoridades y conocedoras de sus problemas etnográficos y sociales.

Es cierto que al Paraíso Terrestre no le faltaron otras especies de visitantes, ni siquiera los típicos viajeros ingleses, como los hermanos Robertson en tiempos del dictador Francia.

Luego de la hecatombe del 70, el general Domingo Faustino Sarmiento, autor del *Facundo* (uno de los mayores libros de nuestra literatura latinoamericana) fue a morir apaciblemente en Asunción, olvidado ya de que, al final de la guerra de la Triple Alianza (que concluyó cuando él era presidente de la república) había ordenado exterminar a los "dos mil perros", combatientes paraguayos en su mayoría niños, que aún le quedaban a Solano López. El, el predicador de la *civilización* contra la *barbarie,* debió suponer que era la civilización la que exigía que esos dos mil niños fuesen aplastados bajo los cascos de los caballos invasores. La muerte tranquila, casi beatífica, de Sarmiento en el Paraguay deja entrever otra cara más de la misteriosa isla: la de su potencia de olvido, su hospitalidad. Habla bien de Sarmiento y del Paraguay.

LA TIERRA SIN HOMBRES DE LOS HOMBRES SIN TIERRA

Cuando llegó al Paraguay, a comienzos del siglo, Barrett supo muy bien a qué isla llegaba: no a un Paraíso terrestre sino a un vasto penal en el sentido de un vasto terral de penas en el que crecía lozana la cotidiana reforestación del sufrimiento, y también en el sentido de tierra penitenciaria. Su apariencia paradisíaca, la arcádica visión que los aedas nativos y los folkloristas de égloga habían superpuesto a la realidad de una nación deshecha, de una colectividad aniquilada, no ocultaron a sus agudas miradas las ruinas, los escombros espirituales y materiales, la degradación que reinaba en todas partes. Los rescoldos de la tragedia paraguaya humeaban aún. No hacía más de tres décadas la salvaje guerra de exterminio de la Triple Alianza había arrasado a sangre y fuego la nación guaraní a lo largo de cinco años.

Barrett asistió a las consecuencias de esta primera gran guerra internacional latinoamericana que la conjura de las oligarquías rioplatenses aliadas a las del imperio del Brasil y tramada con el patrocinio del imperio bri-

tánico, bajo el ominoso y sarcástico signo de la "independencia protegida", desató contra el primer experimento de autonomía y soberanía que se realizaba en el continente. Por lo demás, era obvio que luego de su parcial y a medias frustrada emancipación del yugo colonial español, el pasaje a una supuesta vida independiente de nuestras colectividades había sido rápidamente enajenado por la potencia imperial de turno y anexado a sus dominios. Las invasiones inglesas al Río de la Plata. Esta nefasta historia es bastante sabida para insistir sobre ella.

A un observador como Barrett, que venía de allende los mares y que conocía por propia experiencia los resultados del comportamiento expansivo y depredador de los imperios —los que habían construido su propia patria, España, y la de su padre, Gran Bretaña—, no podían escapársele las circunstancias de lo que había acontecido y estaba aconteciendo en el Paraguay.

El percibió de entrada los hilos más finos de esta conjura anti-nacional y anti-independentista de dominación y expoliación, de semicolonia y atraso en que nuestros pueblos viven desde entonces. Conoció la agonía de un pueblo entero. Chapoteó en la baba sanguinolenta de esclavitud, de abyección, de envilecimiento, que se habían impuesto a los escasos sobrevivientes.

Desde 1865 a 1870, hasta el trágico y en cierto modo profético grito de *¡Muero con mi patria!* de Solano López, asesinado por las hordas imperiales a orillas del Aquidabán, en el último bastión de Cerro-Corá, la población del Paraguay de cerca de dos millones de habitantes, quedó reducida a menos de trescientos mil ancianos, inválidos, mujeres y niños. Hombres en la edad viril no sobrevivieron más que los prisioneros y el centenar de espectros vivientes de Cerro-Corá. Una población de fantasmas ambulantes sin pan, sin hogar, sin destino. Larvas humanas del desastre. Salvo, naturalmente, los aliados y guías nativos de los invasores cuyos privilegios quedaban a partir de entonces férreamente asegurados como testaferros de la dominación.

"El hogar paraguayo es una ruina que sangra —subrayó Barrett—: es un hogar sin padre".

UNA "MURALLA CHINA" EN EL PARAGUAY

El radiografió nítidamente la situación que se había "estabilizado" durante estas tres décadas de barbarie, opresión y expoliación, peores, mucho más crueles aún que en los más bárbaros y salvajes tiempos de la conquista y la colonia. Esto era y continúa siendo un coto cerrado de caza; una isla esfumada en el misterio de la más absoluta impunidad. Una isla, sí, pero

rodeada de tierra por la inmensidad de las selvas, de los desiertos infranqueables. "La inmensidad nos tiene prisioneros", reconoció muy pronto Barrett. El sabía que se había metido en el Paraguay por el ojo de una aguja. No se ocultó a sí mismo lo arduo de la empresa. Calculó muy bien las puntas del peine que necesitaba para desenredar esta monstruosa maraña de cabelleras de muertos y de vivos; para peinar el desmelenado delirio de esta realidad, y sabía que sólo debía y podía hacerlo a contrapelo, a contramuerte, contra todo lo que se opusiese a esa suerte de apostolado laico que él había elegido.

Como observador y testigo actuante del lento resurgimiento de la nación arrasada, a Barrett no se le ocultó tampoco que esta "estabilización aparente" era otro de los fenómenos cuya anomalía no llevaba al Paraguay a una gradual recuperación de sus recursos humanos y naturales sino, por el contrario, a una desestructuración aún mayor de los mismos. Las prerrogativas y franquicias ilimitadas del capital foráneo continuaban siendo expoliadoras y depredadoras. Dividieron al país en dos zonas de explotación económica: la del tanino, en el Chaco, la desértica región occidental, y la de los yerbales al este y al sur de la región oriental, tomando como eje el río epónimo, verdadera columna vertebral del país.

Barrett asistió al impacto avasallador y destructor del capital extranjero, especialmente argentino e inglés, en su primera etapa, adueñándose de las mejores tierras y de la casi totalidad de los medios de producción. Sus métodos de explotación económica —a través de la dominación política en connivencia con la oligarquía local— introdujeron la peor burguesía capitalista y luego los excesos del capitalismo monopólico estableciendo estructuras de corte semifeudal y semicolonial sobre la base del monocultivo y la extracción de materias primas. Por otra parte, la mano de obra en las condiciones del "trabajo esclavo" ya descritas, que mantuvieron al obrero paraguayo en una primitiva ruralización, favoreció esta instauración (a la que seguiría décadas después la dominación imperialista norteamericana cuya punta de lanza es hoy en América Latina el sub-imperio brasileño).

En tales condiciones no advino, no podía advenir, una "conciencia de clase", no sólo por estas condiciones del trabajo esclavo; menos aún la posibilidad de concentraciones obreras por el aislamiento y las largas distancias que separaban las dos zonas más activas de trabajo en el Chaco y la Región Oriental.

En esta situación, se comprende que la actitud concientizadora de Barrett fuese la única posible y la más eficaz que podía darse por entonces.

UNA REALIDAD QUE DELIRA

No hay mirada sobre el Paraguay, en efecto, que no ofrezca esta extraña sensación de irrealidad. Entre nuestras colectividades americanas sometidas a dominación, a pesar de su pregonada condición de repúblicas, ninguna como ésta depara en sus vicisitudes los rasgos de una fábula aciaga cuyas imágenes más increíbles son, precisamente, los hechos de su propia realidad que "delira como un moribundo y nos arroja al rostro ráfagas de su enorme historia".

Porque lo misterioso no es, desde luego, el mundo natural, etnográfico o lingüístico. Ruiz de Montoya, Charlevoix, Azara, Bonpland, Bertoni, D'Orbigny o Métraux, y más recientemente Bartomeu Meliá —el que mejor ha estudiado hasta hoy el fenómeno del bilingüismo paraguayo, por ejemplo—, se las arreglaron muy bien para mensurarlo y describirlo minuciosamente, al extremo que de él sólo han quedado unos pocos semisecretos. El mundo secreto es el de la vida social; el drama humano es lo misterioso. Lo verídico es aquí lo inverosímil. Lo fantasmagórico es lo real. Hecatombes colectivas en que las facciones se enfrentan con la divisa de un pañuelo de color o sus respectivos ponchos partidarios a falta quizá de verdaderos programas de reivindicaciones sociales y políticas y como la expresión más patente de las lacras ideológicas del caudillismo y la autocracia al servicio de los intereses extranjeros. Hechos monstruosos se repiten cíclicamente. La lucha política ha quedado reducida así a un flujo y reflujo de *vendettas* entre facciones rivales. El país convertido en presidio para la fabricación de la ciudadanía ideal. "¿Quién mejor que el buen presidiario cumple la ley? Es la ley hecha carne, hecha ejemplo", ironizó Barrett con dolido sarcasmo.

EL "REPERTORIO DE SECRETOS"

Muchas conjeturas se han ensayado para explicar lo inexplicable; es decir, lo que por tan obvio resulta inexplicable. Al pretender escapar de la "mitología" como coartada de la historia, algunos caen en otro atajo peor: el de querer explicar por la vía del absurdo una realidad anómala, cuando esta anomalía se explica precisamente por la simplicidad de sus contradicciones; contradicciones por lo demás típicas y características de nuestras colectividades víctimas del atraso.

Rafael Barrett vio claro esto desde el principio en sus causas y en sus efectos. "Las raíces de la nación —denunció— están, como las del árbol, bajo tierra. Son los muertos. Los muertos están vivos. Las generaciones pa-

sadas alimentan a las generaciones presentes. Nuestras calamidades son la ramificación de las calamidades antiguas que no pudieron ser detenidas o desviadas o acabadas en su origen. Nuestro pasado es el terror, y en el terror seguimos viviendo. El terror gobierna, como ha gobernado antes. Aparece como una fatalidad. Los de abajo esperan. Los de arriba se encuentran prácticamente privados de todo instrumento de dirección y de orden, excepto el látigo. Por la ley fatal de la menor resistencia, empuñan el látigo, y a los viejos y genuinos motivos de embrutecimiento y decadencia moral se añade el actual abuso, siempre más abrumador, que constituye, sobre todo en la campaña, el único sistema administrativo".

BAJO EL TERROR

Empapados de este antiguo terror, saldrían después sus escritos de *El terror argentino* y *El dolor paraguayo*. Pero no nos apresuremos en un recuento bibliográfico que aquí sólo tiene relativa importancia. Estamos abriendo las hojas vivas, laceradas, admonitorias, del hombre Barrett; de su obra tan identificada con su vida, al punto que no se puede distinguir la una de la otra. Cuando habla de la inmensidad que mantiene prisioneros a los habitantes del penal misterioso, inhumano, impune, él mismo escribe y describe: "Aquí las cosas no nos recuerdan, no nos ven: llanuras sin término, de un pasto de búfalos, cruzadas por traidores esteros; bosques que ponen una severa barra oscura en el confín de lo visible; malezales cómplices del tigre y de la víbora; peligro y majestad. Ni el azar mismo nos concilia con esta soledad definitiva. Nada de humano nos circunda. Pudo el antropoide, tronco de nuestra extraña especie, no haber salido jamás del misterioso no ser adonde tantas otras especies tornaron al cumplirse los tiempos, y estos llanos alternarían idénticamente su ritmo infinito, y estos montes exhalarían en la lóbrega intimidad de su fondo, igual aliento salvaje".

¿Qué es esto? ¿Prehistoria de la desesperación? ¿Etnobotánica y zoología de las salvajes especies devoradoras? No, de ningún modo; la lectura de los textos barrettianos —vida y obra— tienden siempre a la confrontación y a la contradicción dialéctica; es un lenguaje que mana de la vida y no de meros recipientes librescos. De los descensos en esta geología de la desesperación inhumana, Barrett siempre emerge con un puñado de verdades humanas. El mismo se encarga de establecer la rotunda negación: "*No,* dice el cielo ensanchado por la tierra; *no,* dice el árbol que levanta sobre la siniestra espesura sus brazos eternos; *no,* repiten los buitres inmóviles, espías de la muerte; y para venir a encerrarse en perdurable encierro, con tan imponentes testigos, para afrontar todos los días, hasta el último de nuestros pobres días, tan grandioso y fatal espectáculo, preciso es traer otra soberbia negación en

el alma, un odio implacable, o un desprecio feroz, o una tranquilidad terrible, o una resignación de granito...".

Este peine fino y acerado de su palabra, de su pluma, de su docencia, es el que pasó Barrett por la cabellera de vivos y difuntos, enredada en una especie de no-vida, por exceso de vida y de muerte, cuando llegó a la isla de hombres sufrientes y decidió de una vez para siempre adoptar su dolor.

"Pero he aquí que yo no tengo temor —clamó—. Yo hablaré. No lamentéis que os hable un extranjero. No soy un extranjero entre vosotros. La verdad y la justicia, cualquiera que sea la boca que la defienda, no son extranjeros en ningún sitio del mundo. Y si lo fueran, ¡qué dignos seríais de infinita lástima!".

PAPIROFAGIA RITUAL

La llegada de Barrett al Paraguay coincidió con una de las "revoluciones", o mejor dicho convulsiones de su epilepsia política. (La epilepsia se denomina en guaraní, gráficamente: la *muerte-en-pie)*. Convulsiones hechas a fuerza de tiros, de saqueos, de vejámenes, de tendales de víctimas inocentes. "Barrett entrando con los redentores indígenas —escribe José Concepción Ortiz— se nos figura un Cristo adviniendo entre bandidos. El rapsoda del *Dolor Paraguayo* en un campamento".

Pocos años después, ese mismo hombre alto y desgarbado, de miradas febriles, era conducido por esbirros a la casa de gobierno, junto con el administrador del periódico *Germinal,* en el que denunciaban las atrocidades y las inmoralidades del régimen de turno. Por lo demás, no es un hecho desusado en Asunción, o en cualquier sitio del país, ver marchar entre bayonetas a hombres prisioneros rumbo a previsibles destinos. *Germinal* era la barricada de combate de Barrett y Bertotto. Habían cometido la insolencia de publicar un violento artículo contra el régimen que en ese momento regía los destinos del país por manos de un famoso coronel. El programa de gobierno que había expresado claramente a otros militares que quería ganar a su causa era "tener a todas las mujeres del Paraguay".[1]

El coronel ordenó a los esbirros que hicieran comer a Bertotto, el administrador de *Germinal,* la hoja que contenía la diatriba. Pretendieron hacer lo mismo con Barrett. Por supuesto éste se negó al ultraje y profirió su indignación. El coronel lo amenazó con su pistola. Barrett lo miró fijamente, sin inmutarse, y le dijo: "¡Lo esperaba todo de un coronel paraguayo, menos que

[1]Ver la nota de Efraím Cardozo, *La historia de un demagogo del amor.* La Nación, Supl. Lit., 5-I-1964, Buenos Aires.

fuera un cobarde!". El mandón con charreteras, futuro constructor de serrallos, no insistió; habituado a ejercicios más serios, acaso comprendió oscuramente que no podría debelar jamás a aquel hombre enfermo pero indomable, afilado ya por la muerte, erguido ante él no como un reo de lesa tiranía, sino como una presencia acusadora que venía a pedirle cuentas en nombre de una muchedumbre de silenciosos. Entonces se limitó a desterrarlo.

Numerosas anécdotas, similares o distintas a éstas, han sido recogidas por los testigos de la época; todas igualmente explícitas en cuanto a su carácter y a su personalidad. Pero no son las anécdotas las que definen mejor la trayectoria de su vida, sino la esencialidad de sus actos.

LA PALABRA EN ACTO

El, un hombre formado en el rigor de las disciplinas matemáticas, de vasto saber y erudición en todos los campos de las ciencias humanas, comprendió que no podía bastarse con su trabajo de pluma ("¡Pluma mía —apostrofó— clávate hasta el mango! Pero los miserables que ejecuto no tienen sangre en las venas, sino pus, y el cirujano se llena de inmundicia!"). Tampoco le habrían resultado útiles los métodos de cuantificación estadística de la sociología actual, anexada ideológicamente a los factores internos y externos de dominación.[1] De todos modos, él también comprendió desde el principio que no podía limitarse a enseñar a las nacientes generaciones filosofía, estética, filología, literatura, todo el aparato de la cultura tradicional en un contexto deculturado, desestructurado en todos los órdenes: la mayoría de la población sumida en el analfabetismo y la miseria; la minoría de intelectuales genuinamente capaces no alcanzaban a contarse con los dedos de la mano.[2] No eran estos, sin embargo, los peores males que la tragedia nacional del 70 había deparado al país.

[1]Alguna vez estudiarán analítica y críticamente la actitud y los métodos que empleó Barrett para mensurar la realidad social paraguaya, y se verá si la falta de rigor, la apasionada y utópica impulsividad de su credo libertario, que le censuraron entonces, carecieron o no de razón. Y lo que es más importante, se comprobará la potencia de estímulo fermentario y fertilizador emanada de su vida y de su obra.

[2]Manuel Domínguez, Juansilvano Godoy, Fulgencio R. Moreno, Manuel Gondra, Juan E. O'Leary, Arsenio López Decoud, Modesto Guggiari, Ignacio A. Pane, Enrique Solano López, eran los componentes de estos cenáculos del novecentismo paraguayo.

Sumergido en esta "gran catástrofe de recuerdos", que el esplendor del pasado hacía aún más patética, Barrett comprendió que no podía complicarse con la euforización artificial de un pueblo postrado en una larga convalecencia. Se negó a la predicación de un seudo evangelio patrioterista y nacionalista del peor cuño y del no menos falso mito del etnocentrismo guaraní. Asumió, pues, plenamente, intransigentemente, hasta sus últimas consecuencias, el mandato de su pasión moral. Supo que debía enseñar con la palabra, con el ejemplo; no sólo con la teoría de una utópica liberación, sino con la estrategia del desenmascaramiento ideológico en todos los planos, mediante el acto de la palabra y la palabra en acto; a través de una irrenunciable praxis denunciadora y liberadora. Este fue en realidad el fondo ideológico —no ideologizado— de su credo anarquista, sobre el que la reacción no vaciló en tejer su leyenda negra para perder al osado aguafiestas. Barrett quería formar generaciones de hombres que supieran *pensar* y obrar *libremente* en la construcción de un futuro menos inhumano, menos dominado, menos sometido. Por ello se le endosó el mote de "librepensador" como un rótulo injurioso y descalificador, subversivo y peligroso.

El genio idealista de Barrett, en el buen sentido, no se compadeció sin embargo con simples blanduras y efusiones de compasión humana. Creó sus objetivos concretos y trabajó por ellos con la entrega de su propia vida. "¿Quién intentará curar, consolar a los que lo perdieron todo: fe en el trabajo, poesía serena del hogar, poesía ardiente de una ternura que elige, sueña y canta? ¿Quién confortará a los que aún no rompieron en llanto y en ira? ¿Quién tendrá bastante constancia para combatir los fantasmas fatídicos, bastante piedad y respeto al tocar las raíces sangrientas del mal, bastante paciencia para despertar las mentes asombradas, bastante dulzura para atraerse las criaturas enfermas?", se pregunta y demanda en uno de los primeros artículos que luego compondrían el libro de *El dolor paraguayo.*

En seguida incita en una fervorosa arenga: "Universitarios que proyectáis regeneraciones, retóricos del sacrificio, abandonad esa colmena central y dispersaos por los modestos rincones de vuestro país, no para chupar sus jugos a los cálices ingenuos, sino para distribuir la miel de vuestra fraternidad. Talentos generosos, prosperad todavía; haceos maestritos de escuela, curitas de aldea; acudid a la simple faena cotidiana, y en las tardes transparentes, a la vuelta del surco, hablad al oído a vuestros hermanos que sufren, ¡que sufren tanto que no saben que sufren! Pero si no hay amor en vosotros quedaos en la colmena y dedicaos a la política. Vuestra solicitud sería la postrera y la peor de las plagas". Es obvio que Barrett se refería a la mala política de las facciones en pugna por el dominio del poder al servicio de los intereses de dichas facciones, y no a una política verdaderamente liberadora y transformadora.

No se hace ilusiones, desde luego. En otro artículo del mismo libro previene: "Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no les compromete como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica... Sería una fuente de regeneración incalculable, aquí sobre todo, donde los hogares más constituidos hacen muy poco en favor de los hijos, enviar a la campaña un heroico regimiento de cien maestros, cien hombres de corazón, capaces de ser estimados por los niños, y resueltos a sembrar en las almas auroras el germen de la sinceridad y de la libertad de ideas (¡siempre su obsesión del *pensamiento libre*!). Pero, esos hombres, ¿los habrá en el Paraguay, los habrá en América, los habrá en este valle de lágrimas?".

El sí se lanzó febrilmente a un contacto de viva voz, de magisterio directo donde quiera que fuese, con obreros, estudiantes y campesinos. Les dictó cursos y conferencias sobre temas culturales de diversa índole, y sobre todo, de adoctrinamiento político y social. En esta fragua concibió y forjó las formulaciones teórico-prácticas de *La cuestión social*. Descendió a los infiernos de los yerbales. De allí extrajo esa proclama de fuego: *Lo que son los yerbales*, donde se hace una de las más vívidas descripciones del trabajo esclavo que se han escrito en América hasta hoy; un régimen que, después de todo, no es únicamente el bárbaro patrimonio del atraso paraguayo.

Es claro; un hombre de este temple resultaba un testigo insobornable y peligroso que la oligarquía nativa no podía tolerar. Constituía, además, un riesgo de contagio que podía extenderse. La presencia de lo americano palpitaba en la palabra y en la acción de Rafael Barrett.[1] Esta levadura que henchiría después las palabras de hombres igualmente intransigentes como Mariátegui y otros iguales a él, leudaba el alma y la inteligencia de este hombre entregado por entero a su causa, que era la de todos; aceraba su lucidez y su energía indomables, que sólo la muerte iba a poder apagar.

BARRETT VISTO, OIDO Y LEIDO POR SUS CONTEMPORANEOS

Ya entonces, sin embargo, las voces más insospechables se levantaron para testimoniar honradamente sobre su vida y su obra. Así, Rodó le dice a él mismo en una carta: "Su crítica es implacable y certera, su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y sin embargo, la lectura de esas páginas de negación y de ironías hace bien, conforta, ennoblece. Y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un an-

[1]Argentina, Paraguay, Uruguay fueron estas localizaciones focales desde las cuales irradiaba su energía espiritual. En estas dimensiones nacionales y regionales adoptó el viejo dolor de América, uno y único, sólo diverso en sus circunstancias de tiempo y lugar.

helante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolviesen en acentos de entusiasmo y de fe, o de protesta declamatoria y trágica. Una de las impresiones en que yo podría concretar los ecos de simpatía que la lectura de esas crónicas despierta a cada paso en mi espíritu, es la de que, en nuestro tiempo, aun aquellos que no somos socialistas, ni anarquistas, ni nada de eso, en la de la acción ni en la de la doctrina, llevamos dentro del alma un fondo, más o menos consciente, de protesta, de descontento, de inadaptación contra tanta injusticia brutal, contra tanta hipócrita mentira, contra tanta vulgaridad entronizada y odiosa, como tiene entretejidas en su urdimbre este orden social transmitido al siglo que comienza por el siglo del advenimiento burgués y de la democracia utilitaria".

El ya nombrado Viriato Díaz-Pérez, que lo conoció de cerca, afirma en sus recuerdos del compañero de penurias y trabajos: "He podido observar en estos últimos años, que a manera de póstuma compensación de una vida malograda como fuera la de Barrett, su renombre se extiende y se impone, adquiriendo, un poco tarde en verdad, la gloria a que tenía derecho. Al fin no será ya discutido aquel viril y extraordinario intelecto que la mediocridad asediara en vida con saña alevosa. Y cabe decir: si los seis u ocho volúmenes de Barrett se hubiesen perdido (—para desgracia de las letras— como pudo haber sucedido sin la providencial intervención del editor uruguayo Bertani) una indicación bastaría para revelarnos el valor de la obra: lo atacado que fue su autor en vida, y... lo ensalzado que viene siendo... después de muerto".[1]

No obstante lo aseverado por Viriato Díaz-Pérez en 1922, el rescate de Barrett sigue siendo aún hoy difícil, incompleto, y lo que es peor, deformado por falta de conocimiento y hasta por olvido interesado o deliberado —la mala memoria es dócil a las intimidaciones de la mala conciencia— de lo fundamental de su obra, de las líneas centrales de su pensamiento. Obra y pensamiento vertidos, como ya se ha dicho, al correr de la pluma, en la urgencia de la lucha incesante; el pensamiento y la obra de un escritor, de un hombre de acción, "produciendo —como lo reconoció Vaz Ferreira— en las más tristes e inverosímiles condiciones, en el torbellino del periodismo diario, sin tiempo, sin salud, y que supo dar sin embargo a sus producciones una densidad intelectual tan fuerte y al mismo tiempo un calor tan poderoso de humanidad, que ha conseguido sintetizar una de las más puras y bien ligadas aleaciones de inteligencia y sentimiento".

[1]*El recuerdo de Rafael Barrett,* en Obras completas de Viriato Díaz-Pérez, ed. de su hijo Rodrigo Díaz-Pérez, vol. 2, 1973.

EL "ACRATISMO HABILMENTE SOSTENIDO"

En sus recuerdos del compañero y amigo, con el cual disentía políticamente —hay que decirlo, aunque él fuese también un anarquista intelectual—, Viriato Díaz-Pérez confirma que Barrett "últimamente militaba con vehemencia y entusiasmo, muy en armonía con su temperamento, en las más caldeadas regiones del socialismo y la protesta; debo ser más exacto: dentro del acratismo hábilmente sostenido".

Empero, nadie más explícito que el propio Barrett para definir la verdadera índole de su credo libertario y socialista.

A lo largo de estas glosas, a través de las citas de los textos barrettianos en que ellas se apoyan, su ideario se expresa con absoluta transparencia. En él, las ideas políticas, su pensamiento, sus intuiciones y premoniciones acerca de la transformación de la sociedad, confluyen, se entrelazan y se identifican plenamente con los sentimientos de un humanismo redentorista, mucho más cercano Barrett, en esto, a Tolstoi que a un Kropotkin o a un Bakunin. Valdría la pena citar algunos otros fragmentos que clarifican aún más su actitud ideológica y su militancia política.

"Una ilusión común es la de las formas de gobierno —dice Barrett en uno de sus libros—. Se cree disminuir la tiranía suprimiendo al tirano, y establecer la libertad por un decreto. Se supone que la figura de la vasija cambia la naturaleza del líquido, y que una constitución y un parlamento sirven para algo. Se asombra la gente de que sea tan exactamente imposible ejercer los derechos cívicos ahora que se reconocen y recomiendan por la ley, como en la época de un despotismo concentrado en un hombre y consagrado por el pueblo. Es que el sentimiento de la dignidad personal no es obra de políticos. No es en los convenios de los conspiradores con suerte donde nace la justicia, sino en los hogares. No es en las costumbres públicas donde empieza el progreso, sino en las privadas. Cuando los corazones siguen intactos, las reformas escritas se reducen a un detalle grotesco".

Se podría disentir en lo esencial de este pensamiento; hay en él una contradicción —de las muchas que el impulso humanitario de Barrett dejaba escapar pese al rigor de su pensamiento—, y esta contradicción se relaciona con el concepto de las transformaciones revolucionarias genuinas que surgen no de lo privado a lo público, sino a la inversa, de lo público a lo privado. Los corazones "siguen intactos" en el "santuario" de los hogares, por más dignos y progresistas que sean, si las estructuras sociales continúan intactas. Y es esta mutación dialéctica la que fundamenta una verdadera transformación revolucionaria que abarca el todo y no solamente algunas de las partes. Pero Barrett alude ya en este concepto a la anulación del poder y del estado reaccionarios como fuentes de perversión pública y privada: "El anarquismo es una teoría filosófica. Anarquista es el que cree posible vivir sin el

principio de autoridad". Lo recalca cuando en otro artículo añade: "En resumen, es forzoso desinfectar la generación presente y educar la generación venidera en el alejamiento de la política y en el desprecio del poder... ¡Ser amigo del poder! No hay más que una amistad posible con los poderosos: la esclavitud".

EL ANARQUISMO DE BARRETT

En *La cuestión social* define, no el anarquismo en general, sino el concepto y praxis de su anarquismo humanista y moralizador: "No hay que hacerse ilusiones; una clase crece siempre más de prisa en fuerza material que en fuerza moral. El proletariado, al volverse más fuerte, se vuelve más violento. Por desdicha, es probable que triunfe por la violencia, como han triunfado en la historia todas las renovaciones humanas. Ante la venidera revolución, sólo cabe esperar, según esperamos los que tenemos fe en nuestro destino, que se sustituyan las violencias estériles por las violencias fecundas".

Para Barrett el anarquismo, "extrema izquierda del alud emancipador", representa el genio social moderno en su actitud de suma rebeldía. "No haré a mis lectores la ofensa de suponerlos capaces de confundir, a semejanza de lo que *fingen* muchos burgueses interesados, *anarquista* y *dinamitero*. Sería pueril temer que Anatole France, anarquista intelectual, o Leon Tolstoi, anarquista místico, nos lancen alguna bomba (...) Aun hay quien se figura que la idea abstracta conduce al crimen. No: no es el metafísico libertario el que lanza la bomba, sino el gorila de los bosques prehistóricos (...) No se asuste tanto del anarquismo; consuélese con la certidumbre de que los anarquistas parecerán algún día anticuados y demasiado tímidos. ¡Sólo la vida es joven! (...) Hay una cosa quizás más grave que los explosivos: es la crítica anarquista, la lógica implacable de los que han condensado su método en la famosa fórmula de Bakunin: *destruir es crear*".

Pero la fórmula y divisa fundamental de Barrett es *creer para crear*. La segunda: *esperar para no desesperar*. "Analizad las virtudes viriles —dice—, y descubriréis que se reducen a una: la esperanza. No seríamos jamás constantes, heroicos, verídicos, pacientes, si no esperáramos, si no esperara nuestra carne, nuestra inteligencia, nuestro ser oculto, si no confiáramos, hasta durante la agonía, en los frutos del tiempo".

PREDICADOR DEL PENSAMIENTO ANTIDOGMATICO

Barrett fue un hombre de una sola pieza, de una sola palabra; sobre todo en el sentido de la coherencia interior y exterior de su comportamiento y en la relación de éste con sus textos y con su obra de praxis política y social. Su vida y su muerte dieron la prueba extrema de que fue un hombre honrado y confiable: un predicador moral, más que un agitador de barricada, que sentía horror por toda clase de dogmatismos, incluso contra el que podría derivarse de sus propias ideas, que eran, después de todo, ideas-límite de vida y muerte. Esta es, precisamente, una de las virtudes que más valoró en él el ya citado Vaz Ferreira: "Fue un hombre de pensamiento, de sentimiento y de acción. Es el ejemplo con el cual acostumbro ahora sustituir el de Anatole France cuando quiero mostrar cómo es posible no ser un espíritu dogmático, tener más bien tendencias a la duda, y aun casi escepticismo a base de sinceridad, y ser, sin embargo, un hombre de acción —y de acción noble y valerosa—, quizás más eficaz y más noble que la de los dogmáticos".

"MI ANARQUISMO"

En el artículo titulado así (que no es de los primeros sino ya de los postreros), el propio Barrett lo definió con la claridad y precisión, con la contundencia de razón y pasión que caracterizan todos sus escritos: "Me basta el sentido etimológico: *ausencia de gobierno.* Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo. Será la obra del libre examen. Los ignorantes se figuran que anarquía es desorden y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas".

En las páginas dedicadas a Tolstoi, su pensamiento se perfila aún más en un sentido muy cercano al anarquismo panteísta y casi místico del eremita de Yasnaia Poliana; del gran solitario cuya soledad se puebla de esa multitud silenciosa de campesinos incultos que lo comprendían mucho mejor que los de su propia clase. "Fue algo más, mucho más que un genio solitario —dijo Barrett de Tolstoi: fue un hombre bueno (...) Fue bueno, es decir, fuerte, bastante fuerte para no mentir, valeroso, obstinado, indesviable de su rumbo, explorador y colonizador de las selvas y pantanos de su alma, viajero que venía de muy lejos, de muy abajo, a través de sí, estrangulando fieras y aplastando víboras, dominador de la noche y de la soledad (...) En Tolstoi, el ascetismo estético se confunde con el ascetismo moral, el poeta con el profeta. Es el anarquista absoluto".

En el paralelo que hace de Tolstoi y Gorki, dice de éste que es un hombre de acción; del otro, que es un contemplativo. "El uno se aprovecha de lo que existe para edificar la ciudad del porvenir; el otro, en su soledad majestuosa, fulmina y destruye. Gorki es constructor. Tolstoi, crítico. Tolstoi es el filósofo y el profeta; Gorki, el irresistible obrero".

¿No hace pensar esta comparación en una integración armoniosa pero férvida de las dos cualidades, en la naturaleza moral del propio Barrett, en el significado de su pensamiento y de su acción? Sus miradas febriles, su sonrisa ya agónica, cuando escribe su último artículo, precisamente sobre la muerte de Tolstoi, y da en su último refugio de Arcachon, los retoques finales a los originales de *El dolor paraguayo,* llegan hasta nosotros con la comprensión y la piedad de los que se han dado hasta la última gota de su ser para que se cumplan los frutos del tiempo.

LA DEUDA DE LA LITERATURA RIOPLATENSE CON BARRETT

No quisiera finalizar esta extensa y desarticulada glosa sobre la obra precursora de Barrett, sin valorar también en toda su magnitud su influencia fertilizadora en los autores de la literatura de imaginación —narrativa, poesía, teatro— del Río de la Plata. No sólo por sus fuentes y lecturas comunes, sino también por sus parejas inquietudes y actitudes.

El más simple cotejo de sus escritos con la producción de los componentes del grupo llamado de Boedo, en Buenos Aires, por ejemplo, y aun de los que no formaron parte de él, muestra una sugerente coincidencia en la concepción de un realismo crítico que venía a sustituir el de la ya vieja e inoperante tradición de un realismo ingenuo y de superficie. Con un lenguaje y una escritura de poderosa radiación personal negaba también, por anticipado, los excesos de un realismo populista y las gruesas simplificaciones del que después se denominaría, no menos erróneamente, *realismo socialista.* Barrett mostró cómo era posible producir textos de valores intrínsecos y autónomos; que no se proponían la simple transcripción de la realidad visible sino la mostración y revelación de la realidad invisible en la virtualidad de sus múltiples significaciones.

Castelnuovo, Stoll, Yunque, Barletta, los hermanos González Tuñón, Gustavo Riccio (que estuvo y escribió en el Paraguay), Roberto Mariani, entre varios otros integrantes del grupo de Boedo, registran este encuentro de "contemporáneos a destiempo" con Barrett, escritor y pensador.

Los cuentos y los artículos de Quiroga, en su innegable originalidad, revelan por ello mismo con mayor fuerza significativa la proximidad de Barrett

en su lenguaje, en su concepción y en el tratamiento de los temas y problemas de la vida del hombre concreto en una situación concreta de la sociedad; este núcleo de convergencia interna que se torna después en foco de irradiación permanente, de universalidad en la unicidad personal; no son únicamente los vestigios de *uno en los otros sino,* más vale, los trazos y el signo del tiempo cuyas leyes son captadas por temperamentos afines, por más diversas, fragmentarias y disímiles que pudieran aparecer en su elaboración sucesiva.

En el Paraguay, la influencia de Barrett es mucho más definida y reconocible. Puede decirse que sus escritos constituyen el hito inicial de una literatura como actividad distinta a la de la simple producción historiográfica, predominante hasta entonces.

Los mejores narradores y poetas surgen a la sombra del denso pero casi invisible árbol barrettiano; invisible pero actuante en el olvido que lo circunda y esfuma. Barrett nos enseñó a escribir a los escritores paraguayos de hoy; nos introdujo vertiginosamente en la luz rasante y al mismo tiempo nebulosa, casi fantasmagórica, de la "realidad que delira", de sus mitos y contramitos históricos, sociales y culturales. A través de sus obras nos sigue mostrando de un modo indeleble y vivo la figura de un pueblo silencioso, de hombres con la boca rota por el esfuerzo del silencio de tantos siglos. Pero también nos enseña el modo de evitar los riesgos del mero barroquismo formal, de la falsa idealización, de la ideologización de estos mitos de la vida individual y colectiva, de sus acechanzas y coartadas. Su escritura es una incisión precisa en el "árbol verde de la vida", y el jugo que mana es savia, no tinta.

Por mi parte, debo confesar con gratitud y con orgullosa modestia, que la presencia de Rafael Barrett recorre como un trémolo mi obra narrativa, el repertorio central de sus temas y problemas, la inmersión en esa "realidad que delira" que forma el contexto de la sociedad paraguaya y, sobre todo, una enseñanza fundamental: la instauración del mito y de las formas simbólicas como representación de la fuerza social; la función y asunción del mito como la forma más significativa de la realidad.

En muchos de mis cuentos, en mi novela *Hijo de hombre,* en particular —cuyo núcleo temático es la crucifixión del hombre por el hombre y también el hecho de que el hombre más que hijo de Dios es el hijo de sus obras—, está presente el ejemplo del "rapsoda del dolor paraguayo"; están presentes la dignidad de su vida y de su muerte, los símbolos y los mitos que Barrett excavó en la cantera viviente de una colectividad, en su transhistoria, la forma en que él supo revelar una realidad llena de enigmas y secretos.

En *Exodo,* uno de los capítulos de *Hijo de hombre* —que narra la huida de una pareja con su hijo pequeño del infierno verde de los yerbales—, a medio siglo de la muerte de Rafael Barrett, él reaparece míticamente al final de la

historia conduciendo una carreta que se integra, fantasmal y real a un tiempo a la pesadilla de los fugitivos, para rescatarlos de ese infierno que él conoció y describió en toda su trágica dimensión. "Estaba sentado en el cabezal de la carreta vacía, como dormido, con la quijada hundida en el pecho. —Somos dos... —preguntó a gritos la mujer—. Tenemos un hijito... ¿Quiere llevarnos? El viejo asintió levemente. Entonces le vio fugazmente los ojos. Brillaban con una vivacidad casi juvenil que hacía chocantes las arrugas, la voz de caverna, esa lentitud de cien años enredada a sus miembros. (...) Así, ese viaje acabó pareciéndoles otro sueño, adormilados la mayor parte del tiempo por el suave traqueteo, entre esos dos diferentes, monótonos, incesantes sonidos y esos dos extraños y diferentes silencios, el del viejo sentado en el cabezal, el de Casiano tendido de bruces sobre las ramas, viendo pasar la tierra a través de las junturas de las tablas".

Fue sintomático que la crítica no descubriera en este personaje la presencia mítica del desmitificador de *Lo que son los yerbales*, y en este relato una transcripción literal de la crónica de Barrett, sólo que, en el caso de esta crónica alucinante, no se trataba de una realidad imaginaria, sino de una realidad descubierta y vivida por él.

LA ENSEÑANZA FINAL DE BARRETT

El hombre paraguayo de hoy —y por ende su expresión cultural— vive inmerso en una realidad falaz y despiadada, en esa *irrealidad* en que se ha coagulado su historia. Su mayor enajenación es vivir desgarrado entre la realidad que debiera ser y la que es; entre esa plenitud de vida que le ha sido escamoteada por su propia historia y esta monstruosidad de vida vegetativa, de no-vida, que le han impuesto causas extrañas a su naturaleza y que han distorsionado el curso de su necesidad histórica. A siglo y medio del nacimiento de nuestra literatura latinoamericana, sus características vuelven a ser las de la literatura paraguaya de hoy. En esta crisis de fondo, todos los valores de la actividad cultural se han resquebrajado y subvertido conflictivamente. La misma impotencia que se advierte en el plano de la creatividad, y por las mismas razones, cohíbe la demolición de los falsos mitos, la destitución de tabúes y supersticiones que obstruyen y deforman esa actividad cultural. Los poetas, narradores e intelectuales paraguayos tienen conciencia de hallarse en un punto extremo de la sucesión histórica. Tal vez esto los hace anormalmente conscientes de los problemas de su historia y de su sociedad. Se sienten sobre una línea de ruptura que es al mismo tiempo límite y comienzo. Para colmo de males, la penetración cultural y material del Brasil, al paso depredador de las antiguas "bandeiras", que se está apropiando rápidamente, e impunemente,

del Paraguay en sus tierras, en sus fuentes de recurso, en su soberanía nacional y en la integridad de una sociedad pobre, desvalida pero homogénea, no hace sino agravar las circunstancias de esta dramática coyuntura histórica.

Los intelectuales paraguayos de hoy han tomado conciencia no sólo de estos males —los que ya señalara Barrett hace setenta años—; también como él enseñara, se hacen cargo, por encima de todas las compulsiones, de las causas económicas, sociales y culturales que los han engendrado. Para ellos —como lo fue para los que se esforzaron en cambiar las estructuras coloniales en su expresión cultural—, creación vuelve a ser necesidad de encarnación de un destino, voluntad de inscribirse en la realidad vital de una colectividad, en su medio moral y en su estructura social verdaderos, tal como lo predicó y vaticinó Rafael Barrett en una lección memorable cuya vigencia no hace sino volverse cada día más imperativa.

AUGUSTO ROA BASTOS

CRITERIO DE ESTA EDICION

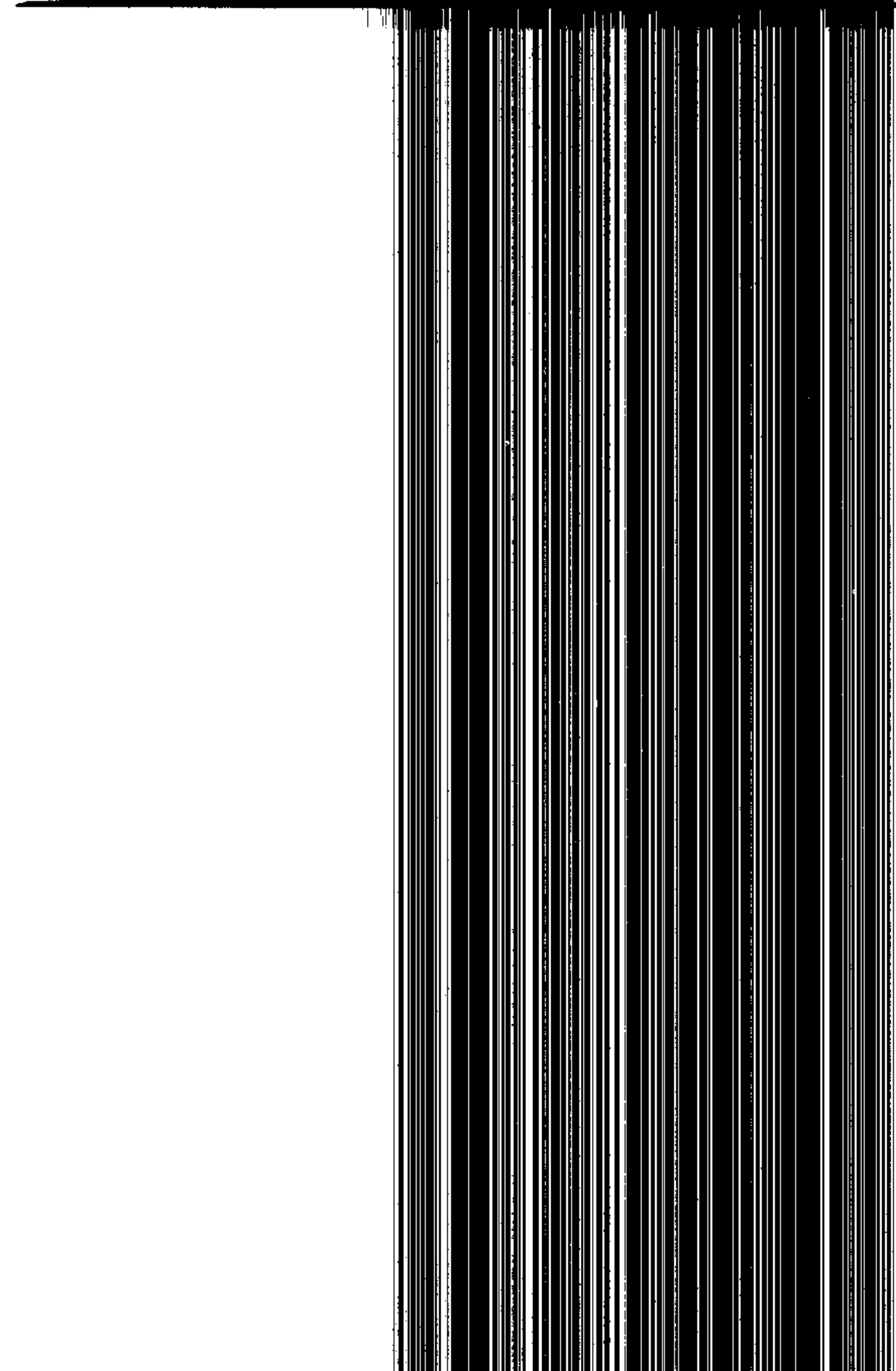
SE HAN REUNIDO en este volumen los textos que Rafael Barrett consagró al examen de la vida paraguaya a comienzos de este siglo, así como aquellos que, motivados en sus experiencias en la patria de adopción, le sirvieron para explicar los procesos sociales y morales de los hombres.

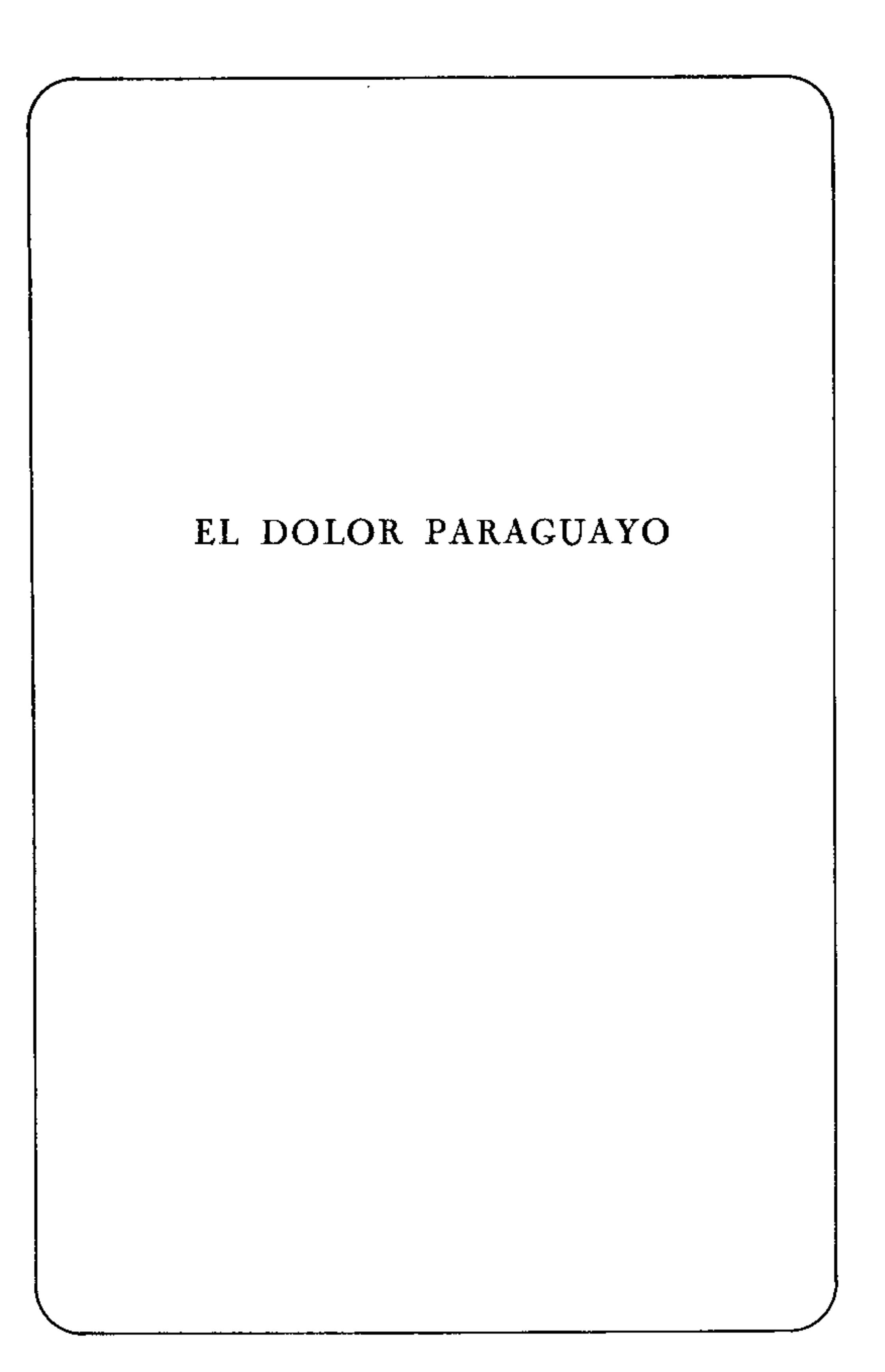
Para *Lo que son los yerbales* y *El dolor paraguayo* se ha seguido el texto de las primeras ediciones, modernizando sus grafías: Montevideo, O.M. Bertani, 1910, pp. 23 y Montevideo, O. M. Bertani, 1911, pp. 226, respectivamente. Las páginas que fueron agregadas a estos títulos en ediciones posteriores, fueron remitidas a la sección *Otros escritos,* junto con una amplia selección de sus artículos sobre la vida paraguaya. Varios de ellos, así como *La cuestión social,* fueron extraídos de la edición de *Obras completas* (Buenos Aires, Americalee, 1954, tres vols.).

En cuanto a las páginas inéditas en libro que han sido incorporadas a la sección *Otros escritos,* se indica al pie de cada una de ellas su procedencia. Se ha seguido la lección de los periódicos de Paraguay donde fueron publicadas, modernizando grafías, salvando erratas evidentes y enmendando puntuación cuando el sentido lo exigía. Las notas que acompañan estas diversas secciones procuran informar al lector de los sucesos históricos que influyeron sobre su redacción.

Se ha incorporado al final del volumen su conferencia sobre "El Progreso" y su extenso ensayo sobre "El Terror argentino" por cuanto completan, como teoría y como análisis del medio circundante, la problemática paraguaya que abordó Rafael Barrett.

B. A.





EL DOLOR PARAGUAYO

He entresacado de mi labor literaria de los últimos años los artículos referentes al Paraguay y aquí los he reunido. Resígnese pues el lector a los defectos propios de semejantes recopilaciones.

Es de estricta justicia mencionar al frente del libro la discreta colaboración de mi mujer, cuyo espíritu sutil alegra algunas de estas páginas.

R. B.

1909

EL DOLOR PARAGUAYO

EL MERCADO

BAJO un sol que a la pradera muy verde volatiliza matices y penumbras, las mujeres, envueltas en sábanas aleteadoras al viento, parecen una bandada de pájaros blancos que no acaba de posarse. Pero sus cuerpos, erguidos o acurrucados, están inmóviles. Con un noble ademán profético guardan de la luz sus negros ojos, señores de la llanura. Al lado de sus pies morenos, que al correr acarician la tierra, hay cosas humildes y necesarias, huevos tibios, "chipa" tierno que sirve de pan y de postre, leche, mandioca, maíz, naranjas doradas y sandías frescas como una fuente a la sombra. Apenas se habla. Nadie ofrece, regatea ni discute. Una dignidad melancólica en las figuras y en los movimientos. Las niñas tienen miradas serias y el reflejo de un pasado sobre su frente vacía. Más tarde abandonarán al emponchado su cintura cimbreante de hembras descalzas, sus senos obscuros y su boca parda, con el mismo gesto silencioso...

MUJERES QUE PASAN

Apenas son mujeres todavía... La costumbre de caminar descalzas, con el cántaro de Rebeca a la cabeza, les ha dado un andar fiero y flexible que ondula sus cuerpos jóvenes, ramas primaverales donde tiemblan los divinos frutos de los pechos. Casi tan inteligentes como manos, los pies desnudos y hábiles de esas niñas palpan la tierra caliente, poniendo en ridículo nuestros obscenos pies civilizados, cuyos dedos exangües, difuntos, callosos, retorcidos, engomados los unos a los otros, dedos de momia, ostentan la fealdad grotesca de lo impotente. ¡Tristes pezuñas charoladas! Las mujeres del pueblo no tienen contradicciones en su carne ni en sus almas sencillas y robustas.

Pasan con la suavidad tenue de un suspiro. Sus grandes ojos negros os miran de par en par, cándida y atentamente. Van serias, quizá graves. Vienen del insondable pasado y están impregnadas de verdad. Graciosas y pasivas, son el sexo terrible en que nacemos y nos agotamos, sagrado como la tierra; son el amor a quien se inclinan nuestros labios sedientos y nuestras almas hastiadas.

RINCON DE SELVA

El cimiento innumerable y retorcido sale de tierra en el desorden de una desesperación paralizada. Los troncos, semejantes a gruesas raíces desnudas, multiplican sus miembros impacientes de asir, de enlazar, de estrangular; la vida es aquí un laberinto inmóvil y terrible; las lianas infinitas bajan del vasto follaje a envolver y apretar y ahorcar los fustes gigantescos. Un vaho fúnebre sube del suelo empapado en savias acres, humedades detenidas y podredumbres devoradoras. Bajo la bóveda del ramaje sombrío se abren concavidades glaciales de cueva donde el vago horror del crepúsculo adivina emboscada a la muerte y tan sólo alguna flor del aire, suspendida en el vacío, como un insecto maravilloso, sonríe al azar con la inocencia de sus cálices sonrosados.

EN LA ESTANCIA

He aquí la naturaleza auténtica, el augusto desierto. En los sitios que hasta ahora conocía del Paraguay, el terreno y la vegetación me parecían querer acercarse, rodear e imitar al hombre, acompañarle en sus humildes cultivos, en su vida sedentaria y pequeña, ofreciéndole horizontes menudos, ondulaciones perezosas, perspectivas acortadas más bien por inextricables jardines que por selvas vírgenes, aguas delgadas y lentas, matices homogéneos y suaves, paisajes estrechos, de una placidez familiar y casi doméstica, de una tenue melancolía de viejo vergel abandonado. Aquí las cosas no nos recuerdan, no nos ven: llanuras sin término, de un pasto de búfalos, cruzadas por traidores esteros; bosques que ponen una severa barra obscura en el confín de lo visible; malezales cómplices del tigre y de la víbora; peligro y majestad. Ni el azar mismo nos concilia con esta soledad definitiva. Nada de humano nos circunda. Pudo el antropoide, tronco de nuestra extraña especie, no haber salido jamás del misterioso no ser a donde tantas otras especies tornaron al cumplirse los tiempos, y estos llanos alternarían idénticamente su ritmo infinito, y estos montes exhalarían en la lóbrega intimidad de su fondo, igual aliento salvaje. La inmensidad nos tiene prisioneros. "No", dice el cielo, ensanchado por la tierra; "no", dice el árbol que levanta sobre la siniestra espesura sus brazos eternos; "no", repiten los buitres inmóviles, espías de la muerte. Y para venir a encerrarse en perdurable encierro, con tan imponentes testigos, para afrontar todos los días, hasta el último de nuestros pobres días, tan grandioso y fatal espectáculo, preciso es traer otra soberbia negación en el alma, un odio implacable, o un desprecio feroz, o una tranquilidad terrible, o una resignación de granito.

¡Cómo os comprendo, rudos servidores de mi huésped, pastores taciturnos! Curtida está la piel de vuestras manos como la de vuestros tiradores de boyeros; vaciados estáis en áspera arcilla, hermana de la que pisan vuestros

pies incansables; las líneas de vuestros cetrinos rostros tienen la impasibilidad de estos campos adustos. Vuestras siluetas no turban la armonía secreta del ambiente, y vuestro oficio es el único que no lo profana. Devolvéis a su patria agreste los toros que otras generaciones capturaron y enloquecieron para diversión estúpida, y los dejáis recorrer con pezuña tarda y poderosa, leguas y leguas de dominio. Guardáis los rebaños del silencio, riquezas que gentes lejanas pesan y cotizan, aquí figuras de verdad y de belleza. Hacéis que el bárbaro testuz, en la gloria robusta de sus astas, se yerga sobre los altos haces silvestres, y que resplandezca el atento y magnífico espejo de los ojos bestiales. Pobláis el sombrío paraíso de los solos habitantes dignos de él.

Las escondidas divinidades rústicas acogen vuestra adormida tristeza. Apagada la esperanza en vuestros corazones, y en vuestra inteligencia la curiosidad, os acomodáis al yermo, a la desnudez desesperada de vuestras chozas y de vuestros instintos. Es que la desconfianza, el miedo y la sumisión inerte pesan en vuestra carne. Es que os pesa la memoria del desastre sin nombre. Es que habéis sido engendrados por vientres estremecidos de horror y vagáis atónitos en el antiguo teatro de la guerra más despiadada de la historia, la guerra parricida y exterminadora, la guerra que acabó con los machos de una raza y arrastró las hembras descalzas por los caminos que abrían los caballos, quizás ignorantes de vuestra orfandad y de vuestro luto; vivís desvanecidos en la sombra de un espanto.[1] Sois los sobrevivientes de la catástrofe, los errantes espectros de la noche después de la batalla. ¿Qué son treinta años para restañar tales heridas? Seguís vuestro destino, pastores taciturnos. En torno vuestro las flores han cubierto las tumbas; nadie es capaz de atentar a la formidable fertilidad de la tierra; el hierro y el fuego mismo la fecundan; no hay para ella gestos asesinos. Por eso, en su vitalidad indestructible, ella que recibió los huesos de los héroes inútiles no ha de negar su paz austera a los hijos del infortunio.

¿Quién intentará curar, consolar a los que lo perdieron todo: fe en el trabajo, poesía serena del hogar, poesía ardiente de una ternura que elige, sueña y canta? ¿Quién confortará a los que aún no rompieron en llanto y en ira? ¿Quién tendrá bastante constancia para combatir los fantasmas fatí-

[1]Barret se refiere a la guerra (1864-1870) entre el Paraguay y la llamada "Triple Alianza" (integrada por Brasil, Argentina y Uruguay). Al cabo de la misma, según estimaciones diversas, la población del país quedó reducida a una tercera parte, compuesta en su mayoría por mujeres, niños, ancianos y ex-combatientes mutilados y lisiados. La historiografía brasileña y rioplatense difundieron la especie de que había sido una "guerra civilizadora", dirigida contra la tiranía de Francisco Solano López. En el Paraguay se inició a principios de siglo una campaña de reivindicación de tendencia nacionalista-romántica, sostenida principalmente a través de las obras de Juan E. O'Leary y Manuel Domínguez. Sólo en estos últimos años, en el Río de la Plata, se ha producido una crítica histórica que ha enfocado la "guerra del Paraguay" con instrumentos de análisis más adecuados, sacando a luz los factores decisivos de lo que Barrett ha llamado, en otra parte, una "guerra de exterminio". Sobre estos hechos históricos, véase especialmente *La guerra del Paraguay*, por León Pomer, Ediciones Caldén, Buenos Aires, 1968, y *El Paraguay, de Francia el Supremo a la Guerra de la Triple Alianza,* por Vivián Trías, Cuadernos de Crisis, Buenos Aires, 1975.

dicos, bastante piedad y respeto al tocar las raíces sangrientas del mal, bastante paciencia para despertar las mentes asombradas, bastante dulzura para atraerse las criaturas enfermas? Universitarios que proyectáis regeneraciones, retóricos del sacrificio, abandonad esa colmena central y dispersaos por los modestos rincones de vuestro país, no para chupar sus jugos a los cálices ingenuos, sino para distribuir la miel de vuestra fraternidad. Talentos generosos prosperad todavía; haceos maestritos de escuela, curitas de aldea; acudid a la simple faena cuotidiana y en las tardes transparentes, á la vuelta del surco, hablad al oído a vuestros hermanos que sufren, que sufren tanto ¡que no saben que sufren! Pero si no hay amor en vosotros quedaos en lo colmena y dedicaos a la política. Vuestra solicitud sería la postrera y peor de las plagas. ¿He escrito política? Había olvidado —¡perdón!—, había olvidado la política. Había olvidado el recurso feliz, el emplasto de *Diarios oficiales,* la cataplasma oratoria. Había olvidado la farmacopea parlamentaria. Hemos progresado en religión: de muchos dioses hemos pasado a uno y estamos en vías de pasar de uno a cero. Nuestro poder terrestre ha progresado a la inversa: del tirano hemos pasado a la cuadrilla. El tirano, malo o bueno, representaba a Dios; no se suponga que la cuadrilla representa algún travieso y despreocupado Olimpo. Representa el pueblo; sí, pastores taciturnos, hay unos cuantos alegres señores que os representan. Tal vez no lo creáis; tal vez Dios no se haya creído representado nunca por Juana la Loca o por Carlos el Gordo. Ni Dios ha bajado todavía de las alturas a explicarse, ni tú, paciente pueblo, subirás de las honduras a explicarte. Desearías entender lo que sucede en las cámaras, mas el mecanismo administrativo es tan maravilloso, tan complicado, que los discursos elocuentes llegan a tus espaldas transformados en el rebenque del cabecilla. Y tú, penosamente, te encoges de hombros...

Basta. Esto es *demasiado humano* para este panorama imperioso y solemne. No soy un bucólico azucarado; sé que las plantas elegantes se roban el aire y la luz, que los tallos esbeltos se retuercen para estrangularse, que no es por estética que la golondrina decora el espacio con las graciosas curvas de su vuelo, sino por devorar una presa invisible; sé que lo hermoso y lo pujante brota de los cadáveres podridos. Y sin embargo, siento que de las sanas crueldades de la naturaleza se eleva una certidumbre sublime, ausente de las maniáticas y ruines crueldades de los hombres.

[*El Diario,* 1º de Junio de 1907]

DE PASO

VISIONES fugitivas del viaje... Debajo de los muelles de la capital, a medio día; hamacas prendidas a los postes oscuros, emponchados riendo, hembras desabrochadas y morenas, chiquillos infatigables, una multitud chillona y abigarrada, comiendo sandías, gozando de la sombra fresca, mojada; allá el sol, haciendo brillar la arena, los colores violentos de los cascos y de las arboladuras, de la tierra roja y del campo verde, un mosaico luminoso, agitado, un ondear lejano de confusas banderas; aquí el agua que tiembla, tenebrosa, las carcajadas, un loro que lanza su grito de esmeralda, los botes dormidos...

Ahora las ruedas del vapor baten el río acompasadamente. El cielo me parece enorme recién lavado. Los ríos son de un gris pizarra purísimo, lustroso, traslúcido. El pensamiento no se estrella contra las paredes del cuarto, ni contra las paredes de la calle, cubiertas de pintura sucia. Las ideas pueden acompañar a los ojos. El alma no se siente prisionera de la civilización. Un placer vasto me invade al considerar que la ancha corriente baja al océano con la misma soberana impasibilidad que si el hombre no hubiera existido nunca, y que los bosques agazapados a las orillas no fueron plantados por manos nuestras. La brisa acaricia mi frente, una brisa igual, sostenida; marchamos; oigo la respiración atormentada de los cilindros. Bajo mis pies hay un pequeño infierno, un grupo de condenados, medio desnudos, untados de grasa y de sudor, trabajando en un ambiente que me asfixiaría; son ellos, y no la máquina, los que empujan sin tocarme, los que me dan esta brisa deliciosa y este paisaje que desfila suavemente y esta sensación de libertad. A proa, acurrucado sobre una cadena que pinzan sus dedos de bronce, veo a uno de los esclavos. Veo su cabeza redonda, la lana de su cabello africano, los bíceps que remaban en las galeras de los reyes católicos, la nuca corta, pedazo de fuste, propia para el yugo.

El esclavo canta, su mirada me descubre y una impresión de desprecio y de alegría siniestra sube como una oleada de sangre a su rostro coriáceo.

La tarde. Rasgamos silenciosamente la trémula muselina líquida. El ocaso se desmaya a lo largo de la ribera. Un *mbiguá,*[1] cuchillo con alas, hiende horizontalmente el aire. La noche desciende del firmamento, hasta tocar la noche que sube desde el fondo de la tierra. Las estrellas despiertan una a una; sus imágenes palpitan bajo la onda como pálidas llamas. La masa del matorral americano pone en el espejo estremecido una negrura tétrica. Aguas negras, de un negro reluciente y aceitoso, de un negro lúgubre y cóncavo, a cuya margen misteriosa llega la ondulación de nuestra estela, arrancándole un reflejo metálico negro suntuoso y fatídico; aguas negras, encubridoras de serpientes, de ahogados con una piedra al cuello. Y esa negrura me penetra, me insinúa su frialdad de ultratumba. Y he aquí que la muerte me toca otra vez el hombro con el dedo, y me murmura al oído sus palabras familiares y horribles. Un suspiro de espectro mueve vagamente la atmósfera, y me parece que la naturaleza entera sufre la angustia de una pesadilla sin nombre.

He estado a punto de cazar un tigre. Se me ponen los pelos de punta al recordarlo. Eramos cinco hombres, armados hasta los dientes. Me parecían pocas las nueve balas de mi winchester. Al caer de la tarde llegamos a los dominios de la fiera: la curva y baja orilla del Manduvirá; una playa de blanca y apretada arena, donde los cascos de los caballos se hundían sin ruido; a cien metros, el monte inextricable, una capa de maleza y de árboles chatos, cuyas raíces desnudas y pulidas por las crecientes se retorcían entrelazándose como los huesos de un desenterrado ejército y la sombra sigilosa, helada de aquellos escondrijos inexplorables se destacaba sobre la palidez del suelo que pisábamos lentamente. Una soledad, un silencio fúnebres. Ni un zumbar de insecto, ni un grito de ave. Marchábamos con los ojos en tierra, escudriñando rastros posibles. De pronto F. se detiene, y nos muestra huellas recientes, profundas, que se me antojaron enormes; allí estaban las garras del animal, las uñas clavadas en abanico; un estremecimiento nos sacude, callamos, y al fin L. exclama:

—¡Si son los perros!

Efectivamente, eran los pasos de nuestros perros. Suspiramos alegremente, y seguimos adelante. Nos metemos entre los macizos, rodeamos el matorral. Nada. Un peón se deja ir abajo, y nos hace seña. Alto. El corazón se nos sale por la boca. El peón acecha, arma su escopeta, se agacha, se desliza semejante a un gato montés. No respiramos, el dedo en el gatillo. El hombre de la naturaleza ve lo que no vemos y oye lo que no oímos; avanza;

[1]*Mbiguá* (voz guaraní). Ave acuática, especie de somorgujo. *Phalacrocorax olivaceus* Humboldt.

sólo él adivina las pupilas fosforescentes del felino; sólo él *sabe*. ¿Pero qué? El hombre de la naturaleza vuelve a su montado, pronunciando palabras que no comprendo.

—¿Qué hay?— pregunto a L.

—Poca cosa. Un pato que ese zonzo quería acertar.

El retorno. Un celaje imaginado por las hadas. La noche magnífica, dorando el borde de su manto en la llama moribunda del sol. El bañado sin fin. De lejos en lejos las palmas suben derechas y cilíndricas, abriendo en el aire sus manos inmóviles. Los juncos lívidos, forman un mar inmenso en que nos sumergimos hasta la cintura; los caballos desaparecen casi; golpean con sus patas el fondo invisible, encharcado por las recientes lluvias; no se creería que caminan, sino que nadan y que debajo de nosotros yace el abismo amenazador. No hay luna. Los astros altísimos encienden sus mil luces húmedas, y en torno nuestro encienden las suyas los insectos enamorados. Una gran voz incansable, una gran plegaria, un gran lamento vago asciende al cielo, todas las voces y gemidos y susurros de la vida; el sapo lanza su silbido misterioso, su aviso que no entiendo, que quizá me llama a la tiniebla donde se engendra lo horrible. El silbido se va quedando atrás, y de repente suena a mi lado. El mundo se liquida, todos los contornos se funden. No distingo ya a mis compañeros. Estoy completamente solo en el infinito; me siento absorbido por las fuerzas y los instintos de la realidad impenetrable. Deseo reclinarme en el suave mar de los juncos, tocar el fresco lodo donde los sapos silban y dormir, como un centauro agobiado de fatiga, el más largo e inerte de los sueños.

[*Los Sucesos*, 15 de Enero de 1907]

El sol. El aire arde como una llama invisible. Entre la tierra calcinada y las zarzas secas, sedientas, hierven los insectos. Todo está blanco, de un blanco implacable de metal en fundición. La temperatura, de puro excesiva, apenas se siente. Un aturdimiento, una impresión de que pesamos el doble, de que nos hundimos en una hoguera que no nos consume porque no somos quizás más que cenizas. Imposible pensar. Caminamos empujados por el impalpable aliento del horno. El sol: estamos dentro del sol.

Llegamos a un ancho pozo, anegado de un líquido de color de leche sucia. ¡Agua! Vivimos. Al lado del pozo lava sus harapos una vieja. Su rostro es negro, sus manos también. Carbón. Ni nos mira; pero le gritamos y nos da una lata donde bebemos con los ojos cerrados, deliciosamente. En uno de los viajes, trae la lata una ágil cinta verde y roja, que se retuerce y nada y se pega al borde en anillos brillantes. Es la más ponzoñosa de las víboras, la más pequeña y graciosa; el *ñandurie,* para cuya picadura no hay remedio. Su elegante cabecita se yergue y se petrifica un momento, semejante a un ágata esmaltada de oro. Su lengua ahorquillada, fina al igual de

las antenas de la mariposa, asoma rápida. Joya ligera de la creación, doblemente bella por el poder de la muerte, contemplamos al reptil sin atrevernos a respirar...

Y de pronto *Celé,* el más taciturno y feo de nuestros peones, el de la cara tosca y rígida, el de las hondas órbitas ensombrecidas por cejas salvajes, el de la mirada glauca y divergente, se acerca con su paso de siervo insensible, y alargando sus dedos encallecidos, agarra la víbora con gesto indiferente y seguro. Un estremecimiento de horror en nosotros, ante el suicida que aprieta el gatillo... Y la delicada serpiente se enrosca en los dedos encallecidos y la elegante cabecita mortal se reclina amorosamente sobre la carne del siervo... y *Celé,* con voz sorda, lenta, igual, murmura:

—No muerde... Cuando no la veo, tengo miedo... Cuando la veo, no tengo miedo...

Celé ha guardado su *ñandurie* bajo el sombrero de anchas alas y continuamos la marcha candente, fulminada de sol.

[*Los Sucesos,* 15 de Enero de 1907]

Baile nocturno, en un rancho. A uno de los gruesos postes que sostienen el techado de paja han colgado un farol que humea. Sobre el césped, mujeres sentadas, con botellas de caña delante, y un cabo de vela encendido. Entro en el aposento casi a obscuras, donde las parejas surgen y se vuelcan como espectros; fuera, bajo los árboles, una música estridente y bárbara, que perfora el oído y el corazón. Los pies desnudos frotan la tierra, y dos cabezas pegadas, dos bustos incrustados uno en otro desfilan a instantes bajo el fulgor de la triste lámpara, y se sumergen otra vez en la penumbra. La hembra, aplastada contra el pecho del macho, parece dormir; el hombre muestra su faz de bronce, cuajada de una gravedad fúnebre; el sudor desciende en amplias gotas por su cabello metálico. Faz de Cristo ajusticiado. Pasa un joven lampiño, de mechón sobre la oreja, chambergo torcido y abanico al puño. Sus pupilas de cristal relucen y sus labios se rizan en una sonrisa infame. Lleva prisionera una arpía descarnada, de rasgos de mono, cuyo pelo ralo, untado de aceite, se pega al hueso. Y después, de frente, avanza un anciano colosal. Su poncho me oculta a quien va envuelta entre los largos flecos; la distingo después, acostada en los robustos brazos del pirata. La frente estrecha y pura resplandece en la sombra; claridad suave, balanceada por el oleaje humano. El oleaje me la torna a intervalos y admiro los ojos inocentes, la boca inmaculada en medio del hedor nauseabundo de los cuerpos en celo. Y vuelve más tarde y vuelve, como una aparición celeste y la pierdo y la encuentro y se marcha para siempre, en la onda incierta del baile; se marcha la cabellera pálida, se marcha la blusa blanca, que estruja por la mitad una garra velluda.

Media hora más, y será de noche. La campiña, delante de mí, sube levemente; allá, una lejana ondulación extiende, bajo la faja obscura del celaje,

su larga pincelada azul. Todo se va apagando. El verde de la llana y jugosa vegetación recorta sus mil siluetas inmóviles y ensombrecidas. Ahora el tabique de las nubes densas se resquebraja, y una sinuosa línea de fuego, resplandor del ocaso oculto, cruza el ancho horizonte. *Carobení* acuesta su laborioso rancherío bajo la vaga tiniebla. Pero arriba, muy arriba en el cielo fantástico, brillan de repente destellos de plata. El *moiré* de una blanca seda luminosa palpita en el espacio. El aire lleva dulzuras de leche. Es la luna, la suave y pálida aurora de la luna, el ensueño que se eleva sobre la fatiga humilde de la jornada concluida. Oigo cerca de mí el preludiar tembloroso de una guitarra. En el sosiego nocturno, la poesía visita el corazón de los hombres.

Una voz varonil, exenta de la vanidad italiana, de la complacencia sonora y teatral. Esa voz no se escucha a sí propia. Es una voz panteísta. Un gangueo que se pierde entre las cuerdas arañadas, un suspiro ritmado. Dos tonalidades monótonas. El turno idéntico de la ola y la resaca. El sonido del viento cansado, del agua pobre. Los ruidos confusos de la vida miserable y rústica.

Y el rumor habla, explica, se ríe en lentas carcajadas lúgubres. Chistes salmodiados por un lamento. Una copla se suelda a otra; el amor y la muerte y la burla sueltan su letanía sin fin al rasgueo igual de la guitarra. Tristeza terca, solución lanzada al firmamento impasible, donde reinan las estrellas de siempre.

La aridez y la obstinación de la queja parece algo inexorable: ¿el destino? ¡Qué resignación en ese murmullo soñoliento! La letra se estremece en los episodios cómicos con un espasmo de ironía áspera. La mujer: el deseo rápido y feroz, otro espasmo. Y el fondo continuo de las cosas es la amenaza del cuchillo, la gloria del cuchillo. Las almas tienen color de sangre.

De nada sirve la casta claridad que transfigura el ambiente, el tibio reposo en que los animales duermen, en que la tierra inagotable se prepara a la fecundidad de un nuevo día; de nada sirve la paz en que nuestro pensamiento se reconcilia con lo necesario, en que aceptamos el dolor y robustecemos nuestra esperanza combatida: el quejido de la guitarra repite el eterno poema de la sangre...

[*Los Sucesos*, 27 de Diciembre de 1906]

No he perdido el tiempo en Villarrica. He conocido a Bernardo. No se anima a decir su apellido "porque es muy feo". ¿Lo sabe él mismo? Trabaja en los obrajes, en las estancias, si quiere y como quiere, cuando necesita dinero, lo que no le ocurre casi nunca. Tiene veinte años. Pasó tres, muy joven, en los yerbales. Su patrón le daba de comer, a peso de oro, carne podrida de burro y de yegua. Resistió el desgraciado a los reumatismos y a las fiebres. No fumaba, no bebía; a fuerza de sobriedad y de orden, pudo

arreglar su cuenta y huir. Bernardo es uno de los pocos esclavos que no han dejado los huesos en el Paraná. Ha recorrido después, guitarra a la espalda y canción en la boca, el Paraguay en todos sentidos. Le llaman loco. Lleva la alegría y la libertad a todas partes.

Tiene los ojos negros, chicos, iluminados; le deben de llamar loco porque mira cara a cara, con intensa plenitud. Dientes sólidos, apretados como una barricada; labios largos y movibles; mejilla enjuta; pelo salvaje. Un tórax de gorila y altas piernas. Camiseta y pañuelo al cuello (nada de política), bombachas. El movimiento continuo. Se diría que está siempre dispuesto a volar por los aires.

Habla a grandes voces, con carcajadas terribles. Su laringe, de un registro vasto, contiene un mundo de aullidos, de melodías, de rumores sordos, la música de la selva virgen. Es incapaz de distinguir los amos de los sirvientes, los que lucen sacos de los que arrastran poncho. A él —cosa extraordinaria— todos le parecen semejantes. A todos trata igual. Nos interpela con el sombrero puesto, y nos planta en el hombro su zarpa noble, revocada de la roja tierra guaireña.

Entra en las casas y en los ranchos, se sienta tranquilamente. Ríe de los rostros indignados, desarma con sus chistes ingenuos, toca y canta y encanta con su arte primitivo y penetrante. Los niños le adoran. ¿Las mujeres?... Son niños también. Bernardo apenas llegado a un pueblo, es el correo amoroso de las muchachas en noviazgo, y el amante o el novio de las que están desalquiladas. Propio o ajeno. Pasea el amor, un amor tolerante y plácido, sin inquietudes ni celos, un amor que juega y escapa como un pájaro y en su guitarra viaja una poesía irregular y vivificante como el viento. Bernardo es un Lohengrin sin tragedia, una promesa que cruza el cielo. Y las señoritas lánguidas van a charlar con él en la penumbra de las cocinas y de los patios.

Bernardo ignora sus padres. Rebosante de fraternidad bulliciosa, no piensa aún engendrar hijos. La imagen de la *china* abandonada, harapienta, en medio de sus pequeños, macilentos y sucios, le causa horror.

El hará su nido más tarde, cuando no sea tan "loco". Ahora se siente "nuevo" todavía. Bernardo no sospecha que siempre será "nuevo", ¡que nunca envejecerá!

Este bárbaro se adelanta a su siglo. No practica ninguna noción de propiedad. Se alimenta y se viste sin darse cuenta. Lo indispensable a su simple existencia, lo toma, y lo toma sin ocultarse, sonriendo lo mismo que Robinson en la isla. Un estanciero explotaba a Bernardo innoblemente. Bernardo, harto ya, montó en el mejor caballo del establecimiento, y *disparó.* Era el único medio de salvarse. Cuando se creyó seguro, tiró la montura a una maciega, y largó el animal. Meses después se topa con el dueño, que le amenaza con la cárcel. Bernardo acepta enseguida, porque "nunca había estado allí". Lo mandan a la policía, donde se hace amigo íntimo del jefe, del sargento, de los soldados, por su jovialidad imperturbable, por la huma-

nidad profunda que irradia su cabeza erguida, y los deja a las pocas semanas, desconsolados de su ausencia.

El alma de Bernardo no se ha manchado con la ira, ni con la codicia, ni con la lujuria, ni con el miedo. En ella se reflejan límpidamente los astros y la bondad fugitiva de los hombres. Alma de *loco*... alma de poeta.

Bernardo me ha comunicado su proyecto de visitar la Asunción.

[*Los Sucesos,* 2 de Enero de 1907]

GUARANI

PARA algunos, el guaraní es la rémora. Se le atribuye el entorpecimiento del mecanismo intelectual y la dificultad que parece sentir la masa en adaptarse a los métodos de labor europeos. El argumento comúnmente presentado es que, correspondiendo a cada lengua una mentalidad que por decirlo así en ella se define y retrata y siendo el guaraní radicalmente distinto del castellano y demás idiomas arios, no sólo en el léxico, lo que no sería de tan grave importancia, sino en la construcción misma de las palabras y de las oraciones, ha de encontrar por esta causa, en el Paraguay, serios obstáculos la obra de la civilización. El remedio se deduce obvio: matar el guaraní. Atacando el habla se espera modificar la inteligencia. Enseñando una gramática europea al pueblo se espera europeizarlo.

Que el guaraní es diferente del castellano, en su esencia, no se discute. Se trata de un lenguaje primitivo, en que las indicaciones abstractas escasean, en que la estructura lógica a que llegan las lenguas cultivadas no se destaca aún. El guaraní demuestra su condición primordial por su confusión, su riqueza profusa, la diversidad de giros y de acepciones, el desorden complicado en que se aglutinan términos nacidos casi siempre de una imitación ingenua de los fenómenos naturales. "Lejos de comenzar por lo simple, dice Renan, el espíritu humano comienza en realidad por lo complejo y lo obscuro". Vecino a la misteriosa inextricabilidad de la naturaleza, el guaraní varía de un lugar a otro, formando dialectos dentro de un dialecto que a su vez es uno de los innumerables del centro de Sud América. Nada sin duda más opuesto al castellano, hijo adulto y completo del universal latín.

Todo esto es un hecho, mas no un argumento. En Europa misma vemos que no son los distritos bilingües los más atrasados. Y no se crea que la segunda habla, la popular y familiar, en tales distritos usada, es siempre una variante de la otra, de la nacional y oficial. Vizcaya, región en que se practica

un idioma tan alejado del español como el guaraní, es una provincia próspera y feliz. Algo parecido ocurre en los Pirineos franceses, en la Bretaña, en las regiones celtas de Inglaterra. Y si consideramos las comarcas en que es de uso corriente un dialecto de la lengua nacional nueva, sacamos una enseñanza, la de la tenacidad con que el lenguaje, por fácil que parezca su absorción en el seno de otro lenguaje más poderoso y próximo, perdura ante las influencias exteriores. Cataluña es un buen ejemplo de lo apuntado, y así mismo Provenza, cuya luminosa lengua ha sido regenerada y como replantada por el gran Mistral.

La historia nos revela que lo bilingüe no es una excepción, sino lo ordinario. Suele haber un idioma vulgar, matizado, irregular, propio a las expansiones sentimentales del pueblo y otro razonado, depurado, artificial, propio a las manifestaciones diplomáticas, científicas y literarias. Dos lenguas, emparentadas o no; una plebeya, otra sabia; una particular, otra extensa; una desordenada y libre, otra ordenada y retórica. Casi no hubo siglo ni país en que esto no se verificara.

Pobre idea se tiene del cerebro humano si se asegura que son para él incompatibles dos lenguajes. Contrariamente a lo que los enemigos del guaraní suponen, juzgo que el manejo simultáneo de ambos idiomas robustecerá y flexibilizará el entendimiento. Se toman por opuestas cosas que quizá se completen. Que el castellano se aplique mejor a las relaciones de la cultura moderna, cuyo carácter es impersonal, general, dialéctico ¿quién lo duda? Pero ¿no se aplicará mejor el guaraní a las relaciones individuales estéticas, religiosas, de *esta raza* y de *esta tierra?* Sin duda también. Los enamorados, los niños que por vez primera balbucean a sus madres, seguirán empleando el guaraní y harán perfectamente.

Se invoca la economía, la división del trabajo. Pues bien, en virtud de ellas se conservará el guaraní y se adoptará el castellano, cada cual para lo que es útil. Las necesidades mismas, el deseo y el provecho mayor o menor de la vida contemporánea regularán la futura ley de transformación y redistribución del guaraní. En cuanto a dirigir ese proceso por medio del *Diario Oficial,* ilusión es de políticos que jamás se han ocupado de filología. Tan hacedero es alterar una lengua por decreto como ensanchar el ángulo facial de los habitantes.

[*Rojo y Azul,* 3 de Noviembre de 1907]

LA POESIA DE LAS PIEDRAS

¿HABRÁ algo más lejano de un espíritu que una piedra? Y como en este mundo todo es espíritu, según han reconocido, por la virtud divinatoria de su genio, cuantos pueblos han brotado sobre el haz de la tierra, forzoso es imaginar qué dolor inefable ha convertido la luz en opacidad, la ligereza en pesadez y el sutil movimiento en inmovilidad tétrica. ¿Qué criminal maldito yace en el canto que rueda bajo nuestro pie indiferente, qué raza condenada cuaja su desesperación en las vastas rocas que rompen la montaña como huesos mal enterrados? Víctor Hugo, sobre ciertos peñascos negros, se ha atrevido a poner los nombres de los que deshonraron la historia. Novalis, más tierno, ve estatuas en las peñas. "Tan sólo en estas esculturas que nos quedan de los tiempos pasados de la belleza humana, dice, se traslucen el espíritu profundo y la comprensión singular del mundo mineral; y delante de ellas, el contemplador pensativo siente que le envuelve una corteza pétrea que parece desarrollarse hacia el interior. Lo sublime petrifica; por esto no nos es permitido extrañarnos ante lo sublime de la Naturaleza y ante sus efectos, o ignorar adónde lo sublime se encuentra. ¿No podría la Naturaleza haberse petrificado a la vista del rostro de Dios, o en el terror que le causó la llegada de los hombres?".

Los campesinos paraguayos, herederos de muchas creencias guaraníes, comprenden la tristeza de las piedras. Rara vez las asocian a buenos agüeros, quizá porque no conocen las gemas trasparentes, las cuales son menos prisioneras de la fatalidad, ya que el día variable y matizado puede visitar su sólido seno. Casi ningún guijarro representa un secreto alegre. Los metales, los vidrios y cristales y espejos resplandecen por la humana industria, y en ellos se borran los designios tenebrosos de su primer origen. En el estado bruto, apenas ofrecen los áridos minerales una sonrisa a la ingenuidad paraguaya.

Sin embargo, así como la sustancia inorgánica que se forma en las entrañas de algunos peces y ya desprendida de ellos flota en el mar, constituye una feliz promesa para ciertas poblaciones europeas, también aquí la leyenda vaticina suerte dichosa a los que se apoderen de la menuda piedrecita guardada por el maravilloso *caburei,*[1] el pájaro breve de la noche y del destino. Unos aseguran que la piedrecita está en la cabeza del ave, como en la del sapo boreal el famoso diamante de la tradición. Otros aseguran que está en el fondo del nido. El *caburei* posee otras misteriosas virtudes, de las que me ocuparé cuando trate de la poesía de las alas. Por lo general, empero los enigmas de las piedras son melancólicos. "No recojas piedras, que trae miseria", aconseja la sabiduría popular. "No te sientes sobre piedra, que te volverás perezoso". Veo en este suspiro la confesión de la indolencia tropical, de los lazos densos que atan al suelo y paralizan la energía del hombre. Las piedras son cosa de sueño sin ensueños y de muerte. Alrededor de las crucecitas anónimas que se levantan aquí y allá en la soledad de los campos, descubriréis piedrecillas amontonadas; son ofrendas a la divinidad de las tumbas. En lugar de la ancha lápida en que graban los ricos una vanidosa inscripción, la piedad rústica eleva un agreste túmulo en que ha colaborado la humildad dispersa de las piedras. Las piedras, cadáveres errantes, meditan sin cesar de un modo fúnebre y son los fieles hermanos del olvido.

Un mito extraño existe en el corazón de Tasmania. Más allá del sepulcro, en una infinita y desolada llanura, las almas caminan en busca de la eterna paz o del eterno desconsuelo. La salvación no depende de un Dios que juzgue las acciones de la vida terrestre, sino del más impenetrable de los Dioses: el azar. Hay dos piedras en la fatídica llanura, blanca la una y negra la otra. El que da con la primera gana el paraíso, y el que da con la segunda cae al irremediable infierno. Piedrecita blanca, escondida en el nido del *caburei,* ¡compadécete de las cándidas nostalgias de un pueblo castigado, y adorna su abandono con las imaginaciones de lo imposible!

[*Rojo y Azul,* 23 de febrero de 1908]

[1]*Cavure'i* (voz guaraní). Especie de búho pequeño. *Glaucidium brasilianum* Gm.

HERBORIZANDO

A FUERZA de vivir en compañía de ellas, han podido los campesinos arrancar alguno de sus secretos a las plantas. Por distinto que parezca el mundo vegetal del mundo animal, hasta el punto de haberse inventado, para explicar la presencia de tan extraños seres en nuestro planeta, la curiosa hipótesis de gérmenes siderales traídos por aerolitos o piedras del cielo, ello es que algunas relaciones ya prácticas, ya simbólicas ha descubierto la ingenuidad de los pueblos entre el hombre y los más humildes organismos de la tierra.

Todas nuestras enfermedades tienen su remedio en las yerbas del campo. Esta verdad que la medicina no acepta, empeñándose en apelar a la química y a la bacteriología, la saben los paraguayos no contaminados por la civilización. Para reconocer los medicamentos naturales, que crecen en los abiertos prados o en el misterio de las selvas, es indispensable el cándido corazón de los brujos, los curanderos y los locos. Ellos ven lo que nosotros no vemos, lo que nuestra inteligencia nos oculta, según la admirable frase de Anatole France. Conviene igualmente la pureza y la fe para que el remedio salve. No se salva el que quiere, sino el que lo merece, y nada es tan respetable como esta armonía entre la justicia y la ciencia. El que no tenga fe que acuda a los médicos.

Son innumerables las especies que sirven la terapéutica primitiva y absoluta. No dispongo de erudición ni de tiempo para mencionarlas ni clasificarlas. Herborizaré en este herbario, espigaré su poesía. Nos enternece encontrar que el clavel blanco sana el corazón, el jazmín los ojos y que la rosa paraguaya cicatriza las heridas. Las flores que además de encantarnos y de hacernos soñar nos curan, son las más santas de las flores; se asemejan a esas bonitas hermanas de caridad, cuyas blanquísimas alas agita el viento. Es delicioso pensar que hay pétalos que nos protegen.

Pero el rocío mismo, cuando se cuaja en ciertas hojas privilegiadas, nos alivia y embellece. Así no ignoran las niñas que para evitar las pecas y dar ternura a su rostro es preciso levantarse cuando todavía es de noche, y recoger el casto rocío que tiembla en el *capüpe*.[1]

¿Y qué diré de la moral, mucho más importante y más real que lo físico? Hay plantas venenosas y medicinales; las hay de funesto presagio y de feliz agüero. Hay las que reaniman la carne; hay las que favorecen las pasiones y alegran el espíritu. La ruda en vuestra casa os acarreará dichas, mas es necesario coger las florecillas la noche de San Juan y esto no está al alcance de cualquiera; las almas condenadas harán lo posible para estorbároslo entre las sombras nocturnas; os gemirán y espantarán tal vez, os tirarán de las ropas y os apagarán las luces. En cambio el paraíso ocasiona miseria y tristeza, el sauce llorón muerte y ruina y en cuanto a la albahaca, es indudable que introducirá en vuestro domicilio gentes cursis y comprometedoras. Temed al cocotero: atrae el rayo. Que las muchachas no alberguen la aromita, porque no se casarán nunca.

El *ca'abotorï*[2] es favorable al amor, y es muy buscado. Las niñas lo llevan en el seno sin decir nada. Si no sois simpáticos al genio malicioso de la naturaleza, esta yerbita se volverá invisible en la campiña, anhelando hallarla, la pisaréis sin daros cuenta. El *toroca'á*[3] os conquistará el hombre preferido; debéis ¡oh vírgenes dulces!, arrodillaros ante la planta, asearla y acariciarla. No está demás que le recéis un padre nuestro, siempre que no hagáis la señal de la cruz. Si deseáis libraros del veneno de los celos, trenzad el *toroca'á* y si al día siguiente véis la yerba destrenzada por el asta ardiente del toro, podéis ir tranquilas.

Sobre este comercio sutil entre los vegetales y la población, reina el mate como soberano de antiquísima estirpe. Por el mate se absorben casi todas las medicinas silvestres. Mediante el mate se enamora, se mata y se embruja. Un signo, un polvo, un pelo bastan para lo irremediable. Y del fondo del Chaco, de donde un tentáculo de humanidad se hunde en el seno de la Esfinge, vienen fórmulas fatídicas. Si de pronto os hierve el cerebro y echáis gusanos por la nariz, u os acomete otra dolencia igualmente monstruosa, recordad qué blanca mano, trémola de odio, os ha ofrecido el mate. Todo lo malo y la bueno de la historia está en el mate, comunión de labios y de ensueños, fetiche de una raza, oscura cáscara, hueca geoda en que duermen los siglos, fulgor inextinguible, calor de sangre que se pasan de palma en palma las generaciones. El mate lo ha escuchado todo, lo ha adivinado todo, confidencias terribles, esperanzas siempre abatidas, juramentos sombríos. Aplicadle el oído y percibiréis en él las mil voces confusas del inmenso pasado, como en el viejo caracol los rumores del mar.

[1]*Capi'ipé* (voz guaraní). Nombre común de varias especies de pasto o gramilla.

[2]*Ca'avotory* (voz guaraní). Literalmente: hierba o planta dichosa o alegre.

[3]*Toroca'á* (voz híbrida, castellano-guaraní). Literalmente: planta del toro. Planta aromática, muy apetecida por el ganado. *Pterocaulon polystachium* D.C.

LAS BESTIAS-ORACULOS

PEQUEÑOS seres extraños, pequeños monstruos que trotan, zumban, huyen, arañan, vuelan, miran o rascan; ellos encierran un sentido simbólico relacionado con designios vastos. Presiden más o menos a la suerte, y les siguen hasta su escondrijo miradas pensativas.

Las mariposas, pétalos volantes, no auguran nada malo. Son felices mensajeros, como las libélulas que lucen sus maravillosos barnices al sol. ¡Oh divinas libélulas que se aman en el aire! "Ningún gesto de mayor encanto amoroso puede imaginarse, dice Gourmont, que el de la hembra al encorvar lentamente su cuerpo azul, haciendo la mitad del camino hacia su amante, que erguido sobre sus patas anteriores, soporta, con los músculos crispados todo el peso de este movimiento. Se diría, de tal manera es inmaterial y puro el espectáculo, dos ideas que se juntan en la limpidez de un pensamiento necesario". Las mariposas hechas de seda impalpable y las libélulas cuajadas en diamantes sutiles son sonrisas fugaces de la naturaleza. Al pasar nos prometen la dicha.

Pero las avispas ocultan un aguijón envenenado y si bien las negras se limitan a anunciarnos la llegada misteriosa de un olvidado y remoto viajero, las amarillas significan muerte. El escarabajo sagrado en otras partes, no tiene la menor influencia en el Paraguay; nadie le hace caso. Si encontráis en casa una cigarra, reíd y cantad con ella; es portadora de noticias alegres.

Todo lo aturdida que es la cigarra, es sabia la hormiga. La hormiga es alquimista, arquitecta, guerrera y nigromántica. La hormiga entiende el guaraní. No me atrevo a afirmarlo de cuantas especies de hormigas hay, pero no tiene duda el asunto para las guaicurúes, las feroces por excelencia, las que devoran a sus congéneres. Si al cruzar el bosque halláis algún cordón de hormigas guaicurúes y os da la malhadada ocurrencia, de decirlas *"Adio, âgâ pihare tapejomi che visitavo"*, o sea; *"adiós, vayan esta noche a visi-*

tarme un poco", descuidad, que os harán saltar de la cama y os dejarán el domicilio devastado por una invasión formidable. Si las habláis pues en guaraní, sed precavidos.

Las molestas, innumerables y fúnebres cucarachas no comprenden quizás los idiomas humanos; sin embargo se las logra convencer de que deben alejarse, si se emplea un curioso subterfugio. Escribid en un papel la palabra *cucaracha,* y arrojadlo a la calle. Apenas un transeúnte lo recoja, las cucarachas emigrarán en masa de vuestra vivienda y se irán a la del imprudente.

¿Quién sospecharía que la víbora adivina la preñez, y hasta la respeta? La mujer a quien sale en el campo una víbora, está embarazada y de varón. El reptil se guardará bien de atacarla.

Me satisface en extremo descubrir que la ágil lagartija vaticina felicidad, lo mismo que las ranas y los sapos, cuando son muy jóvenes. Esta rehabilitación de los sapitos, tan graciosos con su trasero clavado en tierra y la cabecita inmóvil y levantada, es muy justa. Las ranitas son aún más pueriles y tímidas. Y cuando ellos y ellas, en la penumbra mojada de los crepúsculos lluviosos, tocan sus guitarras sonoras con desesperado lirismo, es cuando apreciamos el tesoro de sus almas dolientes y románticas. Los yacarés a pesar de su facha infernalmente sombría no tienen leyenda. ¿Cómo explicarlo? La América del Sur, según creen los geólogos, pertenece a los más primitivos terrenos que surgen hoy del mar, y formó un tercio del colosal continente antártico en la época jurásica. Nuestros yacarés son los abuelos de los cocodrilos que en Africa llegaron a dominar los ensueños de las errantes tribus. Hoy aún en Madagascar, la moral y la civilización autóctona están impregnadas del espíritu siniestro de los grandes saurios. "En el cocodrilo, cuentan los hermanos Leblond, los indígenas se someten a la fuerza y como a la tiranía de la fealdad. Su fealdad les ha herido y la copian en sus ademanes de terror, y la cantan en ritornelos semi-cómicos, compuestos para ser clamados cuando se atraviesa los infestados ríos. Admiran esta fealdad como los anamitas adoran al tigre; algunas familias tienen a mucho honor descender del cocodrilo. Brujos y brujas se ufanan de cohabitar con él en los juncales, habiendo logrado domesticarle pacientemente, quizá haciéndole comer una cierta raíz que aprieta las mandíbulas...".

Lo único que del yacaré se murmura es que corrige su propia fecundidad sacrificando una porción de la prole. El yacaré padre condena a los hijuelos que no saben nadar. Para ello lanza al agua un palito, y les obliga a jugar con él. Les observa un rato y se traga a los torpes. En este rasgo vislumbramos el tenebroso ingenio que nació del abismo.

Nada más propio que las alas para llevar los presagios. ¿Por dónde vendrían las buenas o malas noticias con mayor celeridad y misterio que por el aire? Un pájaro que cruza la esfera se parece a un pensamiento. Es un

rápido símbolo del presente que pasa preñado de futuro. Las aves, nocturnas, de vuelo cruel y aterciopelado, de ojos dementes, rodeados de lúgubres ojeras, son de pésimo agüero al otro lado del Atlántico. Aquí las lechuzas y búhos se libran de esta fama; el *guyra yaguá* la tiene y fúnebre. Su grito corto y extraño, *¡cúa!* significa pozo, tumba. Augura la muerte. El *cârâu*[2] es señal de discordia. Su aspecto es triste. Su historia notable. Ha sido un buen mozo en otro tiempo. Un día que se pavoneaba en el baile fueron a decirle que su madre estaba agonizando. "Lugar hay de reír y no de llorar", contestó, y siguió divirtiéndose. Cuando volvió a casa, su madre había muerto, y desde entonces el *cârâu* es la imagen de la melancolía y llora sin cesar. Las palomas traen miseria. El *châhâ*[3] hace de centinela fiel, como los clásicos gansos. La gallina, si riñe con una compañera, avisa odios, y si se olvida de su sexo hasta el punto de imitar el canto del gallo, anuncia desgracia. El pavo real produce antipatía y disgustos; las muchachas que conservan para adorno de sus alcobas las plumas esplendorosas del amigo de Juno se casan difícilmente y semejante creencia es signo de la discreción paraguaya, contraria a toda farsante prosopopeya. El *pitogüe*[4] canta de tres maneras distintas; la una previene visita, la otra boda, la otra revela que está encinta la mujer que la oye. La picaflor, prodigiosa y diminuta, es portadora de felicidad; los niños mismos son piadosos con esa concentración aérea de vida frenética y de gracia palpitante; matar una picaflor, atentar contra el pájaro en cuya pintura agotó su talento Michelet, es arriesgarse a que una tempestad destruya la vivienda del culpable. El sitio en que la picaflor cuelga su nido está bendito por la Virgen. Así como las golondrinas sacaron de las sienes del crucificado las púas de la trágica corona, las picaflores sacaron del corazón de la madre de Jesús espinas más agudas y más largas. Pero el *cabureí*[5] es la joya de la colección. Aporta consigo la salud, la abundancia y el amor sobre todo. Hasta las viejas de dudosa conducta, si disecan y guardan la cabeza del ave, se aseguran galanes generosos. El *cabureí* tiene su *payé*,[6] es una mosca negra que viene a verle todos los viernes a las tres de la tarde. Si la mosca perece, su dueño la acompaña.

Cazar un zorro es grave empresa. El zorro es sabio, su poder extenso. Temed sus jugarretas. Quizás os cace a vosotros. Ha hecho en el bosque alianza con espíritus malignos. Su alarido profetiza desastres, como el aullido lastimero del perro que olfatea la muerte. Sin embargo, se dice que lo que se le aparece al perro es el diablo, y que si uno se unta con la baba

[1]*Güyrayaguá* (voz guaraní). Literalmente: ave-perro.

[2]*Carâu* (voz guaraní). Nombre común de ciertas aves gruiformes y ardeiformes, esp. el *Aramus scolopaceus*.

[3]*Chahâ* o *chajá* (voz guaraní). Ave zancuda corpulenta. *Chauna chavaria, Chauna torquata* Oken.

[4]*Pitogüé* (voz híbrida: esp. *pito*, y guar. *güé*, apagado). Benteveo; en el Paraguay llamado también *bichofeo*. *Pitangus sulphuratus bolivianus* Lafr.

[5]*Cavure'í*. Véase nota de página 21.

[6]*Payé* (voz guaraní). Brujo, chamán. Encantamiento, brujería.

del can la frente, y mira por entre sus patas, descubre a lo lejos al mismísimo demonio. Hay un perrito oscuro, pelado, con ridículas canas en el occipucio y en la cola; se le llama *peloncho;* las personas que padecen malos humores se curan acostándose con él. El pobre animal recibe la enfermedad resignado. El chivo es terrible. Los pelos de su barba, mezclados con tabaco, causan a quien los fume ventosidades que no acaban nunca. La cabra es bicho de Satanás, el cual se muestra a los mortales montado casi siempre en un caballo blanco.

Este detalle es el único que no me explico bien.

[*Rojo y Azul,* 5 de Abril de 1908]

SUEÑOS

Si la vida es sueño, también soñar es vida y fuente oculta en que beben las almas tristes y supersticiosas. El sueño, hijo del cansancio y de la noche, imagen de la muerte, tiene quizá secretos parecidos a los que la muerte encierra, y la lira agria del antipático Quevedo, al glosar este asunto, deja por fin caer sones dulces y graves. Según el vulgar sentir, nos habla el sueño de lo que más nos preocupó durante el día. Pero no siempre es lo que nos preocupa lo que más nos importa y a creer ciertos finos ingenios, el soñar resucita las ideas descuidadas. Así, Dechartre, apasionado personaje de France, dice: "Vemos de noche los restos desgraciados de lo que hemos omitido en la vigilia. El sueño suele ser el desquite de las cosas despreciadas, el reproche de los seres abandonados. De ahí su imprevisto y su melancolía a veces". Admitamos o no las teorías nerviosas de los Räbl-Rückhard y de los Cajal para explicarlo, no podemos negar, sin que necesitemos de sonambulismos ni de *mediums,* que el sueño nos pone en contacto con realidades nuevas. Baste el ejemplo de los órganos enfermos, cuyos dolores *se sueñan antes* de ser padecidos en la conciencia normal, hecho que constituye el primer síntoma de algunas lesiones en las partes internas e insensibles del organismo. Porfirio observa que de las nociones del sueño discurrimos, hasta cierto punto, cuando estamos despiertos, mas que no se adquiere el conocimiento y la percepción de ellas sino por el sueño mismo, y saca una consecuencia notable: "Mediante la inteligencia decimos algo del principio superior a la inteligencia, pero tenemos intuición de él mucho mejor por una ausencia de pensamiento que por el pensamiento". He aquí la justificación metafísica del éxtasis religioso, que es un sueño también.

No pidamos alta mística a los pueblos primitivos; consideremos piadosamente las interpretaciones que dan a sus sueños los campesinos paraguayos. No es extraño que soñar flores signifique suerte; subir una escalera, honores;

gatos, traición; animales cornúpetos, infidelidad; sangre, crimen. Una analogía fácil de encontrar hace que el sueño, donde salgan rubios, anuncie dinero; si aparecen fantasmas blancos, muerte; si toros, enamorado; si niños bellos, simpatía; si sandías, preñez. La analogía es poética en el caso de los huevos rotos, que simboliza desgracia, y deliciosamente tierna en el de la contemplación de la luna, porque es señal de que el amante recuerda sus amores con cariño. Un contraste violento impone a los piojos y a la basura que representen prosperidad. La mujer que sueña con cualquier fruta verde esperará próximo embarazo. Curiosa ilustración de las razas: soñar con negros indica dolencia; con mulatos plata; con indios, dicha. Las carretas avisan mala noticia. ¿Por qué, si se nos caen los dientes en sueños, hemos de temer morir y si aparecen víboras a una muchacha tendrá pretendientes, y la carne trae luto, y el sexo femenino buena estrella? ¡Misterio! Pero lo siguiente, en este sufrido país, se demuestra por sí solo: soñar con cotorras significa pleito, y con tigres o leones la visita de la autoridad.

[*Rojo y Azul,* 12 de Abril de 1908]

DIABLURAS FAMILIARES

Si no queréis acordaros de lo que soñasteis, pasaos al despertar la mano por la frente. Os vestís y salís. ¿Tropezáis en el umbral? Vuestra mujer o vuestra novia os engaña. ¿Se os enredan las palabras al hablar? Alguien se acuerda de vosotros.

¿Para mal o para bien? Esto pertenece al oído. Si es el oído izquierdo el que os zumba o la oreja izquierda la que se pone colorada, se acuerdan para bien. Los párpados superiores funcionan a la inversa: si el izquierdo tiembla, sobrevendrá desdicha; si el derecho, ventura.

El diablo suele hacernos jugarretas. Por ejemplo: nos damos coscorrones inesperados contra los muebles, o se nos tuerce la cuchara y se nos cae la sopa. Es el diablo que nos ha hecho *tapuja*.[1] Acostumbra a venir en esos torbellinos verticales que levantan la hoja seca y a cuya vista se asustan las mujeres y cieran las ventanas. El *cusuví*[2] arrebata a veces prendas de ropa, ramas gruesas y hasta criaturas.

¿Os pica el centro de la mano? ¡Dinero! Volved la palma hacia donde lo haya y os irá a maravilla.

Las enfermedades comunes se prestan a mil interpretaciones. El mal de ojo —*o ye haru*— es de sobra conocido. El pelo puede caerse si lo tocan dedos enemigos. No os lo dejéis peinar por una mujer encinta; es cosa peligrosa. Y a propósito de las preñadas: si os piden de comer, quitáoslo de la boca para satisfacerlas. Un aborto probable sería el castigo trascendental de vuestra falta de compasión.

Cuando sale un grano en la punta de la lengua —*cúpíâ*— procure el enfer-

[1]*Tapuja* (americanismo, Paraguay y Argentina, de *tapujar*, adelantarse a hacer o decir algo antes que otro). Competencia, disputa.

[2]*Cusuví* (voz guaraní). Remolino.

mo que otra persona pronuncie la palabra; así contagiará su dolencia y se verá libre de ella. El orzuelo es *mal de viudas.* Quien padezca frecuentemente de orzuelos, se casará con viudo. Para curarlos no hay sino un procedimiento: pasarse el brazo por detrás de la nuca, y frotarse el ojo con el dedo medio mientras se dicen los nombres de siete viudas. El estornudo es enfermedad legendaria, que en su origen se sanó exclamando: ¡Jesús! Hoy todavía se acompaña cada estornudo con un discreto *¡Jésu!* De repente, sin que sepamos por qué se rompe una aguja. Es un golpe de aire que nos estaba destinado. Un espíritu benéfico nos salvó.

Por lo general, los remedios caseros se componen de tres especies vegetales; de cada una de ellas se toman siete semillas. El 3 y el 7 son los residuos indestructibles de una antigua fórmula mágica.

Si se barre de noche la casa, morirá pronto la madre.

El Viernes Santo no se mata, no se pega. Se respeta a los animales mismos. Pero las cuentas pendientes se pagan el Domingo de Pascua, a interés compuesto.

[*Rojo y Azul,* 19 de Abril de 1908]

ENTIERROS

La palabra *entierro* no significa aquí la acción de enterrar, sino la cosa enterrada, mejor expresada por *entierre;* significa lo que convendría desenterrar. Se trata de sepulturas provisorias, destinadas a la violación. Son cadáveres que hay que volver a la luz y a la vida.

Resucitar a los muertos de carne no sería práctico. Los herederos se guardarían muy bien de reanimar los restos de sus llorados parientes. Pero decir "¡Levántate Lázaro!" a las onzas de oro, a las anchas monedas de la antigua plata y a los macizos cubiertos y a las cinceladas joyas, es un sueño tentador. Las riquezas no mueren, no pasan, aunque se las lleve a la tumba, como hicieron tantos espantados paraguayos en tiempo de las sangrientas dictaduras y de la guerra. Aquellas familias señoriales, condenadas a dejar precipitadamente sus casas para seguir al ejército en lamentable caravana, escondían sus tesoros bajo el piso de sus alcobas, o allá en pleno campo, al pie de los árboles. Y los tesoros esperan, sepultados y más vivos que nunca, obsesión de almas indolentes y jugadoras, ansiosas de opulencia gratis, de prosperidad robada de golpe al destino. ¡Descubrir un entierro! Ideal, esperanza de muchos espíritus, escrutadores de misterios. Lotería nacional en que todos en mayor o menor grado participan, unos en serio, sonriendo otros. Y la yerba crece sobre las fortunas y los tabiques vetustos son tapas de cobre. El suelo es un arca cuya cerradura se ha extraviado. ¿Para qué sembrarlo, ararlo y explotarlo si las cosechas están ya en su seno, segadas y vendidas? Y los hombres buscan y escuchan, y sondean el lodo y espían en la noche.

Porque las almas de los viejos poseedores tornan al lugar donde ocultaron los bienes temporales. Difuntos o no, el dinero nos atrae invenciblemente. Los fantasmas quieren poner en circulación su oro que duerme bajo tierra y del cual se suele consagrar una pequeña parte, cuando se ha sacado, a misas en obsequio del dueño, ¡Oh, ánimas que pugnan por salir del purga-

torio, oh metal que pugna por salir del sepulcro! Todas las fuerzas se yerguen, pidiendo libertad. Si no dormís a la hora en que las estrellas brillan más altas y más puras, oiréis un extraño y sutilísimo rumor. No es el insecto que roe, no son las hojas rígidas de la palma que crujen, empujadas por la brisa. Es otra cosa. Suspiro humano, gemido arrancado al silencio. La puerta gira suavemente en la oscuridad. Alguien ha entrado; es el que vivía aquí hace medio siglo. Notad con qué seguridad cruza las habitaciones. No tropieza; no se equivoca. Mudo y resuelto, el fantasma invisible llegó al patio. Entonces suena el triste rechinar de la cadena del pozo. ¿Es que el fantasma doliente tiene sed, o es que su bien perdido está en el fondo del pozo, y las manos de sombra crispadas sobre el húmedo hierro, quieren palpar, acariciar todavía el oro inmortal, símbolo de las delicias terrestres? No os levantéis ahora. Por rápidos que sean vuestros movimientos, nada veréis, nada notaréis. Los fantasmas no dejan rastro. Encontraréis las puertas cerradas, el pozo en orden. El fantasma ha bebido tal vez, pero en el brocal no reluce, a la claridad de la luna, una gota de agua. Acostaos y reposad. Si tenéis instintos de mercader y constancia en vuestros deseos, si estáis acostumbrados a extraer las últimas consecuencias de un razonamiento, si sois hábiles en fin, secad el pozo, cavad...

¡Quién sabe! ¡Quizá seréis los libertadores del oro!

El Paraguay tiene muchas minas sueltas, en que el metal está ya refinado y hasta acuñado. Los fantasmas están en el secreto. Ellos señalan el sitio exacto en que el filón empieza. Atendedlos; si no se les hace caso, insisten. Si no les libráis de su angustia, se instalarán en vuestra existencia, os pondrán el dedo en el hombro, os perseguirán en vuestras pesadillas, sentiréis miradas sin ojos atravesaros el cráneo y si continuáis insensibles a su dolor tomarán cuerpo y os visitarán de día. No abandonéis pues aterrados vuestra vivienda, no seáis escépticos sin necesidad, y consentid en haceros ricos, como tantos otros cuyos nombres no citaremos y que todos conocen.

EL POMBERO

POMBERO, es decir, espía. Es el hijo de la noche, el merodeador incansable, devorado por una curiosidad terrible. ¿Qué busca? ¿Qué reclama? ¿Algún tesoro por sus abuelos perdidos? ¿Alguna visión de ensueño, desvanecida en su entendimiento brumoso?

Espíritus timoratos se figuran que tiene *payé* para hacerse invisible, para pasar por el ojo de la llave y acariciar impunemente a las vírgenes dormidas. Pero esto es un error; el poder del pombero no llega a tanto. Huye entre las zarzas con la velocidad de una liebre; los perros no consiguen alcanzarle y cuando gana la espesura del bosque no hay quien lo rastree. Las sombras nocturnas y el vigor de sus piernas le permiten vivir oculto. No es invisible; varias personas le han visto.

Es pequeño, robusto, cobrizo. Marcha en dos pies y corre en cuatro. Los tiene velludos y camina silenciosamente. Su áspera y desgreñada melena le cae sobre los ojos brillantes, llenos de timidez y de malicia. Va desnudo. Si no fuera por su mirada inteligente, se le creería un animal, el animal más parecido al hombre.

Cuando el sol desaparece, abandona él los escondrijos del monte y se arrastra, soñador y horrible, amigo de los sapos y de las estrellas, hacia las luces de los blancos, hacia las ventanas peligrosas junto a las cuales se empina lentamente, para mirar el espectáculo maravilloso y hostil de nuestra civilización y de pronto allí escondido, le asalta la diabólica idea de asustar, de inquietar a los poderosos invasores que le obsesionan y entre los cuales, protegido por los árboles hermanos, se sostiene a fuerza de desesperada astucia. Tuerce los obscuros labios y a riesgo de que le cacen, suelta un vago silbido, susurro, gemido, gorjeo. Imita las aves, los insectos y los reptiles con inaudita perfección. Si no le oyen, repite su rumor, cada vez más alto, hasta que nota que al través de los cristales, las mujeres se callan y escuchan temerosas y balbucean su

nombre. Entonces, estremecido de miedo y de alegría, abre la bocaza en una larga carcajada muda...

Si le molestáis, y hacéis de él un enemigo, devastará vuestro jardín y vuestra huerta, robará vuestras gallinas, destrancará vuestro corral para que se disperse vuestra hacienda y desatará vuestros caballos para que se extravíen. Pero lograréis atraer la benevolencia del pombero si dejáis olvidado en su camino ese tabaco brasilero, trenzado, que hace sus delicias. También le gustan los huevos. Guardaos de faltarle. El os corresponderá obsequiándoos con frutos, extrañas flores y pieles de bestias lindas. Si viajáis de noche y echáis pie a tierra, no os preocupéis de vuestra montura. El pombero la cuidará fielmente.

Su pensamiento fijo, el motivo verdadero de sus misteriosas expediciones, es pisar los pasos a las mujeres encintas, acechar los partos... La ilusión sempiterna, el proyecto magno del pombero es robar un niño blanco recién nacido y hacer de él, para su tribu, un rey invencible que recobre las fecundas llanuras y los magníficos ríos que cayeron en manos de la pálida raza irresistible. El niño blanco criado entre la salvaje maleza, crecerá, salvará a los humildes expoliados; hará justicia, mesías de los negros. Mas lo que el pombero ignora, pequeño monstruo errante, fantasma de sus propias ruinas, es que también los blancos, desposeídos de su trozo de naturaleza, sufren como él y como él esperan el mesías prometido.

[*Rojo y Azul*, Diciembre de 1907]

MAGDALENA

HACE DIEZ o doce años, ninguna canción había tan popular como la *Magdalena*. Nació en los arrabales de la Asunción y se propagó rápidamente. Es una querella amorosa:

¡Ay! Magdalena
Anibe che quebranta

Ese ¡ay!, pequeño grito interrogativo, se resuelve en una cadencia burlona que recuerda el viejísimo

¡Ay, ay, ay, don José!
¡Cuánto madruga usté!

de los chiquillos castellanos.

En todas las *musiqueadas* se hacía gran gasto de *Magdalenas*. El gracioso estribillo saltaba de boca en boca y una brisa ligera acariciaba el triste jardín de las almas indígenas. Una noche al salir de una fiesta en que habían repetido cien veces la copla famosa, encontraron los músicos en mitad del camino a una mujer alta, vestida de luto, con el manto pegado al rostro. — ¿Qué me queréis, les preguntó, que tanto me llamáis? Dejadme tranquila.

Y desapareció de repente.

Otra noche, al pasar por el barranco de la calle Piribebü, peligroso entonces a causa del enmascarado que se ocultaba allí para lanzarse sobre los transeúntes y coserles a puñaladas, unos guitarristas *magdaleneros* se vieron detenidos por la misma mujer.

—¡Magdalena— *¡Che co! ¡Che co! ¿Mbae pa pei côtêbê chehere?* (¡Yo soy! ¿Qué necesitáis de mí?)

Los pobres hombres, espantados retrocedieron. Alguno de ellos, armado y más audaz, quiso hacer frente al fantasma, que se desvaneció enseguida.

Empezaron a circular temerosos rumores, pero ¡era la canción tan bonita! Siguieron cantándola y bailándola.

Poco tiempo después, cuando un grupo de alegres jóvenes regresaba de una diversión campestre, se les apareció al resplandor de la luna, cerrándoles el paso, uno de esos féretros que aquí se llaman *tumbas,* sencillas tablas donde yacen los difuntos, cubiertos por un paño. El viento movía el paño; la soledad y abandono eran mortales. Los jóvenes, que llevaban muchas *Magdalenas* sobre la conciencia, tomaron por otro sendero. Apenas caminaron media hora, distinguieron ante sí la *tumba* nuevamente, y aquella noche no durmieron en su casa.

Por fin, volviendo varios músicos de los festejos tradicionales de Caacupé, mostróse a ellos una rozagante muchacha.

—Tocadme la *Magdalena,* que tanto me gusta, les dijo.

—Estamos cansados de tocarla todo el día.

—¡No me lo neguéis, os lo ruego!

Sus labios tentadores suplicaban con tal malicia, que los mozos consintieron.

Ella comenzó a bailar. Su falda palpitaba voluptuosamente, y en el giro veloz de la danza cayó al suelo un volante. No hizo caso; bailó más de prisa y sus movimientos frenéticos desgarraban sus ropas. El delirio pareció apoderarse de ella. Sus gestos convulsivos la fueron desnudando y pronto quedó ante la vista de los músicos atónitos una horrible osamenta.

Esto era demasiado. Las visiones se multiplicaban. Los sacerdotes, desde el púlpito, prohibieron en la capital y fuera de ella la ya siniestra canción. Pocos son los que hoy se atreven a murmurarla. ¿A qué turbar el reposo de la pecadora redimida? Respetemos su remordimiento que duerme. Y atendamos a las advertencias enviadas desde el lugar misterioso que a todos nos espera.

Así se extinguió la juguetona *Magdalena* en el errante y melancólico *musiqueo* paraguayo.

UN VIAJE EN TRAMWAY

Es EL TRAMWAY a Tacumbú, el de las once y media. Cargado de pasajeros, siempre los mismos, que van encaramándose en él de cuadra en cuadra, tiene que subir veinte cuesta arriba y se le oye desde cuatro. Rumores extraños y múltiples, cuyo origen se explica uno más tarde, le anuncian. Ya al comenzar la calle 25 de Diciembre camina tan despacio, que hay tiempo, sin apresurarse, de bajar de él, hacer una corta visita en una casa de los alrededores y alcanzarle de nuevo.

Vamos más de treinta personas, ocupando asientos, plataformas y estribos. Mole formidable, de las que tiran tres mulas. ¿Pero son mulas esos animales tan pequeños que el cochero tiene que doblarse y bajar la cabeza para pegarles? No se ven desde el tramway. Parecen ratas. Ratas peladas y escuálidas, que se estiran con humilde desesperación, bajo los gritos y los golpes.

Lo curioso es que son los gritos y no los golpes lo que las espolea. Son insensibles a los palos, tal es la cantidad de ellos que han recibido en su miserable vida. Así es que el cochero, en vez de descargar el látigo en sus flacos lomos, que no despiden sino un sordo sonido, prefiere descargarlo en el techo del vehículo y en la sonora lata de la plataforma. Maneja estos objetos como tambores, y añade aullidos especiales y rítmicos y silbidos lúgubres, el conjunto de todo lo cual forma una música atroz que hay que oír para tener idea de ella. Sin este continuo ajetreo las mulas se pararían definitivamente. A cada momento se detienen, sin embargo, exhaustas, moribundas Entonces el infeliz automedonte suspende la orquesta y aprieta el torno para no retroceder cuesta abajo hasta el puerto. Pasan dos o tres minutos de resoplar y de pronto se reanudan los berridos, los pitos, los porrazos, los tropezones y los rechinamientos y avanzamos unos cuantos metros más.

El cochero trabaja tanto como el arrastre. Cuando se siente desfallecer, acude el mayoral a sustituirle, se nos unen en el trayecto chiquillos serviciales,

que aumentan la algarabía. Pero todo es inútil. En la curva de la calle Amambay nos atrancamos siempre. Es el infranqueable *pons asinorum* — ¡todo junto, curva, cuesta, fatiga y desaliento! Los viajeros más gordos descienden. Otros empujan el tramway. La mayor parte siguen a pie. Y todos los días las mismas frases, ante el infame espectáculo, llegan a mis oídos:

—No les dan de comer...

—Y a ellos no les pagan...

Y ellas y ellos y nosotros nos resignamos, mes tras mes y año tras año...

DOCTORES

VARIOS jóvenes de nuestra sociedad han sido armados caballeros; el título uniforme de doctor les incorpora a la aristocracia del país. Este grado de nobleza democrática significa en quien la lleva la facultad de enseñar y el mérito de saber, cosas más de acuerdo con el siglo que el poder militar, el dominio sobre la tierra y la confianza del príncipe, orígenes respectivos del duque, del marqués y del conde.

No basta ser hijo o reputarse hijo de doctor para ser doctor. He aquí una gran conquista de los tiempos. Es necesario que la alcurnia se refresque y abrillante sin descanso, que cada generación renueve sus hazañas. Hemos roto una de las cadenas de la herencia; hemos libertado un poco más a los individuos, desligándoles del pasado. Es humillante la corona adquirida por el hecho de haber nacido; al lograr el honor en virtud del propio esfuerzo, introducimos en nuestra existencia la lógica, la unidad indispensable a los bellos destinos. Conviene deber lo menos posible, aunque sea a los padres. Heredar es repetir y lo fuerte es lo nuevo. Dichoso el día en que ni la fortuna ni la miseria se hereden.

Los flamantes doctores notarán que disponen de mayor crédito en plaza. Medirán enseguida su avance social con la paciencia de sus acreedores, si los tienen, o con la facilidad de adquirirlos. La energía económica añadida a sus personas les servirá para pesar exactamente la importancia práctica de su profesión. Observarán también que se han vuelto más hermosos desde que firmaron su tesis. Se verán lánguidamente contemplados por ojos femeninos. Les llegarán declaraciones veladas. Sentirán una mano mórbida temblar entre las suyas con más frecuencia que un año antes. Y es el amor verdadero y no el fingido, el que encontrarán a su paso, porque las mujeres son románticas y se enamoran de los diplomas lo mismo que la casta Desdémona se enamoró de las aventuras de Otelo.

Pero hay que cumplir las promesas; hay que vivir lo escrito; hay que prolongar y justificar el interés despertado. Detrás del doctor hay que construir el hombre. Hay, por de pronto, que ponerse a estudiar.

[*Los Sucesos,* 29 de Noviembre de 1906]

REVOLVER

Al ver todo el mundo llevar revólver —o pistolas perfeccionadas, de mil metros de alcance, por si acaso— es forzoso deducir que nos amenaza constantemente un peligro extremo.

En mitad del día, en el centro de la ciudad, jóvenes elegantes y caballerescos, señores maduros y dedicados a inofensivas profesiones, enseñan el bulto distinguido de su Smith, su Maüser o su Colt. Estas personas irreprochables se acercan a otras con precauciones propias de conjurados o de bandidos. Como no es de creer que estemos en vísperas de un complot colosal, hay que suponer otro destino a semejante armamento.

¿Qué se teme? ¿Una invasión repentina? ¿Un ataque rápido y feroz, que exija el heroísmo de cada ciudadano? La campaña parece tranquila. Sólo veo del Chaco una remota posibilidad de riesgo. He procurado inquirir discretamente lo que ocurre, y me han contestado de una manera vaga. Algo me ocultan.

No puedo aceptar las confusas razones de los que se han decidido a explicarse. Me hablaron de posibles ataques de ladrones o de asesinos, de las consecuencias que traen las discusiones, los incidentes inesperados. ¡Evasivas! El natural de los asunceños educados es un gran sosiego y una gran sencillez. Recorred la prensa de estos tiempos. Pronto os convenceréis de que el revólver no suele hacer de las suyas sino contra la voluntad del dueño. Me disgustaría descubrir en los habitantes de Asunción el aturdimiento de usar revólver antiguo, al estilo bonaerense, por miedo a una agresión desconocida sin darse cuenta de que destruyen esa seguridad ilusoria y hasta la seguridad real, con la probabilidad continua de matarse equivocadamente, o de matar al vecino. Nueva variedad: la pusilanimidad temeraria. ¿Es que vivimos en el monte? ¿Acaso no sobran abogados y jueces? ¿Acaso la policía no se deja sentir lo bastante?

No; es otra cosa. Me detuve un instante en la solución estética. Sospeché que los *amateurs* del revólver se figuran más hermosos, más valientes, por andar mejor prevenidos y más seguros. ¿Habría en ellos una levadura del ilustre Tartarín de Tarascón, que iba al club con un arsenal encima, flechas envenenadas inclusive y que oía pasos de pieles rojas y rugidos de tigres en las plácidas noches de la Provenza?

¡Oh! Líbreme Dios de poner tal ridículo a quienes han de presentar, tarde o temprano, la clave del enigma.

¿La clave?... Volvemos al punto de partida. Un desastre público, que sobrevendrá cuando menos lo esperamos, y que obliga a vivir armados, ¿verdad? En calidad de extranjero no me quieren confiar nada. Hacen bien; pero han pasado dos años desde que arribé aquí y empiezo a tranquilizarme, a comprender que exageran. Lo que me inquieta más es el revólver, el estúpido revólver que apunta a Juan y da a Pedro, y a veces, por desgracia, da sin apuntar.

[*Los Sucesos,* 13 de Diciembre de 1906]

UN INTELECTUAL

El doctor X es un intelectual. Hace veinte años, padeció una neurastenia decisiva. Desde que estuvo a punto de quedarse imbécil, a consecuencia de excesos mal desinfectados, X descubrió que tenía talento, y divulgó la noticia. Hoy se le ve robusto y colorado. Sus ojos grandes y redondos resplandecen de salud satisfecha. Como es doctor, ha ganado mucho dinero, y está muy ocupado en descansar. Afirma que la neurastenia ha dejado en él rastros siniestros, y es preciso acabarla de vencer. Se dedica pues a una ociosidad higiénica y prolongada. Cuando piensa uno en las obras que hubiera podido escribir, se maravilla uno: ¡Qué cabeza!

Ha publicado en vida tres folletos, hasta de sesenta y tres páginas el mayor, sin contar el índice de las materias contenidas: todos con advocaciones, dedicatorias, prefacios y advertencias, notas prolijas y márgenes de media vara. El uno es político, el segundo jurídico y el tercero histórico. Valen tanto uno como otros. X es enciclopédico y además miembro correspondiente de algunas academias del extranjero. La señora de X suspira: "le adoro al doctor, ¡es tan científico!"

El doctor X se hace enviar todos los libros importantes que aparecen en Europa. El idioma le es indiferente. Los anchos vapores de Mihanovich depositan cuidadosamente en el muelle, cada semana, pesadas cajas repletas de impresos. X se estremece de entusiasmo. Palpa, verifica, encuaderna y cataloga. La biblioteca alcanza ya a quince mil volúmenes. ¡Lástima que nadie los lea!

Entrad en el gabinete del doctor X y os sentiréis invadidos por el respeto que imponen los oratorios del saber. Altos y sombríos anaqueles, pegados al muro y acortinados de rojo, guardan intactos los tesoros de la moderna erudición. Ricos objetos relucen reposada y desdeñosamente en la penumbra de la pieza. Sentado en la mesa amplia y augusta, convenientemente cubierta de

tomos y papeles, el doctor X medita. Os ha oído, se arranca generosamente a sus reflexiones, se digna sonreír, desata vuestra timidez, con amabilidad hidalga. Parece verdaderamente alguien.

Es muy visitado, porque además de los tratados de metafísica y de sociología le mandan de *allá* un té exquisito y un coñac auténtico. Ha aprendido muy bien cómo debe recibir un intelectual de primera clase, sobre todo cuando tiene dos estancias y suntuoso mobiliario. No se equivoca un momento. Se diría que nunca ha hecho otra cosa.

Varias cosas sorprenden cuando se le trata: la figura marcial, de hombros atléticos y bigotes fornidos. Cuerpo excelente para un labrador o para un sargento de caballería. El doctor os alarga la mano, y tembláis al adivinar el apretón formidable. Pero nada; el bloque de carne descansa inerte, entre vuestros dedos: un pedazo de lomo crudo. Después, los gestos lentos y ceremoniosos, que se hacen a sí mismos reverencias. Después la voz mesurada, morigerada, igualita. Pronuncia despacio, colocando en equilibrio las frases sobre la atmósfera. Comprende que la posteridad le escucha y no quiere pasar con erratas a la historia.

Después desea uno fijarse en lo que dice. Esto es difícil, y más difícil recordar lo que dice. ¿Dice algo? Quizá no. La conversación de X es una especie de solemne pantomima, acompañada en sordina por puro lujo.

A fuerza sin embargo de escarbar la memoria, saco a flote ciertos tópicos de X. Admiro la seguridad con que el doctor resuelve las más oscuras cuestiones. Para él ha encontrado el siglo XIX la clave de todos los enigmas. El materialismo de Buchner explica de un golpe los misterios que durante miles de años atormentaron a la humanidad. X compadece a los curas, a los espiritualistas, a los que sueñan todavía el más allá. ¡Pobres diablos! Debilidad de espíritu. El doctor suele también referir en largos períodos impecables y vacíos las diversas obras que proyecta escribir. Otras veces alude a los personajes que le fueron a ver durante la semana. Jamás menciona directamente sus nombres; los rodea de tinieblas. Así murmura: "donde está usted estuvo anteayer el señor secretario de la Dirección General de la Estadística", o si no, con más sigilo aún: "vino a consultarme una persona que desempeñó trascendental papel en los sucesos políticos de fines del 89". En cuanto a lo que estos señores dijeron.. discreción absoluta.

En una ocasión, en una sola, es cierto, vi al doctor X abandonar esa serenidad goethiana, tan propia de un alma superior. Estábamos tomando el famoso té. Una niña morena y humilde se acercó trayendo el famoso coñac en una bandeja, flanqueado de copas diamantinas. La criadita tropezó, y botella y copas se hicieron añicos. El doctor, olvidándose súbitamente quién era, se levantó y descargó su manaza de carretero en la morena carita de la niña asustada. Contemplé marcadas en sangre las cinco uñas de la zarpa, y comprendí que no sólo hay inteligencia en X, sino emociones naturales. Es un intelectual completo.

[*El Diario*, 22 de Octubre de 1907]

JURADOS

¿HAY COSAS más contrarias a la razón que el jurado y el sufragio universal? Felizmente el sufragio es una farsa. Practicado al pie de la letra, nos hubiera hecho retroceder en poquísimo tiempo a la barbarie. ¡Bendita corrupción electoral! Mediante ella se evita que los ignorantes gobiernen el estado y que nos aplaste la fuerza del número, que es la más bestial de todas. El pueblo merece nuestra piedad y nuestros mejores sacrificios porque sus dolores son muy grandes y no se deben a lo inclemente de la naturaleza, sino a la maldad de los hombres. Por eso antes que colocarle una corona bufa en la sudorosa frente, como a Jesús, conviene respetar sus auténticas necesidades y aliviarle en lo que urge. Sería estúpida adulación atribuirle aptitudes que no ha podido adquirir. Consigamos librarle del hambre y de la desesperación, y después se le iniciará en los sucios misterios de la política.

Así, merced a una comedia, sigue en el poder gente bastante inepta y bastante inmoral sin duda, pero capaz, por su codicia misma, de conservar el orden hasta que otras manos más honradas y más hábiles hayan conquistado en la lucha la robustez necesaria a una victoria definitiva. El jurado es menos benigno que el sufragio; hay en él menos cantidad de embuste. *Realmente* se sientan todos los días a juzgar al prójimo individuos ignaros y anónimos, que desencadenan la anarquía del azar en graves asuntos donde es preferible la acción del leguleyo. Un juez normalmente venal, que conozca su oficio, no es tan peligroso como un juzgado todo poderoso y pasmado, sin lugar ni meollo para enterarse de un expediente y a la merced de la chabacana oratoria del papagayo defensor.

Hace años que estamos viendo absolver con imperturbable frescura a una multitud de asesinos y fascinerosos. Los magistrados tan lamentablemente improvisados no vacilan en devolver al seno de la sociedad con patente limpia, a tal número de alimañas feroces. Este perdón inconsciente y pasivo, verda-

dera cobardía del jurado, contraria al perdón universal y activo que regeneraría el mundo, se convierte en la mayor iniquidad cuando consideramos que no hay compasión para los delitos pequeños. Donde un padre que roba un pan para que coman sus hijos va a la cárcel, se excusan y casi se aplauden los tiros de revólver en el vientre y las puñaladas en la espalda. He aquí lo absurdo: una institución que pretende traer justicia por obra del pueblo y que corrobora irremediablemente, a expensas de la dignidad popular, la más cruel injusticia, la que castiga a los pecadores humildes. La democracia de los tribunales ha creado la aristocracia del crimen.

Nada nos da esperanza de un progreso en el funcionamiento del jurado. Cada vez con mayor obstinación, las personas sensatas y cultas se borran de las listas, recusándose con mil pretextos que los amigos atienden. Y en un país de política personal y áspera, madre de venganzas sombrías, se marcha rápidamente a la sanción pública del asesinato.

EL VETERANO

VIEJO, setenta años; pero un viejo fuerte, de la hermosa y casi desaparecida raza paraguaya de hace medio siglo; un viejo de pecho poderoso, de cabeza enhiesta como una venerable cumbre en que aparecen todavía las huellas del rayo. La roja faz es un amplio paisaje cruzado de armoniosos surcos y coronado por un espeso bosque de cabello gris; las manos, que defendieron la patria y ahora plantan mandioca, son de color de tierra. El héroe camina ya con pesadez y es algo sordo, lo que ciertamente no le quita majestad. Es inculto y grande. Me interesa más que muchos doctores. Hizo toda la campaña, de Corrientes a Cerro Corá; tiene seis heridas. Habla poco y en voz baja. Para conseguir breves confidencias suyas sobre la guerra, el peor sistema es interrogarle. Hay que dejarle solo, sin interrumpirle cuando al cabo se resuelve. Está lleno de vagas desconfianzas y remordimientos. Se diría que los espectros le escuchan. Es que no se ha obedecido a López[1] impunemente y la sombra de aquel hombre siniestro, a quien se puede aborrecer, pero no achicar, oscurece la conciencia de los viejos y tal vez ha impregnado la sangre de

[1]*Francisco Solano López* (1827-1870). A la muerte de su padre (Carlos Antonio López, Presidente del Paraguay de 1844 a 1862) asumió el gobierno, que ejerció con poderes absolutos durante ocho años. Una tendencia reciente de la historiografía rioplatense rescata como nota relevante de su régimen, que habría acentuado la dirección marcada por sus dos predecesores (José Gaspar Rodríguez de Francia y Carlos Antonio López), su independencia frente al imperialismo inglés y a sus poderosos vecinos: Argentina y Brasil. López, que sostenía la tesis del "equilibrio de los Estados del Plata", declaró la guerra al Brasil en noviembre de 1864 por su intromisión en la guerra civil uruguaya, y cuatro meses después a la Argentina, que se había negado a permitir el paso de tropas paraguayas por su territorio y apoyaba a la misma facción auxiliada por el Imperio en el Uruguay. Los países mencionados firmaron el 1º de mayo de 1865 el "Tratado [secreto] de la Triple Alianza", en el cual, entre otras cosas, la Argentina y el Brasil establecían, respectivamente, sus pretensiones sobre el territorio paraguayo. Al cabo de una guerra larga y atroz, López fue ultimado a orillas del Río Aquidabán (Cerro Corá) el 1º de marzo de 1870.

los niños. Y sin embargo, en una tibia tarde de otoño, bajo los naranjos en fruto, a la hora del mate clásico, oí del veterano lo siguiente:

"Yo señor, no acompañé a López hasta el fin. Me tuve antes que escapar del campamento. Estaba en el estado mayor, con el grado de capitán y me tocó repartir la carne, en una de las raras ocasiones en que había carne. Íbamos vestidos de andrajos; el cuero de las correas y de las mochilas había sido empleado desde hacía meses en dar sustancia al puchero; decían que se desenterraban cadáveres para aprovecharlos; yo no lo he visto. Tuvimos pues la suerte de encontrar un buey cansado, huesos y pellejo; había que sacar setecientas raciones. Yo no robé para mí, sino para un pobre capitán que recibió un balazo de sien a sien, y se quedó ciego y aunque se batía ciego y todo, andaba débil. Creyéndome oculto, le envié con un muchacho un pedazo de tripa. Por desgracia lo averiguaron y se lo comunicaron al mariscal. A la otra mañana me metieron preso. Varios oficiales aguardaban sentencia conmigo. Transcurrían las semanas, y nada sabíamos. Un anochecer vino un ayudante de López con un papel y nos revistó muy alegre, diciendo que pronto nos pondría en libertad. Pero yo, señor, que conocía ciertas costumbres, miré con el rabillo del ojo lo que el ayudante escribía a distancia de nosotros y noté que señalaba con cruces algunos nombres, entre ellos el mío. Mis compañeros estaban contentos; en cambio yo comprendía que sólo me restaba una noche de vida. Luego llegó un mayor a quien yo había hecho favores. Me traía un pocillo de caldo. "Compadre, me dijo, perdone que en tanto tiempo no le haya atendido; no me fue posible", y al pasarme la taza me rascó los dedos. Entendí, y a media noche, cuando los centinelas se durmieron, huí. Me perdí en el monte, y después de tres días salí de nuevo al campamento. Felizmente no me divisaron, y alejándome en otra dirección, hallé el camino de la frontera. Me iba sosteniendo con naranjas agrias. Una tarde, a esta misma hora, distinguí caballos junto a una laguna. "Si son de gente paraguaya —me dije— estoy perdido", pero mis fuerzas concluían y avancé. Los aperos, señor, tenían "rabincha", que no se usan más que en el Brasil. Respiré. Me tomaron, me trataron bien y a poco cayó López y acabó la guerra."

—Y, ¿cómo no avisó usted a sus compañeros, la noche de la fuga?

—¡Ah! señor... no hubiera dicho una palabra a mi propia madre...

Un silencio.

—¡Qué Cerro Corá!, añadió lentamente. En el campo habían mujeres muertas, con hijos encima que chupaban aún aquella podredumbre!... ¡Y el mariscal!...

—¿El mariscal?

Pregunta vana. El viejo enmudece definitivamente. Los espectros escuchan...

PANTA

TENGO una esclava —tranquilizaos no la trato como tal— pero ella lo es; está convencida de serlo; mejor dicho, no concibe otro estado para ella. Si yo la atara a un poste y la torturara, sufriría sin indignarse. Nació así; ni su alma ni sus ojos cambiaron de color. Su vida fue la de un objeto palpitante que pasa de mano en mano. Tal vez, niña aún, la violaron al borde del camino. No tiene apellido ni hogar. Panta... ¿será recorte de Pantaleona? Es vieja o lo parece. ¿Cincuenta, sesenta, setenta años? Enigma. Habla confusamente de la guerra... meses en el monte mascando yuyos; el terror del animal acosado. Ahora, sierva de siervos, hace el locro de los peones. Su rostro es un manojo de arrugas en continuo movimiento, con dos iris tímidos y salvajes que brillan en la sombra. Allí no hay una idea, pero sí todos los instintos, la gula, la lujuria, la fidelidad del perro, y la imaginación del fauno, la cólera que se disuelve en la risa, y el miedo con su gesto oblicuo, pronto a la evasión. Es sucia: no se ha lavado jamás, ha llegado al equilibrio definitivo, en que el roce y el sudor se llevan tanta porquería como traen. Es sórdida: su camisa, la misma siempre, se desliza hasta el vientre, desnudando carne de trabajado cobre, carne que no siente ya la mordedura del sol ni la del frío. Una pollera desgarrada... ¡y los pies!, pobres pies agrietados, deformes, oscuros. ¡Cuánto han caminado, cuánto se han herido con las espinas y los guijarros de la tierra! Pies de lodo; debajo de este lodo corre la sangre. Son los pies que acariciaba Jesús.

Panta es ingenua; constantemente gime, refunfuña, o suelta la carcajada, todo lo dice, lo canta o lo grita. Tiene un espíritu a flor de piel. Nadie la entiende; nadie le hace caso, si no es para burla. Está loca, puesto que no sabe callar. Sospecho las proporciones que en su fantasía toman las peripecias de su miserable oficio. Quizá Panta vive rodeada de monstruos que yo no veo. La comparo a las bestias que se estremecen de peligros ignorados del

hombre. Cada ser conoce un aspecto del mundo. ¿Quién reprocharía a Panta sus rarezas? Cuando me sirve algún plato, no lo deja nunca donde debe. Me lo pone bajo la barba como una bacía.

—¡Para comer! —me explica la infeliz.

Comer... ¡palabra enorme! y más en la boca que recoge los restos de la comida ajena.

Panta suele ser víctima de la coquetería. Si reúne diez pesos, y no se los roban, adquiere un trapo amarillo, rojo, verde, que se cuelga de cualquier parte. Y Panta —confesémoslo— es impúdica. En mitad del corral, en pleno día, se alza las faldas para divertir a los boyeros.

Yo no la quiero recordar aquí cuando se degrada, sino cuando el dolor la devuelve a la inocencia, cuando le ha sucedido una catástrofe en su ahumada cocina, cuando le pegan, o cuando se quema los dedos con agua hirviendo. Entonces ella viene a mí, para que la remedie, ya con aceite, ya con árnica, ya tan sólo con mi piedad ociosa y llora a mi lado, llora a chorros, con todas sus lamentables arrugas que suben y bajan; entonces comprendo hasta qué punto es hermana mía, hasta qué punto aparece en su ser, desnuda, vacilante, la débil chispa que ocultamos nosotros bajo máscaras inútiles.

[*La Evolución,* 7 de Junio de 1909]

EL MANICOMIO

RODEA al Asilo de Mendigos una magnífica propiedad de cuarenta y dos cuadras. Allí hay de todo: legumbres, frutas, flores. El hermoso edificio del Asilo es un vasto taller donde la gente trabaja; se guisa, se cose, se teje, se borda *ñandutí*.[1] Allí se gana dinero ¡vive Dios! y todo marcha como en un cuartel. Añadid los 12.000 pesitos mensuales del Gobierno, y comprenderéis la respuesta que otra sociedad de beneficencia, la del Hospital de Caridad, dio al Estado que deseaba adquirirlo: "se lo vendo". Un negocio no se traspasa gratis.

Pero cerca del Asilo se levanta el sombrío presidio de los locos. ¡Ay! los locos no trabajan bien; no sirven para nada. Figuraos una inmunda cárcel, en que la miseria hubiera hecho perder el juicio a los infelices abandonados allí dentro. Sobre el fango de un patio lúgubre, acurrucados contra los muros, gimen, cantan, aúllan, veinte o treinta espectros, envueltos en sórdidos harapos. Una serie de calabozos negros, con rejas y enormes cerrojos, agobia la vista. A los barrotes asoma de pronto un rostro de condenado. Celdas oscuras, desnudas, húmedas. El techo se agrieta. Las camas son sacos de sucia arpillera. Un hediondo olor a orines, a cubil de bestias feroces nos hace retroceder.

Sin asistencia, los locos vagan. Un montón de trapos se agita en el suelo. Es una epiléptica, que se romperá quizá el cráneo contra la pared. Descalzas, con los pies hinchados, las idiotas, incapaces de espantarse las moscas, se cubren de llagas. Rascan la tierra en que se revuelcan todo el día, y se quedan sin uñas. Del lado de los hombres el espectáculo es parecido. Feliz, de cara al sol, un lívido adolescente se masturba.

[1]*Ñandutí* (voz guaraní). Encaje tejido a mano, una de las artesanías populares del Paraguay.

Los enfermos arrojados allí no tienen salvación. Podrían curarse en otro sitio muchos de ellos. Allí, en aquel infierno sin nombre, su razón naufraga para siempre.

Para el Asilo de Huérfanos y viejas laboriosas, todo; para el Manicomio, nada; los dementes son inexplotables. El manicomio es el pozo tenebroso a donde se tira la basura, volviendo los ojos a otra parte. Allí los parientes se desembarazan de quien les estorba. Allí se vuelca el ciego, el canceroso, la carne maldita. No es preciso estar loco para caer en el antro. Basta *sobrar.* Un inglés, William Owen, a quien habían encerrado cuerdo, se ahorcó en su mazmorra. Durante nuestra visita, descubrimos una pobre mujer, en su sano juicio, que está entre los locos hace *cinco meses.* La hermanita no sabía quién era.

—Me llamo Ursula Céspedes. Mi hija me trajo acá. No quiere tenerme. Dice que soy leprosa.

Y nos enseña sus pies blanquecinos, las pústulas de sus piernas...

¡Ah, el libro de entradas sin fechas, sin nombres! N. N., N. N.,...! ¿quiénes son?, ¿quién los lanzó al pozo? La policía, un desconocido, cualquiera. ¿Para qué asesinar? Llevad vuestras víctimas al manicomio.

Y cuando el pozo rebosa, cuando hay demasiados monstruos, se los echa afuera. Así la loca Francisca Martínez de Loizaga, asistida ahora en su rancho, fue despedida del manicomio *tres veces* en año y medio.

No concebimos ni en la Edad Media cosa igual. ¿A qué protestar? ¿A qué pedir justicia al Estado, a ese Estado que en medio de tantos horrores y de tantas infamias, no se ocupa sino de cambiar los uniformes a sus soldaditos? Hay 50.000 pesos oro para alojar un batallón. Para aliviar la suerte de los desheredados, locos o no, jamás habrá nada.

LO QUE HE VISTO[1]

En un año de campaña paraguaya, he visto muchas cosas tristes...

He visto la tierra, con su fertilidad incoercible y salvaje, sofocar al hombre, que arroja una semilla y obtiene cien plantas diferentes y no sabe cuál es la suya. He visto los viejos caminos que abrió la tiranía devorados por la vegetación, desleídos por las inundaciones, borrados por el abandono. Cada paraguayo, libre dentro de una hoja de papel constitucional, es hoy un miserable prisionero de un palmo de tierra. No tiene por dónde sacar las cosechas, que tal vez en un esfuerzo desesperado, arrancaría al suelo y se contenta con unos cuantos liños de mandioca, roídos de yuyos. Más allá, bajo el naranjal escuálido que dejaron los jesuitas, se alza el ranchito de lodo y de caña, agujero donde se agoniza en la sombra. Entrad: no encontraréis un vaso, ni una

[1]Con este artículo Barrett inició sus colaboraciones en *El Nacional,* diario recién fundado entonces por un grupo de escritores y periodistas independientes. Hacía poco que había dejado Yabebyry, donde vivió confinado cerca de un año. "Lo que he visto" es el testimonio de esa experiencia, que contrasta dramáticamente con la visión idílica a que tendía cierto nacionalismo. El escritor y político Manuel Domínguez (1869-1935), bajo el seudónimo de *Juvenal,* le contestó inmediatamente desde el mismo periódico con un artículo titulado "Lo que Barrett no ha visto", sosteniendo que éste, "creyendo pintar al Paraguay, sólo acierta a pintarse a sí mismo". Barrett replicó a su vez, días después, con su exasperado "No mintáis" (v. página 176). Domínguez insistió aún con otro artículo, "Distinguid", el 7 de marzo. Esta polémica ejemplifica nítidamente el enfrentamiento ideológico de Barrett con el nacionalismo romántico de un sector de los hombres del 900 paraguayo. Todavía en 1925 Juan E. O'Leary diría que de Barrett sólo quedaban "las exageraciones sombrías de su pesimismo, los cuadros tristes de lo que él llamaba 'el dolor paraguayo', y no eran sino los desahogos de su melancolía, indiferente a todas las manifestaciones del mundo exterior, a pesar del empeño que mostraba en aparecer preocupado de los problemas y de los incidentes de la vida nacional". (Prólogo a *Guaraníes,* de Goycoechea Menéndez, 2ª ed., Asunción, 1925). Sin embargo, ya el propio Manuel Domínguez había reconocido, en unas conferencias pronunciadas en 1922, la existencia de graves problemas sociales y económicos en el país. (V. *La traición a la patria y otros ensayos,* por Manuel Domínguez, Asunción, 1959).

silla. Os sentaréis en un pedazo de madera, beberéis agua fangosa en una calabaza, comeréis maíz cocido en una olla sucia, dormiréis sobre correas atadas a cuatro palos. Y pensad que se trata de la burguesía rural.

He visto que no se trabaja, que no se puede trabajar, porque los cuerpos están enfermos, porque las almas están muertas. He visto que los peones "robustos" no pasan dos semanas sin algún día de diarrea o de fiebre. ¡Pobre carne, herida hasta en el sexo, pobre carne morena y marchita, desarmada de toda higiene, sin más ayuda exterior que el veneno del curandero, el rebenque del jefe político, el sable que les arrea al cuartel gubernista o revolucionario! ¡Pobres almas con el "chucho" del pánico, para las cuales en la noche brilla siempre el cuchillo de los vivos, o palidece el fantasma de los difuntos!

He visto las mujeres, las eternas viudas, las que aún guardan en sus entrañas maternales un resto de energía, caminar con sus niños a cuestas. He visto los humildes pies de las madres, pies agrietados y negros y tan heroicos buscar el sustento a lo largo de las sendas del cansancio y de la angustia y he visto que esos santos pies eran lo único que en el Paraguay existía realmente. ¡Y he visto los niños, los niños que mueren por millares bajo el clima más sano del mundo, los niños esqueletos, de vientre monstruoso, los niños arrugados, que no ríen ni lloran, las larvas del silencio!

Y me han mirado los hombres, y las mujeres y los niños y sus ojos humanos, donde había el hueco de una esperanza, me han dicho que debemos devolverles la esperanza, porque este es el país más desdichado de la tierra. No castiguemos, no acusemos; si no hay en nuestros hermanos solidaridad, si no aciertan a respetar a sus compañeras ni a querer a sus hijos, si para evadirse de su oscuro dolor llaman a las puertas de la lujuria, del alcohol o del juego, no nos indignemos. No debemos juzgar su mal, debemos curarlo. ¡Y cuánta fraternal paciencia, cuánta dulzura tiene que haber en nuestras manos consoladoras, para curar, por todo el territorio, las raíces enfermas de la raza!

Y he visto en la capital la cosa más triste. No he hallado médicos del alma y del cuerpo de la nación; he visto políticos y negociantes. He visto manipuladores de emisiones y de empréstitos, boticarios que se preparan a vender al moribundo las últimas inyecciones de morfina...

[*El Nacional*, 21 de Febrero de 1910]

EL ODIO A LOS ARBOLES

QUE UN advenedizo construya una casa, con el dinero rápidamente ganado en honradas y secretas operaciones comerciales, está bien. Que construya una de esas lúgubres y sangrientas y vulgares masas de ladrillo; con agujeros enrejados y techo de teja, está menos bien. Pero lo que hace estremecer es que os declare: "Ahora voy a arrancar todos los árboles en torno para que la propiedad *quede linda.*"

Sí, es necesario que se vea limpia, desnuda, con sus insolentes colores que profanan la suavidad de los matices campestres, la fachada reluciente y tonta. Es necesario que se diga: "Esta es la casa nueva de Fulano, de ese que ahora está tan rico." Es necesario que pueda contemplarse sin obstáculos el monumento a la actividad de Fulano. Los árboles sobran; "quitan la vista". Y hay algo más que vanidad en el afán de pelar el suelo; hay odio, odio a los árboles.

¿Es posible? ¿Odio a los seres que, inmóviles, con los nobles brazos siempre abiertos, nos ofrecen sin cansarse jamás la caricia de su sombra, la fecundidad silenciosa de sus frutos, la poesía múltiple y exquisita que elevan al cielo? Se asegura que existen plantas dañosas. Tal vez, más no por eso las debemos odiar. Nuestro odio las condena. Nuestro amor quizás las transformaría y las redimiría. Oíd a un personaje de Víctor Hugo: "vio gentes del país muy ocupadas en arrancar ortigas; miró el montón de plantas desarraigadas y ya secas, y dijo: —Esto está muerto. Esto hubiera sido sin embargo algo bueno si de ello hubieran sabido servirse. Cuando la ortiga es joven, su hoja es una excelente legumbre; cuando envejece, tiene filamentos y fibras como el cáñamo y el lino. La tela de ortiga vale tanto como la tela de cáñamo. Es por lo demás la ortiga un excelente pasto que se puede segar dos veces. ¿Y qué necesita la ortiga? Poca tierra, ningún cuidado, ningún cultivo... Con un poco de

trabajo que se tomara, la ortiga sería útil; se la descuida y se vuelve dañosa. Entonces se la mata. "¡Cuántos hombres se asemejan a la ortiga!"— Y añadió después de una pausa: —"Mis amigos, tened esto: no hay malas hierbas ni hombres malos. Sólo hay malos cultivadores".

¡Ay! no se trata de cultivar, sino de perdonar a los árboles. ¿Cómo aplacar a los asesinos? No hay sitio de la república, de los que he recorrido, en que no haya visto funcionar el hacha estúpida del propietario. Hasta los que nada tienen destruyen las plantas. Alrededor de los ranchos se extiende un árido yermo cada año mayor, que da miedo y tristeza. Según el adagio árabe, una de las tres misiones de cada hombre en este mundo es plantar un árbol. Aquí el hijo arranca lo que el padre plantó. Y no es por ganar dinero; no aludo a los que explotan las maderas. Sería una explicación, un mérito; hemos llegado a considerar la codicia como una virtud. Aludo a los que gastan dinero en arrasar el país. Obedecen a un *odio desinteresado*. Y la inquietud aumenta cuando se nota que las únicas mejoras que se hacen en las plazas de la capital consisten en arrancar, arrancar y arrancar árboles.

Odio doblemente feroz en una comarca donde el verano dura ocho meses. Se prefiere el sol abrasador a la dulce presencia del árbol. Se diría que los hombres no son ya capaces de sentir, de imaginar la vida en los troncos venerables, que tiemblan bajo el hierro y se desploman con lastimero fragor. Se diría que no comprenden que también la savia es sangre y que sus víctimas se engendraron en el amor y en la luz. Parece que las gentes viven esclavizadas por un vago terror y que temen que el bosque proteja fascinerosos y anime fantasmas. Detrás del árbol adivinan la muerte. O bien, obsesionados por un dolor sin forma, quieren copiar en torno suyo el desolado desierto de sus almas.

Y entonces, en la nuestra la irritación se cambia en piedad. Muy desesperado, muy hondo ha de ser el mal de los que, en resignado mutismo, perdieron el cariño primero, el cariño fundamental que hasta las bestias sienten, el santo cariño a la tierra y a los árboles.

[*Rojo y Azul*, 27 de Septiembre de 1907]

INSTRUCCION PRIMARIA

Lo QUE menos importa es que el maestro enseñe o no gramática, geografía y aritmética.

En primer lugar, no se aprende nada, por competente que sea el profesor, hasta los quince años. El cerebro infantil no puede abstraerse, lo mismo que no puede el estómago de un recién nacido digerir carne. Hasta pasada la pubertad no se generaliza, no se comprende. ¿Para qué convertir a los niños en malos fonógrafos, para qué profanar su tierna inteligencia? Basta excitar su curiosidad libre, mantener la elasticidad de su ingenio nativo, tan fácilmente asfixiado bajo las idiotas lecciones de texto; basta conservar el juego de su salud mental. Se hace lo contrario; se le embrutece mediante su propia memoria, se le castra el entendimiento por el terror; se le encarcela y se le tortura, se le hace odiar el arte y la ciencia por toda la vida; se la enemista definitivamente con los libros y con la naturaleza. Cuando ha concluido sus funestos estudios, es difícil salvarle.

Un maestro que no se hace querer, que no reduce su pedagogía a contar en clase bellos cuentos, que no desdeña la simple tarea del dómine por la grave tarea de inspirar amor a la verdad y a la justicia, aunque no sea aún tiempo de conocer la una ni de practicar la otra, es un mal maestro.

En la escuela hay que adquirir el hábito de no mentir y de atender a las molestias y a los sufrimientos del prójimo. Hay que salir de ella verídico, compasivo y cortés. Esto es lo importante.

Y de lo que nadie se ocupa.

En lugar de templar los resortes morales del niño, los únicos accesibles, se le asegura seriamente que la tierra que pisa es una bola danzante en torno del sol. Pocas escenas sociales son de un cómico más terrible.

Tuve noticia de un institutor que recordaba a sus alumnos la forma del planeta recomendándoles que le miraran al bolsillo del chaleco, donde el

reloj dibujaba un bulto circular. Por desgracia el día de los exámenes, se olvidó de traer el reloj; en su puesto había una caja de fósforos. Todos los discípulos contestaron que la tierra era cuadrada.

Cuando me explicaron, de muchacho, lo que representan esos globos de yeso, en cuya redondez se pintan los continentes y los mares, creí que las poblaciones se encontraban *dentro* de la esfera. Tomé la convexidad terráquea por la concavidad celeste. Error muy natural, que tardé mucho en corregir. A mi vista, la única figura redonda y enorme que la realidad me ofrecía era la del firmamento.

"Recuerdo una niña de escuela, narra Henry George, muy adelantada en geografía y astronomía, que se asombró mucho al saber que el suelo del corral de su casa era realmente superficie terrestre; y observaréis si habláis con los niños, que la mayor parte de los conocimientos que se les enseñan son parecidos a los de aquella niña. *Raras veces discurren mejor, y con frecuencia mucho peor que cuando nunca han ido al colegio*".

Pero aunque se trasmitieran a esa edad nociones científicas, cosa imposible, ¿de qué servirían?, ¿en qué perfeccionarían, por sí solas, el espíritu humano? No es la razón, más o menos amueblada, sino la voluntad lo que hace marchar al mundo. No es urgente desarrollar el caletre, sino el carácter. Instruid a un malvado, y le habréis dado armas para que os ataque. Instruid a un imbécil, y habréis dado importancia y volumen a su imbecilidad.

El pueblo se emancipa poco a poco de la miseria en que vive, no por la instrucción, sino por la fuerza de su sagrada cólera. Todos los pobladores saben leer y escribir en China; en ningún sitio arrastran las masas tan lamentable existencia.

Si la instrucción fuera en sí eficaz, ¿no la habrían explotado, en provecho propio, los maestros mismos, no habrían logrado, en las generaciones que educaban, inculcar consideración y respeto a la humilde clase de profesores elementales, cruelmente tratada en todos los países? ¿No habrían conseguido hacerse pagar mejor?

Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no les compromete, como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica; hacen a veces de ella, como sucede en Francia, una agencia política. Les permite siempre obsequiar con empleos a sus amigos, y extender más y más la epidemia burocrática.

Sería una fuente de regeneración incalculable, aquí sobre todo, donde los hogares, mal constituidos, hacen muy poco en favor de los hijos, enviar a la campaña un heroico regimiento de cien maestros, cien hombres de corazón, capaces de ser estimados por los niños y resueltos a sembrar en las almas auroras el germen de la sinceridad y de la libertad de ideas. Pero esos hombres, ¿los habrá en el Paraguay, los habrá en América, los habrá en este valle de lágrimas?

[*Rojo y Azul*, 22 de Diciembre de 1907]

EL MAESTRO Y EL CURA

AL LLEGAR al pueblo, pregunté por el maestro de la escuela y después por el cura; nada más natural: representan el eterno dualismo de la filosofía, los dos polos de la espiritualidad humana, lo relativo y lo absoluto, los sentidos y la intuición, lo visible y lo invisible, la ciencia y la fe. El representante de lo relativo y de lo efímero, en aquella sociedad de dos o tres mil almas, estaba peor alimentado que el representante de lo absoluto y de lo perdurable. Quizá demuestre esto que hasta para los labradores el cielo es más importante que la tierra y que ante todo les conviene asegurar las cosechas del otro mundo. El maestro es pálido, vacilante, melancólico; el cura regordete, sano, jovial. Basta contemplarlos para comprender la diferencia que va de las engañosas tentaciones del valle de lágrimas a la realidad resplandeciente que más allá del sepulcro encontrarán los buenos católicos.

El maestro gana ciento cincuenta pesos mensuales. Verdad es que no trabaja sino ocho o nueve horas al día y que no tiene sino un centenar de alumnos. Además, en la clase, que es un galpón arruinado, no hay bancos, ni mesa, ni utensilio alguno de enseñanza. Allí se aprende aritmética sin pizarrón, geometría sin figuras ni sólidos, botánica sin plantas, zoología sin animales, geografía sin mapas. Todo es etéreo, fantástico. También se debe observar que los ciento cincuenta pesos no son precisamente ciento cincuenta pesos. En primer lugar, son recibidos con un mes de retraso. Los gobiernos, sin duda por razones de alta política, han dispuesto que se pague a los maestros de escuela los últimos, es decir, después de los mayordomos, porteros y lacayos; después de los espías. Por otra parte, a los maestros de escuela de la campaña se les paga *en la Asunción*. Los infelices necesitan un intermediario que les cobre el sueldo en la capital y lo envíe, en cuya operación se evaporan siempre algunos pesos, cuando no

todos. ¡Hay tan poca gente en quien se puede fiar! En fin, el maestro vive. ¿Qué más quiere?

Al cura, y con justo motivo, no le basta vivir. Es preciso que la gloria del todopoderoso triunfe en él. La sencilla gente de la aldea llama al sacerdote *hijo de Dios*. Como tal, se hace hombre y a veces exageradamente. El cura de mi cuento tiene diez hijos. ¡Cosas del clima! Ninguno de los diez quedará en la miseria; el doblemente padre es casi rico. Notemos que ni siquiera vive en su parroquia. Cada mes aparece por ella, canta una misa acá, unos responsos allá; bautiza a un par de nenes, casa a unos cuantos escandalosos y se marcha. Total, quinientos, setecientos pesos. He examinado el arancel eclesiástico; he descubierto con asombro que "un matrimonio en hora competente, con misa nupcial sin aplicación", vale 5 pesos, "con aplicación" 8 pesos; "un entierro de adulto, sin posa, siendo cantado y dando vuelta a la iglesia", 4 pesos, "si hubiere posas se percibirá además 0.50 por cada posa cantada"; "por un entierro de adulto o párvulo desde el domicilio hasta la iglesia o cementerio, no se percibirá más de 4 por la primera cuadra y 2 por cada una de las demás".

Los chirimbolos del culto, cruces parroquiales, ciriales, arañas, candelabros, dalmáticas, paños, no se alquilan por más de tres pesos pieza; pero son derechos de fábrica que aprovecha la mayordomía y no el cura. En ellos se incluye lo referente a la campana. Sepa el público que un toque de agonía cuesta treinta centavos, y cincuenta el anuncio de muerte.

Entonces ¿qué significan los centenares y miles de pesos que se embolsa el cura en cuestión?

¡Ah! Es que al maestro lo mantienen los hombres, mientras que al cura lo mantienen las mujeres. A uno se le cumple a regañadientes su miserable tarifa; para el otro no hay tarifas, y los esfuerzos del señor obispo se estrellarán contra la inagotable piedad femenina. Esas heroicas esclavas han puesto en la misericordia celestial todas sus esperanzas —¿dónde las iban a poner?— y ningún sacrificio les parecerá grande si se trata de conservar las amistades con la Virgen, los santos y el *hijo de Dios*. El hombre hasta cuando ama, es práctico y luchador; prevé y mide; mal convencido, en lo que acierta, de las ventajas de la instrucción, no se enternece demasiado ante la palidez y la melancolía del maestro. En cambio la mujer, apenas ama, ama como madre, y todo está dicho. Cierra los ojos a las calaveradas del cura; los abre llenos de confianza, cuando el sacerdote recobra su carácter sagrado, y repite en nombre de Cristo las inmortales, las únicas palabras de consuelo. Y la mujer se complace maternalmente —¡Oh Dolorosa!— en los carrillos redondos del cura, en su jovialidad y ríe con él, risa cándida, leve, pronto retenida, de niña seria. Y para el cura será la gallina más gorda, el más rico vaso de leche, y el montoncito de pesos reunido en largos meses de frío y de sol, a fuerza de caminar con los pies descalzos por los senderos que no acaban nunca.

[*Rojo y Azul*, 20 de Setiembre de 1907]

LOS NIÑOS TRISTES

ERA EN la plaza de un pueblo —cualquier pueblo de la campaña—. El día era hermoso; un sol radiante, una ligera brisa que refrescaba la piel acariciándola. Dieron las once y se abrieron las puertas de la escuela y salieron los niños. Los había de diversas edades: algunos hacía poco que sabían andar, otros parecían hombrecitos. Eran muchos. Iban en pequeños grupos; la mayor parte por parejas; unos pocos descarriados. Habían pasado tres horas sentados, inmóviles, mortificándose con las estupideces severas de los libros de texto. Salían silenciosos, cabizbajos. No corrían, no saltaban, no jugaban, no hacían ninguna diablura. El césped suave, amplio, no les sugería ninguna cabriola, ninguna carrera feliz de animales jóvenes. La campana de la iglesia dejaba colgar la cuerda hasta el suelo. Ninguno tocó la campana. Estaban serios. Estaban tristes.

Tristes... Y tristes todos los días. Desde aquella mañana me he fijado en los niños paraguayos, niños graves que no ríen ni lloran. ¿Habéis visto llorar a los niños dichosos? Llanto bullicioso, trompeteo potente, llanto a medias fingido, deliciosamente despótico, que adivina los exagerados mimos de la madre y los exige y sabe que triunfa y es mitad llanto y mitad carcajada, grito de salud que regocija. Me consolaría oír ese llanto en los campos, en vez de fúnebre silencio.

Aquí los niños no lloran: gimen o se lamentan. No ríen, sonríen. ¡Y con qué sabia expresión! La amargura de la vida ha pasado ya por esos rostros que no han empezado a vivir. Estos niños han nacido viejos. Han heredado el desdén y el escepticismo resignado de tantas generaciones defraudadas y oprimidas. Comienzan la existencia con el gesto fatigado de los que inútilmente la concluyen.

Podemos medir el abatimiento de la masa campesina, la carga inmemorial de lágrimas y de sangre que en su alma pesa, por este hecho formidable: los niños están tristes. La presión de la desdicha nacional ha destrozado el misterioso mecanismo que renueva los seres, ha mancillado y fal-

seado el amor. Los espectros del desastre de la guerra, y del desastre de la paz, la tiranía, han seguido a los amantes solitarios, y les han empañado los besos con su lúgubre sombra. Se han poseído los esposos en la desconfianza y en la ruina; no han temblado solamente de pasión. La voluptuosidad ha quedado impregnada de un recelo indestructible y aciago; la antorcha del inmortal deseo conserva reflejos de hoguera funeraria y por instantes parece símbolo de destrucción y de muerte. La obra parricida de los que esclavizaron el país ha herido la carne de la patria en lo más íntimo, vital y sagrado: en el sexo. Ha atentado a las madres, ha condenado a los hijos que aún no nacieron. ¡Cómo extrañarnos de que los niños, la flor de la raza, no abran sus pétalos a la luz y a la alegría! El árbol está desgarrado en sus mismas raíces.

¡Pobres niños inertes! Causa pena mirar sus cándidos ojos, donde no hay curiosidad. No les importa el mundo. Taciturnos y pasivos como sus padres, dejan pasar las cosas que suelen ser crueles. ¿Para qué interesarse por nada? Poseen de antemano la melancólica sabiduría. Corren por sus venas inocentes algunas gotas de ese acre jugo que extraemos, a la larga, por toda filosofía, de la realidad injusta. Nada han probado aún y se diría que nada esperan ya.

Un recuerdo me asalta, cada vez que pienso en los niños del pueblo. Poco antes de llegar a la aldea donde veraneo, un tren, hace quizá un año, atropelló a un niño. Las ruedas rompieron las débiles piernas y le arrancaron la cabeza del tronco. Los empleados recogieron el cadáver y lo dejaron en la plataforma de la estación. La víctima se había echado a dormir sobre los rieles, y no había oído el tren. Había tenido sueño, y tan profundo fue, tan semejante al de la muerte, que con la muerte misma se confundió. ¿O es que tal vez, al escuchar la muerte que venía, se sintió demasiado cansado, demasiado triste para despertarse?

Creo ver todavía, sobre la arena caliente, el cuerpecito yerto y la lívida patita quebrada que de rodilla abajo aparecía desnuda, y los humildes pies descalzos, que no caminarían más, que pronto dormirían bajo la tierra hermana. Y al lado, la cabecita sangrienta, metida en un sombrero viejísimo, sin forma, por cuyos agujeros asomaban dos o tres bucles morenos, vivos y brillantes aún. Una mujer piadosa —la eterna Verónica— cubrió aquella miseria con un lienzo blanco y puro como la nieve. Habían avisado al jefe político y bajo sus órdenes cargaron los marchitos restos en un carro cualquiera. Un peón llevó la cabeza del niño en el raído sombrero. Entonces noté con espanto que al jefe le hacía gracia.

¡Oh innumerables niños tristes! Consagrémonos a hacer brotar la santa, la loca risa en sus labios rojos y nos salvaremos. Perdamos nosotros toda esperanza, con tal de que en los niños resplandezca. Evitemos que algunos se sientan en tal extremo rendidos a la pesadumbre de la fatalidad, que se duerman abandonados en medio del camino de la muerte y no la oigan venir.

[*Rojo y Azul*, 10 de Noviembre de 1907]

VERDADES AMARGAS

No TIENEN las guerras por lo común la funesta influencia que podría suponerse en el desarrollo económico del mismo pueblo vencido. La prosperidad norteamericana después de la Secesión, el levantamiento admirable de Francia a raíz de los desastres del 70, son ejemplos clásicos de lo poco que estorba una repentina desaparición de capitales a la marcha normal de la producción colectiva. Hasta se atrevería el historiador belicoso a sostener que una breve serie de combates es una higiénica poda del árbol social, más retoñado y robusto al día siguiente de la lucha. "Una noche de París, decía Napoleón ante el campo de batalla empapado en sangre y cubierto de víctimas, remediará todo esto". Igual que la carne herida se sana la riqueza mutilada. La vida elástica rebota después del choque y se eleva con furia.

Un hecho curioso confirma lo anterior. Se ha observado que cada uno de los períodos que median de una crisis comercial o *Krach* general, a otra, dura nueve años. Coincidencia fortuita tal vez. He aquí algunas fechas:

1864—Crisis del algodón, Estados Unidos.

1873—Valores emitidos por Austria.

1882—*Krach* de los Bancos Franceses.

1891—*Krach* Baring. República Argentina.

1900—Fracaso de la Exposición Universal.

De los puntos indicados frente a las fechas ha partido la onda que propagándose por el globo determina el derrumbe y revela un estado morboso de las relaciones financieras universales. Los síntomas del mal, que hoy por desgracia reaparecen, son el aumento de la cartera en los bancos y la disminución del encaje. Pero lo que aquí nos importa es el siguiente comentario de Jacques Siegfrield: "Las guerras ejercen poca influencia en el ciclo

de los períodos prósperos y de la crisis... la guerra es casi siempre señal de nuevo crecimiento de las transacciones comerciales del mundo entero".

Las adversidades exteriores pues, guerras, terremotos, huracanes, inundaciones, langostas, incendios, golpes de Estado, etc., no son capaces de agotar las fuentes de producción. Prueba de que el dinero no es esencial, sino el trabajo, y que nada llega a transformar y corromper las condiciones morales que hacen el trabajo fecundo, como no sea una degeneración lenta, hereditaria y por lo mismo incurable.

Por una fatal excepción la guerra del Paraguay no solamente asoló y ensangrentó el país, sino que lo degeneró por mucho tiempo. Lo castró al destruir los gérmenes de aquella hermosa raza resplandeciente todavía en las nobles figuras de los viejos que sobreviven. Las generaciones posteriores se tallaron en otra manera. Nacieron a instituciones cuya letra es más libre, pero fueron menos libres ellas en su fuero interno, menos vigorosas, peor armadas, más indolentes, más viciosas, más incapaces de emanciparse por medio del esfuerzo individual. Fueron una casta distinta, inferior; otra nación improvisada, soldada de cualquier modo a la antigua. Para los habitantes actuales el progreso es difícil. No debe extrañarnos que dure tanto la depresión nacional. Han cambiado los rasgos del pueblo, se ha borrado la fisonomía de la patria. Hay que restituirla, hay que encontrar los cauces perdidos y lanzar por ellos las corrientes de la vida nueva.

La miseria del campesino, el empobrecimiento profundo de todas las actividades, la ruina en fin de los negocios no son consecuencia de accidentes fortuitos, sino de la manera de ser. No es lo inesperado lo que nos mata, sino la costumbre. Y ya que el mal viene de adentro, de adentro ha de venir la medicina. La gente no trabaja, no está hecha para trabajar; le falta alegría, confianza, amor al hogar; le falta el hogar mismo. Hay que reconstituir las conciencias, devolver la dignidad humana a los hombres. Verdad amarga, pero no muy amarga, porque es verdad. Bueno es reírnos de empréstitos, bancos, decretos, combinaciones políticas, cataplasmas de tres al cuarto. La obra no es tan sencilla; no se trata de meses, sino de largos años de paciente labor educadora y consoladora; no se trata de buscar capital en bolsillos ajenos para entrampar más y más a esta sociedad quebrada por inútil, sino de buscar amor; no se trata de enseñar el merodeo, la intriga, el arte de adquirir un crédito falso, sino de enseñar a no mentir, a no prometer lo que no se ha de cumplir, a cumplir lo que se promete, a trabajar y a comprender que el que no mantiene a sus hijos y come de la hembra no tiene perdón ni merece salvarse.

[*Rojo y Azul,* 1º de Diciembre de 1907]

HOGARES HERIDOS

El estado de un cuerpo depende del de sus moléculas, y no puede estar sano un organismo vivo si las células de que se compone no están sanas. Es imposible que un país prospere cuando no se constituye fuerte y dignamente la familia, que es molécula y célula social. La patria hogar común, es desgraciada y débil porque los hogares individuales lo son. Y así como en medicina se tiende al único procedimiento curativo de regenerar los tejidos por los elementos, así la obra de salvar la patria se reduce a la de regenerar los hogares.

Obra lenta, laboriosa, poco lucida, y sin embargo la sola obra fecunda. Obra que no está al alcance de un ministro por hábil y bullicioso que sea, ni de política alguna. Aquí la política, lo mismo que en todo lo que se refiere a los problemas esenciales de los pueblos, tal vez sea capaz de hacer el mal, pero es impotente para hacer el bien: o es una calamidad, o no es nada; nunca es más generosa y útil que cuando se abstiene. No; la grande obra de regenerar los hogares requiere varias generaciones de hombres inteligentes y abnegados, bastante modestos para ir a enterrarse en los rincones de la campaña, bastante heroicos para quedarse allí a combatir el daño en sus raíces y para consagrarse a consolar y sanar los enfermos espíritus. El Paraguay es un vasto hospital de alucinados y de melancólicos. No son oradores ni capitalistas ni sargentos lo que nos hace falta, sino médicos, médicos amorosos cuyas manos a un tiempo curen y acaricien.

Y esos hombres, ¿dónde están? No lo sé, mas son necesarios. Son semejantes a las células vigorosas, multiplicadas por la acción de sueros inmunizadores y cuyo destino es batallar contra los microbios patógenos y devorarlos. Hay que batir al enemigo en su terreno y con sus armas, o resignarse a sucumbir. En los meses que siguieron a los desastres de la guerra hispanoamericana, cuando no se hablaba en la península, igual que hoy en el Paraguay, más que de regeneración y de rumbos nuevos, don

José Echegaray presentó una solución teórica y pueril, solución de matemático: "Regenerémonos nosotros mismos uno por uno, exclamó; en cuanto cada español se haya regenerado a sí propio, se habrá regenerado España". Muy sencillo y muy absurdo, porque precisamente en eso consiste la degeneración, en no conseguir nadie regenerarse sin ajena ayuda. Un individuo de suficiente energía para recobrar por sí la salud moral está ya limpio y robusto. Al perfeccionarse no crea pujanza: la demuestra. Por desgracia nuestro caso es distinto. Decir que los hogares están heridos es poco; están mutilados, y las conciencias también. No alcanzará una existencia a lograr que retoñen los órganos ausentes; será necesaria una serie de existencias, como reclaman los filósofos indios, una serie de reencarnaciones para llegar a la purificación suma. La empresa es larga y penosa puesto que es fundamental. El pan humano de las edades venideras, alzado por la levadura de los educadores y predicadores laicos, tardará quizás siglos en blanquear su hostia redentora.

El hogar paraguayo es una ruina que sangra; es un hogar sin padre. La guerra se llevó los padres y no los ha devuelto aún. Han quedado los machos errantes, aquellos que asaltaban los escombros con el cuchillo entre los dientes, después de la catástrofe. Antes robaban, mataban, violaban, pasaban. Ahora, algo cambiados en su raza vil de horda, algo contagiados por la desesperación muda de las nobles mujeres que López arrastró descalzas en pos de las carretas y que al sobrevivir se entregaban a ellos, merodeadores repugnantes, para repoblar el desolado desierto de la patria, algo tocados de la apacible belleza del suelo, toman la hembra, engendran con la vida el dolor y pasan. Detrás, en los ranchos miserables, hay concubinas o viudas, pero madres al fin, que trabajan la tierra con sus huérfanos hijos a ellas abrazados en triste racimo. Jamás un aborto voluntario, jamás un infanticidio que otras madres hasta por caridad cometerían. Siempre abandonadas, pacientes, ignorantes y silenciosas, sienten en el fondo de su alma, como sintieron después de los años fatídicos, la necesidad de criar hombres, buenos o malos, de echar al mundo la probabilidad del triunfo. ¡Madres dolorosas, madres despojadas de toda vanidad y honor, de toda alegría, de todo adorno, madres de niños taciturnos, sombrías sembradoras del porvenir, sólo en vosotras está la esperanza; sólo vosotras, sobre vuestros inclinados y doloridos hombros, sostenéis vuestro país!

Pero una madre no es un hogar todavía. Sin el hogar, sin el *home,* reconfortante, tibio nido, pequeño y sagrado teatro de los altruismos normales de nuestra especie, fuente de todo arranque elevado, condición de toda labor regular y continua, base de toda felicidad, no hay nación respetable ni segura. El progreso de los sajones se debe exclusivamente a que son incomparables padres de familia. ¡Oh cándidos legisladores, preocupados con enseñar a leer a vuestros compatriotas! Consagrad vuestros esfuerzos a una tarea más importante y obscura: haced que respeten a sus mujeres y amen a sus hijos.

[*Rojo y Azul,* 24 de Noviembre de 1907]

EL NEGOCIO

Relación de un empleado

"Si aseguro que no soy rico, se me creerá probablemente. Lo peor es que, de cuando en cuando, se necesita gastar más dinero del que hay, porque la resignación es poca, y las tentaciones muchas, como debe decir la Biblia en alguna parte.

En una de estas ocasiones llenas de pecado me dijo un amigo:

—No necesitas molestar a nadie. Tratándose de esa pequeña suma, y a fin de mes como estamos, nada te será más fácil que vender tu sueldo. Hay aquí un banco, una verdadera Providencia que satisfará tu capricho mediante un interés muy razonable.

Pido perdón por descubrir a la faz del pueblo estas intimidades. Sé perfectamente que a nadie le importan. Pero, paciencia, que ahora viene *el interés:*

—Y. . . ¿cuánto llevan?

—El dos mensual.

Cosa hecha, pensé. El 24% al año no es nada, en países donde la plata se gana a espuertas. Vamos allá.

Banco X. . . he aquí el nombre indicado, sigue reflexionando. Han de llover sobre este establecimiento bendiciones de los que tienen hambre y sed de un poco de oro. ¡Oh beneficios del crédito, base del comercio, fuente de la prosperidad de las naciones!

Entro y me aproximo a una de las ventanillas como el penitente a la celosía del confesionario, y con los ojos suplicantes y la voz temblorosa del que va a recibir el inmenso favor de que le presten, con absoluta garantía, al 24%, expongo mi caso.

—¿Es usted accionista? me pregunta el padre confesor.

—No, señor, usted perdone.

—Tiene que comprar treinta acciones.

—¡Treinta acciones!

—Pero este mes no abona más que tres acciones. Además del 2% hay un 8% de depósito. Además.

—Usted dispense. Tenga la amabilidad de decirme ¿cuánto me cobra por los 300 pesos que el tesorero de mi oficina le va a entregar dentro de ocho días?

—Sí, señor. *(Cálculos rápidos) 69 pesos.* (!!!).

Yo.—(Mareado) ¿Y aún debo... 27 acciones?

El.—Efectivamente.

Yo.—Permítame retirarme... No me siento bien. (Mirada indignada del financista).

Aturdido, me arrastro hasta el compañero que me envió a semejante emboscada. Me mira y se ríe.

—Resultado: me sacan 69 pesos y debo 27 acciones, articulo penosamente.

—¿Y qué más quieres que ser accionista? Nunca las habrás visto más gordas.

—¡Lo cierto es que nunca he visto nada igual! Pero esas malditas acciones ¿dónde se cotizan?

—*En ninguna parte.*

—¿Quién las quiere?

—*Nadie.*

—¿Pero reparte el Banco dividendo?

—*Nunca.*

—Entonces...

—¿Entonces?

—Nada, que así es como se hace la América: deshaciendo a los americanos".

LA CRISIS

Un comercio que ha perdido su crédito, dentro y fuera del país; una agricultura malhadada, sobre quien todo pesa y a quien nada favorece; una industria incipiente e incapaz por ahora de contener el desastre; un enervamiento que reduce las actividades liberales a consumirse en pleitos; una política de comisarios, condenada a dar vueltas en la misma pista, entre un gobierno tullido y una cámara de sombras; he aquí el cuadro.

Seamos equitativos: la providencia se distrajo y la mala suerte colaboró. Si llovía, llovía demasiado; si no llovía, era durante largos meses calcinantes. La inundación o la sed. La langosta se instaló; mientras Buenos Aires se preparaba a rechazar las maderas paraguayas, cortando a la nación los víveres de oro, el Chaco argentino enviaba sus alados ejércitos devastadores. El suelo y el cielo y las finanzas extranjeras parecían haberse conjurado de la revolución acá.

Pero precisamente la vitalidad de un pueblo se mide por los obstáculos vencidos. Al ataque de lo exterior debía responder una defensa lúcida, firme. En medio de la tempestad es cuando se ata el timón.

En medio de la incoherencia hostil de las cosas es cuando necesitamos saber mejor lo que queremos y cómo y con cuánta energía lo queremos. "Lo que constituye una fuerza, dice Barrés, no es tan sólo la intensidad, es también la dirección". Podemos sentirnos débiles; a veces no es culpa nuestra. Razón de más para orientarnos obstinadamente. El horizonte está cerrado; nos ha de quedar, si no nos avenimos al naufragio, la brújula de la conciencia.

¿Y qué vemos por todas partes? Resignación.

Esta resignación morbosa prolonga desmesuradamente los períodos de abatimiento. Es una pereza del dolor que impide conocerlo y limitarlo. Es la misma pereza del placer que no conoce ni limita las condiciones de la

prosperidad, y que haciendo embarcarse a las gentes en aventuras disparatadas, convierte las épocas de más feliz desarrollo en preludios de ruina. Los que tenían diez pidieron ciento para invertirlo en empresas cuyos riesgos no acertaron calcular, y ahora se estrellan contra las puertas cerradas de los bancos.

La crisis no será un castigo, con tal que resulte una lección. El año 1907 fue un año terrible para los Estados Unidos. Los caminos de hierro pecaron allí, como aquí nuestros modestos comerciantes, por delirio de grandezas; megalomanía económica. Llegó un momento en que el papel ferrocarrilero fue rehusado; se suspendieron las obras comenzadas bajo los auspicios del colosal dividendo último; miles de obreros y empleados fueron arrojados a la calle; los pedidos a las fábricas disminuyeron bruscamente; los metales bajaron; las legiones de operarios hambrientos crecieron; los inmigrantes se volvían a Europa; los establecimientos bancarios vacilaron y una multitud enloquecida se precipitó a retirar sus depósitos. Este golpe no fue un castigo, fue una lección. "Un gran número de hombres y de organismos —dice Lévy— tenían verdaderamente necesidad de esta prueba para recobrarse, para desprenderse de la especie de vértigo por el cual esta poderosa comunidad se dejaba arrastrar".

Y fue una lección en el acto aprendida. Se cegó la vía de agua heroicamente. Hacía falta tranquilizar al público; hacían falta millones y se encontraron. Los formidables piratas de la Quinta Avenida obedecieron al sentimiento de solidaridad nacional. Bajo la dirección de Pierpont Morgan, abrieron sus arcas y Roosevelt, el enemigo épico del trust, tuvo que agradecerles su esfuerzo y unirse a ellos en nombre de la patria. La tormenta pasó. Los yankees perduran.

No comparo los recursos de Norteamérica con los del Paraguay. Sería absurdo. Pero guardando las proporciones, el método de resistencia es el mismo. Acudir siempre a las fuentes fundamentales de riqueza y trabajarlas sin desmayo. Estudiar con valor las dimensiones del mal y sacrificarse en común cuando suena la hora decisiva. Aprovechar la enseñanza para divagar menos y para hacer viables las creaciones futuras.

Leed los diarios; leed esos desfallecidos y convencionales artículos, en que se adivina la pluma de un soñoliento reporter, y en que se acumulan frases hechas con igual indiferencia que si se tratara de una historia de otro planeta y de otro siglo.

Pero la naturaleza es más robusta que nosotros, y nos curará aunque nos empeñemos en sucumbir. Vendrá la reacción lenta y potente. Convaleceremos. Cuando miro las viviendas desalquiladas de Asunción —ya que muchas familias no aguantan más y huyen al campo— pienso en la tierra. ¡Bendita crisis descentralizadora! ¡Caballeros elegantes y tronados, id a rascar la tierra fecunda! ¡Señoras empolvadas, no contempléis más tiempos los figurines de Buenos Aires; id a criar gallinas! La tierra nos salvará, la tierra en que retoñan las razas.

EL EMPRESTITO

MUCHOS se felicitan que entre dinero en el país. Se figuran que el dinero es riqueza. No; no hay más riqueza que el trabajo. ¿Existe acaso el propósito de emplear el empréstito exclusivamente en multiplicar el trabajo? ¿Se ha pensado en eso? ¿Hubo alguien capaz de pensar en eso?

Por de pronto, el empréstito representa una deuda; esto sí que es indiscutible. Una carga que juntar con las que ya abruman a la nación.

Lo grave es que la carga se distribuye desigualmente. Cuando una persona administra mal sus bienes, y para retardar la bancarrota pide prestado, recibe bastante menos de valor nominal. El resto queda en las garras del usurero y de los intermediarios. Se introducirá moneda en el mercado; se producirá matemáticamente el alza del precio de los artículos; padecerá el pobre, lo que no importará gran cosa a los que se enriquecieron en la operación.

La parte inmoral del asunto consiste en esto: lo que tal vez resulte para la colectividad un negocio desastroso resulta un negocio soberbio para unos cuantos particulares. Nada bueno puede provenir de una fuente inmoral. Los pueblos más atrasados e infelices de ambos continentes son los que más empréstitos han hecho.

Y lo que en su origen es inmoral lo sigue siendo en su desarrollo. Se abrirán créditos nuevos a los que ofrezcan garantías y a los amigos del poder, es decir, a los que no necesitan ni merecen socorro. En cuanto a esperar que del dinero vertido a mercaderes y a políticos llegue un centavo hasta el bajo pueblo, es un triste error. Poned un impuesto a la propiedad: al fin y al cabo lo pagarán íntegramente los desposeídos, los que, según la definición de Voltaire, temible burgués, "no tienen más que sus brazos para vivir". Bajarán los salarios, se extenderán la miseria y el hambre. Regalad en cambio dinero a los que ya lo poseen. No por eso mejorará la situación de la masa. Habréis aumentado la ociosidad y la imprevisión de los favorecidos. No es

dinero lo que hay que regalar ni lo que se precisa, sino amor a la tierra y al trabajo, un poco de paz y de confianza.

La fortuna llovida del cielo corrompe y arruina. Es común la idea falsa de que la agricultura y la industria exigen para desenvolverse fuertes capitales. Lo contrario es lo cierto. Lo que dura y prospera y perdura es lo que nació humildemente, y se fue nutriendo de su propia sustancia. Los más poderosos organismos comienzan por la célula microscópica. En una región como la nuestra, donde casi todo está por hacer, donde no hay caminos para lograr huir de las autoridades y donde la reducida población no conoce aún los oficios primeros ni las prácticas de labranza, ha de aglomerarse la riqueza en pequeños núcleos, amorosamente engendrados y criados, si es que se quiere que algún día haya riqueza. Ni los capitales vendrán, ni son convenientes. Las grandes instalaciones aquí son locura, decepción, fracaso. Es de sentido práctico: George os lo dirá mejor que yo: "Para conducir de vez en cuando dos o tres pasajeros, un bote es mejor que un vapor; unos pocos sacos de harina exclusivamente se pueden transportar con menos gastos de trabajo en una mula aparejada que en un tren de ferrocarril; poner un gran depósito de géneros en el almacén de un camino de travesía, en el fondo de un bosque, sería sólo derrochar capital... Así como, por mucha agua que se vierta a un cubo, nunca habrá en él sino un cubo lleno, tampoco podrá emplearse como capital mayor cantidad de riqueza de la exigida por el mecanismo de la producción y del cambio, *bajo las condiciones existentes de inteligencia, costumbres, seguridad, densidad de población, etc.,* peculiares a cada pueblo".

Y aquí volvemos al punto esencial. El deber de los hombres inteligentes del Paraguay no es traer dinero para proporcionar un alivio engañoso y honrar la injusticia. Su deber no es humillar a la nación en este mendigar lo ajeno, cuando hay en casa brazos y salud. Su deber es sembrar las verdaderas energías madres, las que en último término se reducen al amor, amor al hogar, a la tierra, al trabajo. Su deber es conseguir solidaridad, paz, confianza. Y para esta obra larga pero bella, penosa pero útil —la sola obra útil— maldita la falta que hace el empréstito.

[*Rojo y Azul,* 10 de Noviembre de 1907]

ORO SELLADO

SE ANUNCIA que entrará pronto en el país un millón de pesos oro, oro sellado. Un peso y pico por habitante. La opulencia.

¿Qué hacer con un peso? Tomar algunas copas de caña, y levantarse al día siguiente con la boca pastosa y sin ganas de trabajar.

Lo peor es que tarde o temprano habrá que pagar ese oro, debido a la generosidad reconocida de los usureros. Habrá que pagar bastante más de lo recibido, y, como siempre: unos recibirán y otros pagarán. Recibirá el rico y pagará el pobre.

Porque lo del peso por habitante es una equitativa ficción. Todos sabemos que los pesos idolatrados no saldrán de un pequeño número de bolsillos. Lo que entristece de veras es el contento con que varias víctimas del agio patriótico ven venir el oro sellado. Adoran el oro aunque inaccesible. Lo adoran, ¡ay! desinteresadamente, platónicamente.

Creen en su valor nutritivo, como el borracho en el del alcohol mortífero. Creen que la riqueza es el oro. Ni siquiera es la tierra. No están las cosechas encerradas en el jugoso terruño, sino en los brazos fieles y fuertes. Reíos, animosos obreros, de la aridez del suelo donde nacísteis. Reíos de la arena y de la roca, de la nieve y del sol. Arañad y rajad la ingrata corteza del mundo; arrancadle su virginidad terrible; ahondad, y encontraréis a diez metros o a cien la vena inmortal. Reíos del oro, blando y espeso metal para cadenas en hinchado chaleco de burgueses, ficha de jugadores, símbolo vacío de la energía humana. Reíos del oro y amad el acero. No hay más que una riqueza: la que está en nuestros músculos, en nuestra fe, dentro de nuestros cráneos. La riqueza única es el trabajo, es decir, la medida de nuestra vitalidad.

Y aquí las valientes, las que trabajan, son sobre todo las mujeres.

Son ellas las que afrontan, indefensas, la dura realidad. Son ellas, heroicas, las que despiertan la fecundidad de los campos, las que preparan lo indispensable a la vida, el pedazo de pan, el jarro de leche, la legumbre y la fruta; las que hilan y tejen y cosen; las que tienden al dueño de su alma el limpio lecho, y no se atreven a despertarle, y le espantan las moscas. Hambre, dolor, incertidumbre, soledad, guardan todo lo malo para ellas. Placer, orgullo, mesa y techo y ropa seguros y algún dinerito para divertirse, todo lo bueno lo reservan para ellos, hijos, hermanos, esposos. Pero en verdad que son tan sólo hijos suyos y hasta la muerte. En verdad que estas mujeres amamantan a su patria.

Y a ellos, taciturnos de enfermo espíritu, turbados aún por las visiones del desastre, condenados a la esclavitud tradicional de la política, a ellos no se les inventa otra medicina que el oro sellado. ¿Quién pensará que en cuanto se establezca el nuevo mostrador y circulen nuevos billetitos de lotería desaparecerán el escepticismo, la debilidad orgánica y los vicios sociales? ¿Quién pensará que mediante este préstamo inesperado el hijo pródigo se pondrá a trabajar con furia? Se pretende remediar la bancarrota con más deudas, y apagar con leña el incendio. ¿Quién dudará del resultado?

Si en nuestro poder estuviera inspirar el desprecio hacia el oro, sellado con la codicia de los mercaderes y encender el afán del trabajo, afán de libertad y de paz; si pudiéramos alejar de la quimera política a los ciudadanos útiles, si consiguiéramos siquiera llevar un poco de confianza, un poco de júbilo sano a los corazones de los niños silenciosos, y aliviar a las madres la formidable carga que las agobia, ¡qué revolución inmensa! Pero no nos es dable sino gritar a ciegas el deseo obstinado de una suerte mejor; tal vez el destino nos escucha.

Ese millón, que es a lo que se reducen, después de pinchar la vejiga de la jerga financista, los famosos veinte millones del primer momento, nos hubiera hecho mucho bien, importado de otro modo. Figuráosle traído por diez mil familias de honrados operarios agricultores o industriales, diez mil simientes, caída del cielo con su menuda provisión de fécula cada una para su nutrición inmediata, diez mil hogares, núcleos directores de las costumbres futuras. Sueño irrealizable; entre nosotros y el mar están las estepas argentinas, capaces de tragarse media Europa. Son el vehículo del millón unos cuantos especuladores y ese es el mal. Hay quien se queja de que sea tan poco dinero. Yo me felicito: ¡ojalá fuera la cuarta parte!

[*El Diario,* 18 de Diciembre de 1907]

EL OBRERO

Un hecho notable, de que algunos se felicitan, es la resistencia del obrero paraguayo, demostrada en los obrajes y en los yerbales, donde se la explota a fondo, mientras que la mano de obra resulta inferior y más cara en tareas menos rudas. No es este el lugar de describir el infierno de la esclavitud yerbatera,[1] atizado por compañías riquísimas, que para aumentar sus criminales lucros han inventado el sistema de la deuda forzosa e inamortizable, bajo la cual sucumben, prisioneros año tras año, los infelices trabajadores. Un sistema análogo se adopta en las casas de baja prostitución; la desesperada mujer que entra en una de ellas no sale más, como no sea para entrar en otro prostíbulo, siempre con su deuda inicial encima, igual que el grillete de un condenado a quien se transporta de un presidio a otro. Las prostitutas están obligadas a comprar la ropa y los alimentos a su patrona. Lo mismo se hace en los yerbales; una vez preso, se puede asegurar que el obrero no ve ya un centavo de su jornal; tiene que dejarse robar en los boliches donde el negrero da generosamente carne podrida y caña consoladora.

Pues bien, lo extraordinario es que el campesino no surte el máximo rendimiento de sus energías si no es en tan infames condiciones. Se diría que sólo así vive a gusto. Jamás leemos en los diarios uno de esos buenos homicidios que refrescan el alma; uno de esos casos en que la víctima se vuelve verdugo y el verdugo víctima. Se matan, cuando han bebido, pero entre iguales. Borrachos y todo, no se les borra el tradicional respeto al padre jesuita, luego al delegado del dictador, luego al sargento del mariscal, ahora al patrón y al jefe político, siempre al tirano o tiranuelo, grotesco señor feudal en cuyo blasón no hay más armas que el látigo. Taciturnos y dóciles, sus grandes protestas se reducen a huir. De cuando en cuando parecidos a esas bestias domes-

[1] V. más adelante "Lo que son los yerbales", p. 121.

ticadas que la tortura devuelve al estado salvaje, se fugan al hospitalario monte o emigran al *Mato*[1] donde no hay felizmente otras fieras que el tigre.

Permitidle un poco de alivio. Subid su salario, o siquiera pagádselo. Toleradles algunas horas de ociosidad. Entonces ¿y qué mayor prueba de que son desgraciados?, les veréis tumbados boca arriba, mirando a las nubes, soñando; si tienen un puñado de pesos, los tirarán enseguida en alcohol o en jugar; la lujuria les asalta, y olvidan el dolor de su servidumbre ante el cuerpo sumiso de la hembra. Y si no hay plata ni amor preferirán dormir, dormir, no pensar en nada. Ningún pueblo del mundo más supersticioso y alucinado; ninguno más indiferente a la muerte y a la prosperidad.

Inteligentes con esto, ingeniosos y sutiles como todos los oprimidos. Pero su misma inteligencia les aconseja la pasividad, el desdén, el estoico silencio. Están enseñados por la historia de tres siglos.

Son cómicas las lamentaciones del *gringo* industrial, ex-proletario que viene a *hacer la América.* "¡Qué gente! exclama uno de ellos. Es inútil pagarles mejor. No les importa el dinero. No les entiendo, le juro a usted. Yo he decidido pagarles el mínimo. Es la única manera de conseguir algo. He calculado lo que necesitan estrictamente para no morirse de hambre: tres pesos. Con este jornal no tienen otro remedio que ir a la fábrica todos los días. Antes les pagaba seis pesos, y de cada dos días no trabajaban más que uno. El otro dormían y me reventaban. Además es preciso el rebenque. Yo me arreglo con el jefe político. Al que me fastidia lo lleva preso inmediatamente y se le acaricia la piel. Con el boliche que he puesto al lado de la fábrica voy aguantando. Allí los domingos se cierra. Quiero decir que no se bebe en el establecimiento. Se vende la caña en botellas; que se emborrachen en casa. El que falta el lunes ya sabe lo que le espera: encerrona y paliza".

Otro aspecto de las lamentaciones:

"Lo malo es que las mujeres lo hacen todo; les alimentan y les cuidan a estos vagos. ¿Usted cree que los domina? Pues no. A lo mejor se marchan, le dejan plantado. ¡Claro! Les aguarda la china con el puchero listo. ¡Ay! no cuidan de los intereses del patrón, no le toman cariño a uno".

Si el sombrío peón suspendiera un instante su mudo desprecio a los caciscastros, piratas políticos y hombrecillos de negocios que le chupan la sangre, y se decidiera a desplegar los labios, diría:

"No me importa el dinero, porque apenas lo tenga me lo quitarán. No planto un árbol ni siembro el huerto porque apenas mi campo se valorice me despojarán de él. No me preocupa la prosperidad del país porque si el país prospera será a mi costa y los muros de mi cárcel serán más gruesos todavía. No trabajo porque no hay esperanza. Nada me seduce más que escapar de este mundo por una puerta cualquiera; alcohol, juego, lujuria, contemplación, sueño, muerte".

[*Rojo y Azul,* 17 de Noviembre de 1907]

[1]*Mato Grosso.* Estado del Brasil, limítrofe con el Paraguay, llamado así por la densa y exuberante vegetación que cubría (y cubre aún hoy) gran parte de su territorio; es zona yerbatera.

LA TIERRA[1]

(Primera conferencia a los obreros paraguayos)

Os PIDO perdón por lo desordenado y rudo de estas frases, que siquiera tendrán el mérito de ser muy breves; fueron escritas al vuelo, cuando faltaban pocas horas para ser pronunciadas. Me había invitado a hablar la Unión Obrera y acepté en seguida, porque yo también soy un obrero y no quiero ser otra cosa.

¡Obrero! No han pasado en vano los siglos, puesto que puedo pronunciar este nombre con orgullo. Antes un obrero que no era un esclavo o un lacayo era una excepción casi increíble y hasta cierto punto criminal. Hoy vemos ya claramente que es una iniquidad y un absurdo que la mayor parte de los obreros sigan siendo esclavos y lacayos. Obrero no quiere decir esclavo; quiere decir creador. Todo lo han hecho, todo lo han creado los de nuestra raza, los que vivieron con la herramienta al puño, azadón, cincel o pluma; los siempre miserables, siempre fatigados del áspero camino, siempre abrumados por la indiferencia del cielo y la crueldad del prójimo, siempre empujados por la grandeza oculta de lo que hacían; los que empaparon el lodo de sudor y de sangre; los que, bajo el látigo, arañaron y mordieron y cavaron de las entrañas del suelo, no una oscura madriguera para esconder su desnudez, sino la magnífica vivienda futura de la humanidad. Tenemos por fin conciencia de que todo está inmóvil y muerto menos nosotros; de que solamente nosotros llevamos el mundo sobre nuestras espaldas.

Y obrero no significa únicamente el que obra la materia muerta, el que batalla para recular las fronteras físicas de lo posible y para perseguir, aprisio-

[1]Barrett dio una serie de conferencias para los obreros y promovió manifestaciones de protesta contra la explotación en los yerbales entre mayo y agosto de 1908. De las conferencias sólo se han conservado las que Barrett incluyó en *El dolor paraguayo.* En sueltos de *El Diario* se mencionan las "conferencias populares" de Barrett, una de ellas sobre "La miseria" (que parece haberse perdido), pronunciada el 2 de agosto.

nar y domar las ciegas energías de la naturaleza; significa, sobre todo, el que obra la materia viva; el que amasa la arcilla y también la carne y el espíritu; el que edifica con dura roca la ciudad del porvenir y también con su propio cuerpo, con su propia razón; el que lanza al azar, a la noche fecunda, la simiente de la cosecha invisible y la idea a las almas desconocidas, remotas, que nos miran en el silencio y en la sombra. Por eso lanzo hacia vosotros la vitalidad y la fe de mis palabras.

Socialistas, anarquistas, neomísticos, neocristianos, espiritistas, teósofos... ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué quiere decir esta universal reacción hacia lo religioso, esta filosofía que se vuelve sentimental y profética, esta literatura preocupada del más allá, estos poetas, historiadores y críticos que se hacen reformadores sociales, estos propagandistas de unas bellezas que se habían declarado inútiles? ¿Qué quiere decir este renacimiento de la inquietud, del misterio, de la sagrada angustia salvadora de gérmenes?

¡Que somos desgraciados! no por culpa de la naturaleza, más y más sometida cada día a nuestra voluntad y a nuestro genio, sino por culpa de nosotros mismos. Esta sed de cambios profundos es sed de perfección. Un vago remordimiento nos entristece. Nos sentimos inferiores a nuestros ideales. Arrastramos, encerrada en el fondo de nuestro ser, la radiante realidad de mañana y embriagados de ella nos humilla y nos mancha y nos exaspera la realidad de hoy. Somos desgraciados porque vamos a dejar de serlo. Sufrimos porque vamos a curarnos. Nuestro dolor es el de los nervios sanos y fuertes; es el dolor de la vida en marcha. Desgraciados, sí, todos desgraciados, por suerte nuestra. Desgraciados los que trabajan, y mucho más desgraciados los que no trabajan. Desgraciados los que sueñan la belleza intangible y mucho más desgraciados los que no sueñan. ¿Pobres y ricos? No: ¡todos pobres! La riqueza, la verdadera riqueza está haciéndose; los verdaderos tesoros están desenterrándose. Y nosotros, los inclinados sobre el surco, los que tenemos las manos llenas de tierra, somos los primeros que tocaremos el oro nuevo, el oro inagotable y justo. ¡Ah! ¡lo haremos brillar al sol! Pero no para que nos lo arrebaten garras indignas. Eso no: eso habrá terminado. Todos tendremos nuestra parte de paz y de alegría; todos seremos en el paraíso.

Y ese oro simbólico, esa linfa generosa que correrá para todos, que no se apartará de la desdicha para seguir a los falsos dichosos, ni huirá del hambre para halagar la hartura, ni abandonará la desesperación y la agonía para colmar el tedio y la ociosidad ¿de dónde la sacaremos? ¿Por dónde fluye su corriente secreta? ¿Qué peña hay que herir? ¿A qué firmamento debemos clamar?

¿Llamaremos al corazón de nuestros hermanos? Algunos corazones son cofre de avariento, que guardan el oro contaminado. No os molestéis en llamar a las puertas de la avaricia, altas y negras como las de la muerte. Jesús llamó y las puertas temblaron, pero no se abrieron. Antes se abrirán hasta abajo las aguas del mar, y las arenas del desierto.

¿Y qué obtendríamos? ¿Qué es lo que nos hace falta?

¿Capital?

Pero el capital no es el enemigo, y en esto desearía fijar vuestra atención. El capital, es decir, el elemento de cambio y de tráfico, las instalaciones industriales, los depósitos y la maquinaria, no es más que trabajo acumulado; por lo mismo correrá la suerte del trabajo. Estad ciertos de que donde el salario es intolerablemente exiguo, el interés del capital lo será también; donde el salario se eleva, el interés se eleva. Abrid los ojos, id a las cumbres de la civilización, a las grandes ciudades europeas y norteamericanas. Veréis que allí el capital no produce casi nada y que el obrero apenas consigue lo estrictamente preciso para no sucumbir enseguida. En los países sin saquear aún, los intereses son buenos y los salarios también. La existencia es fácil y por lo tanto digna. No se insulta a la condición humana con la degradación del obrero mendigo. Pero dejad que nos civilicemos, dejad que progresemos; ya vendrán, arriba el lujo feroz, abajo la miseria y el crimen. Ya se repetirán las escenas dantescas de Chicago y de Londres; los vagabundos delirantes se romperán el cráneo contra los muros de los palacios. Tendremos la vanidad de contar, como Nueva York, treinta suicidios en un día. Los intereses bajarán constantemente hasta el 3, hasta el 2 por ciento anual; y los siervos cuya labor es más terrible y más necesaria, serán precisamente los más torturados; perecerán de inanición, de podredumbre y de congoja en rincones inmundos, donde nadie llega a la vejez y donde los niños nacen viejos, o nacen difuntos, donde el amor se hace grotesco y vil, donde la mujer, vaso de elección, sonrisa del destino, se convierte en un animal idiota que al engendrar la vida no engendra más que el sufrimiento. ¿Para qué intentar otra distribución de dinero? Cambiará de bolsillo, pero no de leyes, habremos removido la masa del dolor social sin disminuirla en un ápice.

No, no es el capital el enemigo; no es el capital a donde hay que volver la vista, ni a la caridad de nuestros semejantes, ni a la ciencia, cortesana del oro y de las armas, insensible mecanismo a la disposición de todas las tiranías. No son el interés ni los salarios los que absorben la enorme cantidad de riqueza que los trabajadores vuelcan cada día sobre el mundo, riqueza suficiente para una humanidad diez veces más populosa y más refinada, sino la *renta de la tierra*. La renta es el vampiro formidable y único. El propietario es el que todo lo roba, reduciendo a la última extremidad al trabajo y a todo lo que representa trabajo. Es que la tierra es lo fundamental: sin la tierra no hay nada. El dueño de la tierra es el que impone la ley; él, y sólo él, es el déspota invencible. En el centro de París, donde os repito que el capital no vale gran cosa, y donde es tan hacedero morirse de no comer, encontraréis que un metro cuadrado de terreno cuesta una fortuna. Lo mismo ocurre en todos los distritos de alta civilización. ¿Por qué los capitales prosperan en los estados pocos civilizados de América; de Sud Africa, de Australia? ¿Por qué en ellos viven con más desahogo los trabajadores? Sencillamente porque las tierras son baratas, porque hay muchas tierras, porque aún quedan tierras. Se habla con asombro de la *raza yankee*. ¡Qué raza! Tierras y más tierras. ¡Bonita está la famosa raza donde el propietario empieza a sacar el jugo a la tierra y a los que trabajan la tierra! Hay que contemplar la célebre raza de los

barrios sórdidos de Nueva York. No se diferencian, no, los espectros neoyorkinos de los londinenses, ni de los andaluces, ni de los sicilianos. Son siempre los espectros del hambre. ¿Y acaso los fundadores de la portentosa potencia actual de los Estados Unidos no fueron en gran parte los irlandeses, los mismos esclavos que a duras penas, después de quince horas de tarea infame, conseguían un puñado de patatas? ¿Esclavos? Los irlandeses del 40 hubieran pedido, hubieran suplicado serlo. Un esclavo valía una cierta suma, pero un irlandés, uno de los ocho millones de hambrientos sometidos a la rapacidad de los propietarios británicos, no valía nada. Atarle al yugo costaba menos que dar pienso a un caballo. Y ¡vive Dios! que si hubieran sido ocho millones de norteamericanos los tratados así, en lugar de ocho millones de irlandeses, el resultado hubiera sido igual.

¿A qué indignarse contra los apacibles capitalistas especie de cheques ambulantes? Indignémonos contra el propietario. El es el usurpador. El es el parásito. El es el intruso. La tierra es para todos los hombres, y cada uno debe ser rico en la medida de su trabajo. Las riquezas naturales, el agua, el sol, la tierra pertenecen a todos. Apodérese de la tierra el que la fecunde; así nos apoderamos de la mujer. Goce de la tierra el hombre en proporción de su esfuerzo. Recoja la cosecha el que la sembró y la regó con el sudor de su frente, y la veló con sus cuidados. Y todo nuestro poder ¿qué es sino cosecha? Todo surge de la tierra y nosotros mismos somos tierra. Parecidamente al vapor que desprendido de los mares, errante por la atmósfera, cuajado de los espacios sobre la frialdad de los altos montes baja hecho nieve y fuente y ríos hasta sepultarse otra vez en el Océano para tornar a evaporarse, una maravillosa circulación de vida se cumple entre la tierra y nosotros por mediación de las plantas; nutridos de los jugos que ellas elaboran con las sustancias de la tierra, devolvemos a la tierra nuestros cuerpos para que transformados de nuevo alimenten las generaciones futuras. Hijos de la tierra, sentimos que poseerla sin trabajarla, es decir, sin acariciarla y servirla; dejarla estéril, rodeada de un cerco, para especular con ella y enriquecerse así en la holganza, es un acto sacrílego y salvaje que desmoraliza más a los verdugos que a las víctimas. Tened por seguro que cuanta crisis económica se declara en los pueblos, aumentando más todavía la opresión y el desaliento general, no reconoce otra causa que estas especulaciones esencialmente culpables. Emancipemos la tierra, con sus gemas y metales escondidos y selvas y bosques y jardines, sustentadora de cuanto alienta, fuente de inmortalidad. Es necesario que los que pensamos en algo que no es presente, pero que lo será, y esperamos en las realidades que se acercan y miramos hacia la aurora próxima y la cantamos cuando aún es de noche, defendamos la tierra. Defenderla es defender la felicidad de nuestros hijos. No toleremos que un zángano, a quien bastarán seis pies de sepultura, necesite leguas y leguas para extender cuando vivo su ociosidad, más dañosa que la de los muertos. Los que viven sin trabajar no son hermanos nuestros; antes lo son las abejas y las hormigas y el pájaro que teje su frágil nido. Los que viven sin trabajar no existen; no son hombres, son sombras. No toleremos que nos aprisionen las sombras. No toleremos que

la tierra, en cuya faz venerable hemos esculpido nuestra estupenda historia, sea de quien no la merece. Luchemos por conseguir que cada hombre, al nacer, encuentre su parte de herencia natural, la parte de tierra a que tiene derecho. Luchemos por conseguir que la tierra sea de quien la trabaja y que no haya otra riqueza que la del trabajo. Me diréis que esto es de sentido común. Pero no hay nada más revolucionario, más anarquista que el sentido común.

El sentido común establecerá la paz sobre la tierra cuando nadie acepte asesinar ni ser asesinado por motivos que no entiende o que no le importan y el sentido común llevará a cabo la revolución capital, la conquista de la tierra. Cuanta sangre y cuanto pensamiento se gasten en llegar a esta tierra prometida, que no nos aguarda del otro lado del horizonte, sino bajo nuestros pies, serán pensamiento y sangre bien gastados. Y estoy convencido de que esta conquista se hará en América, donde los obreros son y serán más fuertes y más libres. Aquí será devuelta la tierra a la humanidad. Aquí, al entrar en la era de luz y de orientación definitivas, nos reconciliaremos todos con la tierra, la santa tierra, la madre inmortal, doblemente madre, porque después de darnos vida, nos ofrece el reposo.

LA HUELGA

(Segunda conferencia a los obreros paraguayos)

QUIERO deciros algunas palabras sobre la huelga, sobre la naturaleza y el alcance de este instrumento de emancipación.

He oído decir mil veces, como habéis oído vosotros, que tal huelga es justa y tal injusta. Yo nunca he entendido semejante frase: "huelga injusta". Todas las huelgas son justas, porque todos los hombres y todas las colecciones de hombres tienen el derecho de declararse en huelga. Lo contrario de esto sería la esclavitud. Sería monstruoso que los que trabajan tuvieran la obligación de trabajar siempre. Sería monstruoso que la infernal labor de los pobres tuviera que ser perpetua, para hacer perpetua la huelga de los ricos. Yo sé que ha sido negado mucho tiempo este derecho de huelga colectiva, que supone el derecho de asociación. La revolución francesa, que como un corcel impaciente despidió de su lomo los privilegios monárquicos y eclesiásticos que nos oprimían tan sólo con el peso de las cosas muertas, se quedó a mitad de camino. Sacudió el yugo aristocrático y político, pero no el yugo económico, el más despiadado de todos los yugos. Volcó el peso de las coronas y de las mitras, pero no pudo volcar el peso del oro, metal pesado que baja al fondo de las conciencias y una losa de oro nos aplasta todavía. La Constituyente prohibió a los obreros asociarse, y bajo ella la fiesta de hoy sería disuelta a tiros y a sablazos. Lentamente hemos conquistado, en los países que se llaman civilizados y no son en realidad sino menos bárbaros que los otros, los derechos de asociación y de huelga; no los perdamos, porque son preciosos; si no los tuviéramos, sería nuestro deber el tomarlos. No hay pues huelgas injustas. Solamente hay huelgas torpes.

La huelga torpe es la que hace retroceder al obrero en vez de hacerle avanzar. La que se resuelve en derrota en vez de resolverse en victoria. La que

hace que los siervos devuelvan a la horca el flaco cuello para poder seguir arrastrando su existencia miserable. Ninguna huelga debe declararse mientras no esté organizada en vista de una larga resistencia. A vosotros os ayudan la suavidad del clima y los recursos del suelo, pero no excuséis una fuerte organización. Sería locura negar lo que han conseguido las huelgas bien organizadas. Cada progreso de la clase trabajadora tiene su origen en una huelga. Sin las huelgas formidables que pusieron en peligro a las grandes compañías, jamás, por ejemplo, hubieran arrancado al gobierno los mineros franceses las jornadas de ocho horas. La energía esencial de un gremio que declara la huelga reside en la solidaridad con otros gremios que declararán también la huelga si no se hace pronta justicia a las reclamaciones del primero. Una confederación con reservas suficientes a sostener un paro general de una semana se lo lleva todo por delante. Es que no tenéis más que retiraros un momento para que la sociedad se desplome. ¿Qué puede lograr el capital si no lo oxigena continuamente el trabajo? Todo el oro del universo no bastaría para comprar una migaja de pan el día en que ningún panadero quiera hacer pan, mientras que para hacer pan no hace falta oro, porque aquí está la sagrada tierra que no se cansará nunca de ofrecer el oro de sus trigos maduros a la actividad de nuestros brazos. Y este es el premio de tantos miles de años de servidumbre bañada en lágrimas y en sangre; vosotros y sólo vosotros, sois los árbitros del destino. ¡Vuestra presencia, oh manos humildes que todo lo ejecutan, es la condición indispensable de la vida!

Extraordinario es que se discuta aún la legitimidad de la huelga. La huelga es un procedimiento omnipotente pero pacífico; su carácter es provisorio. La huelga concluye cuando el capitalista —y entiendo también aquí por capitalista al propietario de tierras— cede a la equidad y alivia la suerte de los asalariados. Aunque la riqueza no cambie de distribución y de forma, empresa venidera, es preciso que el capitalista se persuada de que el operario no es su esclavo, sino un socio y un socio más respetable que él. Es preciso que renuncie a la cómoda teoría del salario mínimo y a figurarse que con matar malamente el hambre y la sed puede un ser humano darse por satisfecho. Hoy los hombres aspiran a que se les trate un poco mejor que a los perros. ¡Y esto es una subversión, un delito! ¡Ah! no son los principios de orden lo que los poderosos defienden, sino sus apetitos y sus pasiones. No defienden las ideas, sino el vientre. El obrero tiene derecho a fiscalizar el negocio en que trabaja, y a exigir su parte en las ganancias del capitalista. "Pero yo me puedo arruinar —dice el capitalista—, y tú no. Mi parte ha de ser mayor. ¡Qué ventaja la mía —contestará el obrero, obrero manual o inventor—, qué ventaja la de no poderme arruinar! No me puedo arruinar porque ya estoy arruinado. Me has arruinado tú. Cuanto posees es mío. Yo he levantado tus edificios, he fabricado tus máquinas, he arado tus tierras y rascado tu oro con mis uñas a las entrañas de la roca". ¿Será censurable en los trabajadores el emplear la simple abstinencia, la huelga, para mejorar su triste situación, cuando los diplomáticos y los banqueros emplean para dirimir sus cuestiones la práctica del asesinato? Porque la guerra es la práctica del asesinato. Se

pretende con ella labrar la prosperidad de una patria, a expensas de la de otra. ¿Pero en qué patria de ambos hemisferios no habrá una inumerable multitud de infelices, desheredados y explotados? Estos explotados forman por toda la superficie del planeta una inmensa patria dolorosa. Lo que urge es la prosperidad de esta gran patria y no la de las patrias chicas. Vuestros verdaderos compatriotas y hermanos no son vuestros patronos ni vuestros jefes, sino el obrero de Londres, San Petersburgo y Nueva York.

La huelga es la peor amenaza para el capital. La huelga desvaloriza inmediatamente el capital, y revela la vaciedad de la farsa que lo creó. El capital que no es sino trabajo acumulado para utilizar en mejores condiciones el trabajo subsiguiente, se aniquila en cuanto el trabajo cesa. El capital sin el trabajo se convierte en un despojo, en una ruina, en una sombra. Se ha pretendido que un paro universal destruiría a las masas obreras antes que el núcleo capitalista. Se ha dicho que los ricos resistirían más tiempo que los pobres a los efectos de la huelga mundial. ¡Error! Las riquezas de los ricos no les servirán para resistir. Cuando no haya quien saque a la tierra el sustento cuotidiano, los ricos no tendrán qué comer, por ricos que sean. El mundo vive al día. La humanidad cuece su pan todas las noches. De nada servirán, cuando se declare el paro, los depósitos existentes. ¿Quién preparará esos escasos víveres para la alimentación, quién los transportará a donde hagan falta? ¿Los soldados? ¿Creéis que les será posible protegerlos y a la vez reanudar el trabajo? ¿Creéis que los que no saben sino matar sabrán criar y producir? ¿Pero creéis siquiera que no dejarán sus fusiles en cuanto vosotros dejéis vuestras herramientas? ¡No! La desolación será instantánea y la especie humana reducida a sí misma, desnuda y despojada de todas las armas y las insignias de su falsa civilización, será devuelta de repente a la augusta naturaleza de donde ha salido.

¡Juicio final de donde surgirá la sociedad futura! Al fin todos los hombres serán iguales, todos conocerán el dolor, el abandono, el supremo cansancio, la inclemencia del cielo y la inclemencia más dura aún de los corazones. Como en un naufragio en que de pronto, ante el abismo abierto, se muestran las virtudes y los vicios fundamentales de cada uno, el paro manifestará el valor real de lo que cada uno es y de lo que cada uno tiene. Se restablecerá la justicia, porque lo justo es que nos repartamos todos el sufrimiento y la debilidad de nuestra especie frente a lo desconocido. Se remediará la estúpida injusticia de haber hecho caer todos los sufrimientos sobre una sola clase de hombres. Y en la nueva vida los ricos verán de qué poco les ha valido su riqueza. Los niños de los ricos tendrán por fin hambre, ¡hambre! como la han tenido desde tiempo inmemorial los niños de los pobres, y ¿qué les darán de comer? Billetes, joyas, el mármol de sus estatuas y el trapo de sus tapices. Morderán el oro, y descubrirán llorando que del oro no se vive, que el oro asesina. Los ricos se extraviarán en sus latifundios. Las selvas y los campos ocultarán las osamentas de sus propios dueños y a los pobres los redimirá su número infinito y el hábito de sostenerse con poco y de soportar todos los males. Ellos, los que penaron siempre bajo el riesgo de sucumbir y bajo la tenaza de la de-

sesperación, resistirán más que los ricos. Pero no se prolongará mucho la experiencia. El capital anulado pasará al proletario; los ex capitalistas no vacilarán en suplicar a los obreros que resuciten la riqueza, restablezcan el trabajo y pongan otra vez en marcha al mundo. Habremos dominado toda una región del porvenir.

He aquí el papel probable de la huelga en los destinos humanos. Su acción es todavía de corto radio. Usáis de la huelga en pequeños conflictos, en problemas locales, pero no olvidéis que su trascendental misión es llegar al paro terrestre. Todo lo que se haya mantenido en pie hasta entonces se derrumbará. Y la sociedad se transformará de una manera definitiva.

¡Cuántos méritos necesitáis para cumplir tan arduo programa! ¡Cuánto valor, viviendo como vivís bajo la opresión de la fuerza, de esa fuerza encargada de velar por las arcas de los avarientos! ¡Cuánta fraternidad, cuanto tesón, para uniros robustamente y caminar juntos hacia la aurora! No se vence a los fuertes sin ser fuerte, y sin serlo de otro modo. Tenéis que ser fuertes a fuerza de ser buenos y justos. No venceréis el hierro por el hierro, porque ese triunfo sería efímero; hay que vencer por la razón. Vuestra fuerza está en la invisible ola de opinión que hace enmudecer a los reyes y paraliza los ejércitos. Deberéis la victoria a la fatalidad de las cosas y no al azar de las armas. Ante vosotros se disolverán las viejas leyes y se desvanecerán como fantasmas los despotismos, cuando en la conciencia universal esté que ellos son la mentira y la verdad vosotros.

Luchad, pero que no os impulse la codicia. Todos nos damos cuenta que una sociedad en que por cada miembro con la existencia asegurada hay miles y miles condenados a la enfermedad, a la degeneración, a la angustia y a la muerte prematura, y donde son precisamente estos centenares de millones de siervos macilentos los que trabajan y producen, todos comprendemos que esta sociedad está absurdamente constituida y que si no se regenera de abajo arriba, la alcanzará sin remedio la bancarrota y el desastre. Pero la raíz de todo no es otra que la crueldad y la codicia. La codicia y la crueldad han hecho que en todos los siglos una exigua minoría invente y usurpe el poder, sacrificando a la mayoría indefensa y que la historia sea una repugnante serie de crímenes. La codicia y la crueldad hacen que cada adelanto de la industria, lejos de favorecer a las clases desvalidas, aumente su tormento. Si sois también codiciosos y crueles, no traeréis nada nuevo al mundo. Si queréis hacer desaparecer el oro, no imitéis a los ricos; no ambicionéis ser rico. No améis el oro. Amar el oro es odiar a los hombres y no es el odio lo que ha de inspiraros, no es el odio el fecundo, el que engendrará las generaciones nuevas, sino la compasión y la justicia.

Me contestaréis que es difícil ser paciente cuando aquí mismo, en un país casi virgen y de benignos rasgos como el Paraguay, se os hace a veces la vida insoportable. Fuera de la capital, donde ahora no obstante, la crisis sume en la miseria a los trabajadores mientras los que no trabajan gastan tranquilamente sus economías, se le explota al obrero sin piedad. Los obrajes son dignos de negreros, y los yerbales son la vergüenza del Paraguay y una de las mayores

vergüenzas de América. Sin duda cuando recordáis que un millón de compañeros vuestros, padres de familia, vagan sin trabajo en Inglaterra, y que de los Estados Unidos decenas de miles de inmigrantes, desalojados por las máquinas, regresan al báratro europeo; cuando recordáis que vuestros niños nacen sentenciados y que su débil aliento está colgado del vuestro, mientras que un paso más allá nacen niños con un capital a su nombre en el banco, la ira os ciega. Ira justa, porque si es terrible que haya hombres ricos y hombres pobres, que haya niños ricos y niños pobres es infame. Pero sed héroes en la emancipación, ya que lo fuisteis en la esclavitud. Grande es amar a nuestros hijos, pero es más grande amar a los hijos de nuestros hijos, a los que no conocemos, a los del radiante mañana. Elevad hasta el firmamento nuestros ideales. No combatamos por codicia, ni por venganza, sino por la fe irresistible en una humanidad más útil y más bella. No desalentéis; empleemos noblemente nuestras vidas pasajeras. Si es cierto que no veremos los más hermosos frutos de nuestra obra, ya florecen bajo nuestros ojos flores de promesa. Los más ilustres pensadores del globo, desde Tolstoi a France, están de vuestro lado. A pesar de las bayonetas, habéis arrebatado ya muchas posiciones al enemigo; posiciones materiales en la contratación del trabajo, y posiciones morales. Se siente universal inquietud. Los menos perspicaces aguardan graves sucesos. Se teme, se espera. Algo salvador desciende por segunda vez a este valle de llanto. Y entre las próximas recompensas de vuestro disciplinado esfuerzo, contad con la paz internacional. No son los cuatro burócratas miopes que sesionan en La Haya los que fundarán la paz, sino la huelga. Los soldados os seguirán y se declararán en huelga. Vosotros les libertaréis del peso de sus armas y trocaréis sus herramientas de matanza por las herramientas de unión y de trabajo.

EL PROBLEMA SEXUAL

(Tercera conferencia a los obreros paraguayos)

QUERÉIS ser fuertes y justos: queréis abolir el odio y establecer la humanidad sobre la tierra.

Para esta obra no basta la masa trabajadora que cubre hoy los continentes, sufriéndolo todo y realizándolo todo. No sois sino una ola del amargo mar irresistible que lavará las cosas y las conciencias. ¿Cuánto viviréis? Un segundo. No basta el espacio: es necesario el tiempo. No basta llenar el mundo con vuestra carne dolorosa y vuestro pensamiento ávido. Es necesario llenar el siglo.

Hay que renacer sin descanso. Tenemos contra la muerte el amor. Detrás de nosotros están nuestros hijos.

Nuestros hijos: el sueño logrado, la promesa que se cumple, la esperanza de pie.

¿Qué generación se atreverá a llamarse fuerte y justa si no deja hijos fuertes y justos?

¿Existir? Sobre todo durar.

El problema sexual es el problema de los hijos, el problema de la continuidad de nuestro esfuerzo.

Mirad en torno vuestro, y no veréis sino el designio formidable de la renovación universal.

Es para asegurar el porvenir de los gérmenes que la raíz se hunde bajo las piedras y la hoja respira. Si los árboles ensanchan su ramaje es para multiplicar con el número de frutos las probabilidades de la reproducción. Si las flores agotan en sus cálices la purísima paleta del arco iris, es para seducir a los insectos y confiarles el mágico polen que engendrará las flores de mañana. Hay alas temblorosas, suspendidas un instante en un rayo de sol. Aparecen,

se fecundan y se desvanecen. Dieron la existencia casi al recibirla, pues no es existir lo que importa sino volver a existir. No es ser lo que importa sino avanzar. Y morir es avanzar a través de la sombra. ¿Por qué tejen con tanto cariño sus nidos las aves parejas que se adoran a veces con fidelidad de esposos? Porque los pajarillos al romper asustados el huevo están desvestidos e inermes; exigen protección y proteger es amar. Todo el amor, todos los amores, los que sentimos hacia los seres más extraños a nosotros, hacia los objetos inanimados, hacia lo inaccesible, lo ausente, lo difunto, lo olvidado; hasta los amores que sentimos hacia lo que no conocemos y hasta aquello mismo que nos odia, salieron del nido, de la debilidad sagrada de nuestros niños que es preciso salvar, pequeñas naves que cruzarán el tiempo, vencedoras de la muerte.

Y notad que ese amor es tanto más indispensable cuanto mayores son los peligros que amenazan el nido. Si se disminuye su solidez material, forzoso es aumentar su solidez moral. El amor heroíco brota del extremo riesgo. Hace miles y miles de años, cuando ya en la frente del hombre resplandecía el genio, sin habernos aún desprendido completamente de los misteriosos limbos animales, eran grandes enemigos nuestros el frío y las fieras. Nos refugiábamos, mitad bestias, mitad Prometeos, en cavernas alumbradas por los salvajes resplandores de la llama; la llama, lo único que habíamos arrancado a la naturaleza hasta entonces, la llama que hace retroceder a los glaciales fantasmas del caos, la llama, imagen de nuestro espíritu. Nuestro nido era de fuego y de luz. El hogar más que una fortaleza, era una antorcha. En él iluminados por la llama, defensora de nuestros niños, nos hicimos robustos y amorosos, y empezamos a conquistar el universo.

No nos hemos contentado con sobrevivir a otras especies; hemos extendido nuestros dominios naturales de tal modo, que los proyectos más locamente grandiosos son posibles a nuestra imaginación. Hemos recorrido un trozo de infinito. ¿El fuego? No sólo le hemos aprisionado; le hemos domesticado y amaestrado; es nuestro, dócil, poderoso, múltiple e inagotable sirviente. ¿Fieras? Nos divertimos en cazarlas. ¿Hielo? Lo fabricamos, nos lo comemos en verano y por sport viajamos hacia el polo. ¿Torrentes? Los hacemos pararse a regar nuestros jardines. ¿Tempestad? Un vidrio la detiene. ¿Rayo? Le hemos reducido al silencio, le hemos encerrado en un hilo, le hemos obligado a velar dulcemente nuestras noches de estudio o de ensueño, y a llevar nuestras órdenes bajo la inmensidad de las aguas. Delante de lo tenebroso no hay ya en nosotros miedo, sino desafío. Al abismo ha contestado la mirada.

¡Ay! Toda esa seguridad, todo ese orgullo, toda esa victoria no es para todos, sino para unos cuantos. Una minoría traidora ha despojado al resto; los tesoros que la energía común arrebataba a lo desconocido cayeron en poder de los que nada tenían sino la codicia y lo cruel; el hierro y el oro y la ciencia fueron escamoteados por los que nada construyeron, nada descubrieron, nada adivinaron; el palacio magnífico de la civilización fue salteado por ellos, más y más inexpugnables mediante la ajena desdicha y expulsada de los altísimos muros con su sangre amasados, desnuda y abandonada a la eterna

intemperie, quedó casi entera la humanidad. Para ella, es decir, para vosotros, los que nada poseéis y todo lo creasteis, no han pasado los siglos. Vosotros siervos del desierto ruso, harapientos acosados hasta dentro de Grecia por la ferocidad genízara, lúgubres habitantes de las cuevas bretonas, mineros enterrados vivos bajo todas las patrias, larvas de los subterráneos de Berlín, de Viena y de Londres, Jobs de los estercoleros de Chicago, campesinos moribundos de Italia y de España, esclavos de los gomales y de los yerbales de América, presidiarios de todas las industrias, huesos triturados por las máquinas, apestados del planeta-miseria, infierno sobre el cual se asientan los Estados, pálido pueblo de suicidas, sin más venganza que el crimen, vosotros estáis aún en la remota edad de las cavernas, peor todavía, porque en vuestras cavernas no hay siempre la llama: vuestros niños se hielan; la llama de vuestro espíritu la apaga la desesperación. Y es que hay algo más terrible que conquistar la Naturaleza: conquistar el hombre. Hay algo más rebelde que la roca, más frío que los témpanos, más despiadado que las fieras y las tempestades, y más negro que todos los abismos: el corazón del avariento.

Innumerables pues, innumerables y malditos, tenéis que reconstituir lo humano, ya que estáis solos en medio de lo que no es humano. Tenéis que triunfar por vuestros hijos. Tenéis que contraer alianza con la mujer, alianza íntima y suprema, sin la cual de nada sirve la alianza de los hombres entre sí. Los hombres proyectan el futuro; las mujeres lo hacen. Amadlas, y vuestros hijos encontrarán menos odio sobre la tierra. Si le hacéis traición se hará traición a vuestros hijos. Si no tenéis compasión de ellas, no habrá compasión para vuestros hijos. Si las abandonáis, abandonáis el mundo a la casualidad, y la casualidad no tiene entrañas.

¡Piedad para las mujeres pobres! ¿Qué es vuestra miseria comparada con la suya? Para el capitalista la mujer es sencillamente una bestia más barata que el hombre y el niño una bestia más barata que la mujer. Miles de obreras, en las principales ciudades, se sostienen con 65 ó 70 céntimos de franco al día. Si el trabajo se encarece consiguen no perecer con 20 céntimos. ¿Sabéis a cómo se paga la costura de corsés en Alemania, en la gran Alemania? A céntimo y medio la hora. Muchas de estas infelices cosen acostadas, para no padecer tanto de la falta de alimento. Su suerte no es preferible a la de esas jóvenes que en las estrechas galerías de las minas arrastran, medio desnudas y a cuatro patas como perros, las vagonetas de carbón. ¿Pero son tantas las mujeres que trabajan?, preguntaréis. ¡Ah! solamente en Francia, en la ilustre Francia, trabajan cerca de siete millones.

No es lo espantoso que el hambre de la mujer sea peor que la del hombre, lo espantoso es que al hambre femenina se agrega una plaga especial, la prostitución. Era lógico que los más débiles entre los débiles fueran los más cobardemente torturados. Al macho que combate se le puede arrancar la salud, la razón, la existencia, no el sexo. A la mujer se la arranca todo, y además el sexo. Se le arranca el sexo mediante la ignominia. A tal grado de horror hemos llegado, a envenenar el amor en sus fuentes, a convertir la santa ánfora de la felicidad y de la vida, la mujer, es decir, la madre, en una

cosa obscena, donde todos escupen riendo. La triste y ronca prostituta que pasa, es el espectro mismo de la humanidad. Prostituta, hermana nuestra, en tus ojos no hay ya lágrimas, en tus cabellos no hay brisa, ni juventud en tu boca, ni esperanza en tu corazón. Han destruido a puñaladas la fecundidad de tu vientre. Todo lo has perdido, hasta el recuerdo, hasta el dolor y el deseo de morir. Te crees tal vez un cadáver que anda. Pero nosotros, hermana, tendremos esperanza por ti y te devolveremos cuanto te quitaron y te resucitaremos.

Oíd. Donde la mujer no es respetada ni querida no hay patria, libertad, vigor ni movimiento. ¿Por qué es esta raza una raza de melancólicos y de resignados? ¿Por qué aquí todos los despotismos, todas las explotaciones, todas las infamias de los de arriba se ejecutan con una especie de fatalidad tranquila, sin obstáculo ni protesta? Es que aquí se le reservan a la mujer las angustias más horrendas, las labores más rudas; porque no se ha hecho de la mujer la compañera ni la igual del hombre, sino la sirvienta; porque aquí hay madres, pero no hay padres. Y estos hombres a medias, mientras no completan su virilidad en el hogar, están sentenciados al desastre.

No engañéis pues a la mujer, no la empujéis hacia la sima. Vuestras manos, que se robustecieron en la lucha, que se ennoblecieron en la humilde labor cotidiana, no están hechas para ayudar a caer sino para ayudar a levantarse. ¡Amad!, eso es todo... Amad, y seréis divinamente compasivos. El que ama es verídico, fiel, inconmovible. ¿A qué más código? ¿A qué más sacramento? No hablo del amor libre porque el amor siempre fue libre, y si no es libre no es amor. No es la cuestión libertar el amor, sino tenerlo. Amad pues, y despreciaréis las fórmulas y las ceremonias. Y los gratuitos juramentos ante el altar y ante el juez. El amor es más grande que todo eso. Amad, y basta. Amad y fundaréis la familia invencible. Esperad el amor, no derrochéis en estériles caprichos el capital genésico de que sois depositarios. Esperad y la mujer vendrá, la elegida, la que os dará el más sano y copioso fruto, los mejores hijos, los triunfadores de mañana. Vendrá la mujer única, la vuestra. Y cuando la poseáis sentiréis que lo que contra vuestro pecho palpita es la estatua ardiente del destino.

Sed fecundos. Dejad que los ricos, dejad que los poderosos, después de haber robado a la humanidad, pretendan robar a la naturaleza, limitando la prole a una cantidad convenida, y transformando el amor en un vicio solitario. Dejad que aparezca en ellos este signo de la decadencia irremediable. Es como si un instinto de enfermos advirtiera a los plutócratas de la inutilidad de su sexo. Es como si comprendieran que están condenados a la desaparición y que lo más sabio es no tomarse la molestia de nacer y agotar entre pocos y cuanto antes el resto de su miserable historia. Pero vosotros no sois los despojos del pasado, sino la semilla de lo venidero. Sacudid al viento vuestro polen generosamente. Sed el ejército que no acaba nunca ni en ninguna parte. Sed incontables como las estrellas del cielo. No vaciléis ante las penas que aguardan a vuestros hijos. Si los engendrasteis con amor, no temáis. No hagáis caso de los que atribuyen la miseria al exceso de población. No es la población

lo que empequeñece la tierra sino el egoísmo. Amad y la tierra se ensanchará sin límites. A pesar del dolor y de la injusticia la vida es buena. Debajo del mal está el bien; y si no existe el bien lo haremos existir y salvaremos al mundo aunque no quiera.

[*El Diario*, 25 de Mayo de 1908. Pronunciada el día anterior, en el Instituto Paraguayo, de Asunción]

DE POLITIÇA

UNA ILUSIÓN común es la de las formas de gobierno. Se cree disminuir la tiranía suprimiendo al tirano, y establecer la libertad por un decreto. Se supone que la figura de la vasija cambia la naturaleza del líquido, y que una constitución y un parlamento sirven para algo. Se asombra la gente de que sea exactamente tan imposible ejercer los derechos cívicos ahora que se reconocen y recomiendan por la ley, como en la época de un despotismo concentrado en un hombre y consagrado por el pueblo. Es que el sentimiento de la dignidad personal no es obra de políticos. No es en los convenios de los conspiradores con suerte donde nace la justicia, sino en los hogares. No es en las costumbres públicas donde empieza el progreso, sino en las privadas. Cuando los corazones siguen intactos, las reformas escritas se reducen a un detalle grotesco.

Hemos descubierto la conservación de la materia y la conservación de la energía, en las regiones de lo físico; añadamos en el terreno social, la conservación del coeficiente bárbaro. Agitad con el viento vano de las revoluciones queridas la superficie del mar de la patria; no se alterará en un milímetro el nivel medio de los instintos y de las pasiones. Los seres viven y se transforman de adentro a afuera. No hay decoración, por hábil y brillante que se pinte, capaz de producir un futuro duradero. Los gobiernos, y las costumbre administrativas, no son una causa, sino un resultado. Parecen reinar, porque están situados en la cumbre. Pero ni los pararrayos inventan la electricidad, aunque en ellos se desplome el rayo, ni los palacios burocráticos engendran un átomo de potencia colectiva. Equivocación suprema la de los que van a la política para salvar a su país.

Existe una política fecunda: no hacer política; una manera eficaz de conseguir el poder: huir del poder y trabajar en casa. Un grupo de personas que no han traído a la ciencia una verdad nueva ni al arte ni a la moral una

modalidad nueva de nuestras emociones, es impotente; de la nada nada se saca. Gobernar es distribuir y redistribuir lo viejo por los viejos canales. Unica labor útil: componerlos, construir otros, enriquecer y purificar el líquido circulante. ¿Es posible eso desde arriba? Nunca. El tabique del oficinismo y de la adulación oficial es imperforable; la savia viene de abajo, de las raíces. No nos ocupemos de política, sembremos nuestro campo y no llamemos a las puertas doradas. La vida nacional nacerá en nuestro cerebro y en nuestras manos y no en las mesas polvorientas y los expedientes apolillados de los escritorios a presupuesto. Nos olvidaremos de la política; continuará tal vez visible, como una cáscara flotante, mas sólo alcanzará la influencia de una asociación parcial y parsimoniosa: la política será un *club* extenso, una masonería seminofensiva, lo que es en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Bélgica, en Suiza, en los países habitables. Al aislarla, al volverle la espalda, la política se marchitará para siempre y recobraremos el timón de nuestros destinos. Somos dueños de desviar las corrientes vitales, de conseguir que rieguen y fructifiquen nuestra huerta y no el vacío desierto de las ambiciones borgianas. Hagámoslo.

¿Democracia? Un fraccionamiento de la crueldad y de la intriga; eso es todo. He mirado estos días a nuestros jóvenes electores, revólver al cinto y pañuelo al cuello, contar las descargas que les hacían entre los árboles. Política. La buena fe de los que comienzan a pensar y a luchar es evidente; sin embargo su error es un error fundamental. ¿Quieren corregir la política? Desprécienla. Estudien en silencio, edifiquen su espíritu y su nido; forjen en su rincón el pedazo de armadura que les toque y la nación, reunidas sus vértebras, será fuerte. Un buen médico, un buen ingeniero, un buen músico, he aquí algo mucho más importante que un buen presidente de la República.

[*Los Sucesos,* 4 de Marzo de 1907]

EL VIRUS POLITICO[1]

EVITARÉ, como de costumbre, toda personalización. Haré lo mismo que si ignorara lo que se ha dicho muy alto con frecuencia. Pero no llevaré mi optimismo hasta creer la intoxicación política menos virulenta aquí que en otros países. Atribuyamos pues piadosamente al mal un término medio razonable, el usado por las naciones europeas latinas, tan alejado de la cancerosidad rusa como de la clásica limpieza de los suizos y de los escandinavos.

—¡Quién fuera diputado! me decía un estudiante asunceño cuando la aprobación en las cámaras del reciente arreglo con el Ferrocarril Central.

—¿Por qué?

—¡Figúrese usted! El que menos habrá recibido treinta mil pesos.

Al principio sonreí; después me apenó el ver en un adolescente tal fe en la venalidad de los representantes de su patria. Y al igual que él opina la enorme mayoría de jóvenes y de viejos; en las conversaciones íntimas resalta la persuasión general de que el poder ha sido siempre ocupado por una cáfila de ladrones.

No juzgo así, pero me explico tan terrible fama. Los efectos de la corrupción política paraguaya son incomparablemente más desastrosos de lo que por ajenas semejanzas se podría calcular. Tomando la medida de Norte América, donde la ignominia de los manejos electorales, parlamentarios y judiciales nada tiene que envidiar a la nuestra, cabría esperar para el Paraguay una prosperidad en sensata proporción con la de los Estados Unidos. Por mucho que rebajáramos, atendiendo a las circunstancias de base geográfica y de plasma social, siempre tendríamos derecho a obtener un residuo favorable a nuestro progreso, ya que allí una exagerada inmoralidad en la administración no parece estorbar el pujante desarrollo colectivo. Y sin embargo las

[1]La actitud de Barrett hacia la política debe entenderse dentro del contexto ideológico del anarquismo, esto es, como un rechazo de la práctica política de la sociedad de clases y una negación del principio de autoridad en las relaciones sociales. Sobre las concepciones políticas del "socialismo libertario", véase, entre otros, *La teoría política del anarquismo,* por April Carter, Monte Avila, Caracas, 1975, y *Los anarquistas,* sel. y pról. de Irving L. Horowitz, Alianza, Madrid, 1975.

más inocentes porquerías públicas nos desmoralizan sin remedio y sin límite, como si todos fuéramos cómplices de ellas.

Courier, el famoso polemista, nos dará la clave de la cuestión. "Yo, decía, no escribo nunca libros, sino panfletos y panfletos cortos. En mi pluma hay cierta dosis de veneno. Esta dosis no se nota vertida en un baño, pero servida en una copa enferma, y en una cucharada, mata".

Se suele en los laboratorios evaluar la toxicidad de una sustancia por la cantidad que inyectada en cada kilogramo de peso de animal provoca la muerte. El virus político, según declararía don Hermógenes, es relativo también.

Habíamos olvidado lo principal, el *quántum,* al comparar el Paraguay con los Estados Unidos. Es preciso una operación previa para decidir; hay que averiguar en ambas naciones la relación en que están los que viven de la política y los que no; la relación de lo ponzoñoso a lo sano.

Sin meternos en estadísticas aparecerá claro que allá casi toda la población, indiferente a la política, se consagra a empresas de iniciativa libre, en tanto que acá, por desgracia, casi todo el mundo se dedica a politiquear.

¿Qué importa para aquel continente que una compañía de piratas se agite y triunfe, si están en minoría insignificante? La misma compañía, en un campo de acción más reducido, sería mortal; equivaldría a la cucharada de Courier.

En el Paraguay no existe clase media. No constituyen clases algunos comerciantes modestos, extranjeros la mayor parte, algunos médicos y algunos constructores. Para descubrir a los industriales hace falta la lente. Ascendiendo por el lado financista se encuentran en seguida los especuladores, estrechamente emparentados con los políticos. Bajando por la escala de empleos mediocres y mostradores míseros, llegamos pronto a la multitud arreada por los jefes de la policía subalterna.

No hay el núcleo central, poderoso defensor de los hábitos independientes. Arriba, consagrados a veces por dos o tres años de universidad (hemos tenido personajes que han acabado su carrera de abogados después de ser ministros) los que mangonean a su gusto; una burocracia purulenta en que hasta los escribientes intrigan; una fuerza armada suficiente para extender hasta las bajas autoridades de campaña las mil ventosas del pulpo y abajo, inmediatamente subpuestas, las masas ociosas y resignadas, incapacitadas para trabajar por el látigo que les recuerda a cada instante sus funciones cívicas. Los tejidos indemnes, en semejante organismo, son muy poca cosa.

El único tratamiento, ante quiste tan colosal, inextirpable e irreductible, es producir la proliferación de células normales. Es necesario aislar el tumor, impedir que concluya devorándonos, detenerle mediante una barrera infranqueable, un cordón sanitario más y más robusto compuesto de elementos *no políticos*. En resumen, es forzoso desinfectar la generación presente, y educar la generación venidera en el alejamiento de la política y en el desprecio del poder.

[*Rojo y Azul,* 15 de Febrero de 1907]

LAS AUTORIDADES

FÁCIL es volcar un gobierno; difícil transformar las costumbres gubernativas. Fácil es cortar cabezas, difícil impedir que retoñen. La vida de un pueblo tiene mucho de vegetal. Es inútil a veces podarle y hasta mutilarle; el mal sube con la savia dentro del tronco. El mal está en las raíces, bajo tierra. Allí es donde se debe herir para curar.

Las raíces de la nación están, como las del árbol, bajo tierra. Son los muertos. Los muertos están vivos. Las generaciones pasadas alimentan a las generaciones presentes. Nuestras calamidades son la ramificación de las calamidades antiguas, que no pudieron ser detenidas o desviadas o acabadas en su origen. Nuestro pasado es el terror, y en el terror seguimos viviendo.

El terror gobierna, como ha gobernado antes. Aparece como una fatalidad. Los de abajo la esperan. Los de arriba se encuentran prácticamente privados de todo instrumento de dirección y de orden, excepto el látigo. Por la ley fatal de la menor resistencia, empuñan el látigo y a los viejos y genuinos motivos de embrutecimiento y decadencia moral se añade el actual abuso, siempre más abrumador, que constituye sobre todo en la campaña, el único sistema administrativo.

Los incalificables tratamientos de que ha sido víctima en la capital un súbdito inglés, llamado Jacks, se prestan a tristes reflexiones. Ponen de manifiesto estos hechos el inconsciente menosprecio que en ciertas esferas existe para todo lo que está indefenso. Hay tal naturalidad en el ejercicio de los despotismos de campanario, que el crítico queda confuso y aturdido. La crueldad no se revela con los caracteres de lo anormal y de lo excesivo, sino bajo los rasgos apacibles del hábito. Se apalea sosegadamente, por la fuerza de la costumbre. Tal vez, ante la protesta indignada de los que siquiera tienen nervios debajo de la carne, sea el primer movimiento de los verdugos un movimiento de asombro.

Las autoridades no son verdaderamente lo que deberían ser. De ellas suele partir el desorden y el peligro. A veces es necesario un motín para restablecer el orden. Mas al hablar de autoridades no nos referimos, por desgracia, a las cabezas. Se trata de esa cadena de jefes menores, medianos, mediocres, chicos e ínfimos, cadena en que cada eslabón estira y es estirado, en que cada cual es subalterno y superior, es atormentado y atormenta. Y a medida que se desciende por la escala sombría, se ve multiplicada la crueldad. Recuérdese el caso del sargento cuyo martirio fue denunciado por el mismo órgano que ha sabido revelar todos los detalles del caso Jacks. Son los que sufren los que con mayor delicia hacen sufrir. Son los castigados los que con mayor saña castigan. Son los esclavos los que se vuelven más temibles negreros. Los bajos esbirros que ejecutan indignidades con infelices presos son los que, desde que nacieron quizá, han devorado la abyección injusta de la servidumbre y han respirado el dolor con el aire y no han podido separar de la luz del día un sentimiento de humillación ignominiosa. Devuelven, en un espasmo desesperado, los palos que han recibido, los salivazos que han limpiado, mudos, en su rostro inerte.

¡Ojalá fuera el culpable un hombre, uno solo, por poderoso y alto que fuera! Eso se suprime. Por desdicha la enfermedad es colectiva. Las masas sociales se han impregnado de la sombra hereditaria proyectada sobre el país por una espantosa sucesión de tiranías y de catástrofes. Las almas se han teñido de la melancolía fatídica de la resignación. No son revoluciones ni golpes de estado los que han de salvarnos, sino una evolución lenta, a cuya obra no han de bastar toda nuestra paciencia, todo nuestro valor y toda nuestra ternura.

[*Rojo y Azul*, 20 de Diciembre de 1907]

PEQUEÑECES TERRIBLES

El otro día tuve ocasión de dar una vuelta por el lado de Lambaré. Era muy temprano; la mañana purísima abrillantaba todas las bellezas del paisaje plácido, menudo, lleno de ondulaciones y de caprichos, jardín natural, bosque donde quizá se disimulaba la mano ingeniosa de un horticultor contento.

¡Y el paisaje mentía!

En el ancho camino rojo me cruzaba con caravanas de mujeres, unas sobre asnos, y otras a pie; llevaban legumbres, frutas y leche al mercado de la capital.

Sus caras serias, casi tristes, eran la nota grave en aquel cuadro sonriente de la naturaleza. Las plantas, los insectos, el aire y la luz mismos estaban alegres, pero la humanidad no. El universo, radiante de juventud, parecía recién hecho. Solamente lo humano estaba ya marchito.

Me detuve a descansar en casa de la señora de A . . La confié mis impresiones del camino.

—Esas mujeres que usted ha observado tienen miedo, me respondió. Sobre todo las vendedoras de leche.

—¿Por qué?

—Yo suelo enviar leche de mis vacas a mis parientes de la Asunción. Pues bien, mi sirvienta, a estas horas estará temblando; la pobre me ha confesado que no puede ni hablar, y que se orina de susto.

—Pero ¿por qué?

—Por lo del análisis.

—¿Qué análisis?

—¿Cómo? ¿No sabe usted que a la entrada de la ciudad un químico (y me lo nombró) aparece de vez en cuando con los vigilantes, detiene a

las campesinas, mete un tubo en la leche, la derrama toda en tierra si lo cree oportuno, y multa a las infelices?

—¿Y eso pasa con frecuencia?

—Se me figura que es cuando se necesita dinero. La mitad de la multa es para el químico.

—Pero señora, supongo que aquí, como en otras partes, algunos tramposos le echarán agua a la leche. El tubito en cuestión, sirve para delatarlo. No haga usted caso, replicó la señora de A. . . riendo. Yo no echo agua en la leche que mando a mis parientes, y sin embargo me la han tirado también a mí y me han multado. A una prima que estaba delicada de salud, la envié expresamente lo que llamamos *apoyo*, es decir, lo último que se ordeña, lo más rico y mantecoso. Pues bien, hubo derramamiento y multa. A eso van y no a analizar. La mañana en que despojan a una mujer, las despojan por lo común a todas. A veces se guardan la leche en la comisaría. ¿Quiere la contraprueba? Por gusto y diversión varias vendedoras han llevado pequeñas cantidades de leche con la mitad de agua. Metieron el tubo y no objetaron nada aquel día. Yo mismo he hecho la prueba.

—¡Qué barbaridad!

—Como esas desgraciadas no suelen ir al mercado con otra fortuna que su carga de leche, tienen que satisfacer por lo general la multa mediante las humildes alhajas con que se adornan, y que no recobran jamás. Por supuesto que nunca las dan recibo.

—¿Y si fueran hombres, y no mujeres?

—No. Los hombres no se arriesgan a acercarse a la capital, porque tienen más miedo que las mujeres.

—¿Miedo a qué?

—A que los detengan en la calle sin ningún pretexto, o con el pretexto de que están descalzos, los arrastren a la policía y los multen. Mis peones no se arriesgan a visitar la Asunción por mucho interés que tengan en ello. Y así en todo Lambaré.

....

Esta es la patria, si es patria todavía la región donde ocurren estas cosas.

LA INSTRUCCION Y LA POLITICA

DEJEMOS a los juristas hablar del Estado como de una abstracción. Los que buscamos la verdad en la vida y no en el papel, los que hemos aprendido a nuestra costa que no existen otros derechos sino los arrancados con uñas y dientes a la fiera humana, sabemos que el Estado es de carne y hueso y que las más pomposas doctrinas republicanas se elaboran en el vientre vanidoso de un ministro. Hay quien agradece a los dioses que se ocupe el Estado de instruir a los niños. Es sin embargo una gran desgracia; la política es un arte mundano, una galantería entre machos y nada se opone a las condiciones de competencia y sobre todo de moralidad necesarias a un director de enseñanza pública, como las aptitudes de rapacidad y de intriga indispensables a un gobernante sólido. Forzoso es convenir en que el poder descalifica para cualquier labor técnica y productora.

Viejas reflexiones resucitadas a propósito de un miembro del gabinete, descabezador de profesores antipáticos. A unos los traslada, a otros los destituye. ¿Por qué? Porque no son amigos y admiradores particulares suyos. El criterio no es muy nuevo, y eso es lo que irrita, pensar que si vamos al fondo de las cosas, los siglos pasan sin traernos diferencia esencial. Conservad las proporciones al retroceder en el tiempo, y descubriréis dentro del cráneo del secretario de 1908 el mismo espíritu que animaba al doctor Francia,[1] gobernante sólido si los hubo, patriota que no teniendo a mano otro cemento, afirmó la tosca armadura de su país con sangre coagulada.

[1]*José Gaspar Rodríguez de Francia* (1766-1840) gobernó el Paraguay como dictador temporal primero (1814-1815), y luego como dictador perpetuo (1815-1840). Figura denostada por la crueldad con que reprimió toda oposición a su gobierno, hoy la crítica histórica tiende a subrayar la originalidad de su experiencia política independentista, que sentó las bases para el desarrollo autónomo intentado por Carlos Antonio y Francisco Solano López.

A Francia le fastidiaban igualmente los que no eran amigos especiales suyos y los destituía de la existencia, o los trasladaba a un sitio seguro de donde no volviesen.

¡Ser amigo del poder! No hay más que una amistad posible con los poderosos: la esclavitud. Los tiranos antiguos la sellaban con sangre; los modernos acaparadores, de casi todas las naciones civilizadas, la sellan con oro, algunos, tontamente románticos, amordazan el pensamiento. Violentan las ideas, mil veces más preciosas que el oro y que la sangre. Apenas tenemos ideas en el atormentado Paraguay, pero quizá las copen al nacer. Hay centinelas a la puerta de las cátedras. Para poder enseñar a nuestros hijos es forzoso ser amigos del jefe y ¿qué les enseñaremos, sino que también se hagan amigos del jefe? ¡Qué delicioso resultado para un pueblo! Arriba uno y abajo todos. Terrible es que en las venas de este pobrerío silencioso se estremezca la nostalgia de un pasado fatal; terrible que todavía nos inquiete la amenaza al maestro y el proyecto de profanar el alma de los niños con el espectáculo de la política.

EL TORMENTO

En mi corto viaje por el interior de la República he observado cuán familiares son a las gentes los apaleamientos policiacos. La conversación común alude a la paliza que se dio ayer, o a la que se dará mañana. De vuelta al pueblo tranquilo donde paso el verano, se me cuenta que siete campesinos han recibido en los salones de la jefatura veinte cintarazos cada uno. Para descansar de este masaje violento hicieron uso del cepo hasta la noche.

El Paraguay no debe enorgullecerse de ser el único país cuyas autoridades practican el tormento. La campaña argentina es notable desde este punto de vista. Europa no se queda atrás. Los polizontes franceses rompen la cara a puñetazos al que no discute moderadamente; consúltese la detención de Racadot en *Les Déracinés* de Mauricio Barrés. La guardia civil española posee aparatos de tortura perfeccionados. Montjuich será, mientras dure, el sombrío monumento de la inquisición del siglo XIX. El ejército presenta, sin embargo, los más impecables ejemplos de brutalilad incastigable. Alemania, patria de metafísicos, se degrada en el fondo de los cuarteles, martirizando a los esclavos del fusil. Pocas serán las naciones en que los ejercicios de instrucción militar al aire libre no resulten fiestas populares improvisadas; donde las bofetadas y los puntapiés que los oficialillos aplican *bizarramente* al recluta divierten al público. La disciplina ante todo. Gobernar es hacer sufrir.

Si gobernar se redujera a cumplir las leyes, ¿qué distinguiría a unos partidos de otros? El que se encarama al poder no está dispuesto a sacrificar su persona en el régimen abstracto de la justicia; no está dispuesto a renunciar las iniciativas que sirvieron a su ambición. Sus amores y sus odios se robustecerán en medida de la nueva fuerza disponible. Necesita mandar, dictar las órdenes que se le ocurren a él mismo, no a los reglamentos;

anhela afirmarse, demostrar que sigue existiendo, que no es una razón, sino un hombre. Apenas gobierna, comprende la imposibilidad de aumentar el bien de los gobernados. Incapaz de hacerlos felices, no le resta más medio de acción que hacerlos sufrir. El instrumento de gobierno es el sable. El filo contra los enemigos de fuera; el plano contra los amigos de dentro. El sable no ha de quedar ocioso. El órgano no ha de atrofiarse. Conviene, cuando la guerra exterior no satisface la ferocidad colectiva y la sed de gloria despótica, una tranquila guerra doméstica, la de la policía contra los detenidos sin rentas, los vagabundos, los pobres, los hambrientos desarmados. Conviene continuar escribiendo sobre las espaldas desarrolladas la leyenda sangrienta del heroísmo nacional.

Y esta concepción sencilla del mecanismo del gobierno no es solamente concepción de los de arriba, sino de los de abajo. Si el jefe encuentra natural azotar al peón, el peón encuentra natural que lo azoten. "Para eso es jefe", murmura. Un profundo instinto le advierte que la constitución y el código son máscaras, pretextos administrativos para multiplicar carreras y empleos. Sabe que no es la letra ni los conceptos lo que rige el mundo, sino los eternos instintos fundamentales de nuestra animalidad. Convencido de que los palos que le pegan son esencialmente *humanos*, los acepta en silencio.

Tal vez nosotros estemos de acuerdo. Tal vez, ya que florece en todas partes, sea el hábito del tormento inherente a nuestra naturaleza. Entonces, ¿por qué nos ocultamos? ¿Por qué nos encerramos con nuestras víctimas, y las amordazamos? Hubo una época en que el tormento no se escondía, ni se avergonzaba; en que era legal y se ejecutaba ante el pueblo y ante los reyes. La sociedad era sana y armoniosa. Nosotros vivimos en la duda y en el remordimiento. Hemos añadido a nuestras miserias la de la contrición impotente.

[*Los Sucesos*, 29 de Enero de 1907]

LOS TROFEOS

HAY DOS guerras: la guerra de conquista y de invasión, y la guerra de defensa; la guerra que ataca, y la guerra que resiste.

Hay dos violencias, la del bandido que se mete en casa para robar y matar, y la del dueño que rechaza al bandido.

La primera es criminal, la segunda es necesaria. El español que en 1808 hizo la guerrilla para salvar su hogar es humano, mientras que Napoleón es un salteador de los grandes caminos de Europa.

Los paraguayos que disputaron su tierra a los que la invadieron, madres que defendían a sus hijos, hijos que defendían a sus madres, son dignos de respeto y de piedad. Los que redujeron esta nación a un puñado de mujeres macilentas no son, no pueden ser más que asesinos.[1]

En nuestros tiempos es preciso declarar infame la agresión internacional, más infame que cualquier otra, porque se hace víctima de ella a miles de seres inocentes que sucumben sin saber por qué.

En la Argentina no se debía recordar la guerra del Paraguay sino con sonrojo y remordimiento. Esa guerra de exterminio ha sido una gran vergüenza.

Pero digo mal: *la Argentina* no merece palabras tan duras. ¡Pobre pueblo argentino! Amemos a los pueblos, aborrezcamos a los gobiernos. No: los soldados argentinos no odiaban a aquellos esqueletos ambulantes, a aquellos espectros del heroísmo que vagaban sobre las ruinas de su patria. Los soldados se baten fuera de su país por ignorancia y por miedo. No hubo más que ignorancia y miedo en los que se embarcaban para ser sacrificados en Cuba y Filipinas, no hay más que ignorancia y miedo en los esclavos franceses que se embarcan hoy para fusilar moros a la voz de mando.

[1]V. nota de página 9.

Vergüenza sí para los gobiernos, para los jefes. Vergüenza para los diputados de la cámara argentina que evocan con orgullo hazañas de salvajes y se atreven a decir que la guerra del Paraguay se hizo "con hidalguía y humanitarismo", que fue "obra redentora, libertadora". ¿Humanitarismo en el aniquilamiento de una raza? Aquí no se trajo la libertad, sino la muerte. ¿A quién se ha dado la libertad, oh "hermanos" generosos? ¿A un montón de cadáveres?

Farsa siniestra.

Y todavía habría que agradecer esa diplomática, esa habilísima devolución de trofeos! ¡Habría que agradecer que se abrieran las heridas dolorosas del pasado y que se removieran las cenizas de los mártires!

No: olvidemos las barbaries que fueron y miremos hacia el porvenir. No creamos en el amor oficial. No creamos en los que pretenden inspirar amor hablándonos de guerras y de sangre. No creamos a los que quizá, bajo frases melosas, están preparando una nueva matanza. La fusión de los pueblos no se hará nunca por arriba. No son los funcionarios, los políticos, los que borrarán las fronteras. No los que se pavonean y gozan, sino los de abajo, los que trabajan, sueñan y sufren, son los que realizarán la fraternidad humana.

[*El Diario*, 26 de Mayo de 1908]

LA TORTURA

PARECE que la policía paraguaya aplica el tormento. En esto imita a los más civilizados países, y respeta una venerable tradición. Desde tiempo inmemorial los fuertes enjaulan a los débiles y les rompen las articulaciones; o les asan a fuego lento, o les desuellan vivos. El arte de hacer sufrir es complicado y solemne. Octavio Mirbeau ha consagrado uno de sus mejores libros al estudio de la tortura china; nos ha dejado, en doscientas páginas, una elegante síntesis de la humanidad.

El escuadrón de seguridad asunceño es un escuadrón de hombres fuertes. Creo que se llama *de seguridad* porque ellos son los únicos que están seguros. Mr. Jakcs es en cambio el tipo del hombre débil. No tiene dinero ni armas. Si bebe, está perdido; nadie se puede ya emborrachar con sosiego como no sea en los salones. Si Mr. Jakcs se pasea sin hacer nada, está perdido; hoy no se permite la ociosidad más que a los ricos y a los altos funcionarios. Los fuertes enjaularon pues al débil, y le atormentaron.

Difícil es indignarse contra ellos. Repiten el gesto primitivo, el gesto eterno, común a débiles y fuertes de cocear y morder y estrangular y aplastar al prójimo. Con la civilización, sin embargo, el gesto se hace menos impulsivo y la crueldad más científica. La *question,* o pregunta, según denominaban los franceses al tormento judicial, requería un material delicado y numeroso. Desde las cuñitas de madera dura destinadas a hundirse entre uña y carne y los borceguíes cinchados que trituraban lentamente los huesos del pie y los torniquetes y garrotes hasta el gran juego de quemaduras con plomo derretido y aceite hirviendo y las tenazas craneanas con tornillos y los ataúdes verticales forrados de largas púas de acero, la justicia exigía un verdadero laboratorio de dolor. El cepo colombiano, el sable, el *mboreví*[1] son aparatos sencillos, de poco precio. Montjuich estaba mejor surtido. Había allí una maquinita especial para emascular a los sospechosos de anarquismo.

[1]*Mboreví* (voz guaraní, hoy poco usada). Látigo.

La tortura ha desaparecido del código. Cosa diferente es que desaparezca de las costumbres. Se ha notado, no obstante, que ciertos espectáculos sangrientos que soportaba el público dos o tres siglos ha no se soportan ahora. Existe, por ejemplo, una innegable tendencia o suprimir la pena de muerte. Un psicólogo contemporáneo atribuye el fenómeno a que la sensibilidad de las gentes, quizá por decadencia racial, se ha vuelto demasiado floja, susceptible, irritable; todo la desconcierta, la hiere, le resulta excesivo. Algunos se mantienen erguidos y austeros; así el sabio Balmes, obligado por la sotana a defender el infierno, lo justifica sobre la tierra mediante la célebre doctrina de la expiación. "El que infringe la ley moral, —dice— merece sufrir". El sistema inquisitorial entero se encierra en esa frase. Pero los Balmes, los Trepoff, los Weyler, no abundan tanto como antes. Se extiende por el mundo una relativa y aparente benignidad. Sería candidez explicarla por un aumento de virtud, por una aurora de altruismo. No: la ferocidad social es más metódica, secreta, mezquina y cobarde. He ahí todo. Si hablaran, si se quejaran, durante sólo un día, sobre la redondez del globo, los reclutas abofeteados, los obreros tratados a puntapiés, los sirvientes insultados y hambrientos, los vagabundos apedreados, los solicitantes despedidos a carcajadas, las prostitutas a quienes escupe el transeúnte, los niños martirizados y los presos azotados a lo Mr. Jacks, tal vez una ola de sagrada ira despertase entre nosotros a un Cristo nuevo. La desesperación está desmenuzada y escondida, mas no por eso disminuye su espantoso total. En lugar de los autos de fe, celebrados en las plazas de las ciudades, a la luz del sol, torturamos sin asesinarlos por completo, en la oscuridad vil de un calabozo, a infelices amordazados. ¿Hemos ganado mucho?

¿Y cuál es nuestro instrumento? El sable también lo usa la guardia civil española. En Rusia se emplea el látigo. Cuando se atrevieron a resistir a la autocracia los campesinos de Constantinogrov, Poltava y Karkov, se les mataba a latigazos. El príncipe Obolensky tuvo una idea feliz: mandó empapar previamente los látigos en sal y vinagre. ¿Adoptaremos la idea?

¡El sable! ¡La hoja hidalga, custodia del pundonor militar, cambiada en herramienta de verdugo! ¿Qué deducir? ¿Que hemos progresado, desde aquella época en que se proclamaba lo de "no la saques sin razón, ni la envaines sin honor" y en que Tirso de Molina escribía:

De lengua al agraviado caballero
Ha de servir la espada y no la pluma?

¿O es que la violencia, con espada al cinto o no, es siempre mala? Me inclino a lo último. Si la guerra nos es aún necesaria, es que todavía estamos malditos. La guerra en sí es odiosa y sobre todo la guerra moderna. No nos extrañemos de la facilidad con que el sable, en tiempo de paz, se convierte en látigo de Obolensky. Continúa la triste obra sangrienta a que está condenado.

[*El Diario,* 14 de Octubre de 1907]

EL ESTADO Y LA SOMBRA

Un paraguayo, llamado Benítez, que volvía a su país después de veinte años de ausencia, no pudo gozar en él un minuto de libertad. El Estado previsor lo arrestó a bordo y lo embutió en la cárcel. ¿Por qué? Porque Benítez venía de la austera República Argentina, donde se le había aplicado la ley de residencia. ¡Benítez era un agitador peligroso! Si en la nación modelo se habían juzgado culpables sus ideas, ¿qué menos correspondía a la nación oficialmente discípula que juzgarlas culpables, aún antes de ser expresadas? ¿Y si allí fue justo desterrar el autor sin proceso ni defensa, no será doblemente justo aquí encerrarle en una mazmorra por tiempo indefinido? Acaban de enviarle confinado a Bahía Negra, como si fuera necesario alejarle de los jueces de la capital. Y no es necesario: tenemos jueces, pero no tenemos justicia.

¡Oh buen Benítez! Tal vez creíste en la Constitución. Yo no seré tan cándido. No sacaré argumentos de nuestra deliciosa carta fundamental. Sería mucha petulancia exigir que se cumplan las leyes en el Paraguay, cuando jamás se cumplieron en lugar alguno de la tierra. No citaré artículos, ni repetiré lo que ciertos románticos exclaman: que la ley de residencia es la vergüenza de la América latina. Vergüenza no; torpeza sí. ¿Acaso hace falta a los gobiernos una ley cuando quieren despedir o suprimir a los ciudadanos que estorban? ¿Acaso, para torturar a los presos, ha hecho falta en España, en Rusia y en Turquía una ley de tortura?

No; no gesticulemos contra la vil realidad en que es preciso vivir y a la cual, ¡ay! es preciso amar. Estudiémosla. No veamos crímenes en el mundo, sino hechos. Acerquemos el ojo al microscopio, y no empañemos el cristal con lágrimas inútiles.

Es curioso el caso Benítez. Benítez aterra al Estado. Benítez es un agitador peligroso. Peligroso no es para la humanidad, sino para el Estado, es decir para el dinero de los que lo tienen. Benítez es enemigo del oro. Opina que

está mal distribuido, procura difundir pensamientos que le parecen felices y se alegra de encontrar quien se asocie con él y le ayude. Benítez es anarquista, y el Estado, que es el oro, persigue y aplasta a Benítez.

Que esto pase en la Argentina, donde hay oro, se explica aunque el terror del Estado llegue al ridículo de proclamar leyes *ad hoc* que relegan la flamante república a la sucia Edad Media. Al fin un Benítez no está solo en Buenos Aires; está ligado a una secta poderosa, creada por el mismo terror oficial, ese terror torpe que se figura vencer con la crueldad y que alza al cielo crispadas manos avarientas en quienes caerá el rayo. Los más feroces atentados se verificarán en la ribera del Plata.

Si es ridículo el exceso de terror en la Argentina, ¿qué será en Asunción? ¿A quién amenaza aquí el buen Benítez? Aquí no hay oro. Hace reír el espanto del Estado al aparecer Benítez. ¡Cuánta angustia, cuánto rigor, cuánto celo! ¿Y todo para proteger a quién?

Violar la constitución no tiene nada de particular, pero violarla dando espectáculo tan cómico no es cosa de todos los días.

Benítez, ante el Estado argentino, era un hombre. En el Paraguay es una sombra. Inofensiva sombra errante, quizá enamorada de la tierra donde se formó y a la cual regresaba con esperanzas de paz. Y la sombra llenó de miedo al Estado. ¡Pobre Benítez! Expulsado de la república porteña, hubiera hallado hospitalidad en cualquier pueblo. Pero se le ocurrió desembarcar en su patria, y esto lo ha perdido.

[*El Diario,* 23 de Marzo de 1908]

FRACASO DE LA VIOLENCIA

En el escuadrón de seguridad los sargentos matan a los jefes. Esto remacha la serie de atentados departamentales. Nunca se había visto semejante movimiento en el país.

Nada tan fácil, ni tan falso, como decir "crimen" y aplicar el criterio del código. Empezamos a comprender que la palabra "crimen" no tiene sentido y que lo que importa no es castigar, ni aun perdonar, sino explicar, remediar y prever.

Las violencias de que están siendo víctimas las autoridades son el efecto necesario de las violencias que emplearon. La violencia se engendra a sí misma. La vida elástica devuelve mal por mal. Los hombres no son santos que presentan la mejilla derecha después de haber sido abofeteados en la izquierda. Y si se dejan abofetear y escupir, mirad a sus manos temblorosas y adivinad en ellas el cuchillo que un día, en la sombra, hará venganza.

Es notorio que en ciertas reparticiones se tortura. Será muy cómodo alegar que el pueblo está en la barbarie y que se civilizará a palos. Pero no podemos admitir que con tal pretexto se autorice el desahogo de la crueldad oficial. La civilización no consiste en exportar mucho, ni en caminar de prisa, ni en escribir con ortografía. Consiste en la dulzura de las costumbres, en el amor y en la tolerancia, en la elevación nativa de los sentimientos y de las ideas. Los paraguayos son reposados y modestos, quizá demasiado. Son afectos a la paz y a la melancolía. Son pobres, han sufrido mucho. No merecen, ¡no!, que se les trate así, que se les pegue, que se les desprecie y se les insulte.

Porque no duele la violencia tan sólo, sino el alma que acompaña a la violencia. Hubo un tiempo en que la violencia era natural en las relaciones humanas. Era un modo corriente de entenderse y de obrar. Se vivía en la guerra y de la guerra. Se tenía la piel más dura, la carne más correosa. Se hablaba y hasta se amaba a golpes. No creáis que bajo esa áspera superficie faltaban las

corrientes vitales de la abnegación y de la ternura. No son siempre los padres que más castigan a sus hijos los que menos los quieren. La violencia solía estar unida a la generosidad y en vez de odio criaba respeto. Era el instrumento de grandes concepciones y de heroicas empresas. Hoy ha cambiado profundamente nuestra concepción del mundo. La violencia presente, y sobre todo la violencia policíaca, responde a lo más mezquino, caduco, torpe y despreciable de nuestros instintos.

Por eso, los que desean el bienestar de nuestro pequeño rincón no protestan de la violencia misma tanto como del insolente desdén que se tiene a las gentes indefensas y desheredadas, a los campesinos descalzos arreados a las comisarías, a las infelices mujeres brutalizadas, que no encuentran piedad aunque lleven en brazos sus niños desnudos.

Por eso, por mucho que lamentemos el "crimen", lo preferimos a la ignominiosa resignación.

DESPUES DE LA MATANZA[1]

HEMOS hecho un poco de política: sesenta muertos, ciento cincuenta heridos.

¿Qué crimen cometieron estos infelices para que los castigaran así? Ninguno. Como eran pobres, fueron soldados y su sangre indefensa podía ser útil. Ha sido muy útil a los nuevos ministros.

Gocen en paz de su triunfo.

Hemos tenido otras ventajas. Hemos verificado el excelente estado de nuestra sociedad. Distinguidos caballeros, detrás de sus ventanas, hacían fuego sobre los chiquillos y los viejos que pasaban por la calle, sobre las camillas en que iban las víctimas, sobre las mujeres que corrían llorando en busca de sus hijos.

Hemos hecho un poco de política. No me preguntéis lo que pienso de la política. No entiendo de arte tan elevado y exquisito. Preguntad a las madres de esos niños asesinados y ellas os dirán la verdad.

[1]El 4 de julio de 1908 el gobierno del General Benigno Ferreira fue derrocado mediante una cruenta rebelión militar encabezada por el Coronel Albino Jara. Este artículo y el siguiente ("La revolución") se refieren a esos hechos.

LA REVOLUCION

Una sublevación de cuarteles ha lanzado del poder a un partido y ha instalado a otro. Esta operación ha necesitado ciento cincuenta heridos y sesenta muertos. Los mejores edificios de la ciudad han sido acribillados por el cañón. El público ha sufrido el consiguiente paro de los negocios. La inseguridad y el descrédito han aumentado en esta angustiosa época de crisis, cosa que parecía imposible. Añadid durante dos días, el degradante espectáculo de la matanza.

El Paraguay sigue el camino de las peores repúblicas sudamericanas. En los cuatro últimos años ha tenido cinco presidentes. La fuerza no está en otro sitio que en las bayonetas y ellas gobiernan al país. Se hace política a tiros. Se afirma que el gobierno caído era algo infame, inicuo, insoportable. Seguramente. No conocemos gobierno que no lo sea, sobre todo cuando se le reemplaza. Lo extraño es que no se haya dicho eso en el parlamento, ni que el pueblo se haya reunido a declararlo, o siquiera a elegir legalmente mandatarios mejores. El nuevo gobierno es irreprochable. Lo creemos también. Se compone de hombres jóvenes. Lo triste es que el poder envejece. En todo caso, resulta que no nos es posible obtener un ministerio decente si no nos asesinamos antes los unos a los otros. Tenemos soldados para defender la patria y principalmente para destrozarla de cuando en cuando. Padecemos el mal famoso de los *pronunciamientos* españoles. Un regimiento se *pronuncia,* he aquí la vida pública. El resto de la nación queda mudo. O guerra o tiranía. La paz no nos sirve. Dicho de otra manera: somos indignos de la paz.

Se objetará que muchos particulares empuñaron las armas y que la opinión ha visto con gusto la victoria revolucionaria. Cierto es que la esperanza humana es incorregible y que los enfermos se alivian cambiando de postura. Varios trabajadores a quienes se había acariciado policialmente las espaldas

trataron de cazar al jefe o por lo menos a un comisario. Eran los más sinceros. Sin embargo entre cien heridos atendidos por la Asistencia no hubo sino dos particulares. Son los soldados los que se han batido: este es el hecho. Los particulares, cada vez más numerosos a medida que el triunfo se hacía más seguro, se presentaban a pedir un fusil. Es que hay también empleos civiles y los tiempos están malos.

¡Oh! no queremos decir que la revolución no ha enganchado más que a egoístas. En los grandes negocios del hierro y del oro se declaman a boca llena las nobles palabras de "Patria", "Libertad", "Civilización", y siempre hay algunos que las toman en serio. Definimos el estado de la opinión. A los primeros disparos las conjeturas de la multitud retrataban el ambiente político. Ya se atribuía el movimiento a uno de los varios partidos oposicionistas, ya a las internas intrigas del gobierno. Nada que se pareciera a una orientación definida. Curiosidad, asombro, pasividad. Los campesinos permanecieron impasibles en sus ranchos. Los infelices reclutados murieron de parte y otra con igual impasibilidad. Las víctimas son siempre las mismas; los vencedores son siempre los mismos. No hay más que un combate: el de los de arriba con los de abajo. Hasta ahora, el desenlace es obstinadamente idéntico. Los de abajo revientan. ¿Cuándo cambiará la partida?

Sesenta muertos, ciento cincuenta heridos. No faltan castigados, pero no busquéis entre ellos a ningún ministro, a ningún funcionario del gobierno que se derrumbó. Están sanos y salvos. Las puertas de las legaciones se abrían para ellos, mientras se fusilaba a los desheredados en las calles. Otros personajes "traidores" y "malditos" están en sus casas. Otros de viaje, conferenciando con presidentes extranjeros. Todos completos, ricos y felices. ¿Qué hacen? Se asegura que ya conspiran. ¿Hay partido que no lo haga?

Quince audaces se apoderaron del Estado. ¡Qué lección venenosa! El éxito demuestra que el país está a la merced de un grupo que se atreva. Nos enteramos de que a la vez atravesaban las fronteras tropas armadas y de que dos golpes de mano estuvieron a punto de coincidir. La casualidad lo reveló. Ignorábamos que en lugares diferentes se estaba proyectando labrar nuestra felicidad a cañonazos. Al público no se le pregunta nunca su parecer sobre estas cuestiones. ¿Qué influencia puede tener el público? No hace sino trabajar, y eso, *hasta ahora,* no amenaza a nadie.

No hablemos de los días siguientes a la constitución del nuevo gabinete. No hablemos de las caravanas de hambrientos, de los empleófagos que al felicitar a los flamantes ministros les apretaban la mano con el mismo ardor que si fuera un billete de banco. En las antesalas se forman los partidos. No los habría si hubiera tantos empleos como habitantes de la república. La burocracia no alcanza para todos y entonces sobrevienen las explosiones de patriotismo y de virtudes cívicas entre los rechazados. Entonces se vuelve a conspirar y así marchamos, bajo la más libre Constitución del mundo.

La revolución será provechosa si trae al poder personas honestas que conserven allí su honestidad. Quizá se verifique este fenómeno. Confiemos. Pero

hay otro aspecto de la cuestión. El procedimiento de subida al Palacio Dorado fue demasiado cruel; preferimos la ruin conducta de los tiempos normales. La sangre inocente que se ha vertido no es sin embargo del todo inútil; contribuirá a que los ciudadanos independientes aparten con mayor asco sus ojos de la lepra política.

[*Germinal*, fecha no determinada]

BAJO EL TERROR[1]

LLEGO del campo donde reina el terror. Los campesinos, pobres bestias asustadas, se refugian en los montes, apenas se sospecha que el Gobierno piensa ocuparse del distrito y las mujeres descalzas, medio desnudas, madrecitas tristes con sus flacas crías a cuestas, caminan por los polvorientos, los interminables senderos, caminan, blancos espectros del hambre, a traer al macho perseguido algo que roer.

En la capital reina el terror. Aquí las madres, las hembras tristes, llaman a las puertas de las prisiones, temblando al oír la fúnebre respuesta: "Se lo han llevado ya". Y por todas partes la amenaza de espionaje, la recomendación sigilosa: "Cállese Vd., no diga nada, no hable, no se pierda".

Es que en el Gobierno reina el terror y no hay cosa tan cruel como el miedo, cuando tiene el miedo las armas en la mano. El terror del Gobierno, hermano del terror que sentía el doctor Francia y los López, ve un conspirador en cada ciudadano libre y sorprende complots en que han entrado a la vez el doctor Audibert, el médico Romero Pereyra y José Bertotto.[2] ¡Ay! Si fuéramos a escuchar al Gobierno, todo el país estaría en contra suya, incapaz de su-

[1]Tras la "revolución" triunfante de Albino Jara, el nuevo gobierno reprimió duramente toda oposición. Por esas fechas a Barrett se le iban cerrando las puertas de los diarios de Asunción, tanto por su campaña contra la explotación en los yerbales como por su franca condenación de la violencia "revolucionaria". Su periódico *Germinal,* de vida efímera (once números), dejaría de aparecer en octubre. A partir del 21 de setiembre la represión había arreciado y cerca de trescientas personas fueron detenidas. Barrett hizo imprimir, entonces, su texto "Bajo el terror" en un volante que él mismo y sus compañeros distribuyeron. Poco después fue apresado y luego deportado al Brasil, de donde pasó a Montevideo.

[2]*Alejandro Audibert* (1859-1919), político liberal, concuñado de Barrett, autor de un libro sobre *Los límites de la antigua Provincia del Paraguay* (1893); *Cayo Romero Pereira,* médico y político "colorado"; *José Guillermo Bertotto* (1886), periodista argentino, administrador y luego director del periódico *Germinal* en 1908.

frirlo al cabo de tres meses. No, no existe semejante unanimidad, no hay, tranquilizaos, opinión pública. No hay más que terror.

Pero he aquí que yo no tengo terror. Yo hablaré.

No lamentéis que hable un extranjero. No soy un extranjero entre vosotros. La verdad y la justicia, cualquiera que sea la boca que las defienda, no son extranjeras en ningún sitio del mundo. Y si lo fueran aquí, ¡qué dignos serías de infinita lástima!

Es necesario restablecer la noción de la justicia. Es necesario protestar del atentado sin nombre que este Gobierno comete contra los habitantes del Paraguay. Sería un infame precedente en vuestra historia que no se levantara hoy una sola voz a declarar con la serena omnipotencia de la verdad, en qué consiste el atentado de que somos víctimas.

La cuestión no está en si hubo complot o no lo hubo.

No está en los vejámenes que se hace pasar a los prisioneros.

No está en el número, grotesco por lo colosal, de los acusados. Admito que el Gobierno se aterre ante Bertotto, ese niño generoso a quien tantos paraguayos deben la vida.

No está en las múltiples violaciones de las leyes nacionales, violaciones que demostró Audibert en su informe *in voce* ante una barra emocionada.

Está en lo más hondo, lo más sagrado de la civilización moderna, en el derecho que tenemos todos, cuando se nos acusa, de saber concretamente de qué se nos acusa, quién nos acusa, cuáles son los cargos que se nos hacen, las pruebas que contra nosotros se aducen, en una palabra el derecho de defensa, de defensa en público, a los cuatro vientos, a la luz del día.

Y en el proceso Brunetti, descubrimos con estupor que ninguno de los acusados tiene noticia de los hechos en que se funda la persecución que padece. El P. E. manda al desierto infelices —culpables o no, ¿qué importa?—, infelices condenados sin sentencia, sin la menor formalidad defensiva, bajo un juez a quien, por inconcebible que parezca, no se le ocurre la solución de presentar su renuncia.

¿Estamos soñando?

¿Qué? ¿No guardáis siquiera las fórmulas? Por favor, vengan testigos falsos, mentiras legales, trapisondas de papel sellado, cualquier recurso para discutir realidades, para librarnos de esta pesadilla, de este ignominioso espectáculo, el secreto en el terror, la inquisición que secuestra en la sombra.

¿Esto una República? ¿Esto una sociedad humana? Mientras no tengamos derecho de defendernos al sol, de ver cara a cara todo lo que contra nosotros se asesta, no seremos la nación, sino la horda.

Estamos a tiempo para salvarnos de la muerte moral. Regresen los que fueron arrastrados a los fortines. Encarcélese, si se quiere, a media población. Pero comiéncese un proceso que tenga apariencias de equidad. ¡Sépase todo, defiéndanse todos!

Si no se cumple así, no solamente estaremos autorizados a suponer que el Gobierno enloquecido, ansioso de tinieblas, inventor de calumnias, miente

desde hace dos semanas, sino que estaremos autorizados también a dar por difunto al Paraguay. Donde no se reclama y se hace justicia, lo que conviene es un sepulturero.

¡Ah! El terror, el terror en el pueblo, en las ciudades, en las alturas del poder... el terror de los moribundos...

Paraguay mío, donde ha nacido mi hijo, donde nacieron mis sueños fraternales de ideas nuevas, de libertad, de arte y de ciencia que yo creía posibles, —y creo aún, ¡sí!— en este pequeño jardín desolado, ¡no mueras!, ¡no sucumbas! Haz en tus entrañas, de un golpe, por una hora, por un minuto, la justicia plena, radiante, y resucitarás como Lázaro.

LO QUE SON LOS YERBALES

LA ESCLAVITUD Y EL ESTADO

Es PRECISO que sepa el mundo de una vez lo que pasa en los yerbales. Es preciso que cuando se quiera citar un ejemplo moderno de todo lo que puede concebir y ejecutar la codicia humana, no se hable solamente del Congo, sino del Paraguay.

El Paraguay se despuebla; se le castra y se le extermina en las 7 u 8.000 leguas entregadas a la Compañía Industrial Paraguaya, a la Matte Larangeira y a los arrendatarios y propietarios de los latifundios del Alto Paraná. La explotación de la yerbamate descansa en la esclavitud, el tormento y el asesinato.

Los datos que voy a presentar en esta serie de artículos, destinada a ser reproducida en los países civilizados de América y de Europa, se deben a testigos presenciales, y han sido confrontados entre sí y confirmados los unos por los otros. No he elegido lo más horrendo, sino lo más frecuente; no la excepción, sino la regla. Y a los que duden o desmientan, les diré: — "Venid conmigo a los yerbales, y con vuestros ojos veréis la verdad".

No espero justicia del Estado. El Estado se apresuró a restablecer la esclavitud en el Paraguay después de la guerra. Es que entonces tenía yerbales. He aquí lo esencial del decreto del 1º de Enero de 1871:

"El presidente de la República.

"Teniendo conocimiento que los beneficiadores de yerbas y otros ramos de la industria nacional, sufren constantemente perjuicios que les ocasionan los operarios, abandonando los establecimientos con cuentas atrasadas...

DECRETA:

"Art. 1º...

"Art. 2º En todos los casos que el peón precisase separarse de sus trabajos temporalmente deberá obtener... asentimiento por medio de una constancia firmada por el patrón o capataces del establecimiento.

"Art. 3º El peón que abandone su trabajo sin este requisito, será conducido preso al establecimiento, si así lo pudiere el patrón, cargándosele en cuenta los gastos de remisión y demás que por tal estado origine.

RIVAROLA

JUAN B. GIL

El mecanismo de la esclavitud es el siguiente: No se le conchava jamás al peón sin anticiparle una cierta suma que el infeliz gasta en el acto o deja a su familia. Se firma ante el juez un contrato en el cual consta el monto del anticipo, estipulándose que el patrón será reembolsado en trabajo. Una vez arreado a la selva, el peón queda prisionero los doce o quince años que como máximum resistirá a las labores y a las penalidades que le aguardan. Es un esclavo que se vendió a sí mismo. Nada le salvará. Se ha calculado de tal modo el anticipo con relación a los salarios y a los precios de los víveres y de las ropas en el yerbal, que el peón, aunque reviente, será siempre deudor de los patronos. Si trata de huir se le caza. Si no se logra traerle vivo, se le mata.

Así se hacía en tiempos de Rivarola. Así se hace hoy.

Es sabido que el Estado perdió sus yerbales. El territorio paraguayo se repartió entre los amigos del gobierno y después la Industrial se fue quedando con casi todo. El Estado llegó al extremo de regalar ciento cincuenta leguas a un personaje influyente. Fue aquella una época interesante de venta y arriendo de tierras y de compra de agrimensores y de jueces. Pero no nos importan por el momento las costumbres políticas de esta nación, sino lo referente a la esclavitud en los yerbales.

En la reglamentación de 20 de Agosto de 1885 se dice:

"Art. 11. Todo contrato entre el explotador de yerba y sus peones, para que tenga fuerza, deberá ser hecho ante la autoridad local respectiva, etc.".

Ni una palabra especificando qué contratos son legales y cuáles no. El juez sigue poniendo su visto bueno a la esclavitud.

En 1901, al cabo de treinta años, se deroga especialmente el decreto de Rivarola. Pero el nuevo decreto es una nueva autorización, más disimulada, puesto que ya el estado no tenía yerbales, de la esclavitud en el Paraguay. Se prohíbe al peón abandonar el trabajo, so pena de daños y perjuicios a los patronos. Ahora bien: el peón debe siempre al patrón; no le es posible pagar y legalmente se le apresa.

El Estado tuvo y tiene sus inspectores, los cuales por lo común se enriquecieron pronto. Los inspectores van a los yerbales para:

"1º Reconocer toda la jurisdicción de su sección. 2º Fiscalizar la elaboración de yerba. 3º Cuidar que los industriales no destruyan las plantas de yerbas. 4º Exigir que cada arrendatario le presente la patente del rancho arrendado, etcétera".

Ninguna orden de verificar si en los yerbales se ejerce la esclavitud, y si se atormenta o fusila al obrero.

Este análisis legislativo es un poco inocente, pues aunque la esclavitud no se apoyara en la ley, se practicaría de todas maneras. En la selva está el esclavo tan desamparado como en el fondo del mar. Don R. C., en 1877, decía que la Constitución se detenía en el Río Jejuy. Suponiendo que un peón sacara de su cerebro enfermo un resto de independencia y de su cuerpo dolorido la energía necesaria para atravesar inmensos desiertos en busca de un juez, encontraría un juez comprado por la Industrial, la Matte o los latifundistas del Alto Paraná. Las autoridades locales se compran mensualmente mediante un sobresueldo, según me ratifica el señor contador de la Industrial Paraguaya.

El juez y el jefe comen, pues, en ese plato. Suelen ser simultáneamente autoridades nacionales y habilitados yerbateros. Así el señor B. A., pariente del actual presidente de la república, es jefe político de San Estanislao y habilitado[1] de la Industrial. El señor M, pariente también del presidente, es juez en el feudo de los señores Casado y empleado de ellos. Los señores Casado explotan los quebrachales por medio de la esclavitud. Todavía se recuerda el asesinato de cinco peones quebracheros que intentaron fugarse en una barca.

Nada hay pues que esperar de un Estado que restablece la esclavitud, con ella lucra y vende la justicia al menudeo. Ojalá me equivoque.

Y entremos ahora en el detalle de hechos.

[*El Diario,* 15 de Junio de 1908]

[1]*Habilitado* (americanismo, probabl. Paraguay y Argentina, no registrado en los diccionarios). Llamábase así al subempresario que beneficiaba la yerba por cuenta de las grandes compañías.

EL ARREO

De 15 a 20.000 esclavos de todo sexo y edad se extinguen actualmente en los yerbales del Paraguay, de la Argentina y del Brasil. Las tres repúblicas están bajo idéntica ignominia. Son madres negreras de sus hijos.

Pero el esclavo se convierte pronto en un cadáver o en un espectro. Hay que renovar constantemente la pulpa fresca en el lugar, para que no falte el jugo. El Paraguay fue siempre el gran proveedor de la carne que suda oro. Es que aquí los pobres son ya esclavos a medias. Carne estremecida por los últimos latigazos del jefe político y las últimas patadas del cuartel, carne oscura y triste ¿qué hay en ti? ¿La sombra de la tiranía y de la guerra? ¿La fatalidad de la raza? Niños enfermos, que el vicio, hembra o alcohol, consuela un instante en la noche siniestra en que habéis naufragado, ¿quién se apiadará de vosotros? ¡Dios mío! ¡Tan desdichados que ni siquiera se espantan de su propia agonía! No: esa carne es sagrada; es la que más ha sufrido sobre la tierra. La salvaremos también.

Mientras tanto, está sobre el mostrador, ofrecida al zarpazo del agente yerbatero. En el Paraguay no es necesario aguardar como en la India, a que el hambre o la peste abarate la acémila humana. El *raccoleur* de la Industrial examina la presa, la mide y la cata, calculando el vigor de sus músculos y el tiempo que resistirá. La engaña —cosa fácil—, la seduce. Pinta el infierno con colores de El Dorado. Ajusta el anticipo, pagadero a veces en mercadería acaparada por la empresa, estafándose así al peón aun antes de contratarle. Por fin el trato se cierra. El enterrador ha conquistado a su cliente.

Y todo con las formalidades de un ingreso en presidio. El juez asesora la esclavitud. Véanse los formularios impresos de la Industrial y de la Matte Larangeira. En Posadas y Villa Encarnación, importantes mercados de blancos, hay instaladas oficinas antropométricas al servicio de los empresarios, como si la selva no fuera suficiente para aniquilar toda esperanza de fuga.

Pero durante algunas horas todavía, ¡la víctima es rica y libre! Mañana el trabajo forzado, la infinita fatiga, la fiebre, el tormento, la desesperación que no acaba sino con la muerte. Hoy la fortuna, los placeres, la libertad. ¡Hoy vivir, vivir por primera y última vez! y el niño enfermo sobre el cual va a cerrarse la verde inmensidad del bosque, donde será para siempre la más hostigada de las bestias, reparte su tesoro entre las *chinas* que pasan, compra por docenas frascos de perfumes que tira sin vaciar, adquiere una tienda entera para dispersarla a los cuatro vientos, grita, ríe, baila —¡ay frenesí funerario!—, se abraza con rameras tan infelices como él, se embriaga en un supremo afán de olvido, se enloquece. Alcohol asqueroso a 10 pesos el litro, hembra roída por la sífilis, he aquí la postrera sonrisa del mundo a los condenados a los yerbales.

Esa sonrisa, ¡cómo la explotáis, bandidos! El anticipo, pagado con diez, doce, quince años de horror, después de los cuales los sobrevivientes no son más que mendigos decrépitos, ¡qué invención admirable! El anticipo es la gloria de los alcahuetes de la avaricia millonaria. Así se arrean los mártires de los gomales bolivianos y brasileños, de los ingenios del Perú. Así se arrean las muchachas del centro de Europa prostituidas en Buenos Aires. El anticipo, la deuda es la cadena que arrastran de lupanar en lupanar, como la arrastra el peón de un habilitado a otro. ¡El anticipo! Un mozo de Caacupé es contratado por la Matte a razón de 150 pesos mensuales. Le brindan el anticipo; lo rechaza. Llevan al desgraciado a 80 leguas de Concepción, allí dicen que del salario hay que deducir la comida a no ser que el anticipo se acepte. El mozo verifica que su labor no alcanza a saldar su miserable bodrio y por milagro consigue escapar y regresar a su pueblo. ¡El anticipo! La Industrial alegará que sus peones la *deben* sobre el Paraná un millón de pesos. Deducid lo que la empresa ha robado a su gente desde que la encerró, y obtendréis el precio bruto de los esclavos. Un buen esclavo cuesta hoy aproximadamente lo que antes: de trescientos a quinientos pesos.

El anticipo se cobró y se disipó. *¡Lasciate ogni speranza!* Ahora, el arreo. El río: a puntapiés y rebencazos los encajan a bordo. Es el ganado de la Industrial. Centenares de seres humanos en cincuenta metros. Bazofia inmunda, escorbuto, diarrea negra ¡y a trabajar por el camino! Escuálidos adolescentes descargan el buque; suben en cuatro patas las barrancas con 80 kilos a cuestas. Hay que irse acostumbrando.

El monte: la tropa, el rebaño de peones, con sus mujeres y sus pequeños, si se permite la familia. A pie, y el yerbal está a cincuenta, a cien leguas. Los capataces van a caballo, revólver al cinto. Se les llama troperos, o repuntadores. Los habilitados que se traspasan el negocio escriben: "con tantas cabezas". Es el ganado de la Industrial.

Y el ganado escasea. Es forzoso perseguir a los jóvenes paraguayos en Villa Concepción y Villarrica. Los departamentos de yerbales, Igatimi, San Estanislao, se han convertido en cementerios. Treinta años de explotaciones han exterminado la virilidad paraguaya entre el Tebicuary sud y el Paraná. Tacurú-pucú

ha sido despoblado ocho veces por la Industrial. Casi todos los peones que han trabajado en el Alto Paraná de 1890 a 1900 han muerto. De 300 hombres sacados de Villarrica en 1900 para los yerbales de Tormenta en el Brasil no volvieron más que 20. Ahora se *rafla* por las Misiones Argentinas, Corrientes y Entre Ríos.

En el Paraguay quedan los menores de edad, y se los llevan también. Un 70 por ciento de los arreados al Alto Paraná son menores. De 1903 a la fecha (1908) han ido más allá de dos mil, de Villa Encarnación y de Posadas, 1.700 eran paraguayos. Restan unos 700, de los cuales apenas unos 50 sanos. Naturalmente, ninguno pues se opone a semejantes infamias. Esta es la feroz verdad: tenemos que defender a nuestros niños de las garras usureras que están descuartizando al país.

[*El Diario,* 17 de Junio de 1908]

EL YUGO EN LA SELVA

No SIEMPRE se arrea la peonada mediante contrato previo. A veces los *raccoleurs* preparan noticias de reclutamiento o de revolución y ofrecen al cándido campesino un *refugio* en los yerbales. Tales ocasiones de adquirir gratis la hacienda humana se facilitan si el empresario, entendiéndose con las altas autoridades del país, dispone de la fuerza pública, no sólo para asegurar fraudes y contrabandos, sino para organizar *razzias* que arreen a los que quieren venir y cacerías que cobren a los que quieren marcharse. Recientemente la Matte Larangeira hizo un pacto de esta naturaleza con Bentos Xavier, al cual adelantó fondos para que derrocara en Mato Grosso a un gobernador poco complaciente.

Sea por un sistema, sea por otro, el peón cayó en la selva. Tiene mil probabilidades contra una de no salir. Antes había la suspensión de labores desde fin de agosto hasta diciembre. Se *licenciaba* al personal añadiendo el eslabón de un nuevo anticipo a la antigua cadena. Pero la Matte suprimió esa semi libertad de dos o tres meses. Era un gasto inútil; ¡con el anticipo primitivo basta y sobra! La Industrial imita a la Matte; el año pasado suspendió la zafra. Se puede afirmar al pie de la letra que el obrero no volverá de la selva hasta que haya sudado toda su sangre y lo despidan por usado, convertido no en un viejo, sino en la sombra de un viejo, si es que no lo fusilaron por *desertor*, o no le encontraron muerto una mañana, y arrojaron al río su cadáver.

¡La selva! Extraen de ella enormes fortunas los negreros enlevitados que se pasean por las calles de Asunción, de Buenos Aires o de Río, y no llega a ella una ráfaga espiritual, un eco de la cultura, un consuelo de la sociedad perdida. En las 5.000 leguas del Alto Paraná no hay más que un juez comprado por La Industrial y un maestro de escuela, el de Tucurú-pucú. ¡Jurad sin miedo que al maestro no le subvencionan! En esas 5.000 leguas no hay un boticario ni un médico ¡Si los médicos manejaran el látigo o el fusil, los habría! Dos

tipos de extrema degeneración: el esclavo, pobre bestia asustada, y el habilitado, bestia feroz, proxeneta de la avaricia urbana; he aquí todo lo que la humanidad ha dejado en la selva. ¡Qué importa! esos dos tipos son suficientes a constituir nuestra civilización legal: suministran el oro.

¡La selva! La milenaria capa de humus, bañada en la transpiración acre de la tierra; el monstruo inextricable, inmóvil, hecho de millones de plantas atadas en un solo nudo infinito; la húmeda soledad donde acecha la muerte y donde el horror gotea como en las grutas... ¡La selva! La rama serpiente y la elástica zarpa y el devorar silencioso de los insectos invisibles... Vosotros los que os apagáis en un calabozo, no envidiéis al prisionero de la selva. A vosotros os es posible todavía acostaros en un rincón para esperar al fin. A él no, porque su lecho es de espinas ponzoñosas; mandíbulas innumerables y minúsculas, engendradas por una fermentación infatigable, le disecarán vivo si no marcha. A vosotros os separa de la libertad un muro solamente. A él le separa la inmensa distancia y los muros de un laberinto que no se acaba nunca. Medio desnudo, desamparado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel. Tiene que caminar sin reposo y el camino es una lucha; tiene que avanzar a sablazos y la senda que abre con el machete, torna a cerrarse detrás de él como una estela en la mar.

Así trabaja, hozando en el bosque sus galerías de topo, *tendidas* de picada a picada, agujeros en fondo de saco por donde busca y trae la yerba. Desgaja, carga y acarrea el ramaje al *fogón*. Se arrastra penosamente bajo el peso que le abruma. A eso se reduce la estúpida faena del yerbal, a la de una acémila que hocicara antes su sendero de retorno. El *paraje* se llama *mina*, y el peón *minero*. La Cámara de Apelación paraguaya ha opinado que el yerbal es una *mina*. Esta designación terrible es más elocuente que todo. Sí: hay *minas* al aire libre y a la luz del sol. El hombre desaparece, sepultado bajo la codicia del hombre.

El minero desgaja y acarrea de día. De noche —¡porque se pena día y noche en el yerbal!— alcanza el *fogón*, *overea*[1] el ramaje, es decir, lo tuesta en la llama, abrasándose las manos; deshoja la rama destrozándose los dedos; pisa la hoja en el *raido*,[2] sujetando con tiras de cuero la mole que llevará a cuestas hasta el *romanaje* donde será pesada...

¿Sabéis cuánta hoja exigen al minero diariamente la Matte Larangeira y la Industrial Paraguaya? ¡Ocho arrobas como mínimum! ¡Ocho arrobas a hombros, traídas de una legua, de legua y media por la picada! Cuando el minero suelta el *raido*, nadie se acerca al desgraciado, que por lo común se desploma al suelo. Los capataces le respetan en ese instante. Una desesperación sin nom-

[1]*Overear* (Par. y Río de la Plata). Tostar algo hasta que adquiera color overo o dorado.

[2]*Raido* (probabl. Par. y Río de la Plata). Vocablo caído en desuso en la acepción que le da Barrett. Designaba, según parece, el montón de gajos de yerba que el peón cargaba desde el monte hasta el lugar en que se realizaba el pesaje o se procedía a *overearla*.

bre se apodera de él y sería capaz de asesinar. La lástima es que jamás lo haga, que jamás ejecute a sus verdugos.

Ahora, el *barbacuá,* el horno rudimentario en que se cuece la hoja. Allá en lo alto, sobre la boca fulgurante, el *urú*[1] encaramado, respirando fuego, vigila la quemazón. ¡Cuántas veces ha caído desmayado y lo han reanimado a puntapiés! El trabajo más cruel es quizá el acarreo de leña al *barbacuá,* 70 u 80 kilos de troncos gruesos, bajo los cuales, en el calvario de una larga caminata a través de la selva, la espalda desnuda sangra. Sí; la carne cruje desnuda en el yerbal, porque allí son muy caras las camisas!

Sumad el ejército de los *mensualeros, atacadores de mboroviré,*[2] *troperos* de carreta, *picadores,* boyeros, expedicionarios desprovistos de lo más preciso, obligados a cruzar desiertos y pantanos interminables; *chateros*[3] a quienes se paga por viaje de un mes y que regresan, entorpecidos por las sequías, después de tres o cuatro meses de combate aguas arriba, con el pecho tumefacto por el botador; sumadlo todo y obtendréis la turba maldita de los yerbales, jadeante catorce, dieciséis horas diarias, para lo cual no hay domingo ni otra fiesta que el Viernes Santo, recuerdo del martirio de Jesús, padre de los que sufren...

Y esa gente ¿qué come? ¿De qué manera se le trata? ¿Qué salario se les abona y qué ganancia producen a los habilitados y a la empresa?

Contestar a esto es revelar una serie de crímenes. Hagámoslo.

[*El Diario,* 20 de Junio de 1908]

[1]*Urú* (voz guaraní). Ave gallinácea. Patrón de chata, capataz. La acepción que le da Barrett (peón encargado de la operación de tostar la yerba) no se halla registrada en los diccionarios.

[2]*Mborovirê* (voz de origen guaraní). Yerba mate tostada, antes de ser molida.

[3]*Chatero.* El que conduce la *chata,* embarcación de carga, de base amplia y poco calado.

DEGENERACION

ESCUDRIÑAD bajo la selva: descubriréis un fardo que camina. Mirad bajo el fardo: descubriréis una criatura agobiada en que se van borrando los rasgos de su especie. Aquello no es ya un hombre; es todavía un peón yerbatero. Hay quizás en él rebelión y lágrimas. Se ha visto a mineros llorar con el *raido* a cuestas. Otros, impotentes para el suicidio, sueñan con la evasión. Pensad que muchos de ellos apenas son adolescentes.

Su salario es ilusorio. Los criminales pueden ganar dinero en algunos presidios. Ellos no. Tienen que comprar a la empresa lo que comen y los trapos con que se visten. En otro artículo daré a conocer los precios. Son tan exorbitantes que el peón, aunque se mate trabajando, no tiene probabilidad de saldar su deuda. Cada año la esclavitud y la miseria se afirman más irremediablemente en una maldición sola. El 90% de los peones del Alto Paraná son explotados sin otra remuneración que la comida. Su suerte es idéntica a la de los esclavos de hace dos siglos.

¡Y qué comida! Por lo común se reduce al *yopará,* mezcla de maíz, porotos, *charque* (carne vieja) y sebo. *Yopará* por la mañana y por la noche, toda la semana, todo el mes, todo el año. Alimento tan ruin y tan exclusivo bastaría por sí a dañar profundamente el organismo más robusto. Pero además se trata, sobre todo en el Alto Paraná, donde los horrores que cuento llegan a lo inaudito, de alimentos medio podridos. El charque elaborado en el sud paraguayo contiene tierra y gusanos. El maíz y los porotos son de la peor calidad y transportados a largas distancias se acaban de corromper. Esta es la mercadería reservada especialmente a la gleba de los yerbales y pasada de contrabando de una república a otra por los honorables bandoleros de la alta banca. Así se come en la *mina;* ninguna labradora civilizada consentirá en cebar con semejante bazofia a sus puercos.

La habitación del obrero del yerbal es un toldito para muchos, cubierto de ramas de *pindó*. Vivir allí es vivir a la intemperie; se duerme en el suelo, sobre plantas muertas, como hacen los animales. La lluvia lo empapa todo. El vaho mortífero de la selva penetra hasta los huesos.

Al hambre y a la fatiga se añade la enfermedad. Esta horda de alcohólicos y de sifilíticos tiembla continuamente de fiebre. Es el *chucho* de los trópicos. La tercera parte se vuelven tísicos bajo la carga de mulo que les echan encima.

¡Ay!, ¿y las delicias menudas? El *yarará,* víbora rapidísima y mortal; las escolopendras y los alacranes que caen del techo; el *cuî,* pique imperceptible que abrasa la epidermis; el *yate'í pytá,* garrapata colorada que produce llagas incurables; la *ura* de los yerbales, mosca grande y velluda, cuyos huevos, abandonados sobre las ropas, se desarrollan en el sudor y crían bajo la piel vermes enormes que devoran el músculo; la legión terrible de los mosquitos, desde el *ñati'u-cabayú* al *mbarigüi* ŷ al *mbigüí* microscópico que se levanta en nubes de los charcos y provoca accesos de locura en los infelices privados hasta del leve bálsamo del sueño... Comprenderéis que el mosquitero es demasiado caro para el esclavo de los yerbales; es el negrero *financista* de la capital el que lo usa.

El peón yerbatero ¿con qué intentará consolar sus dolores? ¿La mujer?... En las zonas del norte la Industrial no las permite. En las del sud sí. Por un lado le conviene tener nuevas locas a quienes vender el hediondo engrudo del *yopará.* Por otro lado le fastidia que el trabajador se *distraiga.* En unos sitios es negocio traer hembras; en otros no. Las gallinas se prohíben siempre. Pretexto: causan trastornos en las mudanzas de los *barbacúas.* Motivo real: evitar a toda costa que el siervo goce de propiedad alguna.

El 90% de las mujeres de la mina son prostitutas profesionales; a pesar del hambre, de la fatiga, de la enfermedad y de la prostitución mismas, estas infelices paren, como paren las bestias en sus cubiles. Niños desnudos, flacos, arrugados antes de haber aprendido a tenerse de pie, extenuados por la disentería, hormiguean en el lodo, larvas del infierno a que vivos aún fueron condenados. Un 10% alcanzan la virilidad. La degeneración más espantosa abate a los peones, a sus mujeres y a sus pequeños. El yerbal extermina una generación en quince años. A los 40 de edad el hombre se ha convertido en un mísero despojo de la avaricia ajena. Han dejado en él la lona de su carne. Caduco, embrutecido hasta el extremo de no recordar quiénes fueron sus padres, es lo que se llama un *"peón viejo".* Su rostro fue una lívida máscara, luego tomó el color de la tierra, por último el de la ceniza. Es un muerto que anda. Es un ex empleado de la Industrial.

Su hijo no necesita ir a los yerbales para adquirir los estigmas de la degeneración. La descendencia se extingue prontamente. Se ha hecho algo más con el obrero que sorberle la médula: Se le ha castrado.

Pero el "peón viejo" es una rareza. Se suele morir en la mina sin hacerse "viejo". Un día el capataz encuentra acostada su víctima habitual. Se empeña en alzarla a palos y no lo consigue. Se le abandona. Los compañeros van a la

faena y el moribundo se queda solo. Está en la selva. Es el empleado de la Industrial, devuelto diabólicamente por la esclavitud a la vida salvaje. ¡Grita, miserable! Nadie te oirá. Para ti no hay socorro. Expirarás sin una mano que apriete la tuya, sin un testigo. ¡Solo, solo, solo! Los reos tienen asistencia médica y antes de subir al patíbulo se les ofrece un vaso de vino y un cura. Tú no eres ¡ay! un criminal; no eres más que un obrero. Expirarás en la soledad de la selva como una alimaña herida.

Desde la guerra, 30 ó 40 mil paraguayos han sido *beneficiados* y aniquilados así en los yerbales de las tres naciones. En cuanto a los que actualmente sufren el yugo, ya muchos de ellos menores, según expliqué, un dato será suficiente a pintar su estado. Son muy inferiores a los indios en inteligencia, energía, sentimientos de dignidad y bajo cualquier aspecto que se les considere. He aquí lo que las Empresas yerbateras han hecho de la raza blanca.

Entremos ahora en lo monstruoso: el tormento y el asesinato.

[*El Diario,* 23 de Junio de 1908]

TORMENTO Y ASESINATO

"AQUI NO hay más Dios que yo" —dice al nuevo peón una vez por todas el capataz. Y si no bastara el rebenque para demostrarlo, lo demostraría el revólver del mayordomo. En el yerbal no se habla, se pega.

Cuando en plena capital la policía tortura a los presos por "amor al arte", ¿Creéis posible que no se torture al esclavo en la selva, donde no hay otro testigo que la naturaleza idiota y donde las autoridades nacionales ofician de verdugos, puestas como están al servicio de la codicia más vil y más desenfrenada?

¡Camina, trajina, suda y sangra, carne maldita! ¿Qué importa que caigas extenuada y mueras como la vieja res a orillas del pantano? Eres barata y se te encuentra en todas partes. ¡Ay de ti si te rebelas, si te yergues en un espasmo de protesta! ¡Ay del asno que se olvida un momento de ser un asno!

Entonces, al hambre, a la fatiga, a la fiebre, al mortal desaliento se añadirá el azote, la tortura con su complicado y siniestro material. Conocíais la inquisición política y la inquisición religiosa. Conoced ahora la más infame, la inquisición del oro.

¿A qué mencionar los grillos y el cepo? Son clásicos en el Paraguay, y no sé por qué no constituyen el emblema de la justicia, en vez de la inepta matrona de la espada de cartón y de la balanza falsa. En Yaguatirica se admira el célebre cepo de la empresa M. S. Un cepo menos costoso es el *de lazo*. También se usa mucho *estirar* a los peones, es decir, atarles de los cuatro miembros muy abiertos. O bien se les cuelga de los pies a un árbol. El *estaqueamiento* es interesante: consiste en amarrar a la víctima de los tobillos y de las muñecas, a cuatro estacas, con correas de cuero crudo, al sol. El cuero se encoge y corta el músculo; el cuerpo se descoyunta. Se ha llegado a *estaquear* los peones sobre *tacurús* (nidos de termite blanca) a los que se ha prendido fuego.

¡Pluma mía, no tiembles, clávate hasta el mango! Pero los miserables que ejecuto no tienen sangre en las venas, sino pus, y el cirujano se llena de inmundicia.

Raro es que intente un peón escaparse. Esto exige una energía que están muy lejos de tener los degenerados del yerbal. Si el caso ocurre, los habilitados arman comisiones en las *compañías* (soldados de la nación) y cazan al fugitivo. Unos habilitados avisan a otros. La consigna es: "traerlo vivo o muerto".

¡Ah! ¡La alegre cacería humana en la selva! ¡Los chasques llevando órdenes a los puestos vecinos! "Anoche se me fugaron dos. Si salen por estos rumbos métanles bala" (Textual). El año pasado, en las Misiones Argentinas, asesinaron a siete obreros, uno de los cuales era un niño. En Punta Porá, cuando la comisaría da por fugado a un trabajador, "fugado" significa "degollado". Hace dos meses, el patrón D. C., habilitado de la Matte Larangeira, el cual había comprado la querida de un peón por 600 pesos, tuvo el disgusto de saber la huida de la hembra con su antiguo amante y un hermano de éste. D. C. los persiguió con gente armada a winchester; uno de los peones murió enseguida; el otro fue rematado a cuchillo. Se suele hacer fuego sin voz de alto. Las empresas sacrifican no solamente a los peones, sino a los demás ciudadanos que no les hacen el gusto. La Industrial Paraguaya, famosa en Tacupurucú por sus atrocidades, expulsó recientemente a las familias del pueblo para apoderarse de las expendedurías de caña, y habiéndose opuesto el señor E. R. lo hizo matar a la puerta de habitación por la policía.

Todos estos crímenes quedan impunes. Ningún juez se ocupa de ellos, y si se ocupara sería igual. ¡Está comprado!

Espanta pensar en los asesinatos que la selva oculta. Las picadas están sembradas de cruces, la mitad de las cuales señala el sitio donde ha sucumbido un menor de edad. Muchas de esas cruces anónimas recuerdan una cacería terminada por un fusilamiento.

Y a pesar de las mil probabilidades contra una que el *desertor* (tal es la designación consagrada por el uso) tiene de perecer, el sueño del mártir de los yerbales es evadirse, ganar la frontera o los campos, la región libre que centellea a cincuenta, a cien, a ciento cincuenta leguas de distancia... Leguas de monte cerrado, de esteros, leguas que hay que cruzar desnudo, débil y trémulo, como una rata que los perros rastrean... El esclavo no duerme; agita sus pobres huesos sobre el ramaje sórdido que le sirve de cama, y agita las esperanzas locas en su cerebro dolorido. El silencio de la noche le invita. El poder formidable del oro que él mismo ha arrancado a la tierra le detiene. La Empresa ha recobrado a "desertores" que después de cuatro años o cinco de ausencia se creían salvados. La Empresa es más fuerte que todo. ¿Para qué ir a la muerte? Mejor es desfallecer poco a poco, perder gota a gota la savia de la vida, renunciar a ver ya nunca el valle en que se ha nacido... Al día siguiente el esclavo irá a la faena y ofrecerá al

empresario las ocho arrobas reglamentarias. ¡Ay! para pretender huir de los yerbales es preciso ser un héroe o no estar en el sano juicio.

De este modo la opulenta canalla que triunfa en nuestros salones extermina bajo el yugo por millares a los paraguayos o los fusilan como a chacales del desierto, si buscan la libertad. Las generaciones de esclavos duran poco, pero los negreros se conservan bien. Es a los de arriba a quienes acuso. Son ellos los verdaderos asesinos y no los habilitados ni los capataces. Los responsables son los jefes de la banda, porque son los que menos riesgos corren y los que más lucran con el crimen.

Y he aquí lo que me falta: detallar el botín de la esclavitud, y mostrar entre quién y cómo se reparte.

[*El Diario*, 25 de Junio de 1908]

EL BOTIN

SEA NUESTRO ejemplo típico la Industrial Paraguaya.

Empezó con 400.000 pesos.

¿Quién no sabe las combinaciones de la Industrial para apoderarse de las tierras, los yerbales convertidos en campos y los campos convertidos en yerbales, los montes y los ríos desapareciendo del mapa y surgiendo a cien leguas de donde tenían que estar, los remates y las ventas, no de terrenos sino de agrimensores y de jueces? A mi vista está un plano del departamento de Villa Concepción, documento curioso en que se marca el escamoteo de doce leguas de yerbales por medio de rectificaciones de mensura en propiedades anteriores, a fin de reclamar la compensación de un nuevo yerbal de doce leguas que se trataba de pescar sin desembolsar un centavo. Y la estafa se hizo, y mil como ella. Pero lo terrible es que el Estado, que no supo defender el territorio, ni sabe hoy siquiera que la Empresa contrabandea a la Argentina millones y millones de arrobas, no supo ni sabe proteger la carne inocente de los ciudadanos. Y la Industrial lleva anualmente la cantidad de víctimas que necesita para llevar a cabo una de las más abyectas explotaciones del mundo moderno.

He aquí el cuadro de los salarios medios que paga actualmente la Industrial en moneda paraguaya. Las cifras son aproximadamente las mismas en las demás empresas. Los yerbateros forman hoy un *trust* invencible y fijan los precios que quieren. No hay competencia que alivie la suerte del esclavo.

Mineros: por arroba		0.60
Barbacuá " "		0.20
Atacadores y maquinistas por mes		45.00
Capataces	"	120.00
Troperos	"	70.00

Picadores	por mes	55.00
Boyeros	" "	60.00
Chateros, por viajes (1 a 3 meses)		90.00
Mensualeros varios a		30.00

Estos infelices tienen que comprar casi siempre en la empresa el inmundo alimento que comen, y siempre los andrajos de que se visten. ¡Y a qué precios!

Piltrafas con huesos cuestan lo que la carne sin hueso en la Asunción. Una libra de cebo cuesta peso y medio. Una libra de harina de cuarta clase, dos pesos. El maíz ha llegado a dos pesos la libra. La ropa es un escándalo. El metro de bayeta de lo peor, quince pesos; vale dos. Un pantalón de brin de lo peor veinte pesos; vale cuatro. Una camisa de lo peor, quince pesos; vale tres. Un sombrero de lo peor, sesenta pesos; vale doce. Un poncho (ideal del paraguayo) doscientos pesos; vale sesenta. Una caja de fósforos, un peso.

Tomemos el mejor de los casos: el de un minero *guapo* que acarree trescientas arrobas al mes. Ganará ciento ochenta pesos. Quitad lo que gasta en nutrirse malamente y en cubrir su desnudez, y ¿qué le queda?: treinta o cuarenta pesos a lo sumo, con los que tardará años y más años en saldar el anticipo de un mil a dos mil pesos con que se ha encadenado. La suerte de los demás peones es incomparablemente peor. Muchos se reducen a alimentarse de agua, porotos y sal con esperanza de salvarse algún día. ¡Vana esperanza!

Notad que los salarios no han crecido mucho de quince años a esta parte, en tanto que el oro alcanza a 1.500. ¡Naturalmente! La Industrial embolsa en oro su ganancia y cubre sus gastos en papel. Les conviene a ella y a las demás empresas exportadoras que el oro suba. Se han puesto de acuerdo con los usureros y el oro sube, y subirá hasta donde le plazca a esa partida de bandidos que nadie tiene el valor de meter en la cárcel.

Un cálculo sencillo, si se recuerda el número de bolsas que un atador despacha diariamente y las que transportan a una distancia media de 30 leguas una carreta o una chata, con el valor común del envase, da un precio máximo de 2,50 pesos para la arroba de yerba lista a ser exportada.

Y todavía este precio de costo es nominal. La Empresa paga los salarios en mercadería, robando un 300 por 100. (Mercaderías de contrabando en el Alto Paraná). No son estos negocios los de menos importancia a los ojos de la Industrial, que lanzó de sus casas a los vecinos de Tacurupucú para vender caña ella sola. Ahora la destila, la vende a 10 pesos el litro, y la revende al peonaje por medio de rameras que cobran 3 pesos la pulgada del alcohol. El obrero saca a crédito una camisa, la empeña y se la bebe, a cambio de unos minutos de olvido. ¡La Industrial ocupa todos los mostradores!

Hay más. La Industrial usa de dos arrobas diferentes, una de 11 kilos y medio para el peón, y otra de 10 kilos para ella. Si el minero trae al *barbacuá*

8 arrobas y 19 libras, no se le pagan las libras, y ¡ay de él si no trae las 8 arrobas!

Conocíais al patrón negrego, al patrón torturador, al patrón asesino. Este es el patrón ratero. Aquí es donde revela el fondo de su alma.

Admitimos pues como precio de costo de la arroba 2 pesos.

La Empresa vende a 30.

¡Entre la cifra 2 y la cifra 30, introducid la cuña feroz de los habilitados sucesivos, y amartillad la máquina! Debajo está el peón.

El último habilitado compra por 2 y vende por 4, el siguiente compra por 4 y vende por 7... La Empresa compra por 7 y vende por 30. Así se reparte el botín de la esclavitud. No extrañemos pues que los habilitados se enriquezcan y que la Industrial recoja 5 millones anualmente y extraiga hasta un 44 por 100 de utilidad.

Los directores de la Industrial son profundos financistas. Han saqueado la tierra y han exterminado la raza.

No han construido un camino.

¿Para qué? ¡44 por 100 de utilidad! Todo está dicho.

Yo acuso de expoliadores, atormentadores de esclavos y homicidas a los administradores de la Industrial Paraguaya y de las demás empresas yerbales. Yo maldigo su dinero manchado de sangre.

Y yo les anuncio que no deshonrarán mucho tiempo más este desgraciado país.

[*El Diario,* 27 de Junio de 1908]

LA CUESTION SOCIAL

VENGO LEYENDO desde hace meses los artículos que dedica a la cuestión social en *El Economista Paraguayo,* su director, Rodolfo Ritter. Alabar a los amigos me repugna un poco; me hace el efecto de alabarme a mí mismo; pero, ¿por qué no he de reconocer la verdad, sobre todo cuando se trata de una persona cuyas ideas no acepto? Ritter es de lo mejor que puede ofrecer el Paraguay intelectual de hoy. Los profesores de gramática del colegio nacional imputarán al doctor Ritter incorrecciones muy naturales en quien no maneja su propio idioma; nosotros, en cambio, nos felicitamos de que posea cuatro o cinco lenguas y nos ponga en contacto con las literaturas respectivas, aunque sea a trueque de que no domine todos los secretos del *le,* del *lo,* y del *hubiera, habría y hubiese habido.* Lo frecuente, y lo triste, es cometer galicismos sin saber francés. Digo que estamos en presencia de un talento claro, flexible, extenso, que asimila con fácil rapidez cuanto percibe y expresa con lúcida elegancia lo que ha asimilado ya. No penséis que la erudición de Ritter se reduce a economía política. Le hallaréis bien informado en historia, en filosofía, hasta en física, en biología y en arte. Está al tanto del movimiento científico contemporáneo. Espíritu ilustrado en el sentido más vasto de la palabra, su gran cultura, su perspicacia, su honradez mental hacen de él un crítico; su trato simpático y su elocuencia hacen de él un maestro. La juventud asunceña usufructuará en él un magnífico texto de consulta: "Amadle, aprovechadle, hojeadle", exclamo en voz alta. Y en voz baja, añado: "no le sigáis". Porque Ritter, que lo tiene todo, no tiene la fe.

Hagamos nosotros, que tenemos la fe, algunas observaciones al trabajo del doctor Ritter.

I. — EL PASADO

Nuestro autor empieza advirtiéndonos que la cuestión social es insoluble. ¿Debemos, pues, considerarla como la cuadratura del círculo o el *perpetuum*

mobile, un problema planteado por la imbecilidad humana, en el cual, ya que no guarismos y figuras, se han gastado vanamente infinitas teorías utópicas, frases subversivas y conspiraciones rabiosas? Ritter habría evitado que sacásemos tal consecuencia, si nos hubiera dicho, no que la cuestión social es insoluble, sino que se está resolviendo desde los comienzos de la civilización. Pero no parece partidario de esa continuidad histórica; su primer cuidado es romperla. "Toda la historia de Roma, declara, refleja luchas de clases, pero jamás han abandonado el terreno de las aspiraciones y reivindicaciones individuales... No encontramos ninguna tendencia contraria a la propiedad individual... ni la menor contra el principio de la propiedad individual... etc., etc." Los profetas hebraicos "no aspiraban a la supresión de la propiedad individual, sino a sus excesos... Nos parece pueril buscar en los Evangelios, como se ha hecho tan a menudo, sea la condenación, sea la justificación del principio de propiedad... En toda la doctrina de Cristo y de los apóstoles no encontramos el menor rastro de una tendencia hostil a la propiedad". Las comunidades cristianas fueron extrañas a nuestro comunismo; "en ningún momento ese comunismo abandonaba la suposición de la propiedad individual". La vida monástica de la edad media "no tiene casi ninguna relación con las condiciones de la vida moderna, ni siquiera con los principios de los reformadores sociales actuales..." Luego nuestra época está aislada de las anteriores; nuestros conflictos, nuestras angustias, nuestras esperanzas no tienen pasado; Babeuf y Owen han crecido por generación espontánea; Marx y Kropotkin han caído de la luna...

¿Por qué, entonces, nos conmueve la voz de Isaías: "el que construya una casa la habitará; el que plante un árbol comerá su fruto"? Este beduino no habla con la precisión de Engels, pero le entendemos muy bien. Entendemos a Epicuro cuando se entretiene en probar a los griegos que un esclavo es un hombre. ¿Tanta distancia hay del "dadlo todo" de Jesús al "todo es de todos" de los modernos agitadores? San Pablo dijo: "el que no trabaja que no coma", y lo repiten hoy los trabajadores hambrientos a todos los que comen sin trabajar. "Tuyo y mío... ¡qué palabras de hielo!", clama el Crisóstomo, y añade: "el rico es un salteador". "La propiedad es un robo" contesta diecisiete siglos más tarde el eco de Proudhon. Y el famoso apóstrofe de Tiberio Graco a los patricios, ¿no es de actualidad, no es propio de un Hervé? Oíd: "Las bestias feroces que discurren por los bosques de Italia tiene cada una su guarida y su cueva, en tanto que quienes pelean y mueren por la Italia carecen de techos y de hogares; andan errantes por los campos, con sus mujeres y sus hijos; y sus caudillos no dicen la verdad cuando en los campos de batalla les exhortan a combatir contra sus enemigos, por su patria, sus aras y los sepulcros de sus mayores, porque, de un gran número de romanos, ninguno tiene aras ni sepulcros de sus mayores, sino que por la riqueza y el regalo ajenos combaten y mueren y cuando se les dice señores de toda la tierra, no tienen ni un pedazo que sea de su propiedad". ¿A qué seguir? El doctor Ritter, con una imparcialidad digna de elogio, nos

presenta una larga serie de ejemplos por el estilo, debidos a filósofos, a moralistas y a la agudeza popular de todos los tiempos, y, mal que le pese, no consigue sino convencernos de la solidaridad histórica de los miserables.

Siempre, lo mismo ahora que hace seis mil años, hubo una minoría que ha vivido del trabajo y del sufrimiento ajenos. Siempre hubo una vasta multitud de infelices que para el grupo de propietarios armados no eran más que máquinas. Hegel lo ha dicho admirablemente: "La cuestión esencial de toda tiranía, política o económica, es que ésta obliga a tratar como instrumentos inertes a los hombres, los cuales, sean los que fueren, jamás piensan en descender al nivel de máquinas materiales". Profetas contra fariseos, plebeyos contra patricios, esclavos contra libres, siervos y pequeños burgueses contra señores feudales, artesanos y manufactureros contra patronos, es la eterna rebelión de los que no soportan ser tratados como máquinas, de los que prefieren la negación de su ser físico a la de su ser consciente, y sucumbir a degradarse. Por eso la historia de la humanidad no es sino la epopeya única de la conquista de la vida y la emancipación del trabajo. En todo instante el orden social fue observado y demostrado inicuo por los pensadores. Si el aspecto concreto de lo inicuo es la propiedad legal, su aspecto psicológico es la avaricia impune, la avaricia alentada, honrada, erigida en gloria y en virtud. Donde se establece la propiedad se establece la lenta y cobarde tortura de los desposeídos.

Cuando el jefe salvaje se hizo propietario de los rebaños del enemigo y de campos más fértiles, sustituyó el canibalismo por la esclavitud; cuando los judíos concluyeron de vagar por el desierto y reposando en la tierra de Canaán se hicieron propietarios, aparecieron la servidumbre, la miseria y estallaron las maldiciones de los iluminados; cuando el cristianismo llegó al poder, desapareció la pureza de las primeras comunidades; los grandes santos, con el asco en el alma, huyeron a los páramos y a las selvas; el catolicismo, al hacerse propietario, se volvió usurero y verdugo. No seamos formalistas al punto de discutir la sublime unidad de nuestras luchas sólo por no haberse, en tal o cual período, negado de una manera explícita el concepto jurídico de la propiedad y sus excesos. Miremos más alto, más hondo; no tengamos miedo de hacer la realidad demasiado amplia. El principio de propiedad no puede ser justo; el exceso de lo justo no puede ser injusto. La propiedad es una forma de parasitismo; desarrollada o en germen es un veneno que nos debilita, que nos enferma, que nos hará perecer si no lo eliminamos. ¿Qué médico sería el que se conformara con los bacilos de Koch, y se limitara a corregir los excesos de la tuberculosis? Es el sistema de Roosevelt, de los millonarios filántropos —¡tan filántropos y sobre todo tan millonarios!—; el sistema de la inextinguible "raza de víboras", servir a dos amos, podar hipócritamente las ramas del árbol del mal mientras en sigilo se abona y se riega su infame raíz. Mas, ¿qué importa? No se ataca, no se circunviene, no se conmina la obra de la propiedad sin herirla en su centro mismo. Espartaco intenta traer por la violencia el "reino de Dios" a este mundo

—es decir, una mejor distribución de la riqueza—; Jesús intenta traerlo por la dulzura a los espíritus: "mi reino no es de este mundo", es decir, del mundo de hoy, pero sí del de mañana. ¿Qué es lo espiritual, qué es el cielo, sino la imagen del porvenir, la visión de la felicidad de nuestros hijos? Ante Espartaco y ante Jesús, ante el golpe y ante la plegaria, la propiedad retrocede. Contemplad el inmenso fresco de la historia; ved la propiedad en perpetua retirada ante el trabajo, cediéndole una parte cada vez mayor de bienestar, de inteligencia y de empuje. Desde los esclavos que faenaban bajo el látigo, con grillos en los pies, hasta los obreros modernos, instruidos, altivos, sueltos y ágiles, con la rebeldía metódica en el cerebro y la victoria final en el corazón, ¡qué enorme camino recorrido! ¡Ved la propiedad cercada y oprimida por millones de brazos atléticos, que la asfixian poco a poco! ¡Qué ingratos seríamos con nuestros padres, si al reconocer que su sangre y sus lágrimas son nuestras, no reconociéramos que nuestro triunfo, la aurora que a nuestros ojos despunta es la que como un presentimiento divino acarició sus nobles frentes, levantadas en medio de la noche!

Dice el profesor Ritter: —La libertad de trabajo ha sido definitivamente operada por la revolución—. Rectifiquemos. A quien la revolución ha libertado es a la burguesía. Refundió los antiguos privilegios en el de la propiedad, y los trabajadores experimentaron en el acto los efectos de la unificación de los despotismos. Se les prohibió asociarse, y desde 1876 se proclamó algo que no se toleraba antes: la legalidad del interés del dinero. El préstamo se hizo honroso. La venta fue venerada. Los papás empezaron a predicar a sus hijos la codicia. El cínico ideal que se nos inculca en el hogar y en la escuela es el del austero Guizot: "¡enriqueceos, enriqueceos!" La trama de las relaciones sociales está constituida por el despojo recíproco, siempre que se ejecute en el orden marcado por las leyes. Aunque a la larga nunca daña el aniquilamiento de los privilegios, sean los que fueren, es innegable que, por de pronto, los derechos políticos empeoraron la situación de la clase productora. Más tarde, y en una reducida esfera, se utilizaron para obtener la libertad económica, que es la única real, pero su acción específica es lubrificar, regularizar, asegurar el formidable mecanismo de la opresión burguesa. La revolución puso al rico en presencia del pobre, armado el uno hasta los dientes, extenuado y desnudo el otro, y les dijo: "ahora el combate es libre; destrozaos, nadie os lo estorbará". Nuestras legislaciones, tan benévolas con el homicidio, son implacables para los atentados a la propiedad.

¿Qué se hizo de aquellas hospitalarias, casi patriarcales atenciones a un régimen bárbaro? Hace muchas centurias, sabían los desheredados que cuanta leña pudieran a hombros llevarse del bosque señorial era suya; en ciertos días festivos los príncipes de Italia tenían que abrir sus palacios a la plebe y los de Alemania sentaban a su mesa a los villanos. Los códigos actuales, inspirados en la Roma fósil y redactados con una ferocidad glacial, encierran monstruosidades como esta: "Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario y a su costa..." (art. 359 del Código

Civil español). ¿Y qué diremos de la llamada ley de vagos, que considera la indigencia un delito? Pero hay que ir a las jóvenes repúblicas americanas, tan atónitas de su Constitución que por respeto no la practican jamás, hay que ir a la nación-estómago para encontrar la idolatría del oro convertida en demencia. Los jueces de Buenos Aires han castigado con cuatro años de cárcel a un desventurado que había sustraído un dedal, y con seis a otro que se había apropiado de unos calzones... No obstante las ideas avanzan, hasta entre los que ostentan la librea de su toga. Un magistrado de los Estados Unidos, después de absolver a un mendigo que había robado —era en invierno— un trozo de carbón de los almacenes de una compañía ferroviaria, le advirtió que se abstuviera de robar mientras no se le nombrara miembro del directorio. Magnaud, que honra a la Francia más que todos los políticos juntos, dicta desde el modestísimo tribunal de Chateau Thierry sentencias redentoras que extrañan al mundo. Oíd sus máximas: "La probidad y la delicadeza son dos virtudes infinitamente más fáciles de practicar cuando no le falta a uno nada, que cuando se está desprovisto de todo. —Lo que no puede ser evitado no ha de ser castigado. —Para apreciar con equidad el delito del indigente, el juez debe, por un instante, olvidar el bienestar del que goza, a fin de identificarse, cuanto le sea posible, con la situación lamentable del ser abandonado de todos. —El obrero sólo es quien produce, y quien expone su salud o su vida en provecho exclusivo del patrono, el cual no puede comprometer más que su capital". He aquí un regulador de conflictos sociales que no es un juez, que no es un muñeco siniestro, sino un hombre, es decir, un ser de comprensión y de solidaridad.

II. — EVOLUCION DEL SOCIALISMO

¿Cuál es, a punto fijo, la opinión del doctor Ritter sobre la influencia presente de las doctrinas de Marx? Afirma que han pasado de moda y más adelante escribe que "hoy en día, después de 62 años, son aceptadas como palabras de evangelio por las docenas de millones de los socialistas de la tierra". El hecho es que los socialistas, más o menos ortodoxos, aumentan sin cesar; el socialismo va invadiendo los países jóvenes —América Latina—; las ediciones del *Manifiesto Comunista* se suceden, publicadas en todos los idiomas. No obstante, bajo el epígrafe de *La derrota del socialismo científico,* el doctor Ritter se complace en acumular tales objeciones sobre la obra de Carlos Marx, que la indiscutible vitalidad del marxismo se hace inexplicable.

Los hechos contradicen a Marx, que se contradice a sí propio. Es cierto; y nos sería fácil alargar la lista de contradicciones preparadas por el doctor Ritter: El prefacio del *Manifiesto* —edición de 1872— enmienda el capítulo II de las anteriores; culpa de la Commune. Loria, con razón, acusa al tercer volumen de *El Capital* de haber arruinado la teoría de la "plus valía". Etcétera. ¿Y qué? "El hombre absurdo, ha dicho alguien, es

el que no cambia". Lo interesante no es enumerar las contradicciones de una mente genial, sino interpretarlas. Tomemos las de más bulto. Según Marx, el proletariado se empobrece progresivamente. Ha sucedido en realidad lo contrario. El doctor Ritter no se quejará de que confirme sus datos con los míos. En un diagrama norteamericano, de origen oficial, se muestra que el alza de los salarios, durante las últimas décadas, coincide con la baja de los precios. March, director de la Oficina Internacional de Estadística, expuso en la sección de Economía Social, de la Exposición de 1900, un gráfico que resume a este respecto la marcha del siglo XIX: mientras el costo de la vida sube de 45 a 55, la media de los salarios en oro sube de 45 a 105. ¡Los salarios efectivos se han duplicado! El profesor Denis lo corrobora para el caso especial de Bélgica. Las ciclópeas investigaciones de d'Auvenel (*Campesinos y obreros desde hace setecientos años, Historia de los precios* [cinco volúmenes]. *Los ricos desde hace setecientos años*) arrojan este resultado: de dos siglos acá, las entradas de los nueve millones de familias que componen el bajo pueblo francés se han hecho el doble de lo que eran antes. Pero seamos justos con Marx: mientras los pobres duplican sus ingresos, los 420.000 burgueses acomodados triplicaban o cuadruplicaban los suyos, y los 1.200 extrarricos los sextuplicaban. La divergencia "relativa" entre la clase capitalista y el proletariado se acentúa. Sin embargo, si consideramos sobre todo el florecimiento obstinado de la pequeña agricultura y de la pequeña industria en multitud de lugares, hay que reconocer que la polarización de la riqueza, la miseria absoluta del trabajador con la hipertrofia monstruosa del capital en pocas manos, el proceso, en fin, diagnosticado por Marx, no lleva trazas de realizarse.

¿Luego, las ideas de Marx carecen de valor?... ¡Nada de eso! La media de los salarios se ha duplicado, mas una cifra "media" encierra un caos donde hay extremos elocuentes. El alto salario proviene del incremento vertiginoso de la total fortuna humana; de tierras vírgenes, materiales y mentales, incesantemente puestas en explotación; de la demanda de operarios más técnicos cada vez y técnicos con mayor diversidad; por fin, de la organización defensiva y ofensiva que convierte al proletariado, sesenta años atrás disperso y vencido, en una marea compacta que acabará por cubrirlo todo y ante cuyo empuje retroceden sin término los capitalistas. Las continuas instalaciones de industrias nuevas, por otra parte, engendran nuevos enjambres de pequeñas industrias accesorias. He aquí un régimen inestable, "abierto", una dinámica que obedece a factores no previstos por Marx, el cual, si se me permite la expresión, estudió la lucha de clases en frasco cerrado. Pero examinemos ahora el bajo salario, que al combinarse con el alto produce la media, el salario marxiano, el "salario de hambre". ¿Dónde aparece?

El frasco cerrado de Marx: en los distritos de intensa civilización, en las industrias viejas y uniformes, de técnica no muy especializada, o abaratada ya por la enseñanza semigratuita, allí donde los obreros no han sabido asociarse contra los patronos. Las mujeres, en las grandes poblaciones, no consi-

guen sino salarios de hambre, porque su técnica es vulgar, y porque son rechazadas despiadadamente de los sindicatos. Ejemplo: las costureras ganan en París un franco 25 céntimos (0,25 pesos oro). He aquí su presupuesto: alimento, 65 céntimos, un traje de cinco francos, dos camisas de un franco 75, dos pañuelos a 40 céntimos al año. La aprendiza, con un pesado cartón al brazo, es enviada desde la mañana temprano a hacer *reassortissement,* muy lejos; cuando vuelve, fatigada, se le dice: "pequeña, te has olvidado una cosa..." y se la envía de nuevo. No tiene tiempo de comer; en el camino compra un bollo; a veces toma un vaso de alcohol. Al cabo de pocos meses se le hinchan los tobillos y entra al hospital. (Paul Acker, *Oeuvres sociales de femmes*). Muchas costureras, para no sentir tanto el hambre, cosen en la cama todo el día. (D. Haussonville, *Salaires et misères des femmes*). Más significativo que el salario de hambre es el salario nulo, la miseria negra, que no se encuentra sino en los centros extracivilizados: Berlín, Londres, Nueva York, Chicago, París. No me refiero a los degenerados, "contingente del abismo", de que habla Wells, sino a obreros robustos y entendidos, lanzados en cientos de miles al arroyo por el maquinismo y la crisis de producción. Ejemplo: los sin trabajo, *chomeurs,* rompehuelgas, eran en Inglaterra 926.000 hace tres años; durante el verano de 1908, el Board of Trade confesaba la tremenda cifra de un millón 125.000. En 1901, había inscritos, solamente en las oficinas de beneficencia de París, 350.000 indigentes válidos. Los horrores de Londres son demasiado conocidos. No le va en zaga Nueva York, *The Relentless City* —la ciudad despintada, como la llamó Lafcadio Hearn—. Upton Sinclair ha popularizado la dantesca *Packingtown,* el barrio de las fábricas de conservas de Chicago, donde 250.000 trabajadores se amontonan sobre un "terreno artificial" compuesto de basuras, detritos y excrementos, entre charcas fétidas cuyo hielo se vende. Estos inmigrantes irlandeses, bohemios, polacos, lituanos, eslovacos, víctimas de los agentes, se organizan mal contra las empresas; tienen todo contra ellos: su candor de campesinos, su heterogeneidad, lo sencillo y rudo de la faena que en ellos se explota. Hombres vigorosos penan en *Packingtown* desde la mañana hasta la noche, en sótanos glaciales, con dos centímetros de agua sobre el suelo; otros, durante seis o siete meses al año, no ven jamás el sol entre la tarde de cada domingo y la mañana del siguiente, sin ganar por ello más que $ 300 anuales. Niños de apenas 13 años, cuyos padres defraudan la ley para reforzar sus ingresos míseros, ganan menos de la mitad. En invierno, para calentarse, los obreros, cuando no les vigila el capataz, meten las piernas en el tronco recién abierto de las reses. Mientras tanto, millares de sin trabajo se agolpan a las puertas de los talleres, de seis a ocho y media, esperando turno. Por un minuto de atraso se pierde una hora de salario en la fábrica; varios minutos exponen a que se vuelva la placa de cobre del obrero contra la pared, lo que significa que se le despide. Las fracciones de hora no se pagan. Los capataces apresuran la labor, a fin de que no haya que pagar los últimos cincuenta minutos. Eso, en ciertas fábricas de Chicago,

se llama "trabajar para la iglesia", porque el dueño sostiene infinidad de obras pías. Los operarios se alimentan de harina de patata, en resumidas cuentas, celulosa; como el uso de este material para adulterar comestibles está prohibido en Europa, se embarca todos los años con destino a América por miles de toneladas. Escasamente habrá algún obrero que no tenga llagas o marcas horribles sobre su persona. Si se araña un dedo, la menuda lesión concluirá por matarlo; las falanges de los dedos se les van, corroídas unas tras otras por los ácidos de las conservas, o por los ácidos que impregnan las lanas para que se desprendan, ya que sólo pueden arrancarse a mano. Entre los cortadores raro es el que conserva el pulgar. Entre los cocedores se sucumbe a los dos años.

Los que transportan cuartos de reses no resisten tres años. En los frigoríficos, el período máximo de resistencia, a causa de los reumatismos, no llega a cinco años. Las mujeres, que manejan latas de carne de 14 kilos, se enferman todas de la matriz. A veces se cae un obrero a uno de los grandes tanques de extraer grasa, rodeados de denso vapor y es inútil buscarle... "Su carne y sus huesos han sido mezclados con los demás materiales de los tanques y se han vendido como manteca pura de la casa Durham". *(La Jungle).* El último ciclo del infierno de *Packingtown* es la fábrica de abonos, pero hago gracia de él a mis lectores. Semejantes extremos de miseria humana corresponden a la concentración de capitales, más temible anónima que personal; a los *trust,* de quienes depende hoy el 50 por ciento de la producción industrial del mundo, a la delirante idolatría de la riqueza. Nada tan simbólico, en la *Relentless City,* como esas damas de la Avenida de los *millardarios,* que han puesto de moda el retratarse en estatuas macizas de oro puro, y de tamaño natural... Notemos por fin que la máquina, "en cada caso" desaloja al trabajador. Hace ya diez años que el comisariado general del trabajo de los Estados Unidos verificaba que "para la fabricación de instrumentos aratorios se necesitarían antes 2.145 obreros de diferentes aptitudes para producir tanto como producen hoy, con ayuda de máquinas, 600 obreros de aptitud ordinaria. En la fabricación de pequeñas armas de fuego, un hombre con una máquina reemplaza a cincuenta. La fabricación de ladrillos suprime hoy el 10 por ciento de trabajadores y la de tejas el 40 por ciento. En la zapatería 100 hombres producen tanto como producían anteriormente 500. En cierta clase de calzado, la máquina ha suprimido el 50 por ciento de los obreros..." Añadamos los nuevos telares mecánicos, las nuevas máquinas agrícolas, las linotipos, etc. Para formarse idea de lo que será la industria en un porvenir no lejano, conviene leer la descripción que hace Daniel Berthelot de la usina de la Sociedad de Electricidad de Saint-Denis, de la "enorme nave... más vasta que una catedral... donde se divisan, perdidos en aquella inmensidad, un hombre o dos que, silenciosamente, dan vuelta a un tornillo, o mueven una manija... Un hombre solo basta para regular la descarga de ochenta mil kilogramos de carbón por hora".

Dentro, pues, de cierta esfera, quizás imperfectamente definida por él,

las consecuencias de Marx son justas. Claro que los factores marxianos están lejos de ser los únicos factores históricos. Las tendencias psicológicas analizadas por Tarde, el papel que desempeñan los *héroes* según Carlyle, la influencia de los genios, cuya aparición misteriosa fecunda los siglos, el vasto residuo irreductible que llamamos azar, todo eso, en la hipótesis de que Dios no se ocupa de nosotros, es también realidad que trabaja. Limitar el marxismo no es empequeñecerlo, sino valorizarlo, hacerlo eficaz. ¿Acaso las leyes físicas no nacen del ambiente artificial de los laboratorios, y no son, consideradas separadamente, una realidad falsa, pero indispensable para comprender o empezar a comprender la realidad verdadera? Los destinos del marxismo son análogos a los del darwinismo. Después de unos cuantos lustros, hemos reconocido que los factores darwinianos son insuficientes para explicar la biología. Hemos descubierto que las especies nuevas pueden surgir de pronto: *¡natura facit saltum!* Nos hemos dado cuenta de que al lado de los fenómenos en que se retrata la lucha por la supervivencia del más fuerte o del más apto, hay fenómenos de asociación, de simbiosis, de alianzas en que el débil subsiste y colabora. Los volúmenes de *Zoología experimental* que publica Hans Przibram ofrecen al curioso varias categorías de hechos adversos a la teoría de selección. Estas limitaciones del darwinismo le confieren su valor práctico y definitivo. Marx, con su concepto de la lucha de clases y del materialismo histórico, nos ha provisto de un método fácil y seguro, a condición de aplicarlo cuando se debe. ¿Y qué historiador de nuestros días no lo emplea, de Rodgers a Ferrero? La tesis de Marx, en su terreno propio, es tan inatacable como la química de la digestión en fisiología.

En lo que estoy de acuerdo con Ritter es en juzgar poco importante la trascendencia del marxismo en la "acción" humana. El razonamiento no crea energía. La razón será lo que se quiera, menos un motor. ¿En qué puede vigorizar al proletariado la idea del determinismo económico? ¿Obedecerían mejor los astros a la ley de Newton, si tuviesen conciencia de ella? ¿Caería de otro modo el guijarro, si supiera que tiene que caer? De aquí la evolución del marxismo de combate. El proletariado, después de adquirir, según la bella frase de Pelloutier, "la ciencia de su desgracia", se inclina a cultivar los elementos que le prometen el triunfo, que se lo prometerían y tal vez se lo procurarían aunque se tratara de un triunfo ilógico: la disciplina y la fe. De aquí el abandono, más o menos pronunciado, en relación a la psicología de cada pueblo, de las controversias sociológicas y de las discusiones parlamentarias. De aquí el sindicalismo, invasión reciente y formidable de algo que no es ya teoría, sino una táctica austera. El carácter del movimiento es religioso; las grandes transformaciones sociales no se llevan a cabo sin estas magníficas epidemias de fe y de esperanza. En uno de sus primeros libros —*L'Europa giovane*— Ferrero había observado que "la verdadera forma nueva de la religión es el socialismo alemán". Sorel dice que la huelga general es un "mito" del sindicalismo, y Prezzolini añade:

"como del mito del Reino de los Cielos salió la Iglesia Católica, así del mito de la Huelga General saldrá la nueva Sociedad Proletaria". ¿Y qué es el futuro, sino el Reino de los Cielos venido por fin a la Tierra?

El doctor Ritter presenta con mucha claridad y excelente información el sindicalismo. Pondré tan sólo dos reparos a esta parte de su estudio, que en mi entender es la mejor, y que por causas que ignoro ha quedado trunca. La educación del obrero en los sindicatos es, para el doctor Ritter, ilusoria en cuanto al arte de dirigir empresas. "¿Qué cosa podrán aprender en su sindicato los estibadores en cuanto a la explotación complicadísima de la navegación trasatlántica, etc...?" El doctor Ritter, por su escasa fe, se ahoga en un vaso de agua. Cuando los proletarios dispongan de los medios de producción, el arreglo mutuo para la marcha del trabajo será asunto baladí. Los obreros se encontrarán en su puesto, combinados y encadenados por la faena cotidiana. El estibador y el maquinista y el capitán y el gerente seguirán en consorcio mutuo si así lo desean, y la navegación trasatlántica, si así conviene, seguirá funcionando, precisamente porque todo lo que en el mundo obra es trabajo, y nada más que trabajo. Suprimir el capital no es suprimir a los trabajadores, sean gerentes de empresas o sean simples mozos de cordel. Suprimir el oro no es suprimir la fuerza ni el talento; es libertarlos. Concedamos crédito a la difusión de la sabiduría y, sobre todo, a los recursos de la naturaleza. Aquellos bárbaros que improvisaron la Revolución Francesa fundaron la política contemporánea. ¿En dónde aprendieron la explotación complicadísima de la industria de gobernar? Cuando la humanidad está de parto, confiemos en lo invisible. No nos aflijamos de que no se enseñe a parir a las madres.

Al doctor Ritter le extraña que los sindicalistas "profesen el mismo ideal que cualquier fabricante de tejidos: el de la más grande producción", y a mí me extrañan esas líneas del doctor Ritter. El profesor Novicov, que suele burlarse cruelmente de los socialistas de todo matiz, declara, después de compulsar estadísticas, que los nueve décimos del género humano padecen en mayor o menor grado el hambre y el frío. De diez semejantes nuestros, nueve no se alimentan ni se visten lo bastante. Seamos, pues, "prosaicos" hasta el punto de exigir la más grande producción de ropas y de pan, y no temamos profesar los ideales del burgués, el cual no se preocupa de las necesidades ajenas ni de la más grande producción, sino de la más grande ganancia, que es a veces lo contrario. ¡En esta sociedad absurda y hambrienta, ocurre que un exceso de pan ocasiona desastres! Cuentan los biógrafos de Fourier, que, hallándose en Marsella, los dueños del establecimiento en que servía diéronle el encargo de arrojar al mar un considerable cargamento de arroz, que habían dejado pudrir con el único fin de mantener el alto precio a que por entonces se vendían en Francia los artículos de primera necesidad.

Y es desde aquel día que Fourier, lleno de noble ira, se consagró por entero a su apostolado reformador.

Dos palabras sobre el anarquismo. No hay que hacerse ilusiones; una clase crece siempre más de prisa en fuerza material que en fuerza moral. El proletariado, al volverse más fuerte, se vuelve más violento. Por desdicha, es probable que triunfe por la violencia, como han triunfado en la historia todas las renovaciones humanas. Ante la venidera revolución sólo cabe esperar, según esperamos los que tenemos fe en nuestro destino, que se sustituyan las violencias estériles por las violencias fecundas.

El anarquismo, extrema izquierda del alud emancipador, representa el genio social moderno en su actitud de suma rebeldía. No haré a mis lectores la ofensa de suponerlos capaces de confundir, a semejanza de lo que *fingen* muchos burgueses interesados, anarquista y dinamitero. Sería pueril temer que Anatole France, anarquista intelectual, o León Tolstoi, anarquista místico, nos lancen alguna bomba. Hay una cosa quizá más grave que los explosivos; es la crítica anarquista, la lógica implacable de los que han condensado su método en la famosa fórmula de Bakunin: "destruir es crear".

Se condena la violencia, pero somos hijos de ella, y por ella nos defendemos de los criminales y de los locos, y mediante ella dominamos los espasmos del mar y del viento. Eliminar la violencia es un quimérico ideal; el mundo tiene un aspecto mecánico, en que necesariamente sobreviven las energías, no por ser más justas, sino por ser mayores. Nuestro ideal no debe ser suprimir la violencia, sino juntarla con la justicia; desprenderla del pasado y vincularla al porvenir. Los trabajadores han experimentado la eficacia decisiva de la violencia. Jamás ha mejorado su situación por el altruismo de los capitalistas, sino por su miedo. "En Francia, dice Buyll, la legislación social ha sido impuesta pieza a pieza por los movimientos de la calle o por la agitación de las reuniones y de la prensa... El proyecto de la jornada de ocho horas en las minas se aprobó en plena movilización del ejército de hulleros... No se hubiera llegado en Inglaterra a fijar la duración de la jornada legal en las minas sin la imponente organización y la periodicidad de los congresos obreros que allí trabajaban". ¿Acaso hubiera hecho Rusia lo que ha hecho en favor de las masas populares sin el levantamiento de 1905?

Confesémoslo: la violencia hizo prosperar más a las sociedades de resistencia que el dinero. Los mecánicos ingleses gastaron veintisiete millones en socorros, y perdieron la huelga. ¡Ay de los trabajadores el día en que dejen de inspirar terror y no dispongan de otras armas que el llamamiento a la compasión y a la equidad! Merced al terror han conseguido tratar con los patronos de poder a poder. El relato que hace Yvetot del caso de los *dockers* de Cette es instructivo: "Los patronos, pensando influir sobre el ánimo de los obreros, les invitaron a una entrevista patronal para terminar la huelga.

"Una corta comisión del sindicato, compuesta de hombres sólidos, se presentó. Su contacto no agradaba a los explotadores, que pensaban acabar pronto aturdiéndoles con promesas y subyugándoles por intimidación.

"Después de un rato de discusión seria, sin resultado, los patronos querían despedir a los invitados, pero éstos cerraron las puertas y declararon a los

patronos que no saldrían de allí sin el convenio firmado por ellos, como deseaban los obreros.

"En seguida los delegados obreros se pusieron a fumar, a hablar y a cantar, como si estuvieran de sobremesa en un banquete.

"En vista de aquella actitud, extraña pero enérgica, los patronos, aburridos y asustados, se sometieron y firmaron, haciendo después honor a sus firmas.

"Aquellos patronos comprendieron que trataban con hombres".

Las uniones gremiales han alcanzado tal prestigio, que se ha visto en Inglaterra a los obreros del algodón intervenir como árbitros entre los importadores y fabricantes, solucionando el conflicto que se les sometió. Señalemos las generosas iniciativas de los sindicatos, la institución de las "sopas comunistas" y el éxodo de los hijos de los huelguistas a las casas de los trabajadores de otros lugares. Pues bien, tengamos el valor de reconocer que esa potencia, esa especie de autoridad, esa dignificación del proletariado son en parte producidas por la violencia, el boicot, la huelga, las batallas con la policía, el sabotaje, el incendio y la bomba.

¡La bomba! ¡El crimen! Sí; mi sensibilidad se subleva ante el gesto del asesino. Yo concibo sacrificar mi existencia, pero no la ajena. Yo llevo clavada en el alma, como un dardo de luz, la persuasión de que lo esencial no es aplastar los cerebros, sino poblarlos. Y, sin embargo, me pregunto a veces si mi corazón se equivoca, si es necesario quizás a la humanidad, para que siga marchando, como lo era a Beaumanois para seguir combatiendo, beber la propia sangre. Me pregunto con tristeza infinita si es necesario herir y hendir pronto, buscar el futuro y arrancarlo de las entrañas de su madre muerta.

¿Crimen? Sí, y malditos seamos nosotros, hijos del crimen, padres del crimen. Pero si hay diferencias en el crimen, yo digo que el de los anarquistas, que hacen la "propaganda de la acción", el de los que matan por la idea, por "amor" —¡horrible paradoja!—, el de los que eligen ser a un tiempo verdugos y mártires, es un crimen más respetable que los crímenes de tantos *héroes* cuyas estatuas se yerguen en las plazas públicas.

Los atentados anarquistas, que suelen ser pura consecuencia de los atentados de los gobiernos, se suprimen con una ferocidad insensata, causa de nuevos atentados de la oculta desesperación universal. En Rusia, donde no hay pena de muerte para los delitos comunes, se considera el anarquismo delito político. Allí, de 1905 a la fecha, *tres millones* de personas han sido ahorcadas, confinadas o deportadas. En otros países donde no hay pena de muerte para los delitos políticos, se considera el anarquismo delito común. Se instala el estado de sitio, los procedimientos inquisitoriales, se dictan leyes *ad hoc,* se viola la ley. Recordad los siniestros procesos de Montjuich, en que perecieron docenas de inocentes. Recordad a Ferrer. Hace pocos meses que en Buenos Aires, con motivo del asesinato del coronel Falcón, mil quinientos o dos mil proletarios fueron perseguidos. Dos mil familias cayeron en la miseria. Y no recojo los rumores insistentes de fusilamientos en los calabozos, de ataúdes sacados de las cárceles en el silencio y las tinieblas de la noche.

El anarquista de acción es el fanático extraviado por la exaltación suprema. Su tipo es análogo al de los primeros cristianos, sedientos de muerte. Aquéllos morían. Estos mueren, pero después de matar. Desengañémonos, el hombre adora lo trágico. Los anarquistas dan su tono poderosamente sombrío al cuadro de la emancipación proletaria. El grito de la dinamita es el del vapor que, a través de las válvulas, revela la incalculable presión de las calderas. Y, ¡detalle curioso!, el antagonismo entre anarquistas y socialistas es la última carta de la burguesía. La gran Internacional, que hizo vacilar a Europa, fracasó por la divergencia entre los discípulos de Marx y los de Bakunin. Si la actual Internacional lograra la unión de las dos ramas en el terreno relativamente neutro del sindicalismo, los minutos que le restan de vida a la sociedad capitalista, estarían contados.

III. — LA CUESTION SOCIAL EN EL PARAGUAY

Que haya cuestión social en el Paraguay le parece al doctor Ritter una broma de mal género.

"¿En el Paraguay, dice, en el Paraguay, cuyas tres cuartas partes no han salido todavía de la economía natural? ¿Donde una gran cantidad de relaciones jurídicas y económicas: arrendamiento, locación de servicios, compraventa, se rigen, no por la ley escrita, sino por la costumbre, y se liquidan, no con dinero, sino *in natura*? ¿En el Paraguay, donde en todo tiempo, fuera del de la crisis, la demanda de brazos supera a la oferta, de suerte que es el obrero quien impone sus condiciones y exigencias a los patronos, y no al revés? ¿En el Paraguay, donde el carpintero, el albañil y cualquier obrero manual gana el doble y el triple del maestro de escuela, del empleado público, del periodista?... ¿Cuestión social, aquí, en el Paraguay? ¡Vaya... vaya!..."

No veo sino un modo de que no hubiese cuestión social en el Paraguay, y es que la sociedad paraguaya fuese perfecta. ¿La cree perfecta el doctor Ritter? ¿Se puede negar el estado miserable de la población? Recientemente un adversario me atribuyó el aserto de que el Paraguay es el pueblo más hambriento de la tierra. Yo no he aludido al hambre sino a la alimentación deficiente, lo que es muy distinto. La alimentación tiene que servir para algo más que para matar el hambre. El campesino paraguayo se nutre de maíz, mandioca, un poco de sebo y carne vieja y unas cuantas naranjas. Lo que contribuye a mantenerlo en su abatimiento semipatológico, no es precisamente la escasez, sino la odiosa uniformidad de la comida. Hay en Europa presidios en que el *menú* es más variado que el de nuestros trabajadores, y no obstante ocasiona, si no se cambia de cuando en cuando, esa inanición especial de las cárceles. No insistamos, porque sería cruel, en el abandono de las masas, en su ignorancia, en su, a veces, bochornosa resignación. ¡Pobres paraguayos, desvalijados por abogados y procuradores, apaleados por los jefes

políticos, arreados a patadas al cuartel! ¡Cuántas dolencias sufre este noble país, donde, según el doctor Ritter, no hay cuestión social!

Si el carpintero gana más que el maestro de escuela y que el empleado público, deduciremos simplemente que también hay una cuestión social para los empleados y los maestros de escuela. En todas las naciones se agrega al proletariado obrero el proletariado de los intelectuales y el de los funcionarios.

Es inevitable la cuestión social donde rige el principio de la propiedad privada. Admitimos que el Paraguay no padece hoy los excesos del capitalismo. Mañana los padecerá, traídos forzosamente por lo que llamamos democracia, civilización, progreso. El planteo de la cuestión social sería tanto más ventajoso cuanto que es siempre más fácil prevenir que curar. La renovación humana podría ser aquí una evolución, y no una revolución. Al lado tenemos a los argentinos; hace pocos años eran sus condiciones económicas semejantes a las nuestras. Y ya han entrado en la era de la dinamita.

Pero ni siquiera nos es permitido consolarnos con la *envidiable* situación del operario paraguayo. A las costureras de blanco se le paga en la Asunción tres pesos papel por una docena de camisas de hombre. El comerciante lucra el 500 o 600 por ciento. Harto estoy de escandalizarme del sueldo de los peones de estancia, condenados a la ruda faena del rodeo y del lazo, pasándose días en ayunas y al sol: ¡veinte pesos, ocho francos al mes! Y los obrajes, los quebrachales, los yerbales... He denunciado al público, en 1908, que 15.000 paraguayos son esclavizados, saqueados, torturados y asesinados en los yerbales del Paraguay, de la Argentina y del Brasil. Nadie manifestó el menor afán de verificar los hechos y remediar tanta infamia. Ni el gobierno cívico ni el radical se ocuparon del asunto. ¿Paraguayos esclavizados? ¡Valiente novedad! El patriotismo tiene otros negocios que atender. El único ciudadano —¡ironías de la suerte!— que se dirigía a las autoridades —vanamente—, reclamando ayuda para los parias del Alto Paraná, era... monseñor Bogarín, a quien oí decir en broma una vez: "lo que necesitan aquellos infelices es que les visiten unos cuantos anarquistas". Las publicaciones de Julián Bouvier, desde Posadas, y las mías, decidieron al gabinete argentino a enviar una comisión que examinara los yerbales de Misiones. Más ha de agradecer el proletariado paraguayo a los gobiernos extranjeros que al suyo.

Convenga el doctor Ritter en que si los obreros de los yerbales se hubiesen organizado en sindicatos, habría una gran vergüenza menos en América.

Escribe el doctor Ritter: "Aquí, en el Paraguay, siempre atrasado (¿lo "adelantado" es conformarse con el capitalismo?) algunos intelectuales, hace poco, han procurado importar el socialismo, pero, como era de prever, sin ningún resultado".

No conviene juzgar precipitadamente la influencia de las propagandas. El porvenir dirá. Observaré tan sólo que habría deseado que el gobierno, compartiendo la opinión del doctor Ritter, no me hubiera dado importancia. Me hubiese ahorrado así dos meses de hospital en Montevideo.

Ni el Paraguay, ni el último rincón del globo se sustraen ni se sustraerán a un movimiento humano de la trascendencia de la emancipación económica. Se trata de una ola más alta y más profunda que la extensión del cristianismo en los siglos XV y XVI, que la extensión de la democracia en el siglo XIX. Es el clima social del planeta lo que se transforma; ¡aunque alcéis en torno muros de diez millas, no detendréis la primavera! Nada detendrá la marcha del pensamiento en busca del dolor, y el dolor está en todas partes. Nada detendrá al tiempo.

¡Ojalá que un día, el espíritu amplio y penetrante del doctor Ritter, cediendo a la fe, madre de las cosas, acabe por acompañarnos en nuestra ascensión a la luz!

OTROS ESCRITOS

LA ETERNA AGONIA[1]

No es raro que se intente defender a usureros todopoderosos, diciendo que no son ellos los que tienen la culpa de que el oro haya subido al 1.400, sino el desequilibrio entre la exportación y la importación.

Se nos quiere aturdir con formulismos vacíos y cegar con fuegos de paja. Pasemos por alto el hecho de que no sabemos lo que se importa ni lo que se exporta. Es éste un país sin estadística. Además, la mayor parte de los fuertes importadores practican normalmente el contrabando. Supongamos que una cifra excede a la otra. ¿No bastará este detalle?

Todos los médicos de experiencia descubren pronto que no hay enfermedades, sino enfermos. No hay importación ni exportación, sino importadores y exportadores. ¿Quiénes son y cómo se conducen?

En extensas regiones, donde los organismos abundan y se establece la concurrencia regular entre ellos, se pueden aplicar las leyes de los grandes números y los resultados de la economía política. En el Paraguay, no.

Las cifras de la importación y la exportación, aun en el caso ilusorio de que fueran auténticas, no significan nada. No son ellas las fundamentales ni las elocuentes. Lo fundamental y lo elocuente es que la exportación está monopolizada por unos cuantos especuladores, muy pocos, los mismos que disponen de los dos Bancos donde se vende el metal.

¿Cómo aplicar las reglas generales de la oferta y la demanda en semejantes circunstancias? Cuando un salteador de caminos os sale puñal en mano al encuentro, no se trata de oferta y demanda; se trata de algo más engorroso. Al estudiar el estado presente de las finanzas paraguayas, es necesario dejarse

[1]"La eterna agonía", "El genio nacional", "La verdad", "Tristezas de la lucha" y "Horas de angustia" fueron incluidos entre los textos de *El dolor paraguayo* en las dos ediciones de las *Obras Completas* de Barrett (1943 y 1954). No figuran, sin embargo, en la primera edición del libro (1911), razón por la cual los reunimos en esta sección con otros textos del autor relacionados con el Paraguay.

de las palabras *crédito* y *comercio* para emplear las de *usura* y *robo.* Tenemos que hablar con exactitud.

Los que producen, los campesinos que por medio de un ejército de prestamistas entregan el fruto de su labor a los exportadores, los obreros de los obrajes y de los yerbales, los que trabajan, en fin, ¿qué importan?, ¿qué reciben a cambio de las riquezas que labran? Algún trapo de pésimo algodón, pagado a precio escandaloso, y nada más. Se alimentan de raíces y de frutos silvestres, van medio desnudos, ¡y sin embargo todo sale de ellos! ¿Qué os contestarían si os atrevieseis a afirmarles que la causa de su miseria consiste en que importan más de lo que exportan? Que os burláis como malvados o disparatáis como imbéciles. Pues bien, esos trabajadores en ruina son el Paraguay.

Aquí hubo crédito para la especulación, pero no para el trabajo. El pequeño *trust* de piratas se ha llenado de millones y la bancarrota es el castigo de los que han hecho el lamentable papel de cómplices gratuitos en la estafa nacional. En cuanto a los de abajo, su destino está descontado. Sobre ellos gravita entera la máquina social, y, descompuesta o no, pesa lo mismo.

EL GENIO NACIONAL

A PROPÓSITO de la nacionalización de los extranjeros ha presentado *La Tarde* dificultades prácticas evidentes. Pero reconocerlas no es acatarlas. No es aplazamiento, pues, lo que conviene, sino preparación. *El Paraguay* propone plantear en seguida la reforma constitucional. Como no he tenido aún tiempo de estudiar la historia y el estado presente del país, nada útil podría yo decir sobre las apuntadas cuestiones. Personas cuya autoridad todos proclamamos son las llamadas a desarrollar los aspectos *experimentales* del problema. Mi objeto se reduce a insistir en un factor todopoderoso, sostén y conciencia de los pueblos: el genio nacional.

Fuera de la originalidad y de la energía no hay en el mundo cosa que valga, y, más aún que la energía, la originalidad se impone largamente. Sin forma propia la energía es del primero que llega. Así uncimos animales castrados a nuestras carretas y hacemos andar nuestros molinos con el inconstante empuje de los vientos y con el estúpido caer de las aguas. La originalidad, en cambio, se apodera de la energía, la organiza cuajándola en el molde vivo de la voluntad y la aumenta de generación en generación hacia la conquista del destino. Por eso lo más fuerte del hombre es una idea que no se dobla, y lo más formidable de una nación es la pureza de su genio, y el austero afán de conservarlo idéntico a sí mismo.

Hacerse paraguayo ha de valer una realidad, y no una fórmula. Lo que sólo está en el papel no merece la pena escribirse. *Ser paraguayo* ha de significar ser algo definido, inconfundible. Cuanto más característica sea la fisonomía popular tanto más rápidamente se borrarán las fisonomías extranjeras. Cuanto más incompatible con cualquier otro sea el genio nacional, tanto más hondamente se irá transformando el genio extranjero, y la manera de pensar y de obrar de los extranjeros. El inmigrante se sentirá débil en medio de una gran unidad colectiva. Se sentirá extraño en medio de una gran ho-

mogeneidad. Verá imposible el triunfo sin incorporarse activamente a ella. El choque y el roce de los paraguayos netos desmoronará sus ángulos españoles, ingleses o alemanes, disolverá sus reminiscencias y evaporará sus nostalgias. La lucha pública, al envolverle en los intereses paraguayos, le dará esperanzas y ambiciones paraguayas, y antes quizá de engendrar hijos, habrá encontrado una madre, la madre común. Quien vino a renovarse se renovará verdaderamente. Entonces la letra confirmará el hecho, y la nacionalización no hallará obstáculos. Será una consagración y no una reforma.

El ciudadano que en este asunto, como en todos, quiera el bien de su patria, debe dedicarse a enriquecer y concentrar el genio nacional. Debe conocerlo y para ello debe amarlo, porque sólo se conoce a fondo lo que se ama. Debe preocuparle poco la pequeñez del territorio, si el alma de los que lo pueblan no es pequeña. Debe preocuparle poco que no haya mucho dinero, si el que hay es de quien no lo ha robado. Debe preocuparle poco que no haya muchos cañones, si no se teme la muerte. Ni ejércitos ni fortuna poseía el puñado de puritanos de donde salió la colosal civilización norteamericana. ¿Quién hizo el milagro? ¿Quien vuelve inviolables a Bélgica y a Suiza? ¿Quién ha transfigurado a los japoneses, escuálidos indígenas de unos islotes desnudos? El carácter.

Tened el carácter, y todo lo demás os será entregado por añadidura. Cada individuo, cada pueblo, antes de ser esto o lo otro, ha de empeñarse en ser, en ser él mismo. Entonces la materia bruta, bronce de armas, oro de opulencias, se rinde al deseo, y las vehementes fuerzas naturales se abandonan como hembras a la virilidad del espíritu humano.

El Paraguay, por lo castizo de su origen, por lo que ha sufrido y se ha templado en una guerra cruel, y también por lo reducido de su extensión, está predestinado a crearse un carácter potente y fecundo. Ese carácter representa para todos la grandeza futura.

[*El Diario*, 28 de Julio de 1905]

LA VERDAD

Tomo la pluma con una tristeza irritada. En la cuestión política que se discute, y cuya solución me es indiferente, veo a los hombres con la mirada fija en Buenos Aires, y observo asombrado el efecto que a las gentes produce la opinión de cualquier diario argentino. He aquí algo que no me puede ser indiferente: la depresión moral del país en que gano mi pan, amo y pienso.

La Argentina (suponiendo que los periódicos porteños la representen) tiene derecho a decir lo que le parezca sobre el Paraguay. El Paraguay tiene el deber de oír con la fría dignidad del que está en su casa lo que en la ajena se publica. Está bien que escuche, pero sin bajar la cabeza.

¿De dónde ha venido ese acatamiento al juicio de una prensa extraña? La Argentina será un pueblo admirable. Es posible. No hay degradación en admirar. Los fuertes admiran, aunque de pie. Sólo los débiles aceptan dócilmente la lección y la palmeta del dómine.

Eso es lo grave. No son los argumentos los que se utilizan, sino la autoridad del maestro. ¡Y qué maestro! ¿Cómo admitir que un diario (y sobre todo un diario por el estilo de los bonaerenses, verdaderos prospectos comerciales) siente autoridad en derecho y en sociología? Aquí los talentos paraguayos callan, y se atiende con veneración a lo que emborrona un reporter extranjero sobre un asunto que forzosamente ignora.

Se habla de las repúblicas hermanas. ¿Habrá quien fíe de frases hechas para banquetes diplomáticos? La nación está obligada a la desconfianza. Hoy como siempre la ley del mundo es la fuerza. Los intereses unen, pero los intereses pasan, y queda la irreductible ferocidad de la lucha por la vida. ¡Infeliz del que se abandone a los disolventes sentimientos de la fraternidad! Conozco una fraternidad indiscutible, la de Caín y Abel. Esa fraternidad auténtica nos dejó un recuerdo lamentable. Cuando en el seno mismo de

la patria los ciudadanos se calumnian y se baten, no es justo contar con el amor del vecino.

Mientras en el Paraguay no hubo otras desventajas que la pobreza y el infortunio he conservado la fe. La necesidad levanta el espíritu. Las energías desesperadas, las que sentimos que son las últimas, son las más fecundas. Una leyenda sangrienta y gloriosa es el pasado que empuja hacia adelante. Nada detiene a una raza animada de ideas que no se doblan, y sostenida por el austero afán de guardarse idéntica a sí misma. Nada, ni el acero de las armas, ni el oro de las opulencias, salva a una raza que pierde el carácter. Y si en nuestra sociedad se mantuviera vivo y poderoso el carácter nacional, bien sabe Dios que no pasaría lo que está pasando.

Yo quiero que esta tierra donde han de nacer mis hijos sea un día grande y dichosa. Yo quiero para ella, mejor que ejércitos y exportación, lo que deseo para mí, lo que palpita en todo ser superior a su destino: el orgullo. Yo sé que el santo orgullo traerá la salud y la riqueza. Yo sé que no son los vencidos aquellos que sucumben bajo los escombros de su vivienda arrasada, sino los que, sombrero en mano, abren la puerta de par en par al transeúnte.

TRISTEZAS DE LA LUCHA[1]

El Superior Tribunal me ha condenado a veinte días de arresto. Se conoce —¡ay!— que tengo demasiados amigos.

¿Es amistad, es lástima porque estoy enfermo, es consideración al periodista, es tácita censura a un fallo antipático? No lo sé. Lo que sé es que si yo fuera desconocido y miserable no estaría en mi casa; estaría en la cárcel.

Llueve. Hace frío. Delante de mi puerta han colocado un vigilante que me deja entrar y salir. Una simple fórmula... pero una fórmula de carne y

[1]Barrett fue condenado a veinte días de arresto domiciliario en agosto de 1910 con motivo de haber entablado en favor de un obrero detenido arbitrariamente un recurso de Habeas Corpus, a través de un escrito que el Tribunal consideró "insolente". He aquí el texto de Barrett, seguido de la resolución de arresto, tal como fueron reproducidos en el Nº 3 de *Germinal* (16 de agosto de 1908):

Superior Tribunal de Justicia.

Rafael Barrett, domiciliado en la Asunción, calle 25 de diciembre 368, a V.E. digo:

Que entablo el recurso de habeas corpus en nombre y a favor de don Jaime Peña Gálvez, detenido en la cárcel pública de esta ciudad desde hace más de un mes, sin causa alguna.

El autor de este atentado es el señor jefe de policía de la capital. La detención no obedece a ninguna de las causales del art. 658 del Código de Procedimientos Penales. La ilegalidad es pues manifiesta. Debo hacer constar que entablo este recurso sin confiar en los sentimientos de justicia de V.E. En efecto, V.E. se la negó al detenido Benítez, preso a bordo del barco que le traía a la patria. Se acusa a Benítez de anarquista y se le envió a Bahía Negra, bajo pretexto de reclutamiento, sin que hasta ahora, con gran escándalo público, pueda saberse qué ha sido de él. Corren sobre Peña iguales rumores de anarquismo, y temo que le ocurra lo que al desgraciado Benítez. La poca equidad de V.E., dentro y fuera de las leyes, es innegable, pues si al encarcelar a Benítez y a Peña por anarquistas se cumple una ley especial de V.E. contraria a la Constitución, ¿por qué no se me encarcela a mí? Y si se falta a la ley con ellos, ¿por qué no se falta conmigo? V.E. no administra equitativamente ni la injusticia misma.

Por otra parte supongo que el presente escrito será rechazado como lo ha sido el del compañero Bertotto. Se me contestará que no está en forma, y que no guardo a V.E. el debido respeto. Pero, es difícil respetar a quien no se estima. V.E. en quien

hueso que siente la lluvia y tiembla de frío. ¡Infeliz guerrero!

De pie en mitad de la calle, de plantón seis, ocho horas, él sufre mientras yo descanso al abrigo de la intemperie. A él le han separado de su familia, mientras yo estoy con los míos. El castigado es él y no yo. ¿Por qué? Porque tiene el cerebro tardo, las manos callosas y los bolsillos limpios. Porque es pobre.

¿Y yo qué soy? El caballero andante de los pobres... ¡Ah! El apóstol bien abrigado, bien alimentado, en su cómoda vivienda; el rebelde que se permite el lujo de cantar las verdades a los jueces y que no consigue correr riesgo alguno; el feliz revolucionario que tiene amigos en la policía y mira desde la ventana al lamentable ejecutor del código, al esclavo con casco y machete y polainas...

¡Cosa más grotescamente triste!

Somos todos mentiras vivientes. De un lado, en el poder, con nuevas ideas, con prejuicios menos estrechos y sentimientos más generosos, dos o tres jóvenes obligados a aceptar las viejas formas sociales y a pasar por traidores a su conciencia; forzados a cometer la doble injusticia del rigor con los unos y

no habita el elevado espíritu de lo justo, tampoco observa los detalles de las leyes que prometió obedecer. Si V.E. hiciera su obligación, visitaría concienzudamente las cárceles, como lo ordena el inciso 4 del art. 89 de la Ley Orgánica de los Tribunales. No se haría cómplice de los desmanes policíacos y vería cosas terribles, infelices prisioneros durante meses y años por motivos fútiles o por negras intrigas o sin motivo, abandonados y olvidados de la sociedad, y sobre todo de V.E., imposibilitados de libertarse a causa de no poseer algún dinero con que comprar a procuradores, secretarios y jueces.

Esperando que si este recurso que entablo en favor de Jaime Peña es rechazado, otro subsiguiente no lo será, me he atrevido a emplear un lenguaje sincero y rudo con V.E., interpretando así a la opinión del pueblo, desengañado de las promesas que los altos magistrados políticos y judiciales les hacen, pues no existen amor ni justicia verdaderos que no se ejerciten principalmente en los desheredados y en los débiles, así como el amor de la madre resplandece más puro que nunca sobre los hijos torpes, enfermos y hasta contrahechos. Así, me presento ante V.E. juzgando y no juzgado, reclamando justicia, y no suplicándola. Justicia digo, porque las leyes son cosa distinta, y si en este caso las leyes y la justicia coinciden, es una feliz casualidad.

Juro ser verdad lo antedicho, y lo hago con el fin de que el secretario pase este escrito a la lectura de V.E., y no por otra razón, pues el que no miente no ha de necesitar aspavientos para que se lo crea. Además se trata de hechos que V.E. comprobará cuando le plazca.

Termino pidiendo a V.E. se sirva admitir este recurso a los efectos del art. 650 del Código citado.

Es justicia

Rafael Barrett

Asunción 19 de agosto 1908.

RESOLUCION DE ARRESTO

Agosto 19 de 1908.

Estando decretado el estado de sitio, en que el P.E. puede detener a las personas, no ha lugar a lo solicitado. Y conteniendo términos insolentes el escrito, de acuerdo con el art. 10 de la Ley Orgánica de los tribunales, se aplica veinte días de arresto al recurrente, sin perjuicio de pasarse al juzgado del crimen de turno a los efectos que corresponda en lo criminal. — Líbrese oficio. Viera. Garcete. Bobadilla. — Ante mí: José D. Silva.

(Textos de *Germinal* comunicados por Vladimiro Muñoz).

del favor con los otros. Y enfrente, en la llanura, agitadores de universidad aristocratizados aunque no queramos por nuestra propaganda, nosotros los libertarios de pulcro estilo, cuello reluciente y corbata bien hecha...

¿Será peor ser a medias lo que se sueña ser que no ser nada? ¿Tendremos algún día el valor de ir hasta el fin y de maldecir estos dedos pálidos, y la educación que nos dieron, y cuanto hay de civilizado y cobarde en nuestras almas? ¿Tendremos el valor de ir a la miseria con los brazos abiertos, y de gritar, como Job, no desde nuestros libros a tanto el tomo, sino desde el estiércol humano fecundador del mundo? Quizá sea tarde; quizá no veamos nunca en los ojos de los que defendemos el relámpago de la divina y fraternal confianza...

Y sin embargo, humillados y a ciegas, nos es preciso seguir luchando, y hacernos la ilusión de que nuestra vida no es completamente inútil.

[*Germinal*, Nº 5, 30 de Agosto de 1908]

TIROS EN EL PARAGUAY[1]

HABITO una estancia en tierra paraguaya, no lejos del ancho Paraná. Este bello desierto no está, como podría esperarse, al abrigo de la política. Aquí, también late el atroz problema de los azules y los colorados. Se parecen tanto unos a otros los partidos, que la única manera de distinguirlos es ponerles un color. Así, se distinguen las piezas de los adversarios en el juego de damas o en el ajedrez. Los hombres se atan al cuello un pañuelo celeste o rojo, con lo cual se ahorra juiciosamente la molestia de inventar un programa. Para ser exacto, añadiré que los azules o liberales se han subdividido en dos ramas, "cívicos" y "radicales". Los radicales están en el poder. Echaron en julio de 1908, por un golpe militar, a los cívicos, que habían echado a los colorados por la revolución de 1904. La existencia de los partidos y su tendencia a ramificarse obedece, en el Paraguay, lo mismo que en Inglaterra, a que el presupuesto no da para todos. Los que no comen del Estado sienten arder el patriotismo en sus venas, y se lanzan a la lucha. En los países pobres, sin comercio ni industrias, los jóvenes instruidos no tienen más carrera que la política, equivalente a conspiración y matanza, donde los pobladores no están unidos al suelo por las raíces de la riqueza, y donde es fácil arrearles y hacerles aceptar la vida vagabunda y ecuestre de revolucionarios criollos. En los *civilizados*, donde la gente funcionaria o aspirante a serlo forma una insignificante minoría frente a los nudos de la vasta y rígida urdimbre económica; en los países donde no manda ya el hierro, sino el oro, la guerra partidista, preñada de iguales odios, se reduce a la locuacidad parlamentaria, lo que, sin duda, es preferible, aunque menos pintoresco, menos cargado de matiz local.

[1] "Tiros en el Paraguay" fue incluido por Bertani en su edición de *Mirando vivir* (Montevideo, 1912). Se refiere al movimiento armado que se inició a principios de setiembre de 1909 y que fue reprimido por el gobierno en breve tiempo. Compárese el tono de este artículo, escrito para un diario de Montevideo, con el del siguiente ("Horas de angustias"), publicado seguramente en algún periódico de Asunción.

Los colorados, pues, con el sano propósito de arrojar del Gobierno a los radicales, se habían preparado desde hace muchos meses en su destierro del Brasil y de la Argentina. Las dos grandes naciones creen aún, quizá, que su grandeza nace del rebajamiento ajeno. Y, víctimas de tan noble ilusión, favorecen maternalmente las invasiones subversivas del Paraguay, después de haberlo arrasado en 1869. Con idéntico entusiasmo ayuda hoy la Argentina a los colorados que en 1904 a los cívicos (azules de la primera remesa). De Corrientes pasaron a la próxima orilla partidas armadas, y el 8 se nos presentaron en las estancias veinte infelices, montados en escuálidas cabalgaduras, provistos de fusiles de diferentes marcas, calzando espuela sobre el pie desnudo, y al mando de un apacible labriego que nos habló de humanidad y de regeneración. Por de pronto se llevaron los caballos que quisieron, luego de aturdirnos con las noticias siguientes: que el general Caballero había convenido con todas las potencias la entrega de los azules que asilaran en las legaciones; que el presidente Roca quitaba las armas a los cívicos —que también conspiran— para obsequiar con ellas a los colorados; que pronto un acorazado atacaría a Humaitá, y que dos yanquis fabricaban en Corrientes dinamita sin cesar. La mayor parte de los campesinos de estos contornos huyeron a los montes. Varios se han unido a los revolucionarios, por vengarse de las palizas que reciben de los jefes políticos en tiempo de paz, y otros fueron detenidos y reclutados por fuerza, exactamente lo mismo que si se tratase de defender la patria. Empezaron por matar tres vacas *liberales* y comérselas. El 14 aparecieron las tropas gubernistas. Ahora son ellos los que se llevan a cada momento los caballos y nuestras reses. Hemos oído, a larga distancia los tiros de Gras y de Máuser: estampidos sordos y lúgubres, semejantes a leves palmaditas en tierra mojada, signos de muerte, empapados como en llanto, por la mañana lluviosa. La noche del 15 fue de terrible tempestad. El huracán arrancaba de los altos árboles los nidos de la primavera. Un diluvio continuo se desplomaba sobre el mundo, al fulgor palpitante de los rayos. Los heridos se desangraban en los esteros, los cadáveres dormían en la hierba, de cara al infinito, las madres sabían que había transcurrido la hora irremediable. Es lo que los estadistas llaman gestar la nacionalidad futura.

Mis lectores estarán mejor enterados que yo de la marcha general de los sucesos. Algo ha de haber ocurrido por el norte. En el combate del próximo pueblo de Laureles cayeron cuarenta colorados. Su jefe, el caudillo A. Ramírez, un viejo cuyo arrojo conozco, se vino al galope sobre la guardia, él solo, con el cigarrillo en la boca y una bomba en el bolsillo. El centinela lo mató al tercer disparo. José Gil, el célebre cabecilla, aguarda a unas cuantas leguas más allá, tal vez con ametralladoras. Trescientos hombres avanzan contra él. Nuevos horrores nos amenazan, horrores muy heroicos, pero doblemente horrores, por lo salvajes y por lo inútiles.

[*La Razón,* 2 de Octubre de 1909]

HORAS DE ANGUSTIA[1]

¡BASTA ya de esta pesadilla! Oídme. Yo hablé aquí cuando callabais, yo callé en el destierro, yo no arrojé contra el Paraguay, desde seguro, mi puñado de lodo. Yo he vuelto a vuestra tierra y no puedo sufrir que la ensangrentéis de nuevo. Os lo digo a los de dentro y a los de fuera. Tened piedad. ¿Estáis ciegos? ¿No veis estas mujeres escuálidas, estos siervos con hambre, esta carne desnuda, estos niños tristes? ¡Si conocierais los países donde los niños ríen y juegan! Vosotros, que estáis en el poder que tanto ha debido pesar sobre vuestros hombros desde hace un año, levantad el estado de sitio, dad la entera amnistía, haced el gesto que llama y convida, abrid los brazos. No temáis. Decidles: "Venid, paz, a nosotros; en la paz son las ideas las que combaten y triunfan, en la guerra las ideas sucumben, la que combate y triunfa es la bestia; vencednos en la paz, hermanos". Vosotros, los que esperáis en la sombra para invadir con el puñal en la mano el suelo en que nacisteis, entrad desarmados y a la luz del sol, y decid: "Aquí estamos, vivamos en paz, hermanos nuestros". No temáis. Os lo digo a todos: no perdonéis; perdonar es juzgar; olvidad solamente. Olvidad todos la injusticia, la persecución, la acechanza, el crimen. Olvidad el mal y olvidad el bien. Olvidad las promesas, los halagos, la falsa gloria. Y si no sois capaces de olvidar, si en vuestro corazón prosperan las víboras, si pasáis las noches removiendo las cenizas del alma y soplando sobre el ascua maldita del odio, si no sois más que seres de concupiscencia y de venganza, no mintáis, no habléis de patria, no digáis que sentís compasión hacia el Paraguay que se está muriendo. Pero

[1]Aunque no se ha podido determinar la procedencia y la fecha de publicación de este artículo, incluido en las *Obras Completas* (1943 y 1954) junto con los textos de *El dolor paraguayo,* es probable que se refiera a los hechos mencionados en el artículo anterior ("Tiros en el Paraguay"). Por el tono que emplea Barrett y el sentido general del texto, no hay duda de que fue publicado en el Paraguay.

no seréis tan crueles, no querréis que los infelices paraguayos se dispersen por América, o vean su hogar convertido en factoría inglesa o alemana. Vivid en paz. Sacrificadlo todo a la paz. El Paraguay necesita convalecer en paz; dejadle respirar su aire, mirar su cielo, descansar bajo sus naranjos. Tened fe en las fuerzas latentes de la vida. Las energías volverán; aquí se trabajará un día, se cantará, y las madres, a la puerta de sus casas, sonreirán a la esperanza, al amor. Si no traéis la paz, sois asesinos. Vivid vuestro tiempo. Curaos de la epidemia de las revoluciones. Estáis atrasados medio siglo respecto a la Argentina o al Brasil. Algunas sacudidas más, y no habrá remedio; habéis quedado solos y abandonados en el camino de la civilización. No hagáis revoluciones políticas; ceded, aguardad, estudiad, meditad. Lo violento es estéril. Lo único seguro en una revolución es mancharse de sangre. Haced, sí, revoluciones económicas. Que los que producen recojan el fruto de su labor. Expulsad, no al extranjero, importador de pensamientos, sino al burgués, exportador de oro, al que es extranjero en todas partes, y sobre todo en su propia patria. Si por ello reclama algún Estado, apelad a la conciencia internacional. Gritad: este hombre se enriqueció empobreciéndonos, corrompió a nuestros políticos, compró a los jueces, nos acabó de arruinar bajo la usura y lucró con la esclavitud de nuestros hijos. Descuidad: si sois un pueblo de paz seréis escuchados y respetados por el mundo. Aún es tiempo: una aurora desconocida palidece en el lejano horizonte. Olvidad en las tinieblas vuestro pasado, reciente o remoto. Alzaos hacia la claridad sagrada, convenceos de que el trabajo es lo único fecundo, de que contra él son impotentes el destino, el azar y hasta los dioses, si dioses hay. Convenceos de que la paz es más heroica que la guerra. Y si todo esto os he dicho, es porque es verdad, y porque sé que lo sabéis lo mismo que yo. Digamos la verdad, amigos míos, y procuremos practicarla. Preparémonos a vivir y a morir sin miedo.

PATRIOTISMO[1]

La idea de patria ha perdido mucho de su virulencia. Los dioses, hace ya tiempo, se inclinaron al cosmopolitismo. Jesús fue mal hebreo. Se entendía con los gentiles, y hablaba de paz. Aseguraba que no era necesario ser judío para salvarse. La divinidad obraba así en defensa propia. Vinculada a sus tribus, fiadora de ellas y obligada a batirse a su lado, su situación era comprometida. El pueblo elegido recibía más palizas que ningún otro. Después de cada una, las explicaciones con Jehová se hacían penosas. Durante los siglos cristianos, en cambio, las naciones europeas no se destrozaban sin solicitar antes de un mismo Dios la victoria, y con la misma confianza. La Providencia ganaba siempre. Jugaba de banquero, no de punto; se había emancipado de las contingencias del patriotismo.

El hombre ha seguido un método análogo. Si algún consuelo inducimos de la evolución, tal como nos la imaginamos, es el de la eficacia creciente con que nos sustraemos a las contingencias del mundo. Entre las veleidades de la atmósfera y la tibieza uniforme de nuestro hogar hemos puesto un vidrio inteligente. Las tormentas no suelen estorbar la celeridad serena de nuestros viajes. Nuestra sangre de animales privilegiados nos da el ejemplo: haga frío o calor, se mantiene en sus treinta y siete. Bueno es, por no morir, adaptarse al medio externo: mejor es subsistir sin adaptarse, en la afirmación soberana de un destino propio. Hemos vuelto estas armas contra los mismos dioses, cuyo capricho nos hemos negado a padecer. No les hemos suprimido: les hemos delimitado. Les hemos cerrado la puerta.

[1]Título original de este artículo: "Más allá del patriotismo". Con el mismo título y en la misma fecha Barrett publicó otro artículo en el semanario *Rojo y Azul*. Al recogerlos Bertani en *Ideas y críticas* (Montevideo, 1912), para diferenciarlos, cambió el título del texto aparecido en *El Diario* por el de "Patriotismo", que conservamos en esta edición.

Estamos ahora delimitando la naturaleza, pero no para librarnos de ella, sino para circunvenirla. No renunciemos a la finalidad. Antes era celeste. Hoy es terrestre, y pensamos cumplirla mediante la ciencia. Lo deseable nos parece lógico. No nos desanimemos. El patriotismo es un molde muy chico para nuestro futuro. Porque al delimitar la naturaleza nos homogeneizamos. El patriotismo es la división. No venceremos desunidos.

El dualismo, la oposición que es base de la vida, se va dibujando según perspectivas nuevas.

Se polariza la humanidad, atenta a juntar sus esfuerzos. Quiere cautivar las energías naturales, y no es un grupo quien ha de conseguirlo. Ni una raza. ¡Ay de los que cultivan el patriotismo blanco! Los japoneses nos han convencido de que también los amarillos son hombres. Los que manejan con tanta habilidad los cañones pueden manejar igualmente aparatos de mayor trascendencia.

La especie humana frente al universo físico: he aquí el cuadro. La ciencia es indispensable. Todos somos sagrados para el porvenir.

Pero ¿qué es una ciencia nacional? Una mentira.

¿Conocéis la química francesa, la astronomía alemana? La química y la astronomía nos pertenecen a todos; han sido creadas por la unanimidad, y para la unanimidad.

Si la ciencia no es una, no es ciencia. En esto se asemeja al amor. Y si la ciencia es el instrumento, el amor es el impulso. Separad la ciencia y el amor, y los destruís. Todavía explotamos a los débiles. Mientras no los amemos y los levantemos hasta nuestra frente en un beso hermano, la ciencia está amenazada. Sólo una cosa matará a la ciencia, el odio. Estrangulemos el odio.

No: la ciencia se encargará de aniquilar al odio. Concluirá con el patriotismo porque lo específico del patriotismo es el odio.

Un patriotismo que no odia al extranjero no es patriotismo, es caridad. Y una caridad que se detiene en las fronteras no es más que odio.

Amad vuestra tierra, y también la ajena. Amad vuestros hijos y también los ajenos. Admirad los héroes de aquí y de allá. Y no admiréis los héroes asesinos, aunque sean de aquí.

Pero si no amáis sino lo vuestro, no amáis, odiáis. Y mientras odiéis estaréis privados de la ciencia, y frente a la realidad sombría no seréis más que miserables fantasmas.

[*El Diario,* 13 de Mayo de 1908]

MAS ALLA DEL PATRIOTISMO

Nos PARECE grande el hombre que arriesga su vida por salvar la ajena. Comprendemos que hay cosas superiores a la vida material. Cada vez que un acto afirma y demuestra esta superioridad, nos sentimos tranquilizados, y como consolados de las incertidumbres permanentes que nos rodean. El ejemplo de sacrificio nos reconforta en lo más esencial de nuestro ser.

El hombre que se sacrifica por su hijo, por su compañera o por su padre no es tan grande como el que se sacrificó por un desconocido. En la familia hay mucho nuestro. Al defenderla defendemos en parte lo nuestro. Defender y amar lo completamente ajeno es sublime.

El patriota perfecto no solamente sacrifica su persona, sino su familia; Guzmán el Bueno inmola a su propio hijo. La patria, para él, estaba antes que él y antes que la carne de su carne. ¡Generosidad magnífica!

¿Por qué?

Porque la patria es más indeterminada, más exterior que la familia. Porque la patria es más ajena que la familia, y lo magnífico es defender y amar lo ajeno.

Y como hay algo más ajeno que la patria, es decir, las otras patrias, es magnífico en extremo defender y amar las otras patrias como la propia, y sacrificar la patria en beneficio de la humanidad.

Por eso debemos amarnos, como hombres que somos, mientras este amor aparente no nos conduzca a odiar al prójimo. Debemos amar la familia mientras este amor no nos conduzca a odiar la comunidad hermana en que vivimos, y debemos amar la patria mientras no odiemos a la humanidad.

Que para el círculo de nuestro amor no haya fronteras. Que sea nuestro amor infinito como el cielo; que nada ni nadie sea desterrado de él.

Y si hubiera otra alma más alta y más profunda, que en su seno misterioso abrazase el alma de la humanidad misma, el acto supremo sería sacrificar lo que de humano hay en nosotros a la realidad mejor.

Pero esa alma alta y más profunda existe. Es el alma de la humanidad futura.

[*Rojo y Azul,* 14-15 de Mayo de 1908]

LA PATRIA Y LA ESCUELA

El empeño de que los chiquillos adquieran sentimientos patrióticos en la escuela es tan bien intencionado como inútil.

Un profesor, por muchos himnos que haga entonar a sus alumnos, no les inculcará el amor a la patria; no existen procedimientos pedagógicos para eso, como no los hay para inculcar el amor a la familia. Las síntesis sentimentales no surgen en nosotros a fuerza de razonar, sino a fuerza de vivir. El amor a la familia nace del ambiente del hogar; el amor a la patria nace del ambiente colectivo; y el más sublime de los amores, el amor a la humanidad, nace del ambiente elevado que flota por encima de los siglos y de las fronteras.

Examine cada uno su remota niñez, busque lo que era para él entonces la idea de patria, y encontrará algo grotesco, cuando no el vacío. Es lo que ocurre con las ideas religiosas. Si poco a poco es retirado de la enseñanza lo que se refiere a los cultos, acabaremos por eliminar también de ella el culto patriótico. En la escuela no se debe adorar, sino comprender. Pero la verdad no tiene patria. No hay una manera patriótica de hacer multiplicaciones, de preparar el oxígeno ni de construir un muro, y si hay una geografía y una historia patriótica, es porque son falsas.

El niño no puede retener del patriotismo lo bueno, es decir, lo piadoso y justo, lo altruista de la fórmula. Retiene lo malo, lo pintoresco, la hostilidad estúpida a cuanto está del otro lado de un río o de un poste, la ferocidad militar, los héroes despreciables que ensangrentaron el mundo; no retiene del patriotismo su entraña de amor, sino su entraña de odio.

Y a más la mentira, la convicción de que su país es el más perfecto de todos. Protestamos contra esos manuales de historia, cándidas mitologías a base de milagro patriótico. Que el hombre sepa cuándo le falta razón a su patria, para defender las patrias que la tienen, y evitar agresiones internacionales que son la vergüenza de nuestro tiempo. Que sepa que no es el

fanatismo quien engrandece las patrias modernas, sino el trabajo, y que no hablan a cada momento de la patria los que la engendran, sino los que la explotan.

Marchamos rápidamente a nuevas instituciones sociales, de carácter cosmopolita. Observamos ya que los problemas humanos más hondos han cambiado de índole. En vez de interesar a las nacionalidades o a las razas, interesan al conjunto de nuestra especie. Recordad cuántos prejuicios, cuántas sandeces, cuántos errores, inoculados por medio de la escuela, tuvimos que destruir en nosotros, para volvernos aptos a la lucha contemporánea. Seamos siempre menos dogmáticos con nuestros hijos; dejemos abierto su espíritu a las posibilidades que no somos capaces de comprender; no atemos las almas que vienen a la tierra; ¡desatémoslas! No nos interpongamos entre ellas y el divino futuro.

[*El Nacional,* 27 de Mayo de 1910. Inédito]

ESCLAVITUD

El doctor Steinfer, después de su reciente viaje por el Paraguay, Mato Grosso y las Misiones, ha descrito en Buenos Aires los horrores de la esclavitud yerbatera y obrajera. ¡Eterna historia! El anticipo, la salud que no se acaba nunca, la miseria, el tormento, el asesinato. "Si el peón intenta huir, explica el doctor Steinfer, por lo común es azotado. Previamente se le ata a un árbol, y depués los capataces, provistos de varas de ysypó, dan comienzo a la tarea del azotamiento. A veces consigue internarse en la selva, pero en seguida se pone en movimiento una comisión armada que no tarda en dar con el prófugo. Si resiste se le pega un tiro".

Para el gobierno argentino, estas cosas ocurren allá en las remotas y salvajes fronteras. Para el de aquí ocurren bajo sus narices, en los yerbales que manchan la mitad del pequeño territorio paraguayo. Los contratos de la esclavitud son firmados por los jueces de los departamentos, hasta Concepción misma, donde hay una guarnición militar que no se ocupa de tales menudencias sino de ir al Chaco a fusilar mujeres y niños.

Se propone un comité protector de los obreros. ¿Por qué no un patronato de damas campesinas? Levantad una suscripción para enviar cataplasmas a los peones desollados por el ysypó; San Blas os lo agradecerá...

¡Siempre la habilísima estratagema de convertir en cuestiones de beneficencia las cuestiones de derecho! No queremos vuestra caridad, ¿entendéis? No queremos compasión, queremos justicia. No necesitamos que se proteja a nadie, sino por de pronto que se cumpla la ley. Está abolida legalmente la esclavitud en el Paraguay, en Villa Concepción, en San Estanislao, Tacurupucú, ¿si o no? Tenéis siete mil soldados de línea, que han demostrado su idoneidad para rechazar invasiones sediciosas. ¿No os bastan para prender a un capataz?

¿Qué guerra civil es comparable al aniquilamiento de la raza en la tortura de la esclavitud? Hace años se gritó que hay quince mil esclavos paraguayos en los yerbales y en los obrajes. No me hago ilusiones. Mientras los esclavos no se defiendan por sí mismos, mientras no ejecuten a sus verdugos y prendan fuego a esos yerbales de maldición que serán acaso la riqueza, pero sobre todo el oprobio del Paraguay, todo seguirá como hasta ahora. Detrás del capataz está el negrero de levita, el director de empresa, el "ilustre hombre de negocios" que sabe lo baratas que son las conciencias políticas. La esclavitud está bien instalada...

¡Venid, esclavos del yerbal, venid a festejar con nosotros el centenario de vuestra *independencia*!

[*El Nacional*, 12 de Agosto de 1910. Inédito]

NO MINTAIS

No MINTÁIS, hermanos.

Si vivís en la ciudad donde hombres con zapatos de charol y cuellos planchados manejan el dinero de las aduanas, no digáis que los que andan descalzos y medio desnudos son felices, porque no lo son.

Si habitáis en casas de ladrillos y de piedra, con vidrios en las ventanas y puertas que ajustan, no digáis que están contentos los pobres en sus escondrijos de barro, porque no lo están.

Si os conducen de una parte a otra en ferrocarril o en tramway, no digáis que los rastros de bestias en que el campesino hunde sus pies fatigados son satisfactorios, porque no lo son.

Si coméis pan blando, carne bien guisada, y bebéis vino perfumado, no entonéis himno de alabanza al inmundo locro de los ranchos, porque mentís.

No mintáis, graves doctores, hermanos míos. Coméis y vivís excelentemente, se os saluda en la calle con todo respeto, vuestras mujeres contemplan sobrecogidas vuestros diplomas de marco de oro, vuestros hijos, hasta cierta edad, os tienen por sabios, y cuando calláis, se os escucha con la misma devoción que cuando no calláis. ¿No os basta eso? ¿Por qué habláis del "pueblo"? Hablad de vuestros honorarios, de vuestros expedientes, de vuestros informes sesudos, de folletitos académicos que os dedicáis llamándoos ilustres, insignes y salvadores de la patria. Hablad de vuestros pleitos. Hablad de política. No habléis del pueblo. No.

Pero si queréis ver a ese pueblo, cara a cara, si queréis tocar y oler esa carne que suda y que sufre, no tenéis necesidad, no, de que yo os lleve a las soledades de Yabebyry. Id a vuestra cocina, oh doctores, y allí encontraréis alguna sierva que os lava platos y lame vuestras sobras. Preguntadla cómo se alimenta "el pueblo soberano" y cómo vive. Preguntadla por la salud de sus hijos, y si sus hijos pueden contestar, preguntadles quién fue su padre.

No, hermanos escribas. Acaso entendáis de finanzas. Acaso el presupuesto no tenga misterios para vosotros. Pero no entendéis de pueblos. No mintáis de pueblos. No mintáis de lo que no entendéis. No mintáis.

Mientras el dolor no os abrase las entrañas, mientras un día de hambre y abandono —siquiera un día— no os haya devuelto a la vasta humanidad, no la comprenderéis. Creeréis "frasecitas de efecto" las que se escribieron llorando. Sois incapaces ya de distinguir la verdad de la mentira, los que aman vuestro país de los que le sacan el jugo. Callaos, pues, única manera de que no mintáis. Esperad en silencio a que el sagrado dolor os abra los ojos.

Y dejadnos hablar a los que sufrimos, a los enfermos, sí, a los que hemos conocido el hospital y la cárcel. Pero no escribo para vosotros, sino para aquellos de mis dolientes hermanos paraguayos que han aprendido a leer.

[*El Nacional,* 5 de Marzo de 1910. Inédito]

DE CUERPO PRESENTE

SOBRE la cama sucia estaba el cuerpo de doña Francisca, víctima de cuarenta años de puchero y de escoba. Entraban y salían del cuartucho las hijas llorosas. Chiquillos de todas edades, casi harapientos, desgreñados, corrían atropellándose. Una vieja acurrucada pasaba las cuentas de un rosario entre sus dedos leñosos. El ruido de la ciudad venía como el rumor vago que sube de un abismo, y la luz desteñida, cien veces difusa sobre muros ruinosos resbalaba perezosamente por los humildes muebles desportillados.

Siguiendo los declives del piso quebrado, fluían líquidos dudosos, aguas usadas. Una mesa sin mantel, donde había frascos de medicinas mezclados con platos grasientos, oscilaba al pasar de las personas, y parecía rechinar y gemir. Todo era desorden y miseria. Doña Francisca, derrotada, yacía inmóvil.

Había sido fuerte y animosa. Había cantado al sol, lavando medias y camisas. Había fregado loza, tenedores, cucharas y cuchillos, con gran algazara doméstica. Había barrido victoriosamente. Había triunfado en la cocina, ante las sartenes trepidantes, dando manotones a los chicos golosos. Había engendrado y criado mujeres como ella, obstinadas y alegres. Había por fin sucumbido, porque las energías humanas son poca cosa enfrente de la naturaleza implacable.

En los últimos tiempos de su vida doña Francisca engordó y echó bigote. Un bigotito negro y lustroso, que daba a la risa de la buena mujer algo de falsamente terrible y de cariñosamente marcial. Sus manos rojas y regordetas, sanas y curtidas, se hicieron más bruscas. Su honrado entendimiento se volvió más obtuso y más terco. Y una noche cayó congestionada, como cae un buey bajo el golpe de mazo.

Durante los interminables días que tardó en morir, la costura se abandonó, las hijas aterradas no se ocuparon más que de contemplar la faz de la agonizante y de espiar los pasos de la muerte. Las oscuras potencias enemigas del

pobre, las malvadas que deshilachan, manchan y pudren, las infames pegajosas se apoderaron del hogar, y se gozaron del cadáver de doña Francisca.

Las horas, las monótonas horas, indiferentes, iguales, iban llegando unas tras otras, y pasaban por el miserable cuartucho, pasaban por el cadáver de doña Francisca, y dejaban descender sobre aquella melancolía, la melancolía del ocaso y la madeja de sombras que ata al sueño y al olvido. Los chiquillos, hartos de jugar, se fueron durmiendo. Las mujeres, sentadas por los rincones, rezaban quizá. La vieja, acurrucada siempre, era en la penumbra como otro cadáver que tuviera abiertos los ojos.

Una de las mujeres se levantó al cabo, y encendió una vela de sebo. Miró después hacia la muerta, y se quedó atónita. Debajo de la nariz roma de doña Francisca la raya del bigote se acentuaba. La longitud de cada pelo se había duplicado, y algunos rozaban ya los carrillos verduscos de la valerosa matrona.

—A los hombre les suele crecer la barba —murmuró la vieja.

El silencio cubrió otra vez, como un sudario, la escena desolada. Se agitaba extrañamente la llama de la vela, haciendo bailar grupos de tinieblas por las paredes del aposento. Encorvadas, abrumadas, las mujeres dormitaban, hundiendo sus frentes marchitas en las ondas de la noche. Las horas pasaban, y el bigote de doña Francisca seguía creciendo.

A veces se incorporaba una de las hijas, y consideraba el rostro desfigurado de su madre como se consideran los espectros de una pesadilla. Los niños, con aleteos de pájaros que sueñan, se estremecían confusamente. La vela se consumía; en la hinchada, horrible doña Francisca, seguía creciendo aquel bigote espantoso que después de difunta le trastornaba el sexo.

Cuando el alba lívida y helada se deslizó en el tugurio, y despertaron ateridos los infelices, vieron sobre la carne descompuesta de doña Francisca unos enormes bigotes cerdosos y lacios que le daban un aspecto de guillotinado en figuras de cera.

Entonces el más menudo de los diablillos soltó la carcajada, una carcajada loca que saltaba a borbotones como de una fuente salvaje, y la vieja se destapó también como una alimaña herida, y las mujeres no pudieron más y se rieron como quien aúlla, y aquellas risas inextinguibles, sonando en las entrañas de la casa sórdida, hacían sonreír a los que pasaban por la calle.

[*El Paraguay*, 7 de Mayo de 1905]

LA INUNDACION

Los RÍOS siguen creciendo. Cada centímetro representa una inmensa mole líquida que cubre leguas y leguas de territorio, una oleada que desciende como palpitación colosal hacia el Atlántico. Sólo en el mar puede vaciarse este mar que baja de las cordilleras magníficas.

La inundación se desploma coronada del verde botín rasgado a la tierra inocente, y arrastra amasados en légamo los cadáveres de humildes bestias, asesinadas y pisoteadas por el agua terrible. El hombre contempla la muerte que sube poco a poco, y se siente pequeño y abandonado bajo el cielo vacío.

Sabe que no vendrá el enviado de Dios a separar las turbias corrientes con un gesto, ni aparecerá el rey de los profetas para volver transitable el abismo. Sabe que la naturaleza se ha hecho hereje, y que las olas y el rayo no atienden al grito de Moisés, ni a la suave palabra del Mártir.

Pero si no esperamos la ayuda de lo alto, tampoco tememos la venganza de lo alto. Los elementos no obedecen ya a la piedad divina, pero tampoco obedecen a la divina crueldad. Ningún espíritu, entre las sombras de la noche, suspira con el rumor siniestro del agua negra que pasa. No tornará el diluvio a lavar nuestros pobres crímenes en un cataclismo universal. Si alguna mano nos aplasta será la mano estúpida y ciega de la física. Sucumbiremos sin culpa.

Estamos solos, sí, y esto es una gran cosa. Pegados a la frágil corteza de un planeta despeñado en el espacio infinito, aprendemos a mirar sin espanto los firmamentos y las tempestades. Comprendemos que nuestra carne flaca encierra algo digno de dominar el universo. Nuestra imaginación, al crear las divinidades, no hacía quizá sino soñar con el destino humano.

Cada vez vemos más claramente que no se someterá a nuestro poder sino aquello que se haya sometido antes a nuestra inteligencia. Si la inundación nos abruma es porque ignoramos sus causas. La ciencia, hábil en dirigir los

astros, es torpe en aprisionar los vientos y las aguas. No ha penetrado aún al formidable alambique de las cimas augustas. Por eso consideramos tristemente el río que crece, y nos sentimos pequeños y abandonados bajo el cielo vacío.

Mas no imploremos a nadie. No podemos tener ya fe sino en nosotros mismos. Nada ha sobrevivido enfrente de la naturaleza más que el hombre. Luchemos primero cuerpo a cuerpo con la montaña de agua que se deshace en los valles, y estudiemos después.

Nuestra razón espera dentro del arca sagrada. Las aguas bajarán. La tierra quedará fecunda para cien generaciones, y la paloma nos traerá el ramo de olivo.

Asunción, Junio 2 de 1905.

[*El Cívico,* 2 de Junio de 1905. Inédito]

EL LEPROSO

TREINTA años hacía que Onofre habitaba el país. Remontando los ríos quedó en seco al fin como escoria que espuman las mareas. ¿Siciliano, turco, griego?... Nunca se averiguó más; al oírle soltar su *castilla* dulzona rayada por delgados zumbidos de insectos al sol, se le adivinaba esculpido por el Mediterráneo.

Treinta años... Era entonces un ganapán sufrido y avieso. Pelaje de asno le caía sobre el testuz. Aguantaba los puntapiés sin que en su mirada sucia saltara un relámpago. Astroso, frugal, recio, aglutinaba en silencio su pelotita de oro.

Pronto se irguió. Puso boliche en el último rancho. Enfrente, una banderola blancuzca, a lo alto de una tacuara torcida por el viento y la lluvia, sonreía a los borrachines. Entraban al caer la noche lentos, taciturnos; se acercaban con desdén pueril al mostrador enchapado; pedían quedos una copa de caña, luego otra; el patrón Camhoche, afable y evasivo, apaciguaba los altercados, favorecía las reconciliaciones regadas de alcohol. Saltó a relucir una baraja aceitosa, aspada, punteada; aparecieron dos o tres pelafustanes que ganaban siempre y bebían fiado. Después, de lance, trajo Onofre trapiche y alambique, destiló el veneno por cuenta propia. Tiró el bohío y levantó una casita de ladrillos. Apeteció instruirse, cosa que ennoblece; leyó de corrido, perfiló la letra; el estudio del derecho sobre todo le absorbía; al bamboleante alumbrar de una vela de sebo, devoraba en el catre, hasta la madrugada, procedimientos y códigos. Empezó a prestar.

Fue el paño de lágrimas de la comarca. Compasivo, se avenía en los vencimientos a rebañar la ternerilla, el par de gallinas, el fardo de hoja, el cesto de naranjas, a trueque de renovar la deuda por un mes. Don Onofre se hizo poco a poco de rancherío, campichuelos, monte, hacienda. Fomentó el comercio. Cortés y entendido, metía pleito a los acomodados. Leguleyos, agrimen-

sores, comisionistas, asomaron por primera vez en aquellos lugares, que así nacían a la vida pública. A los mismos insolventes, de puro bueno y de puro calentón, ayudaba don Onofre cuando había en la familia alguna chicuela a punto.

Fue un personaje; viajes a la capital, miga con ricachos y con ministros. ¡Oh, nada de política! Estaba con todos los partidos, a medida que ocupaban el poder. El jefe y el juez eran suyos. Figurar en centros mejores, ¿para qué? Prefería seguir siendo la providencia de su patria adoptiva, sin moverse de ella.

La cual se despoblaba. Las cuatro mil cabezas de don Onofre vagaban más allá de los abandonados cultivos. Tenía su idea (el agua a una cuarta, el ferrocarril en proyecto): con cruzarse de brazos se hacía millonario. Consintió no obstante en talar los bosques. Arboles gigantescos se desplomaban con fragor de muerte. Las vigas férreas eran arrastradas por los que daban en otro tiempo de puntapiés a Onofre, y echadas al río. La pelotilla de oro se volvía bocha magnífica. Y en torno de don Onofre se pelaba la tierra, como atacada de una tiña pertinaz. A propósito: se me olvidaba decir que don Onofre padecía de lepra.

La lepra. Lepra. Don Onofre masticaba este nombre pavoroso. Lo veríais en el lento temblor de sus mandíbulas salientes. Veríais en sus iris felinos, turbios, empañados de pronto por un humo fugaz, el horror de las úlceras descubiertas a solas, atrancadas las puertas. ¡Ay! No había niña más púdica que don Onofre. Amaba vestido. Su ropa, cosida hasta la nuez, era un saco de inmundicia cerrado y sellado como el cofre de un avariento. Pero ¿y la cabeza? ¿La cabeza grasienta, vil, imposible de escamotear? Y la bestia subía, se enroscaba a la nuca. Don Onofre anhelaba algo parecido a decapitarse. Al cabo, la lepra sacó la garra por el cuello de la camisa y apresó el rostro.

¡Ser leproso, escandalosamente leproso un hombre tan rico, que podía ser tan feliz! Esta injusticia acongojaba a don Onofre. Sus vecinos opinaban como él. Prez del departamento, le veneraron; mejor todavía, le compadecieron maravillados. Aquella frente manchada inspiró a los esquilmados campesinos el respeto de las cumbres donde se muestra a los viajeros la peña partida por el rayo. Admiraron a don Onofre doblemente; se le aproximaban con reparo religioso que él tomó por asco. ¡Asco, el asco ardiente que se tenía a sí propio! No se resignó. Forcejeó, en largas pesadillas, con los fantasmas purulentos; al despertar había en la almohada lágrimas de espanto. Lucharía; no moriría así, no, maldito por el destino. Se arruinaría con tal de curarse, con tal siquiera de esconder su mal.

Y en persecución del milagro bajó los ríos, cruzó los mares. ¡Qué tortura, ante la repugnancia, el odio, el pánico, gesticulantes en torno a su lepra! Sus compañeros de camarote huían despavoridos; sus comensales le relegaban a un extremo desierto de la mesa, o se iban furiosos. Se le rechazó, se le aisló, se le encepó: era un apestado, era la peste. Oía a su paso protestas, órdenes, un rabioso fregar de cacharros y cubiertos. Olía de continuo el ejército de

sustancias desinfectantes con que se abroquelaban los dichosos. Don Onofre imploró lástima. Se dirigió a los sirvientes, a cuantos se arriesgaban a escucharle. Dijo que era rico, muy rico. Despilfarró ostensiblemente el champaña; arrojó habanos casi enteros; se cuajó las manos de brillantes. "Soportadme, suplicaba, soy rico, muy rico". Y a la postre algunos ojos le acariciaron, algunas frases le fingieron la inmortal música de la piedad, y algunas señoritas casaderas le sonrieron. ¡La higiene está tan adelantada!

Los médicos se lo enviaron entre ellos como una pelota podrida. Los más célebres eran los más caros; don Onofre no apreció otra diferencia. Le ordenaron cambiar, cambiar siempre de clima, de costumbres, de régimen. A fuerza de cambiar, repetía. Emigraba al Sur, y le hacían retroceder al Norte. Le prohibían comer carne o fécula, y se la imponían de nuevo. Le introdujeron pociones, píldoras, tinturas, cocimientos. Le remojaron, le bañaron, le fumigaron, le untaron de pomada, glicerados, aguas corrosivas, mantecas, aceites. Le lavaban y le volvían a untar. Uno le aplicó estiércol. Otro le recetó una preparación de oro. ¡Oro! ¡Eso era lo principal!

Don Onofre regresó a su feudo, con menos dinero y con más lepra. Regresó enloquecido. El era la lepra, y el mundo un espasmo de aversión, una inmensa náusea.

Y entonces, en las honduras de sus entrañas enfermas, la vieja tentación se alzó. Don Onofre "sabía". ¿Quién no sabe que la lepra, el castigo del cielo, sólo se sana con la sangre inocente de un niño?

Y don Onofre, tranquilizado, consolado, se puso a meditar.

LA ENAMORADA

Parecía vieja, a pesar de no cumplir aún treinta y cinco años. Las labores bestiales de la chacra, el sol que calcina el surco y resquebraja la arcilla le habían curtido y arrugado la piel. Tenía la cara hinchada y roja, el andar robusto, los ojos chicos, atornillados y negros. Era miserable. Se llamaba Victoria.

Vivía de escardar campos ajenos, de fregar pisos, de ir a vender, a enormes distancias, un cesto de legumbres. Su densa cabellera desgreñada estaba siempre sudorosa; en sus harapos siempre había barro o polvo, y cansancio en los huesos de sus pies.

Victoria era célebre en el pueblo, no por infeliz y abandonada, que esto no llama la atención, sino porque decían que no estaba en su sano juicio. La locura inofensiva es un espectáculo barato, divertido y moral. Hace reír seriamente. Los chiquillos seguían en tropel a Victoria; no la apedreaban demasiado; comprendían que era buena. Los hombres le dirigían preguntas estrambóticas y experimentaban ante ella la necesidad de volverse locos un rato; las mujeres se burlaban con algún ensañamiento. Victoria pasaba, andrajosa, tenaz, lamentable, llevando en los ojillos negros la chispa que irrita a la multitud y levanta las furias y hasta los perros se alborotaban con aquel escándalo de un minuto, con aquella aventura que rompía el tedio del largo camino fatigoso.

Acusaban a Victoria de dormir en tierra, de frente a lo alto, y de creer las estrellas bastantes próximas para hablarles. La luna era la *señora del cielo;* un lucero vagamente rosado era el *príncipe radiante;* otro blanco y retirado era el *pálido cirio;* allá lejos palpitaban, casi imperceptibles, los puntos de fuego tenue que la visionaria nombró *coro de muertas,* y de extremo a extremo del horizonte flotaba por el inmenso espacio la gasa forforescente de la Vía Láctea, o *niebla de luz.* Cuando la claridad enferma y fría de los astros bajaba hasta Victoria, y la noche hacía rodar sus magníficas gemas en silencio, la loca

se sentía hermana de la belleza infinita y las voces celestiales la acompañaban al día siguiente, en plena solana abrasadora. Entonces andaba moviendo los labios, atenta a las presencias invisibles y la gente no podía separarla de ellas.

Se le acusaba también de no comer, de alimentar a mendigos y criminales, de conocer las virtudes secretas de las plantas y de preparar filtros de bruja. Lo cierto es que anhelaba curar a los niños dolientes y que muchas madres, después de mofarse de ella en público, la buscaban a escondidas y temblando, con las manos calientes aún de la fiebre de sus hijos.

Pero lo fenomenal, lo grotesco, lo que provocaba carcajadas inextinguibles, era la virginidad de Victoria. Fea, casi decrépita, trastornada, ese harapo viviente había pretendido conservar su pureza y lo había conseguido. Había resistido veinte años a la temeridad de los mozos pujantes. Quería elegir el amor, ser prometida y esposa y tal monstruosidad, tal delito contra la naturaleza, garantizaba a los sencillos campesinos la demencia irremediable de su primera actriz.

Don Juan Bautista, joven doctor de la capital, vino al pueblo, compró un terreno y se puso a edificar una casa. Don Juan Bautista era rico, bello y tonto. Tenía partido con las muchachas. Victoria le vio y le adoró. El *Príncipe radiante* había descendido para ella del firmamento. Todas las manías dispersas de Victoria se juntaron en una, absorbente, feroz, la de amar a Don Juan Bautista y casarse con él. No ocultó sus proyectos: desatada y locuaz detenía a los transeúntes y les consultaba sobre los medios de satisfacer su única pasión.

Espiaba horas enteras a Don Juan Bautista detrás de las tapias; se atrevió al fin, repugnante y trémula, a rogar que la dejara lavarle la ropa. No sabía planchar con lustre pero aprendió. El momento en que se acercaba a Don Juan Bautista y le entregaba, a él sólo, las camisas y los calzoncillos impecables, era el momento radiante y feliz de su existencia humilde. Jamás aceptó un centavo por su faena deliciosa. Otras veces traía a Don Juan Bautista la sandía helada o el dulce melón que halagan la siesta, o los sabrosos duraznos o simplemente tomates frescos, porotos, manteca, todo gratis, ¡y a costa de qué luchas, de qué lejanas peregrinaciones! Don Juan Bautista, jovial y satisfecho, se dejaba idolatrar.

La virginal timidez de Victoria le impedía expresar claramente sus deseos a quien se los inspiraba y los colmaría sin duda. Victoria anhelaba seducir a Don Juan Bautista, obligarle a declararse y a proponer el matrimonio. Ella no tendría entonces más que murmurar *sí* y caer en los vibrantes brazos del prometido. ¿Cómo hacer?

El secretario de la municipalidad, un pequeño de cabeza de mono, le aconsejó que usara polvos y sombrero, como las señoritas de la ciudad. La loca se aplicó ladrillo molido en el rostro, y sobre el cráneo, en equilibrio, un sombrero colosal que los chuscos le regalaron, con plumas estrafalarias. Así marchaba Victoria, disfrazada y grave, en pos de su sueño, entre las risas de

los vecinos. De primera actriz había bajado a ser la payasa, la bufona de la aldea.

Durante varios meses, sobre los pastos, parecido a un buque empavesado, osciló el sombrero ridículo, símbolo de una ilusión desesperada. Victoria enflaquecía, se desanimaba; sus pobre pies descalzos se cansaban de correr tras la quimera; el sombrero, agotado por la lluvia, abrasado por el sol, ensuciado y roto, inclinaba tristemente sus plumas marchitas. El *Príncipe radiante* continuaba mudo y risueño. ¡Ay! Cuando lucía allá arriba, inaccesible en las limpias noches de estío, era menos cruel.

La casa de Don Juan Bautista se terminó; la verja relucía, las flores del jardín doblaban con elegancia sus finos tallos. El dueño fue a la capital, se casó pomposamente y regresó con música. La señora era rubia, bella y tonta quizá. El pueblo quedó deslumbrado.

Victoria desapareció.

Hay en el lugar una escarpada peña, a cuyo pie se amontonan, como en un torrente de vegetación, impenetrables brezos y zarzas. Tres días después de la boda, descubrieron unos cazadores, allá abajo, un objeto singular, una especie de gran pájaro inmóvil, de plumas increíbles. Por distraerse lo acribillaron a balazos. Resultó ser el sombrero de Victoria. Debajo estaba Victoria, con el cuerpo tibio todavía y que por fin reposaba.

GALLINAS

MIENTRAS NO poseí más que mi catre y mis libros, fui feliz. Ahora poseo nueve gallinas y un gallo, y mi alma está perturbada.

La propiedad me ha hecho cruel. Siempre que compraba una gallina la ataba dos días a un árbol, para imponerle mi domicilio, destruyendo en su memoria frágil el amor a su antigua residencia. Remendé el cerco de mi patio, con el fin de evitar la evasión de mis aves, y la invasión de zorros de cuatro y dos pies. Me aislé, fortifiqué la frontera, tracé una línea diabólica entre mi prójimo y yo. Dividí la humanidad en dos categorías; yo, dueño de mis gallinas, y los demás que podían quitármelas. Definí el delito. El mundo se llena para mí de presuntos ladrones, y por primera vez lancé del otro lado del cerco una mirada hostil.

Mi gallo era demasiado joven. El gallo del vecino saltó el cerco y se puso a hacer la corte a mis gallinas y a amargar la existencia de mi gallo. Despedí a pedradas el intruso, pero saltaban el cerco y aovaron en casa del vecino. Reclamé los huevos y mi vecino me aborreció. Desde entonces vi su cara sobre el cerco, su mirada inquisidora y hostil, idéntica a la mía. Sus pollos pasaban el cerco, y devoraban el maíz mojado que consagraba a los míos. Los pollos ajenos me parecieron criminales. Los perseguí, y cegado por la rabia maté uno. El vecino atribuyó una importancia enorme al atentado. No quiso aceptar una indemnización pecuniaria. Retiró gravemente el cadáver de su pollo, y en lugar de comérselo, se lo mostró a sus amigos, con lo cual empezó a circular por el pueblo la leyenda de mi brutalidad imperialista. Tuve que reforzar el cerco, aumentar la vigilancia, elevar, en una palabra, mi presupuesto de guerra. El vecino dispone de un perro decidido a todo; yo pienso adquirir un revólver.

¿Dónde está mi vieja tranquilidad? Estoy envenenado por la desconfianza y por el odio. El espíritu del mal se ha apoderado de mí. Antes era un hombre. Ahora soy un propietario...

[*El Nacional,* 5 de Julio de 1910. Inédito]

EL PROGRESO

Creo indispensable empezar declarando que con estas conferencias, o mejor dicho, *causseries* leídas, no hago ni pretendo hacer política. No basta estar alejado de ella: hay que parecerlo; ¡y qué difícil es parecerlo en los países latinos! Cuando las intrigas públicas encaminan las negociaciones amorosas y deciden la elección de las corbatas, bueno será expulsarlas expresamente de la plana y de la lengua. He venido aquí a ejercitar el albedrío de la razón. Cierto que las ideas son subversivas sólo por ser ideas, pero, ¿qué importa? La política no cede más que a los hechos. La verdad, inofensiva cuando nace, necesita, como los ríos, vagar mucho por el mundo antes de ser capaz de fecundarlo, embellecerlo o arrasarlo. Este puñado de pensamientos que os ofrezco no dislocará el orden existente; acogedlos de buen talante, defiéndalos la inocencia de su poca edad.

Quisiera hablaros de la conciencia moderna, de los gestos generales del espíritu contemporáneo; quisiera bosquejar una psicología del siglo. No me juzguéis presuntuoso; no temáis nada parecido a un tratado de sociología. En primer lugar, no sé verdaderamente ni si el siglo tiene *una* psicología, ni si hay *un* espíritu contemporáneo; son modos de expresión valederos por su comodidad. Se me figura, sí, que la humanidad es más una, más organizada que en otro tiempo; que hay en ella más ecos y más reflejos; que es más transparente y más ágil, que la vida corre más de prisa por su ardiente y agitada superficie; de ahí no paso. Conocéis, sin duda, el procedimiento de superponer millares de fotografías para obtener un tipo medio de raza o de nacionalidad; pues bien, suponed superpuestas las imágenes de los cerebros que han vivido en los últimos ciento cincuenta años; imaginad la mentalidad total más o menos condensada en puntos distintos, a la manera de las sombras que modelan los rostros; añadamos a ese claroscuro el colorido de las pasiones que han llenado centuria y media; se nos presentaría un cuadro sintético muy diferente del análogo en la época de las cruzadas, de Julio César o de Sesostris. El método en cuestión, a ser

hacedero, nos marcaría las fronteras y las cumbres de la inteligencia social; nos revelaría la intensidad y los matices de la sensibilidad de la especie; nos dejaría sospechar aquí los tonos purpúreos y sombríos del ocaso, allí la virgen claridad de la aurora. Mi objeto es muy semejante; subrayar los rasgos moribundos o nacientes del alma de hoy.

Dios me es testigo de que no os amenazo con ser completo; ser completo es ser inútil; existimos para completarnos los unos a los otros. No examinaré más que los aspectos que me han interesado especialmente y que me han sugerido reflexiones originales. Deploraría que vuestra benevolencia llegara al extremo de aceptar en seguida mis fórmulas. No deseo llevar la convicción, sino despertar la duda. Me complace que vuestro intelecto siga funcionando después del mío, aunque sea contra el mío. Mi proyecto es provocar en el interior de vuestros conceptos y de vuestra moral un pequeño temblor de tierra; conseguir desnivelar un cimiento, agrietar un muro. Me encantará que no salgáis de esta sala satisfechos y tranquilos, sino inquietos y quizá algo irritados.

Siempre es más bello desplegar las velas que anclar en las aguas dormidas. Siempre es más fructuoso sembrar en los corazones la angustia que la paz. "Mis únicos discípulos auténticos, decía Renán, son los que se han atrevido a contradecirme"...; palabras admirables.

El hombre, animal curioso que está en camino de renovar el Universo y que ha inventado la inmortalidad practicando el suicidio, no ha variado sensiblemente de armazón en el curso de la historia. Las florecidas y marchitas civilizaciones, ráfagas que han exaltado o consumido a los pueblos, estaciones irregulares del clima humano, ritmos oscuros de la gran armonía secreta, aparecen y desaparecen devorando sus ruinas sin descanso. Son la expresión ondulante de la humanidad, las vestiduras diversas bajo las cuales palpita una desnudez idéntica a sí propia. Contemplad nuestros cuerpos, ¿quién nos adjudicará mayor salud, mayor robustez, mayor hermosura que hace mil, dos mil, cuatro mil años?

Contad nuestros huesos, nuestras uñas y nuestros dientes, medid nuestra talla y la longitud de nuestros saltos; apreciad la potencia de nuestros músculos y la resistencia de nuestros órganos. Los gladiadores del imperio y las lanzas torneales de la Edad Media harían ganar mucho dinero a un Barnum resucitado, pero tampoco harían mal papel en los juegos olímpicos nuestros deportistas de profesión, y en un asalto de lucha romana donde interviniera Paul Pons, no se apuntaría quizá las mejores apuestas Milón de Cretona. Mas no sólo permanecemos invariables en nuestras energías brutas, sino que nuestra figura mantiene un parentesco evidente con nuestros abuelos de la tradición. El suelo no es el lecho natural y definitivo de las naciones. No hay cielos bastante indulgentes, primaveras bastante suaves, cosechas bastante copiosas en abundancia y en delicia para retener a la multitud. No hay sierras bastante escarpadas, abismos bastante profundos, mares bastante pérfidos para detenerla. No hay dique al terror que la enloquece, a la ambición y a la codicia que la transfigura, a la curiosidad que la

irrita, al tedio que la envenena. Caravanas que transportan el oro y expediciones que transportan el saber, hordas de pillaje y tribus fugitivas, lo que acomete, huye, vaga, arrebata o busca, los nómadas de ayer y de mañana, el Ashaverus inmortal es el que abre con sus pies doloridos los senderos del universal tránsito y tiende la red que cubre las latitudes y amalgama las plebes. El odio confunde las sangres en los campos de batalla y el amor las torna a confundir sobre los tálamos. El globo es un crisol donde las generaciones hierven. Y sin embargo, no hemos visto surgir del globo un tipo nuevo. No hemos sacado del crisol otras sustancias que las que en él entraron. La química de las épocas es impotente. Las razas, como el aceite y el agua, se mezclan sin combinarse. La inmensa y pintada trama de las poblaciones sobre los continentes está tejida con unos pocos hilos irisados y tornasolados, con infinita variedad, y nos es preciso, para descubrir su intrínseca sencillez, acercarnos a la enorme tela y mirar el cable recién cortado, teñido aún de su color primero. Así se yergue de pronto ante nosotros en la calle o en la senda campesina, un modelo de Fidias, un germano que acaba Tácito de retratar, un asiático de nariz aplastada y pómulos salientes, un árabe cuyos anchos párpados no se entornan ya bajo los pliegues del turbante. Inesperadamente, se manifiesta lo persistente de nuestra estructura. Somos, por lo común, en el caos étnico de nuestra era, formas fragmentarias, turbias e inestables, pero en nosotros está depositada la originaria medida, y, por eso, a veces resplandece aislada y pura. Cantan en nosotros rumores confusos, hechos siempre de las mismas siete notas; por instantes, una de ellas se desprende de su prisión pasajera y alza en el espacio su grito inconfundible. "Todo hombre, piensa Montaigne, lleva la forma entera de la humana condición".

Hay más todavía. Corre una leyenda vulgar. Mucho antes de que los caducos narradores guardaran las remotas reminiscencias que engarzadas en fábulas heroicas y pueriles nos alcanzaron apenas; cuando eran océanos las llanuras, islas los lagos, las montañas precipicios y geografía nuestra geología; cuando el planeta sufría intemperies y ardores esculpidos para nosotros en su rugosa piel, y animales de especies desvanecidas erraban por paisajes fantásticos donde hasta el firmamento era otro y tenían por cementerio, vaciados y fotografiados en las rocas, las entrañas futuras de la tierra, colocamos como antepasado nuestro un cuadrumano primo de los antropoides de Africa y de la Polinesia que brincaban a lo alto de extraños árboles y se transformaban después en el aborigen peludo habitador de cuevas. Es leyenda. Para un extenso público, Darwin habrá demostrado esa tontería, que descendemos del mono. Los sabios más probos no se libran del sucio contacto de la popularidad. Vulgarizadores de pacotilla y periodistas sin asunto han propagado un ridículo sólo favorable a los cristianos que descienden modestamente de Dios Padre Todopoderoso. Y siendo lo ridículo con visos de novedad brillante el alimento habitual de las inteligencias corrientes, se cree en estaturas primitivas colosales, en bíceps y masas inverosímiles. Los que imaginaron al final de la escala de los ma-

míferos un ojo en medio de la frente, no conciben la edad de piedra sin miembros recios como la piedra, y se figuran las cavernas albergando a seres capaces de disputar a los osos su domicilio. No obstante, ningún dato de buena ley confirma que nuestros abuelos fueran titanes: todo lo contrario.

Las contadísimas osamentas suyas que, a modo de pedazos de granito pulimentados por el paso perenne de las aguas, han resistido al abrumador torrente del tiempo, sin fondo y sin orillas, nos evocan tipos muy parecidos a los australianos actuales, de escaso desarrollo anatómico.

Y lo raro es que esos salvajes absolutos, anteriores al recuerdo humano, no eran tan salvajes como los de ahora. Los muros de sus viviendas pétreas están aún cubiertos de pinturas y grabados naturalistas, representando bestias tales como el mamut y el *ursus spa leus,* que se han extinguido para siempre, sin lograr sobrevivir al ligero trazo que las describía. En vez del mono padre, nos encontramos con el hombre hermano, no sólo hermano en el cuerpo, sino en el espíritu; embriagado ya por las visiones de su fantasía y presa del afán irresistible de proyectarlas sobre el más allá tenebroso que le acechaba y nos acecha. No deduzcamos exageradamente: ¿qué sabemos de aquel pasado casi impenetrable? El polvo recogido rascando aquí y allí la corteza terrestre, es poca cosa para reconstruir cientos de siglos. La paleontología, ciencia informe y monstruosa como su objeto, presenta hechos de índole diversa y de alcance problemático. Establece, por ejemplo, al desenterrar el portentoso espectáculo de la evolución de algunos terrenos, que mientras el hemisferio boreal desplegaba soberbiamente la vida, el austral la retardaba y empobrecía, concluyendo que, por la virtud de causas ignoradas, una mitad del mundo es, sin comparación, más fecunda que la otra. Y establece también hechos no imponentes y vagos, sino maravillosamente precisos y perfectamente inútiles, v. g., que el estado magnético del globo se halla, por decirlo así, archivado en las arcillas de las vasijas prehistóricas, de suerte que nos es dable medir el ángulo que hubiera señalado hace miles de años la brújula, si alguien en aquel entonces la hubiera usado. El instrumento de investigación es, pues, rudimentario y caprichoso, pero si algún resultado arroja es, sin duda, el de la identidad física de nuestra especie, el de la actualidad continua de nuestro molde plástico.

Nuestra carne es la misma, lo mismo serán nuestros instintos fundamentales, crueldad, astucia, lascivia, pereza, que son el forto de la carne. El cuerpo es la estatua del alma, y si para el idioma misterioso y apenas deletreado de la fisiología hubiera diccionarios, dibujaríamos la arquitectura íntima de nuestras virtudes y de nuestros vicios. Las líneas de la estatua no se alteraron en el breve plazo de la historia; no se alteraron tampoco las líneas de la conciencia. La escultura antigua conserva su prestigio de documento vivo. Y pedimos lecciones a los moralistas inmemoriales del Oriente. No hemos perdido la adaptabilidad de nuestra diestra y dócil musculatura, ni la compleja vitalidad de nuestra mente susceptible de moverse en direcciones simultáneas. Tampoco hemos perdido un adarme de nuestra fero-

cidad combativa y sexual, de nuestra vengativa paciencia, de nuestro egoísmo indispensable. Yo no afirmaré jamás que el cerebro de Pasteur sea superior al de Arquímides, el de Tolstoi al de San Pedro, ni el de Spencer al de Santo Tomás. Yo no propondré jerarquía alguna entre Maquiavelo y Chamberlain, Zola y Homero, Praxíteles y Rodin, Whistler y Leonardo de Vinci. Pero no admitiré que Bonaparte sea menos sanguinario que Atila... El sublime capitán de bandidos, cuando delante de la hoguera de Moscú, doblemente trágica en medio de la helada estepa, comprendió que no sólo de carneros se componía la Europa, y que su desprecio de gigante no bastaba a la desesperación de sus víctimas, olvidó un momento la farsa terrible de su cariño al soldado y la comedia de su patriotismo. Citaré textualmente una carta de José de Maistre, escrita en Rusia a Blacas el 13 de noviembre de 1812: "Los franceses, en los últimos tiempos, han comido carne humana. Se la ha encontrado en la mochila de varios prisioneros. El general Korff ha visto a tres que asaban a otro. Lo ha atestiguado en una carta que está aquí, y el emperador lo confirma". Carta del 24 de diciembre: "Imaginad, querido conde, un desierto de mil verstas cubierto de nieve sin ningún rastro de habitación humana; he ahí la escena. Allí la humanidad y la caridad misma son impotentes. Los franceses han cesado hasta de ser salvables, pues si se les calienta se mueren, y si se les da de comer se mueren también. Un médico francés, hecho él mismo prisionero, ha dicho que lo mejor que se podría hacer con ellos sería fusilarlos. Alimentados desde largo tiempo execrablemente, exhalan tal olor que no se puede acercarse a ellos a diez pasos, y que dos o tres de estos desgraciados son suficientes para hacer una casa *inhabitable*". De la misma carta: "Bonaparte, en el paso de la Beresina, apenas hubo puesto el pie en la orilla derecha, mandó quemar el puente. Se le hizo notar todo lo que dejaba al otro lado, unos veinte mil hombres y todos los bagajes. Respondió: «¿Qué me importan esos sapos? Que se arreglen como quieran»". Y después de Napoleón vino Bismarck. Con qué alegría indecente prendieron fuego a París los cañones del vándalo Bismarck; frente a la noble mansión del pensamiento y del arte, bañada en la gloria de diez siglos como en una claridad augusta, era el jefe del Norte que divisa estremecido de concupiscencia y de cólera bajo el cuero tosco de sus arreos, los tibios jardines de Italia, donde la voluptuosa blancura de los mármoles y la luz dorada de los frutos sonríen entre los sombríos laureles. El fiero testuz del invasor, demasiado espeso para entender, embiste para aplastar; sus dedos de ogro, demasiado groseros para la caricia, se desahogan en el estrangulamiento. Cuenta Plutarco, que cuando la Atenas del Ponto, Amiso, fue incendiada por las tropas de Lúculo, el general se precipitó a los mercenarios ebrios de saqueo ordenándoles, implorándoles que cesarán sus profanas violencias, que respetaran aquella obra insigne de una cultura adorada por Roma. Lúculo era un civilizado, mientras que Bismarck era un bárbaro, bárbaro de genio, como lo llamó Gaetano Negri, pero bárbaro ante todo. Inquisidor sin dogma, a raíz de la capitulación de Metz negó el cloroformo a los heridos franceses, imponiendo las

torturas del bisturí y de la sierra a aquellos infelices manchados ya con la derrota. ¿A qué continuar revistando conquistadores? ¿No es la guerra crueldad? La crueldad guerrera alegaría la prolongación del oficio, el lujo del valor, la abrasadora temperatura que acompaña al meteoro. Convence mejor la crueldad reposada de los poderes normales, la crueldad administrativa. Es más instructivo bajar a las minas de Siberia, cruzar el vasto Imperio del martirio burócrata para echar una ojeada a los cuarteles prusianos y a las fábricas latinas y descansar del viaje en el hospitalario castillo de Montjuich, donde los guardianes civiles de S. M. retuercen los testículos a los presos.

Me dirijo a un auditorio compuesto en su mayor parte de personas cuyas familias emergen apenas de una noche de horror, y esto me dispensa de insistir en lo que se refiere a las Repúblicas americanas, las cuales, gracias a la circunstancia pintoresca de las Constituciones liberalísimas, resaltan en toda su limpieza la crueldad caudillesca de los departamentos. Son hijas legítimas de España, de la España neta de los pronunciamientos, de aquella España en que Narváez moribundo contestaba al cura confesor que le exhortaba a perdonar a sus enemigos:

—No los tengo, padre.

¿Cómo, hijo mío?

—Sí; los he hecho fusilar a todos.

Es más eficaz aún para palpar nuestra crueldad perdurable, confrontar la de los débiles con la de los poderosos, espiarla en el funcionamiento regular de las costumbres, olfatearla bajo la hipocresía rapaz de las relaciones sociales. Observaremos la descomposición general de los hogares, donde los esclavos del despotismo económico alivian la exasperación de sus nervios con la injuria a las mujeres y a los niños; notaremos que la máscara a medias de la cortesía deja filtrar miradas siniestras y que el encanto de los salones reside principalmente en el progreso de la difamación y en la habilidad de la calumnia; comprobaremos que el chantaje sostiene a los dos tercios del periodismo; tocaremos constantemente este hecho universal: la honda sensación de bienestar que nos produce la desgracia ajena. El síntoma fulminante de la crueldad colectiva es que las únicas fiestas capaces de juntar a los mendigos y a los millonarios, a los lacayos y a los príncipes, a los imbéciles y a los intelectuales, son las fiestas de peligro, de sangre y de muerte: corridas de toros, riñas de gallos, de boxeadores, de fieras; gimnasias asesinas, en que una distracción, un titubear imperceptibles son la catástrofe. El que no ha presenciado en un *hall* de París o de Londres el *Círculo de la Muerte,* ese desplome delirante de un cuerpecito de muchacha lanzado al despeñadero artificial; el que no se ha fijado en el sudor lúbrico de los rostros, en el rayo implacable de las pupilas hambrientas, en la tensión estallante de dos mil seres modernos, pertenecientes a todas las clases, a todos los países, a todas las carreras, magnetizados por la inminencia del desastre, no sospecha la reserva de crueldad estancada en nuestro organismo, ni el infierno silencioso de nuestras pasiones comprimidas. Al circo de la

campaña ruso-japonesa asistió la humanidad que lee los diarios, seducida por la matanza; cada día el telégrafo distribuía por la redondez de la tierra una ración fresca de barbarie, devorada en seguida, mísera pitanza para tantas garras y fauces ociosas. Pero las conquistas coloniales son síntesis perfecta de la crueldad común. Enfrente de razas indefensas, el colono de sable, lejos de la metrópoli y de los hábitos ciudadanos, escapa a los lazos tenaces y múltiples que desmenuzaban su crueldad disimulándola, y se entrega a excesos increíbles. Así, a fines de la Edad Media, los católicos "hicieron reaparecer la esclavitud con el tráfico de negros y el trabajo en las minas de América; de tres millones y pico de desdichados, cincuenta mil fueron arrojados al agua, mientras que el resto era condenado a una miseria y sufrimientos crueles en las minas o a gemir bajo el látigo en los cañaverales y arrozales" (Blavatcky). Según Bancroff, en nombre de la Santísima Trinidad firmó el gobierno español más de diez tratados autorizando la venta de quinientos mil seres humanos. Ahora ocurre poco más o menos lo mismo. Si la gente de Pizarro o de Cortés corría a los indios con perros de presa, los yanquis, de cuyas empresas contra los filipinos tendremos pronto noticia detallada, se ensayaron en los pieles rojas, aprendiendo de ellos a desollar cadáveres, y los oficiales franceses matan el aburrimiento en Madagascar cazando panteras, para lo cual ponen de cebo, atada en un tronco, una niña indígena. El refinado del siglo XIX, ante las tribus salvajes que ha ido a redimir, se ha mostrado lo que es verdaderamente: un salvaje, un hombre. "Los pueblos que llamamos bárbaros, dice Anatole France en su libro reciente, no nos conocen todavía más que por nuestros crímenes". ¿Crímenes? No. La crueldad es necesaria, y lo necesario no puede ser malo.

No seguiré con la rapsodia paralela de la crueldad sexual y de la astucia: el balance sería equivalente. Veríamos que hemos ennoblecido la prostitución y que hemos consagrado la mentira denominándola diplomacia, la cual, por boca de Talleyrand, murmura que "el lenguaje es dado al hombre para disfrazar su pensamiento". Dos mil años después de contratar para la deshonra de Cicerón a aquella desenfrenada Clodia "que había adquirido en los bordes del Tíber una quinta donde los jóvenes iban a bañarse desnudos y que en su casa vendía y compraba la lujuria, haciéndose pagar de una parte de sus amantes lo que le costaba la otra", conseguimos aniquilar al ilustre Parnell envolviéndolo en un proceso por adulterio que es un prodigio de saña. Iguales complots domésticos, iguales complots políticos. Los procedimientos cambian, el carácter perdura. Jamás los escándalos se han preparado con tal maña; jamás se han tendido los individuos y los pueblos trampas tan viles. Los Estados Unidos están en este momento robando a Cuba; cierto que es burda su estrategia y que los pretextos que aducen hacen reír, mas la cuestión de Oriente, esmaltada de trecho en trecho por las carnicerías de Armenia y Creta, acumula desde medio siglo atrás la más extraordinaria lista de discretas infamias que hayan nunca cometido embajadores cristianos. Y el Vaticano, ¿acaso no fue siempre una insuperable cátedra de jesuitismo? Lammenais no esperó la novela del defensor de Drey-

fus para escribir a su amiga la condesa de Senft: "Roma es un desierto moral... ruinas bajo las cuales se arrastran, como inmundos reptiles en la sombra y en el silencio, las más viles pasiones humanas". Lammenais se indigna tanto porque no reflexiona que en todo tiempo ha pasado lo propio, y no solamente en la sagrada Roma.

El progreso no existe. Habrá existido prehistóricamente, existirá tal vez, pero no existe. Si el hombre tuviera una intuición más clara de su destino; si su alma hubiera abordado el alma de la Naturaleza y su dolor al dolor hermano; si el enigma de la muerte y la furia de la vida hubieran levantado en las brumas de su espíritu imágenes más serenas y más altas; si la incertidumbre hubiera purificado su conducta; si hubiera incorporado su vientre sobre el barro y su razón sobre su vientre; si fuera siquiera más feliz, hubiera progresado. Es axiomático que el arte no progrese; para su divino fruto no hay sino un otoño, y su simiente invisible no puede acapararse. Es que el arte está más próximo a nuestra realidad interior. La inteligencia no es nada; una herramienta inmóvil. El problema del mundo es un problema moral. Por eso, a pesar de nuestro dominio creciente sobre la materia y de las dimensiones monstruosas de nuestra civilización, la silueta de Jesús está siempre en la cumbre inaccesible; Jesús era una energía estrictamente moral. Nadie ha penetrado en las regiones donde él penetró; después de él nada nuevo ha sucedido a la humanidad. El contraste entre la esterilidad de nuestra conciencia y la suntuosidad de nuestras riquezas exteriores ha engendrado nuestra filosofía pesimista y nuestra literatura humana. Somos como el potentado a quien persigue una dispepsia o un remordimiento, del que sus millones no le logran desembarazar. No es sorprendente que Laclos, un segundo Chamfort por sus ironías, achaque a flojedad orgánica la aparente moderación de nuestra cultura, y estampe "que todos los hombres son igualmente perversos en sus planes; la parte de debilidad que ponen en ejecución, la llaman honradez". Pierre Loti dice que el progreso se reduce a "la propagación del alcohol, de la desesperación y de los explosivos". Considerad que Loti y otros desengañados no son apóstoles; no partieron con el designio de fundar secta, sino de extraer lo bello; no son de esos ascetas iluminados que conminan su siglo, sino escritores observadores y prácticos, familiarizados con la acción. Loti es un oficial de marina que ha paseado por los rincones del planeta sus ojos escrutadores y fríos, su sensibilidad aguda y cultivadísima. Su temperamento de poeta instruido le ha facilitado una impresión integral penosa, preñada de fealdades y contradicciones. No se le ha ocultado que nuestra opulencia mecánica y nuestro cesarismo capitalista están yuxtapuestos a una miseria ética y estética indiscutible. Y con él, aunque no acertemos a expresarnos tan vivamente, sentimos todos los que hacemos algo más que digerir. Sentimos que nuestro florecimiento metálico y nuestras victorias ciclópeas son un fenómeno externo: que nuestro progreso no es humano. Comprendemos que los pueblos se desarrollan sucesivamente sin enterarse de que son las condiciones del medio social y del medio geográfico las que determinan el porvenir; de que la fle-

xibilidad estupenda del sistema nervioso y la galería sin fin de las fórmulas intelectuales se adaptan con igual soltura a cada obstáculo que se presenta. Nuestra mente es un luminar que camina: según nos rodea el vacío desolado o las mil gemas de la gruta, así caminan también en torno de nosotros tinieblas opacas o resplandores mágicos. El río de la humanidad en que ruedan siempre las mismas lágrimas de sufrimiento o de esperanza, refrena o acelera su corriente, según roza la arena o el peñasco; muda el tenebroso cuadro que refleja según se aclara u oscurece el cielo. Nuestra especie parece haberse fijado; es una especie en el sentido anterior a Lamarck, sentido desacreditado después y que, por reacción contra las exageraciones de Haeckel, recobró mucho de su boga. Otras especies, ya posteriores, ya desmesuradamente más viejas, se han petrificado en su efigie obstinada; mas si la abeja edifica perpetuamente sus panales, de igual modo el hombre tampoco cambia de efigie. ¿Y quién sabe si la decadencia de las naciones y de los individuos proviene de que se arriesgaron a alejarse excesivamente de sí mismos y se perdieron y se volvieron incapaces de moldear el mundo? Entonces Proteo abdica. Las probabilidades concluyen y las salidas se cierran. La marea del mar insondable le ahoga. Para sus voces de socorro no hay oídos. Quizá le salvarían los genios, pero son incomunicables, como las estrellas. La quimera del progreso se derrumba. El ciclo aislado que cada civilización cumple se acaba, y otra comienza o ha comenzado ya. Y nosotros, ¿qué ciclo iniciamos? ¿Qué elemento extraño, venido del caos, avanza hacia nosotros, destinado a ser nuestro siervo o nuestro verdugo? La máquina.

Si comparamos la humanidad presente con la antigua, un hecho que se destaca al primer aspecto es el aumento de población, sobre todo en los países que exigen mayor actividad, en los países fríos. Notamos luego que los hombres, considerablemente más numerosos, se mueven mucho más de prisa. La gente que se mueve más de prisa es la de la City, en el corazón de Londres, de la ciudad corazón del globo. En esta víscera cuyas pulsaciones ponen en marcha la mayor parte de la circulación económica universal, la gente corre, se empuja, se atropella, se agita frenéticamente en todas direcciones, es, en fin, la encarnación del movimiento. Nada detiene la palpitación de la City en las horas de trabajo sino una cosa: la niebla, esa lúgubre niebla negra como la tinta, imperforable a la electricidad y al sol, la niebla que a las doce del día tapa la infinita ciudad con un sudario absoluto. Todo se paraliza, es el síncope enorme. La naturaleza, jamás vencida, ha atacado otra vez, pero la niebla pasa y el hombre queda. Apartando el análisis del hombre mismo para aplicarlo a las energías mecánicas que ha hecho suyas y empezando por los animales que le sirven, vemos que los abandonan poco a poco, no por ser demasiado débiles, sino por ser demasiado lentos. El transporte y la tracción a sangre están condenados a desaparecer; y es curioso que nos hayamos ocupado de los caballos sólo para crear una raza, la inglesa, de caballos de carrera, cuya especialidad es la rapidez vertiginosa.

Aquí me gustaría abrir un paréntesis a propósito del perro. También él vuela sobre los hielos arrastrando el trineo eslavo, mas no es su trabajo el que examino sino su significación moral y metafísica. Nadie ha hablado del perro tan profundamente como Maeterlinck. Escuchad: "El hombre ama al perro, pero lo amaría más si considerara, en el conjunto inflexible de las leyes de la Naturaleza, la excepción única de este amor que consigue atravesar, para acercarse a nosotros, los tabiques en todo otro lugar impenetrables que separan las especies. Estamos solos, absolutamente solos sobre este planeta de azar, y entre todas las formas de la vida que nos rodean no hay una, fuera del perro, que haya hecho alianza con nosotros. Algunos seres nos temen, la mayor parte nos ignoran y ninguno nos ama. Tenemos, en el mundo de las plantas, esclavas mudas e inmóviles, pero nos sirven a pesar suyo. Soportan simplemente nuestras leyes y nuestro yugo. Son prisioneras impotentes, víctimas incapaces de huir, pero silenciosamente rebeldes, y en cuanto las perdemos de vista se apresuran a hacernos traición y vuelven a su libertad salvaje y malhechora de otro tiempo. Si tuvieran alas las rosas y el trigo, huirían a nuestro paso como huyen los pájaros. Entre los animales contamos algunos servidores que no se han sometido sino por indiferencia, por cobardía o por estupidez: el caballo, incierto y poltrón, que no obedece más que al dolor y que no toma cariño a nada; el burro pasivo y tristón que no se queda junto a nosotros sino porque no sabe qué hacer ni dónde ir, pero que guarda, sin embargo, bajo el garrote o bajo la albarda, su idea detrás de las orejas; la vaca y el buey, felices con tal de comer y dóciles porque desde hace algunos siglos no tienen un pensamiento suyo; el carnero aturdido que no tiene otro dueño que el espanto; la gallina fiel a su corral porque en él se encuentra más maíz y más afrecho que en el bosque próximo. No hablo del gato, para quien no somos más que una presa demasiado grande e incomible, del feroz gato cuyo oblicuo desdén no nos tolera sino como parásitos incómodos en nuestro propio domicilio. El al menos nos maldice en su corazón misterioso, pero todos los demás viven al lado de nosotros como vivirían al lado de una peña o de un árbol. No nos aman, no nos conocen, nos notan apenas. Ignoran nuestra vida, nuestra muerte, nuestra partida, nuestro retorno, nuestra tristeza, nuestra alegría, nuestra sonrisa. No oyen siquiera el sonido de nuestra voz desde que no los amenaza más, y cuando nos miran es con la turbación desconfiada del caballo, por cuyo ojo pasa todavía el enloquecimiento del ciervo o de la gacela que nos ven por vez primera; o con el yerto estupor de los rumiantes que no nos consideran sino como un accidente momentáneo e inútil a su paso...

"Y en esta indiferencia y en esta incomprensión total en que permanece todo lo que nos rodea, en este mundo incomunicable donde todo tiene su objeto herméticamente encerrado en sí mismo, donde todo destino está circunscrito en sí, donde no hay entre los seres otras relaciones que las de verdugos a víctimas, de comedores a comidos, donde nada puede salir de su esfera estancada, donde la muerte sola establece crueles lazos de causa a efecto entre las vidas vecinas, donde la más ligera simpatía no ha dado ja-

más un salto consciente de una especie a otra, sólo, entre todo lo que respira sobre esta tierra, un animal ha logrado romper el círculo fatídico, evadirse de sí para saltar hasta nosotros, franquear definitivamente la enorme zona de tinieblas, de hielo y de silencio que aísla cada categoría de existencias en el plan incomprensible de la Naturaleza. Este animal, nuestro buen perro familiar, por sencillo y poco asombroso que nos parezca hoy lo que ha hecho, al acercarse tan sensiblemente a un mundo en el cual no había nacido y para el cual no estaba destinado, ha cumplido, sin embargo, uno de los actos más insólitos y más inverosímiles que podamos encontrar en la historia general de la vida"... Hay que decir aún más: no es sólo la vida lo que tocamos en la mirada del perro, no es sólo con una especie con la que comunicamos, sino con todas las especies, las plantas, la tierra, los astros. No es la inteligencia de nuestro amigo, muy inferior a la de la hormiga, lo que le ha designado para su anunciación extraordinaria; es otra cosa. Está en sus ojos la probabilidad de que la Naturaleza no nos es adversa; en ese fulgor fugitivo luce una esperanza. Para el que se ha inclinado una vez sobre esas pupilas húmedas, no es un sueño vano la unidad del Universo.

Cierro el paréntesis y continúo estudiando las energías que el hombre ha conquistado. Hasta ahora comprobamos que el incremento del total disponible y de la velocidad obtenida caracterizan nuestra época. A estos dos rasgos se añade otro: la economía, que ha originado la regularidad y la delicadeza de los mecanismos. Esa ley de aprovechamiento, correlativa del teorema físico de la mínima acción, es el alma de la máquina. Si hemos salido del artefacto elemental, palanca, rueda, polea, tornillo; si estamos renunciando al empleo rudimentario de nuestros músculos y los de los animales, del empujar incierto de los vientos y de las aguas, no es por un superávit de potencia, sino por un déficit que había que escamotear con disposiciones ingeniosas, obligados como estábamos a hacer frente a contrarios cada vez más temibles. El frío y la aridez de los países sajones son padres de sus ingenieros. Los esclavos orientales introdujeron en Roma innovaciones incesantes, de naturaleza mecánica, y el secreto del éxito de los jesuítas en todas las latitudes consiste en que son buenos arquitectos y buenos industriales, en que la disciplina brutal de la compañía los ha convertido en herramientas insustituibles. La más fútil y graciosa de las ornamentaciones modernas es hija de alguna necesidad insoportable. Cuando contempléis un detalle de construcción inesperado, un motivo decorativo oportuno, una acertada ocurrencia de metal o de arcilla, pensad: alguien ha sufrido. El más leve y alado destello de vida procede de la muerte que apremia. Así el vasto batallar del hombre consigo mismo y con la casualidad rebelde le ha hecho ahorrar sus recursos, y afilarlos como un arma para abrirse paso. Hay demasiada piedra en las Pirámides; la columna, el arco y la ojiva han ido espiritualizando la roca, y el hierro del siglo XIX ha sabido reunir, en el menor peso posible, la mayor cantidad posible de inteligencia. La torre de Babel, levantada para desafiar a Dios, haría sonreír a los contemporáneos de la torre Eiffel.

Y lo que ocurre con la masa ha ocurrido igualmente con la fuerza. Las máquinas antiguas nos sorprenden por el derroche de trabajo malgastado. Son torpes y ruidosas. El adelanto, más aún que en aumentar la energía, reside en distribuirla mejor. Los físicos se aplican a reducir los choques, las vibraciones, los rozamientos que absorben sin provecho alguno la potencia disponible. Por eso los formidables mecanismos modernos, avaros de su poder, son tan brillantes, tan rápidos y tan silenciosos.

El dinero, esa energía social que un lazo lógico ata a las energías naturales, ha evolucionado análogamente: crecimiento, velocidad, precisión. El activo del mayor imperio antiguo no pasaba de unos 200 millones de francos, menos que Suiza o que Bélgica. Francia, por ejemplo, tiene su presupuesto de 4.000 millones y la fortuna privada de los franceses asciende a 220 ó 225 mil millones. Advierto que el valor del oro no ha variado mucho, por haber crecido proporcionalmente a las producciones de todo género. En el fausto exorbitante del siglo IV, había capitalistas de 3 ó 4.000 millones como ahora. Pero la diferencia está en que esas moles se movían poco, mientras que las actuales circulan velozmente. Los tesoros dormían en los palacios; a la muerte de Julio César se hallaron en su casa 100 millones de sestercios. Dormían sobre todo en los templos. Nuestros templos son los Bancos; en ellos se aglomeran tesoros incalculables, que en lugar de ser testimonios rígidos de un ideal religioso son agentes inquietos de un ideal materialista, y fluyen sin reposo. El oro era grasa, hoy es sangre, y su riego alcanza hasta los confines del globo. El dinero marcha también hacia la máquina.

A medida que el dilema de Hamlet nos estrujaba contra el surco extranjero, nos acorralaba en los pozos de las nuevas minas o nos aventaba a playas remotas, la aventura nos hacía costear precipicios siniestros en cuyo borde no crece la hierba, testigos de convulsiones posibles a cualquier instante. Vimos cráteres en ruinas, cenizas errantes del fuego jamás apagado, que acá y allá, sobre las viñas y los olivos clásicos, entre las nieves inaccesibles de las cimas o a través de las aguas del mar, asoma de repente su cabellera fulgurante. Y atendimos a la palpitación secular de la corteza terrestre: orillas que se van sumergiendo, ciudades muertas bajo las olas, montes que llevan en su antiquísimo lomo el osario curioso de los animales marinos, continentes dislocados poco a poco, islas que surgen y lagos que se ensanchan, toda la respiración enorme del monstruo dormido. Y todo era movimiento. Nuestros pies incansables y la quilla heroica de nuestros barcos abrazaron la tierra y la suspendieron; el planeta se desplomó en el piélago sin arriba ni abajo, en el abismo total. Su estela solemne fue la elipse que esperaba, prisionera en los libros desde hace dos mil años, el advenimiento a la dinámica: fue la línea inmóvil que se convirtió en trayectoria, y que dejó de representar la forma para representar el movimiento. Y aprendimos que el sol nos arrastra con él a lo largo de una órbita de centro ignorado, y que las estrellas no son clavos de cabeza dinámica, hundidos por la mano de Dios en la bóveda celeste, sino colosales antorchas lanzadas vertiginosamente a través del negro espacio. Y las nebulosas, en los archipiélagos del océano si-

deral, giraron en espirales de soles sin número. Lo infinitamente grande era movimiento. Ese movimiento se insufló en la estatua vacía de la razón, conmoviendo los moldes de nuestra inteligencia, y nos fue dado marcar y prever con exactitud maravillosa los episodios del firmamento. Al mecanismo de los astros respondió el mecanismo de la matemática. Se estremecieron los símbolos. Las curvas fueron rastro de proyectiles; nació el concepto de fuerza; y los algebristas se pusieron a construir instrumentos. Galileo ensayaba el telescopio y echaba los fundamentos de la estática, Huyghens perfeccionaba los relojes y Newton, el relojero de los mundos, sembraba la física futura en la *fluxión* con el cálculo de las variaciones infinitesimales omnipresentes. Nuestros sentidos conmutados en el de la vista, que es el analítico por excelencia, caminaron por los tubos y las redes de los aparatos y llegaron al extremo opuesto de la creación. Y no hallaron más que movimientos combinados. El microscopio reveló la agitación incesante de todas las granulaciones abandonadas a sí mismas en el seno de los líquidos. La química nos compelió a adivinar las moléculas, astros al revés que se deslizan, pasan y se precipitan perdurablemente, que en los gases bombardean a velocidades locas las paredes que los encierran. Los cuerpos sólidos fueron destituidos de su solidez. Las sustancias que nos parecen más inertes, el vidrio y los metales, ocultan en sus macizas entrañas una vida sorda y tenaz, según la cual durante meses y años, viajan los átomos a distancias increíbles, cambiando la estructura de la masa. Y en el corazón mismo de la materia, en el átomo al principio idéntico e indestructible, sospechamos una transformación continua, una organización compleja y mudable, una vibrante gama de eléctricas pulsaciones, bellas quizás como las conflagraciones solares más soberbias. Lo infinitamente pequeño era también movimiento. Y el movimiento reaparecía en nuestro esqueleto desmontable, en la sangre que latía en las arterias y en la voluntad y el pensamiento que acudían por las fibras nerviosas con velocidades que supimos medir. En el terreno biológico renegamos la noción de especie inamovible para adquirir la de especie cambiante, elásticamente dócil a incontables causas de mudanza. Huxley, Wallace, Darwin, anglos como Newton, se atrevieron a diseñar las órbitas de los seres en la inmensidad del tiempo. El Universo, las plantas, los animales y los hombres, fueron otras máquinas.

Una máquina es una unidad. La elevada preocupación de la unidad cosmológica había presidido a las concepciones religiosas del Oriente y había inspirado la más ingenua entre aquellas escuelas de la Grecia ilustre, comentada después por los gnósticos y por los teólogos cristianos. La unidad mecánica de todo exigió a nuestra mente arranques desesperados. Había que pasar de lo cualitativo a lo cuantitativo; no era con palabras con lo que había que guerrear, sino con hechos: había que traducir esa unidad en cifras. Las balanzas y los termómetros tenían que delatarla, las agujas tenían que señalarla con sus índices agudos, los lentes y los prismas tenían que retratarla con trazos y colores. Y así fue. A lo largo del calvario lento fuimos identificando el calor y las reacciones químicas con el movimiento molecu-

lar, la luz con el movimiento del éter, el calor con el trabajo cinético, el magnetismo con la electricidad, la electricidad y el magnetismo con la luz y con las afinidades químicas, el calor y el movimiento.

El rojo se diferenció del azul por un guarismo, y por otro se diferenciaron el rayo de la tempestad y el melancólico rayo de luna. Los elementos simples en que se habían descompuesto los cuerpos todos estaban apresados por la ley de acero de Mendeleeff. Leverrier, alzando la cabeza de sus fórmulas, decía a los astrónomos: Mirad hacia aquel rincón del cielo sombrío, encontraréis un mundo cuyo peso tengo aquí escrito de antemano. También Mendeleeff decía a los centinelas del laboratorio: Buscad hacia ese lado de la materia, encontraréis una nueva sustancia. Pero no bastaba; no bastaba que el espectroscopio, tamizando en un tejido de apretadas rayas la ola luminosa, mensajera del infinito, nos anunciara que los astros que nos contemplan desde los confines de lo creado tienen hidrógeno, carbono y hierro como nosotros. No bastó la identidad de los elementos en su primer origen. Hace veinticinco años que Sir Norman Lockyer descubrió en el sol un elemento desconocido, el hélium. Mucho después Rayleigh estableció que por nuestra atmósfera vagaba un gas que en la proporción de uno por ciento había sido hasta entonces confundido en el hidrógeno. Resultó que no era sólo un gas inerte el que había escapado a la penetración de los químicos sino cinco, el último de los cuales era precisamente el hélium. Era lógico que así como cuerpos conocidos en la tierra se obtenían más tarde en el sol, se obtuvieran cuerpos extraños en el sol que más tarde se volvieron a obtener sobre la tierra. Más extraordinario es lo siguiente: en 1904 Ramsay y Soddy demuestran que el hélium se forma de una emanación gaseosa del rádium. Fenómeno único: "el sueño de los alquimistas, si no realizado, al menos justificado. Bajo nuestros ojos un elemento se convirtió en otro elemento". La identidad de la materia se apoyó en una evidencia experimental. Y no obstante se había hecho ya algo mejor que identificar la materia: se la había suprimido. Lord Kelvin borró la materia de la realidad y se quedó con el éter. Los átomos no son sino nudos, remolinos de éter que conservan largo tiempo su actividad y su forma, puntos semi simbólicos donde se condensan las cargas eléctricas. Nada resta del Cosmos más que la infinidad del éter, cruzada, sacudida, surcada, retemplada con la innumerable multitud de ondulaciones, emanaciones y radiaciones estudiadas y por estudiar. Síntesis fulmínea en que apareciendo el éter como un simple soporte dialéctico, el Universo se reduce a movimiento puro. ¡Qué sacrificios para alcanzar la cumbre! Nuestra sagrada inteligencia se destrozó en la lucha; se metamorfoseó sucesivamente en todos los mecanismos que creaba: alerta siempre, se somete hoy a un esfuerzo más para interpretar el desconcertante problema del rádium, enigma ubicuo que ha venido a arruinar el principio de la conservación de la energía; se crispa otra vez para comprender la aparición repentina de las especies en las capas geológicas y en los experimentos del insigne Vriles, inventor del concepto de mutación que quizá sustituya al de evolución. Nuestras ideas de espacio y de can-

tidad se retorcieron para marcar el relieve terrible de los fenómenos. Hubo que violar el postulado de Euclides, imponer a los sentidos deformados la cuarta dimensión, hincar entre lo infinito y lo finito la cuña de lo transfinito, manejar lo imaginario y desarrollar lo absurdo con método inflexible. Pascal, que lo ha dicho todo, profetiza que un día el principio de contradicción estará de sobra. Y ciertamente que por dar la unidad al mundo hemos en ocasiones atentado a la unidad de nuestro ser. El concepto de verdad mismo se ha desvanecido; la ciencia es un desfile sin fin de hipótesis, moldes cada vez más amplios, destinados a cuajar mayor número de hechos. Todas las hipótesis son verdaderas, todas son falsas, ondas que se ensanchan y mueren unas detrás de otras lejos de la esperanza y de la paz. La realidad es lo que las máquinas opinan. No hay sino el rodar desmesurado y eterno de la máquina, el rodar mortal en que la razón humana no sabe si es la honda o es la piedra.

Y la humanidad se hace máquina ella misma. Es que las máquinas salieron del apetito, de la codicia y de la ambición. Es que ellas trajeron el pan y el lujo, la victoria y la venganza. Es que ellas nos emanciparon del medio y nos narraron al oído el sueño sublime de encadenar a la Naturaleza. Es que ellas han hecho que los torrentes devastadores se paren a regar jardines y que los vientos indómitos empujen las carabelas inmortales; han despertado a golpes de pico el negro titán que dormía en las entrañas de la tierra; han aprisionado la centella salvaje, que en vez de asesinar lleva el pensamiento por un hilo, y en vez de cegarnos un instante ilumina confidencialmente las noches de estudio, de dolor o de ensueños; han barrido a los invasores y han agujereado las montañas; han hecho el perenne milagro de aniquilar el tiempo y la distancia, y de multiplicar el alimento y la vida. Nos han persuadido de que el Universo es nuestro cómplice, y de que jamás encontraremos en las retortas nada que nos disminuya. La energía de las máquinas nos parece una prolongación de nuestra voluntad, de nuestra dirección y de nuestro designio. Embarcados en ellas hemos avanzado en la sombra, hemos descendido al abismo, hemos arrancado al misterio cosas informes para esculpirlas después. Armados de ellas hemos agrandado la armonía alrededor de nuestra inteligencia, y por cada paso nuestro hacia adelante, ha retrocedido otro la casualidad. El fuego, la pólvora, el vapor y la electricidad cumplieron lo que prometían, lo que jamás hicieron las divinidades y los reyes. Por eso los hombres se consagran a la máquina; por eso cada hombre será una rueda y su deber consistirá en un engranaje. Por eso el mecanismo regular del oro va sustituyendo al mecanismo espasmódico de la guerra, y la sociedad entera va organizándose como una imponente empresa industrial.

La máquina fue quien mató a los monarcas y a los dioses: el movimiento mata a lo inmóvil y lo que trabaja mata a lo imposible. Una tras otra cayeron y caerán nuestras rigideces inestéticas, chicas o grandes, religiosas y públicas. Los bloques de una pieza sobre los cuales construimos nuestros efímeros reductos morales fueron aislados, socavados y cubiertos por la inundación dinámica. Oíd la inmutabilidad de Dios cantada por Fenelón: "...Vos sois,

y se ha dicho todo... Yo no soy, Dios mío, lo que es; ¡ay! yo soy casi lo que no es; me veo como un medio incomprensible entre la nada y el ser; yo soy lo que ha sido, yo soy lo que será, yo soy lo que ya no es lo que ha sido, yo soy lo que todavía no es lo que será; y entre estos dos, qué soy, un yo no sé qué, que no puedo coger, que se escapa de mis manos, que ya no es desde que quiero cogerle o percibirle; un yo no sé qué, que acaba en el instante que comienza, de suerte que no puedo ni por un solo momento hallarme fijo a mí mismo, presente a mí mismo, para decir siplemente: yo soy; así mi duración no es otra cosa que un perpetuo desfallecimiento". Hoy, el creyente de la máquina, diría: —Soy un perpetuo desfallecimiento, y tú eres lo inmutable; por lo mismo yo soy necesario y fecundo, tú eres inútil. Existes y se ha dicho todo; por lo mismo no existes—. Y los dioses parásitos desaparecieron. Las flechas de los campanarios están en soledad. Las oraciones no llegan hasta ellas. Los templos, a veces rebosando de cuerpos, están vacíos de almas. Se es católico por costumbre o por política. De una secta que dominó la civilización no queda más que un partido, un negocio. Se acabaron los santos y los herejes. Somos ya incapaces de construir una catedral que no sea ridícula, y de escribir un libro místico que no sea grotesco. El colosal cadáver está tibio aún, pero nadie se engaña.

Si los dioses no lograron resistir a la máquina, ¿cómo resistirán los que imperan en nombre de los dioses, y representan la autoridad incomprensible y arbitraria de lo absoluto? Los gobiernos son todos malos, porque están encargados de mantener el orden, es decir, de estorbar el movimiento. Se conservan con una relativa estabilidad donde se han comprometido seriamente a no hacer nada. Mas no es esto suficiente. En medio de la circulación universal son obstáculos pasivos e irritantes, que el torrente humano se cansa de rodear todos los días. De cuando en cuando las máquinas de muerte que pusieron en manos esclavas, se vuelven contra ellos, y la misma dinamita que raja los montes para las locomotoras, hiende el cráneo estúpido de los que tardan en marcharse. No es el ejemplo de Rusia el que viene a mi memoria, sino el tipo medio del gobernante, el que se destierra de la verdad, rodeado del enjambre de zánganos cuyo único oficio posible es la política. Luis XVI acostumbró desde adolescente a consignar en un cuadernito los acontecimientos diarios. Nada tan sugestivo como la ausencia mental de este desgraciado, que nunca se enteró de lo que pasaba en su país. La ocupación favorita del Rey era la caza. Según las estadísticas que él mismo preparaba, Luis XVI mató en trece años 189.251 piezas y acostó 1.274 ciervos; el 28 de junio de 1784 mató 200 golondrinas. Anota en su diario los 43 baños que le recetan en 26 años, dos indigestiones, varios resfríos y ataques de hemorroides. Cuando no hay caza, audiencia ni indisposición, se contenta con escribir: "Nada"... Las convulsiones de Francia no llegan hasta él. En todas las fechas famosas de 1789 y de 1791 se encuentra en el cuadernito la sempiterna palabra: Nada. El ungido de Dios no sabía nada. La gui-

llotina, que es también una máquina, despidió esta cabeza huera al cesto de las cosas inservibles.

El hombre rechaza por fin las tutelas humanas y divinas. Nos quedamos solos porque fuimos más fuertes.

Hemos aceptado la plena responsabilidad de nuestro futuro. Hemos rasgado el cielorraso mitológico que nos separa del firmamento vacío y al cabo miramos el Universo cara a cara. Hemos rehusado la ayuda de los dioses y de los vicarios de los dioses: mucho les debíamos pero les hemos despachado bien pagados. No queremos depender de la misericordia ajena, sino ser nosotros mismos los sembradores del porvenir.

Señores: jamás ha sonado en la Historia hora tan trágica. Todas las luchas de ayer, luchas de conquista religiosa o de conquista guerrera, fueron luchas humanas; ahora la humanidad comienza la lucha con algo extrahumano: la Naturaleza. Se concluye o están por concluirse los combates dentro de la isla; se acerca el gran combate con el mar tenebroso. Toda nuestra evolución pasada parece en vista del duelo definitivo. Y al primer contacto, amor u odio entre la Naturaleza y el hombre, se engendró la máquina, monstruo híbrido que enrosca en el seno del caos las raíces oscuras de su materia y de su energía cautivas, y en cuya forma resplandece la inteligencia humana. La mole cierra el horizonte y se agiganta cada día. No podemos comunicar con el más allá, batirlo y enamorarlo sino a través de la máquina; el más allá a través de la máquina nos acecha, nos seduce o nos amenaza. La máquina es la frontera común, el arma, el escudo y el signo recíprocos, la puerta por donde entra la vida o la muerte, el extremo inteligente de la realidad y el extremo real de nuestra alma. Muy necesaria debió ser la máquina a nuestro destino y al destino de la Naturaleza misma, para hacernos renunciar al progreso humano y resignarnos a la servidumbre cruel del trabajo automático. Muy necesaria era cuando nos arriesgamos temerariamente a maniatar los instintos fundamentales de nuestro ser y a represar en nuestros débiles depósitos las fuerzas misteriosas de lo desconocido. Sobre el abismo tendimos un puente. En la máquina chocarán quizá mañana, dentro de mil siglos, nuestro verdadero espíritu y el verdadero espíritu de la Naturaleza. ¿Quién sabe? Vivir es creer. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Nos sentimos en marcha, en marcha eterna. El soplo de lo irreparable acaricia nuestras sienes sudorosas.

EL TERROR ARGENTINO

LA TIERRA. LOS SALARIOS

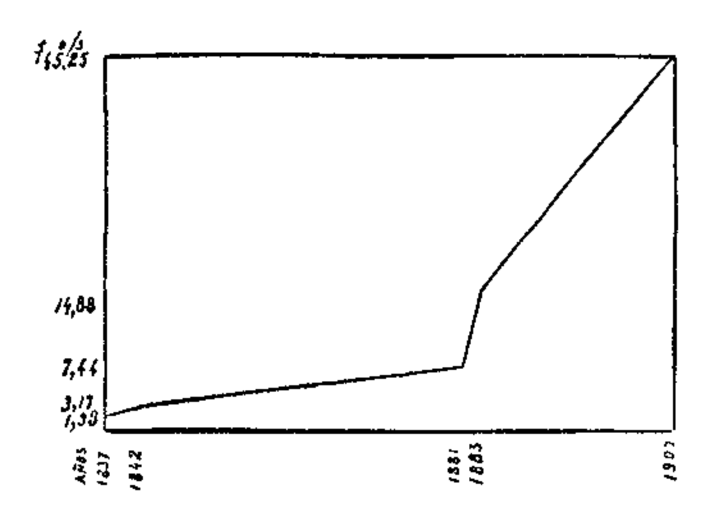
El inmenso territorio argentino está casi despoblado aún. Como hay en él una paz suficiente, y una libertad por lo menos escrita, la población rural se densificaría con rapidez si entre los inmigrantes y la tierra no se interpusiese un grupo de poseedores. Ninguna ley facilita el amplio acceso del proletariado a la propiedad inmueble. En la Argentina no se conoce el tipo del pionero. Los privilegios de la colonización han mantenido, bajo una forma distinta, el viejo monopolio de las mercedes reales. Hay todavía latifundios a las puertas de la capital. La industria ganadera, combinada con la agricultura extensiva, constituye el sistema económico de los estadios primitivos, ineptos a la gestación de una democracia segura. Los hombres, desalojados por las vacas y las ovejas, y paralizados por el aislamiento, no consiguen organizar y poner de pie su derecho a la vida. Era inevitable el desarrollo de una aristocracia de terratenientes, de corredores y de políticos, concentrada en Buenos Aires, núcleo luminoso del cometa cuyo cuerpo sin masa flota entre los Andes y el Atlántico.

Se ha dicho que Rusia es un país de mendigos y de príncipes. Sería tosca exageración afirmar algo semejante de la República Argentina, pero comparad la marcha del salario con la de la renta. La Independencia Nacional brilló desde 1810 para los ricos, mas no para los pobres, sometidos por la ley de conchabos, vigente hasta fines de la centuria, a una servidumbre peor que la del coloniaje, en tanto que enormes feudos eran distribuidos entre los favoritos del poder. Los salarios han sido frecuentemente escamoteados a mansalva, mediante las emisiones de papel moneda, especulación de una minoría. Hoy, gracias a las gabelas y a las tarifas proteccionistas, los artículos de consumo se han encarecido al punto de hacer problemática la suma de los salarios reales. Apenas si ha comenzado a descender el nivel medio del dolor...

Los dos tercios de las explotaciones agrícolas están en arriendo, por lo general sin contrato que asegure a los arrendatarios el goce de las mejoras que producen y la tranquilidad de un hogar estable. Expuestos a ser inopinadamente despedidos, no se arriesgan a salir de lo provisorio. No habitan; acampan. Se guarecen en chozas de techo de zinc y piso de fango. ¿Cómo se alojarán los simples asalariados del labradío? Son una horda que vivaquea sobre la Argentina. Empujados por lo precario de su situación, más devastan los campos que los fecundan. De aquí el rápido empobrecimiento de las tierras. Raro es el peón fijo que obtiene 40 pesos al mes. Durante una corta temporada los que cosechan el trigo logran 4 ó 5 pesos al día. Bregan de sol a sol, salvo la media hora que emplean en deglutir una bazofia repulsiva y cara. Sitio hay en que ni del agua disfrutan, por ser salobre. Se les ha visto volverse a pie a Buenos Aires. En Australia un esquilador de ovejas duerme en su cama. En la Argentina gana la mitad y duerme en el suelo. Si el 40 por 100 de los inmigrantes, concluidas las labores de la recolección, emprenden de nuevo su costoso viaje hacia la miseria que en Europa les aguarda, es porque en la Argentina no hay para ellos ocupación ni refugios posibles. Son rechazados por una sociedad donde caben y se reclaman brazos sueltos, pero no familias; que alquila el plasma humano, pero no lo adquiere, lo fija ni se lo incorpora. Y no insistiré en los abusos de ciertos ingenios y de los obrajes y yerbales próximos a las fronteras. Allí se estafa al trabajador, de acuerdo con las autoridades; se le tortura y se le caza a tiros cuando intenta huir.

En Buenos Aires el salario normal oscila de 1.50 a 3 pesos. Cincuenta mil obreras se resignan, en su mayoría, a salarios de hambre. Las costureras de blanco, las chalequeras, pantaloneras y afines trabajan 14 y 16 horas diarias para no perecer. Hay aprendizas que se sostienen con cincuenta centavos. El kilo de pan cuesta 0.30, la papa, 0.15, los porotos, 0.25, un repollo, 0.10. La fruta es inaccesible. Los precios de la carne y de la leche se han elevado tanto que hace poco la Dirección de la Asistencia Pública aconsejaba instalar puestos para venta de carne de caballo, de mula y de burro. ¿Y qué decir de los alojamientos? Los conventillos de Buenos Aires son ya célebres en los anales de la patología social. Tribus enteras se amontonan en pocilgas que rentan 25 y 30 pesos al mes y donde la mortalidad llega al 19 por mil.

Escuchad ahora. Mientras el salario alcanzaba penosamente las cifras que habéis leído, ¿qué sucedía con el valor de la propiedad? En veinte años los latifundios se han valorizado *cincuenta* veces. Al sur de la provincia de San Luis, por ejemplo, la hectárea valía 0.50 hacia 1895. En 1905, se han vendido más de 24 mil hectáreas a 19.40. Respecto a los inmuebles urbanos, he aquí, entre cien, un diagrama que tomo del doctor Justo, sobre la valorización de la esquina de las calles Balcarce y Chile. La horizontal indica los años y la vertical el precio del metro cuadrado en pesos oro.



Este violento contraste entre la prosperidad del hombre que *posee* y la del que *trabaja* en la Argentina, tuvo que abrir entre ellos un abismo de incomprensión y de odio.

PSICOLOGIA DE CLASE

El río y los ferrocarriles hacen el drenaje de la dispersa riqueza, condensándola transitoria o permanentemente en Buenos Aires, que es el mercado, el puerto, la aduana; que es la capital, por ser el capital, anexando el gran volante de la administración a la feria de las vanidades y de los negocios; Buenos Aires, que por ser caja fuerte es tribunal y cuartel; Buenos Aires, alambique céntrico, teatro instructivo de la lucha de clases en la América latina; Buenos Aires, donde los miles que usufructúan el lujo y los cientos de miles obligados a fabricar el lujo y a usufructuar la indigencia, se mezclan unos con otros en la democracia de las calles —la única democracia de estas latitudes—, se aprietan y se frotan, cargándose de una electricidad de venganza... Pero no simplifiquemos tanto; el comercio, las oficinas, el ejército y la iglesia, tienen su proletariado, dependientes, empleadillos, estudiantes-reporteros, acólitos de suburbio, reclutas del fusil y del remo, todo un proletariado que, sea por la esperanza del ascenso, merced al engranaje del escalafón o a la "manito" criolla, sea por natural abatimiento de espíritu, es un proletariado conservador, incluible como aliado, acaso fiel, en la clase poseedora. Sería injusta una acusación radical de parasitismo. Por más que la actividad de los poseedores, considerada en su complicado conjunto, se encamine a defender y multiplicar la posesión privada, manteniendo en una depresión semimproductiva a los innumerables no-poseedores, esto no se ejecuta ciertamente fuera de los moldes del trabajo moderno. Los soberbios servicios urbanos, las instalaciones de edificación, de tránsito y de enseñanza, introductoras de la cultura europea y norteamericana, encierran un valor social positivo y abosluto. Son el discreto lastre de la fastuosidad bonaerense, que sólo a los ojos de los turistas y en boca de los empresarios pasa por exponente del bienestar colectivo.

No hay bienestar colectivo. Hay bienestar de una clase, cuyo dogma for-

zoso es la propiedad. ¿Cómo ha de resistir la mente del propietario a la virtud operatoria de la renta? Ayer poseíais uno, y hoy, sin más molestia que la de cruzaros de brazos, poseéis diez. Es el milagro burgués de los panes y de los peces. "Donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón". El propietario sabe que su alma de oro es inmortal. Sabe que después de muerto y enterrado continuará manejando sus bienes. Los bienes son el bien. La propiedad es Dios. El Banco es el templo. La sagrada escritura económica es el código, que manda al pobre seguir siendo pobre, y al rico seguir siendo rico. Jamás, en ninguna parte, aplicó secta alguna con semejante intransigencia un texto de teología. Los jueces de Buenos Aires han castigado con cuatro años de cárcel a un infeliz que había sustraído un dedal, y con seis a otro que se había apropiado un pantalón. Por robar dos flacas gallinas, se ha dictado recientemente en La Plata una condena a dos años de prisión mayor. Se reserva la piedad para los homicidas románticos y la envidia para los ladrones legales. El ratero hambriento es un can rabioso. No busquéis en la Argentina presidentes Magnaud, que suavicen, al calor de la verdadera justicia, la barbarie anacrónica de las leyes. La pobreza es una circunstancia agravante y una presunción del delito.

Las costumbres están de terrible acuerdo con la ley. La religión de la propiedad se arraiga tanto más en los poseedores cuanto menos religiosos son. El poseedor argentino es ateo; la mujer es supersticiosa. Para el uno el vaticano-sensual a la moda es un espectáculo agradable, que entretiene las mañanas como el teatro entretiene las noches. Para la mujer es además un *flirt* con los fetiches. Al lado de la Virgen de Luján y de San Expedito, el viejo Cristo enamorado de los pobres resulta un poco anarquista. Hubo que arreglarlo para el uso platense, habilitándole con un pequeño capital. No se concibe un Cristo que no sea, ya que no estanciero, siquiera propietario y conservador. Las casas católicas de este Jesús elegante no se asemejan al establo de Belén ni a los conventillos del Sur. Están copiosamente subvencionadas. Hojead el *Diario de Sesiones,* y hallaréis a cada rato listas por el estilo de la siguiente:

La Santa Familia (Banfield), 1.500 pesos de aumento en el presupuesto de la Nación.
Iglesia del Rosario de la Frontera, 25.000 pesos.
Templo del Belgrano (Santiago del Estero), 10.000 pesos.
Iglesia de Jujuy, 10.000 pesos.
San Francisco (Jujuy), 10.000 pesos.
Obispo auxiliar, 3.600 pesos.
Iglesia de Santa Rosa, 5.000 pesos.
Iglesia del Rosario, 5.000 pesos.
El Carmen (Santa Fe), 5.000 pesos.
Hermanas Adoratrices (Santa Fe), 3.000 pesos.
Hermanas Capuchinas (Rosario), 5.000 pesos.
Hermanas del Huerto (Santa Fe), 5.000 pesos.

El Huerto (Esperanza), 500 pesos.
Iglesia de Rioja, 40.000 pesos.
Sagrado Corazún de Jesús (Rioja), 200 pesos mensuales.
El Buen Pastor (Catamarca), 7.000 pesos.
Hijas del Corazón de María, 8.000 pesos.
Buen Pastor (Córdoba), 8.000 pesos. . ., et sic de coeteris.

Los conventos son industrias dignas de protección. En ellos se cose, se plancha, se guisa, se ordeña, se crían aves de corral y hortalizas y frutas y legumbres, haciendo al salario laico una santa competencia. Están bajo la advocación de patronos que son patrones, y tienen su correspondiente proletariado, con mártires de carne y hueso. De seguro recordáis aquella niña tísica que faenaba en uno de los numerosos "Sacré Cœeur". Las hermanas ponían su cuerpecín moribundo en cuatro patas, y le hacían lavar pisos. No olvidemos que la beneficencia, hasta cuando es menos cruel, hace bajar los salarios. Si la regalaláis 2, el trabajador a quien se pagaba 5, se conformará con 3. ¡Triste ley económica, repetidamente comprobada! ¿Triste? Quizá profética. Quizá nos advierte que no son lícitas las ventajas que no se deben al propio esfuerzo y a la propia voluntad. Júzguese, pues, el alcance de la corriente beneficencia porteña, pretexto de bailes y quermeses, cuyo vano júbilo empapa de insulto la limosna. Júzguese de una caridad que, alimentándose de loterías, se prostituye al juego, divinidad menor cuya pagoda —el Jockey Club— es el segundo hogar de todo caballero distinguido. Salvo las erogaciones estrictamente eficaces en su carácter técnico, y que se refieren al servicio de hospitales, no cabe duda que por abaratamiento de la mano de obra o por el mecanismo del azar, las sumas de la beneficencia estrepitosa regresan en silencio a las arcas de donde salen, lo cual acontecería de igual modo aunque no interviniera un clero que, entre otras cosas, se dedica a colocar específicos y a bendecir los perros de los *sportsmen* millonarios.

¿Será menester anotar que no pinto la excepción, sino los rasgos vulgares? ¡Sublime excepción! El salvavidas de Viale nos consuela de la tragedia ignominiosa en que la oficialidad de un buque náufrago sacrificó a los humildes marineros. La excepción es la que nos hace vivir. La humanidad, en que lo *humano* es siempre la excepción, se vuelve más exigente, más iracunda consigo misma al volverse más perfecta; de este ideal de perpetua angustia está hecha la majestad de nuestro destino. La estructura argentina habría sido maravillosa hace doscientos años; hoy somos bastante crecidos para decir que es egoísta, mala, feroz, abominable. Por ser mejores nos asiste el derecho de ambicionar, de exigir, de imponer más belleza y más luz.

Las taras hereditarias del poseedor argentino agravan la virulencia de su culto a la propiedad. El latino —ateo, supersticioso o fanático— es mucho más inteligente que el anglosajón —de religiones bajas, compactas y sólidas—. El latino es múltiple, irregular, burlón, escéptico y entusiasta, indolente y convulsivo, ingenioso, embustero. El anglosajón es torpe, homogéneo, unila-

teral, obstinado, recto, leal. El latino inventa leyes bienhechoras, pero el anglosajón, el que las adoptó sin entenderlas, las adapta y las cumple. El latino imagina la libertad, pero es el anglosajón el que la disfruta. El latino —y el español, sobre todo— es irrespetuoso con las personas, agresivo, inquisidor. El anglosajón se abstiene de molestar a sus conciudadanos. Incalculable trascendencia de tan sencilla actitud: abstenerse —es decir, ahorrar y utilizar las energías que los latinos evaporan en aborrecerse, perseguirse, arañarse e increparse entre sí—. El latino asocia las ideas, pero el anglosajón asocia los hombres. El anglosajón procura obedecer con idéntica solicitud todas las leyes, porque es honrado. El latino obedece unas sí y otras no, porque es tramposo. Así como en España los únicos reglamentos que se cumplen son los relativos a las corridas de toros, en la Argentina las únicas leyes que se cumplen —¡y con qué felina precisión!— son las relativas al confinamiento económico de los desheredados. Las libertades políticas, ilusión, desahogo del obrero tímido, no se han conocido nunca en Sudamérica. De México al Cabo de Hornos reina una tiranía de mercaderes. Entresaco de mis apuntes de actualidad de 1909.

"Ha habido elecciones en Córdoba. Según el telégrafo, millares de ciudadanos se han vuelto a sus casas, imposibilitados de votar. Ha habido elecciones en Rosario. Según el telégrafo, sólo votaron los elementos reclutados por el oficialismo con libretas que se distribuían al montón. Hubo elecciones en San Luis. Según el telégrafo, los votantes fueron citados por el jefe político, que les iba pidiendo el voto. En Buenos Aires la Unión Nacional sostiene la candidatura de Sáenz Peña, y la Unión Cívica sostiene la de Udaondo; las dos Uniones se increpan mutuamente. La Cívica dice que su adversario está a las órdenes del Ejecutivo. La Nacional invoca el caso de Palermo, "en que el padrón original fue hallado por la policía en el Comité de la Unión Cívica, cuyos miembros estaban manipulando a solas las tachas". Cívica, Nacional... ¡a cualquier cosa llaman las patronas chocolate! Manipular tachas... ¿qué cocina es esa? El diario más sosegado de la República concluye: "Esto de la compra de votos, y de los registros falsos, y de las canchas de taba adyacentes al comicio, es clásico hasta el fondo de las entretelas". Figueroa Alcorta indulta a un condenado por fraude electoral, y hace bien. El fraude no es un delito, es una costumbre. ¡Además, el pobre Llames tenía tantas desgracias encima! Era borracho, pendenciero y ladrón. Se ha fallado el proceso contra los ladrilleros: un señor Ferreyra, ansioso de representar a su país, se entendió con la Sociedad Fabricantes de ladrillos de la capital. Ferreyra se comprometía a obtener la modificación de ciertas ordenanzas, y los ladrilleros firmaron el acuerdo siguiente: "Para las elecciones de 1910, cada socio firmante deberá proporcionar al señor Ferreyra diez votantes, o en su defecto abonarle la suma de doscientos pesos para suplir dichos votos". El defensor de Ferreyra estuvo oportuno: "Se trata de un pacto perfectamente legítimo, dijo; este sistema es conocido y practicado por todos los hombres políticos y todos los partidos que aspiran a gobernar»".

Las grandes compañías tienen a sueldo a los caudillos *democráticos*. El Poder Legislativo y el Ejecutivo son simples dependencias de los Bancos, de los ferrocarriles, de las empresas y de los negocios particulares. La ley social ha sustituido a los jueces, menos plásticos, por los pesquisas. La abstención electoral de los probos es casi absoluta. A pesar de la tarifa del voto (de 15 a 20 pesos) y de arrearse a las urnas al personal de las reparticiones y los difuntos, no votaron en 1908 sino 25.283 electores y no se inscribieron sino 68.643, para la población masculina de una ciudad de 1.200.000 habitantes. En la provincia se asesina sin mayor tropiezo a los periodistas de la oposición. Los doctores pululan. Los más solemnes plumean sobre acertijos jurídicos o históricos, y van a La Haya a proponer teorías de alto derecho internacional, sin preocuparse de la inhabitabilidad política de su país. Los literatos oscilan de una glacial erudición a un preciosismo importado. La prensa, cuyo mérito se avalúa por lo que pesa el papel de cada número, es un largo índice informativo y comercial, despojado de toda significación elevada, de toda valentía, de toda graciosa sutileza. Es una prensa castrada y gorda como aquellos a quienes sirve; una prensa que se viste del talento extranjero, y que trata las hondas cuestiones nacionales con la hipocresía o el mutismo de las conciencias compradas. Ante la ley social del 28 de junio, que da el supremo puntapié a la Constitución argentina y a las libertades conquistadas en cuatro siglos, entre ellas la de pensamiento y de imprenta, ¿qué ha hecho la famosa prensa bonaerense? Oponer el impudor de la meretriz o la inercia del cadáver. ¿Qué importa? Por el momento, las cifras de la exportación y de los depósitos bancarios no bajan. Es lo principal. ¿No se opina así en los Estados Unidos? ¿No ha cacareado Roosevelt en el Cairo, en Roma, en Berlín, en París y en Londres que el primer deber del patriota es hacerse rico? Norte América produjo algo más que este infatigable Pero Grullo. Emerson y Whitman fueron norteamericanos. La fase aguda del capitalismo yanqui ha pasado ya. Hay un William James que dice: "¿No sería la pobreza el verdadero heroísmo? ¿No nos representamos lo que era el antiguo ideal de la pobreza: la emancipación de toda ligadura material, la perfecta integridad del alma, el desdén viril de las cosas de la tierra, el derecho de entregar la vida en cualquier instante, sin incurrir en ninguna responsabilidad; en una palabra, la actitud atlética, el alma siempre dispuesta al combate de la vida?... Sucede con frecuencia que el deseo de ganar dinero y el miedo de perderlo son los mayores estimulantes a la cobardía, a la corrupción radical. En miles de circunstancias un hombre encadenado por sus riquezas es forzosamente un esclavo, mientras que un hombre para quien la pobreza no tiene nada de espantoso se convierte en un hombre libre". ¿Cuándo, desde una cátedra universitaria, se dejarán oír estos acentos en Buenos Aires? Los Morgan, los Carnegie y los Rockefeller, vencidos por el nuevo ambiente humano, se avergüenzan de sus millones y los restituyen. ¿Cuándo se les podrá imitar en Buenos Aires sin arriesgarse a la descalificación pública? La Argentina no es aún más que un país decapitado que digiere.

¡Ah, el desprecio del pobre, el asco del obrero, la delicia de atormentar al débil! Por las venas del poseedor argentino corre la sangre torquemadesca de los aventureros que sepultaban a los "infieles" americanos en las minas o los quemaban vivos. Se adora la cruz crucificando al prójimo. Se adora la propiedad expropiando los tuétanos del prójimo. He aquí noticias frescas de la madre España: "4 de junio. — Un obrero se presentó a consultar a uno de los médicos del Patronato contra la tuberculosis, establecido en Barcelona. El doctor que le auscultó notó sobre el brazo derecho un tatuaje representando una alegoría revolucionaria. Los miembros del Patronato y las damas del comité se indignaron y resolvieron hacer desaparecer este tatuaje. Se ensayó inútilmente catequizar al obrero, luego le negaron ciertos alimentos, con lo que se debilitó más todavía. Finalmente se resolvió hacerle una operación sin tener en cuenta su estado de debilidad que hacía imposible el uso de cloroformo. Cuando los médicos le hubieron arrancado la piel, le enviaron en un estado deplorable al doctor Queraltó, que denunció el hecho en una reciente conferencia y ahora es objeto de las persecuciones del Patronato" (*Le Matin* y otros periódicos franceses). "Tal madre, tales hijos". En la Argentina, donde no hay quien se apasione teologalmente hasta ese punto, el poseedor o la autoridad grande o chica hace de ortodoxo, y el pobre hace de hereje. Un oficial le atraviesa la ingle con la espada a un conscripto, "porque no marcaba bien el paso". Extracto del informe sobre otro conscripto, Gismani: "Está probado que Gismani padece de una bronquitis asmática crónica... El sargento Pedroza oyó decir durante el descanso, al soldado Gismani, que aunque le dieran de palos no trotaría más por no poder ya hacerlo, y entonces mandó formar inmediatamente y ordenó diversos movimientos al trote... El soldado Gismani, después de dar algunos pasos al trote, terminaba dicha instrucción al paso, contestando al sargento Pedroza, que cada vez le gritaba que trotara: «¡no puedo trotar, mi sargento!»" El consejo supremo de guerra sentenció al conscripto Gismani a tres años de presidio, por insubordinación. Del Santo Oficio policial hablaré en seguida. Los inmigrantes son "gringos", "gallegos", acreedores a motes viles y la mofa sempiterna; mientras un capricho de la casualidad no los saque de pobres, estos desgraciados que proporcionan bloques de oro a cambio de un pedazo de pan, no son sino "hijos de la gran puta". En 1890, los "muchachos" de los cantones se solazaban en fusilar metecos distraídos. Mataron así a muchos trabajadores que cruzaban las calles, albañiles en los andamios, etc. Llamaban a tan chistosa operación "cagar gringos". La dorada juventud que se alineaba por las tardes en ambas veredas de la calle Florida para atentar al pudor de las señoras indefensas, acudía por las noches a las casas de prostitución, para destrozar el mobiliario y azotar a las mujeres. Uno de estos "indios", y digo indios puesto que se denominaron a sí propios "la indiada", mató de un tiro de revólver a un niño lustrabotas, porque no le hacía brillar bastante los botines. ¿Impunidad? ¡Claro es! Impunidad —y aplausos sinceros, de añadidura— hubo para los "indios" estudiosos que en Mayo, du-

rante su grotesca cruzada contra la clase obrera, atropellaron e incendiaron hogares pobres. Estragos son de la codicia disolvente, que nos hacen dudar de la cohesión misma de los poseedores frente a un peligro serio, y del mínimum de solidaridad que se requiere en el caso de un conflicto exterior. No obstante sus Dreadnoughts lucrativos, la Argentina no es temible. Los jóvenes ricos de Nueva York iban voluntarios a Cuba. Al solo anuncio de la guerra con Chile, los de Buenos Aires se escaparon a Montevideo.

Lo que presta un sabor dramático a la escena colectiva es, en los propietarios-dirigentes, su ignorancia de las formidables realidades que les rodean. Ignorancia sentimental en primer término: su género de vida les incapacita para representarse las congojas y las rebeldías del proletariado. ¿Cómo, los que únicamente se apuran por el precio de los automóviles o de los rubíes, comprenderán el sufrimiento del hombre que no puede hacer remendar sus zapatos o de la hembra que no puede ofrecer una taza más de leche a su hijo? Unos cuantos niños ricos remitieron a *La Nación* ropas viejas para los niños pobres, con esta postdata: "Las que no crea conveniente dar, señor director, úselas para limpiar las máquinas". Los pobres son máquinas. Los ricos presencian la insurrección de las máquinas llenos del estupor con que Balaam oyo hablar a la burra. Para ellos la miseria es un cuadro donde surgen extrañas figuras sin espesor. Hora vendrá en que aprecien todo su siniestro volumen. Examinad en segundo término la ignorancia, menos excusable, de los hechos históricos y contemporáneos. El poseedor argentino ha demostrado que ignora las decenas de millones de obreros organizados para la lucha económica en el mundo, provistos de una doctrina científica y filosófica, un heroico misticismo y un irresistible plan de campaña. Ignora que decenas de millones de obreros están unidos en la convicción de que es indispensable socializar la tierra y los instrumentos de trabajo y suprimir lo que resta del principio de autoridad, rematando el proceso emancipador comenzado hace veinte siglos. Ignora que los doscientos mil obreros de Buenos Aires son una ola del océano internacional. Ignora lo enorme, como el insecto ignora la montaña. En el Parlamento se ha consagrado oficialmente esta ignorancia monstruosa. Se ha votado una ley social sin que un diputado ni un senador haya aducido un argumento de índole social, un dato, una cifra sobre la distribución de la propiedad, sobre los salarios o sobre la renta. "Desde que el anarquismo es un principio según el cual no se conoce ni ley, ni Dios, ni patria —mugió un docto senador— resulta que podríamos compararlo con una reproducción de los antiguos vándalos que destruían por destruir". Nerón y sus amigos creían también que los primeros cristianos adoraban a un Dios con cabeza de burro... Los "intelectuales" han confundido el terrorismo con el anarquismo, revelando que ignoran la existencia del apóstol Tolstoi, del crítico Anatole France, del sociólogo Kropotkin, de los genios y santos anarquistas que son la honra de la civilización. Han revelado que ignoran hasta los recursos del proletariado de Buenos Aires, ellos, que saben el dinero que cuestan las ridículas manifestaciones pro Sáenz Peña o pro

Udaondo, ellos, que han visto mitines de sesenta mil trabajadores bajo la inminencia de las balas. Se figuran que la policía lo remediará, como si se tratase de una banda de cuatreros. "¿Qué es esto? —preguntaba Luis XVI desde la ventana de su palacio—, ¿un motín?" Igual inconsciencia del poseedor argentino ante la más profunda de las revoluciones. Está persuadido de que la humanidad ha alcanzado su meta; de que el orden actual es inmejorable, de que no hay nada que añadir a la historia, de que no queda espacio en que avanzar. Está persuadido de que él es la patria, la sociedad y el planeta, inmóviles en su beatitud de cosas intangibles... *E pur si muove!* En el fondo del valle florido los falsos poderosos comen y se divierten. Allá arriba, en las ásperas gargantas batidas por la nieve y fecundadas por el cielo, se forma poco a poco el fatal alud de la justicia.

EL TERRORISMO

Un socialismo a la alemana o a la inglesa no era viable en Buenos Aires. La ausencia de sufragio y de industrias fabriles, las razas predominantes en la inmigración, la desnudez del proletariado, el cinismo de los poseedores y la ineptitud incomparable de los gobiernos burgueses acarrearon la "acción directa", desde la huelga a la dinamita.

Los poseedores afirman que el terrorismo es importado. ¿Pero por qué no estallan bombas ni en Inglaterra, ni en Suiza, repletas de terroristas? No. Las bombas estallan donde hacen falta y hay motivo para ello: Rusia, España, Argentina. El credo revolucionario de los pobres no viaja ya en los bolsillos de los profetas. El anarquismo es hoy una atmósfera moral que penetra los últimos escondrijos del globo, y querer detenerlo en la dársena es querer detener el viento. Bloquead Buenos Aires, y le convertiréis en bomba máxima. El terrorismo es obra vuestra, y sea dicho en honor de la Argentina: su anarquismo es argentino, y único fermento de verdadera evolución hacia el bien. ¡Locos! ¡Dejad a vuestro proletariado, a la sustancia sana y sufrida y valerosa de vuestro país, en contacto con los gérmenes que os trae el mar de otras regiones más altas y más puras! ¡Sed agradecidos con ese inmenso no-yo al cual debéis vuestro ser, con ese *extranjero* que os ha creado, que os ha enriquecido con su inteligencia y con su carne, que os lo ha dado todo, menos la tierra, y que aún podrá salvaros con sus lecciones de sensatez y de sacrificio!

Vosotros inaugurasteis el Terror con la ley de residencia. Vosotros lo instalasteis con la matanza del 1º de mayo de 1909. Los crímenes de los terroristas son un tenue reflejo de vuestros crímenes. Las gotas de sangre y de lágrimas que os salpican a la explosión de una bomba, ¿qué son junto a los ríos de lágrimas y de sangre que derramáis vosotros implacablemente, fríamente, año tras año, desde que empuñáis el sable, el cheque y el hisopo? Por

el asesinato de Falcón, obra de un niño que en vuestras garras está, y por reclamar los trabajadores durante el centenario la derogación de la ley de residencia, habéis encarcelado, deportado, confinado, torturado millares de inocentes, y seguís haciéndolo, seguís hundiendo familias en la miseria y en la desesperación. ¡Deuda tremenda! Hay otros tribunales que los vuestros. Dellepiane caerá como cayó Falcón. Figueroa Alcorta caerá como tantos jefes de Estado han caído, víctimas de la dinámica social. El que a hierro mata a hierro muere. Caerán Maura y Alfonso, expulsados por la época. Caerán, como han caído centenares de funcionarios rusos.

¡Rusia! Vuestra policía, discípula de aquélla, ha reasumido los tres poderes y la entera soberanía de la Nación; prohíbe pensar y hablar, secuestra no sólo los libros liberales, sino los de título sospechoso, aunque sean reaccionarios; ella, el órgano de la traición y de la brutalidad, tiene, como la rusa, su ejército de espías y de agentes provocadores; ella, reclutada en la hez de la República, arresta, pega, manda a presidio, retira de noche los cadáveres mutilados de sus presos, fleta un buque —el *Montjuich flotante*—, para tirar al agua, con grillos en los pies, a los redentores que la estorban... Sí. Pero, ¿tiene Dellepiane los medios del zar? ¿Valdrá vuestra Ushuaia lo que su Siberia, y vuestro rebenque lo que su knut? ¿Y qué ha conseguido Rusia? Engendrar los Bakunin, los Tolstoi y los Gorki, iluminar la Europa con las llamas de su hoguera, precipitar el triunfo de la inevitable justicia.

Os cubrís inútilmente de oprobio. Nadie puede impedir el advenimiento del futuro.

A raíz de la bomba del Colón (petardo de pólvora lanzado por la policía) habéis corrido al Congreso, enfermos del pánico más ruin —el del vientre— y habéis votado la "ley social" del 28 de junio. Me repugnaría consignar los aullidos de esas sesiones memorables. Prefiero copiar el texto de la ley para asombro y escándalo del piadoso lector[1].

¡Oh argentinos! Ante este monumento de sandez o de demencia, en el que no hay ni gramática, los juristas os dirán: "Habéis declarado subversiva la Constitución. La habéis dado el golpe de gracia e inferido los últimos ultrajes. Habéis aniquilado las libertades de pensamiento, de palabra, de imprenta, de reunión y de tránsito que resumen nuestro éxodo del salvajismo. Al poner las conciencias y los cuerpos en las uñas de los esbirros, habéis abolido la dignidad humana. Habéis sentado al verdugo en el sitial del juez".

Y yo os diré que la paz no depende de las leyes.

Los economistas os dirán: "Bajo la amenaza del chantaje de los pesquisas, ningún capitán de buque embarcará proletarios desconocidos. Por lo demás, ni los pordioseros querrán venir a un país que ha retrocedido cuatrocientos años de barbarie. La inmigración cesará, y os arruinaréis".

[1]Omitimos la transcripción, entonces oportuna, de la Ley Social. Su texto, demasiado extenso, ha sido intensamente difundido durante su larga vigencia. Ha sido, por otra parte, derogada hace tiempo, aunque algunos de sus artículos fueron incorporados al Código Penal.

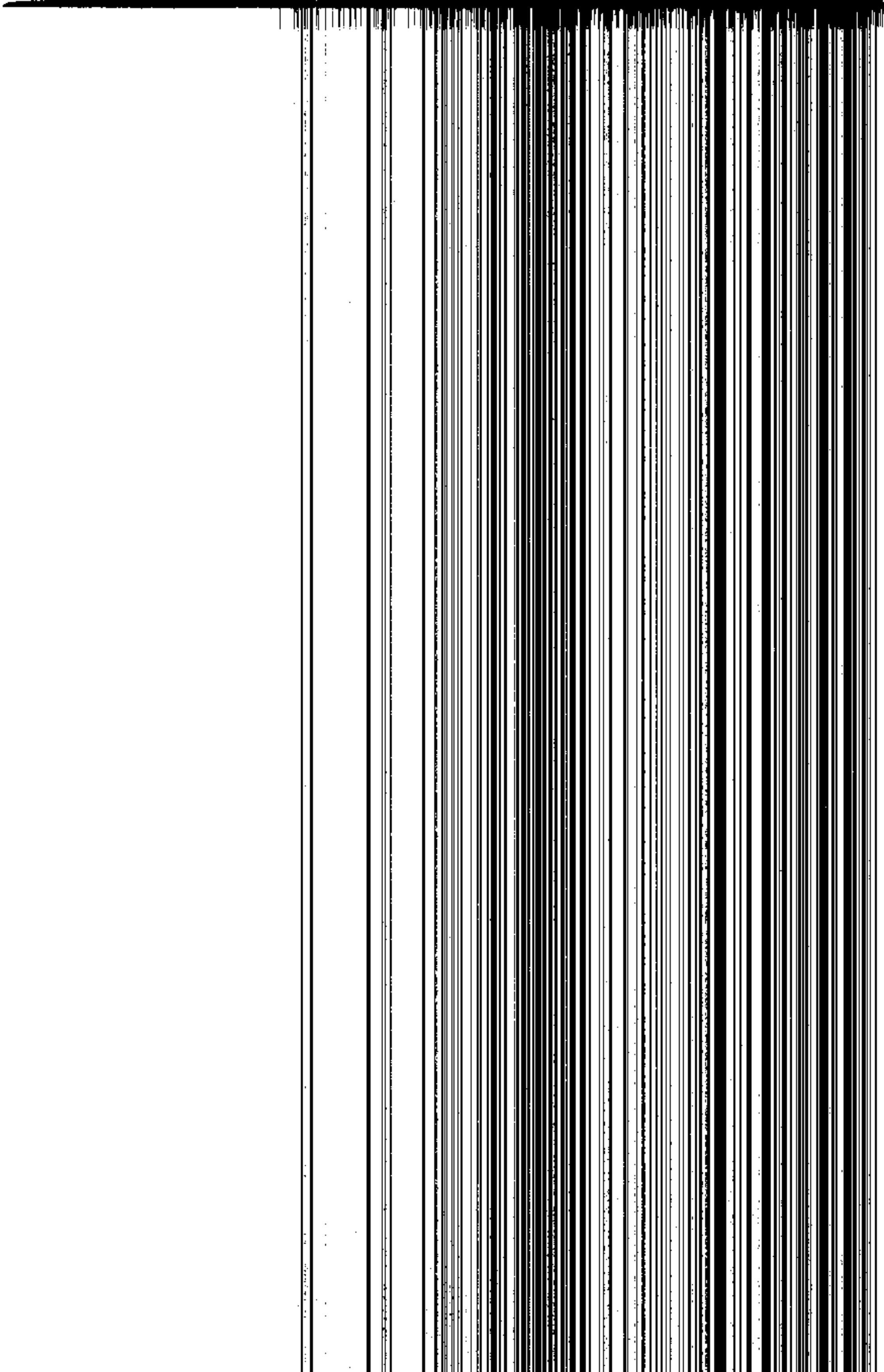
Y yo os diré que la paz no depende de la riqueza material.

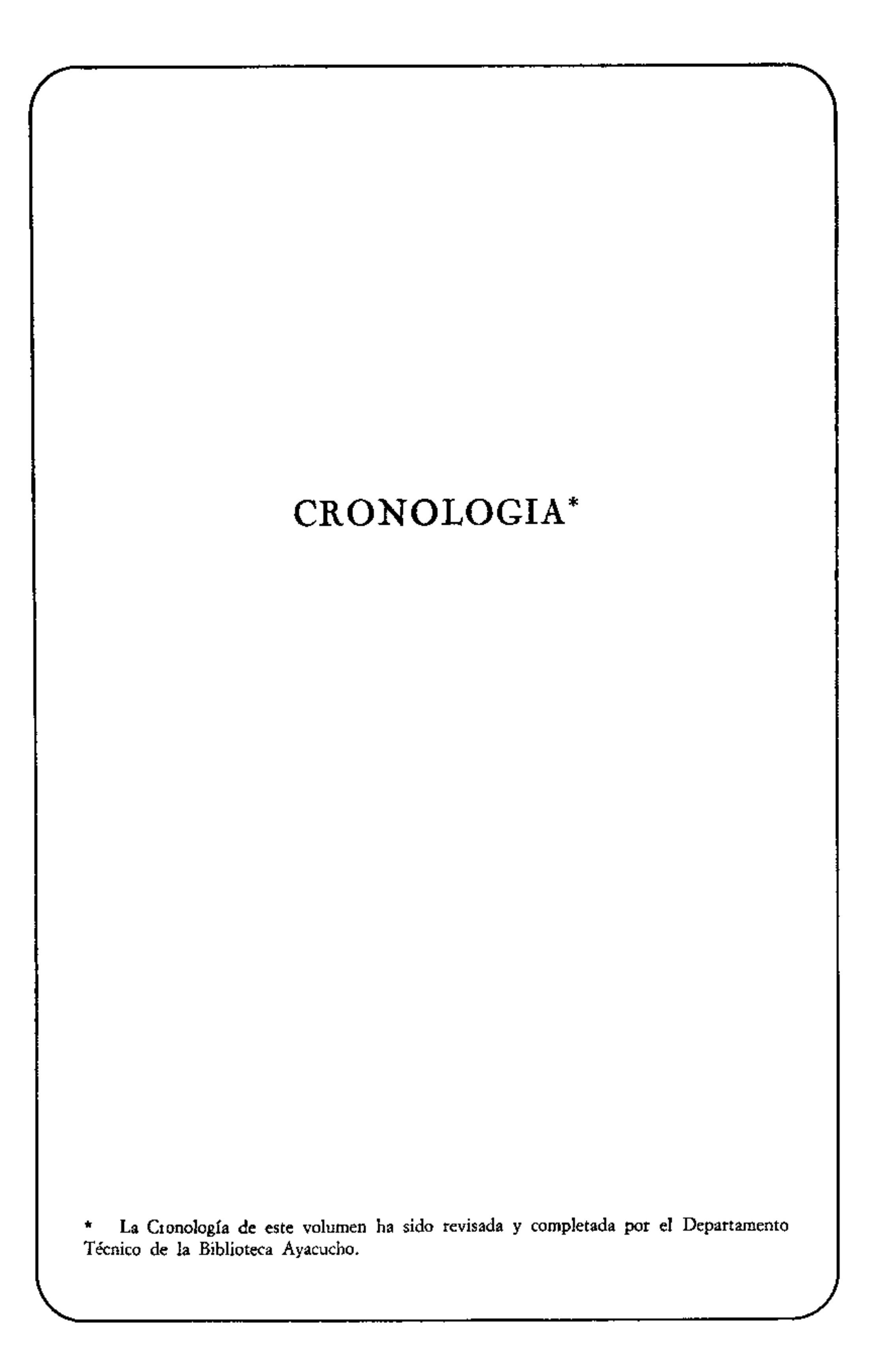
Los patriotas os dirán: "Habéis ensuciado la gloriosa fecha del centenario. La opinión se amotinará contra vosotros en todos los pueblos libres, romperán vuestros escudos nacionales, apedrearán a vuestros cónsules, escupirán vuestra bandera. Habéis hecho algo más que asesinar a un Ferrer, habéis asesinado el honor argentino".

Y yo os diré que la paz no depende de la estimación ajena.

Yo no soy jurista, ni economista, ni patriota; yo, que no soy más que un hombre que conoce el dolor, os repetiré las palabras de nuestro hermano Emerson: "El que hace una buena acción se ennoblece inmediatamente; el que hace una acción baja se disminuye en el acto. El que se despoja de la impureza reviste por eso mismo la pureza. El que comete una hipocresía, un engaño, por eso mismo se engaña; pierde el contacto de su verdadero ser. Nunca el robo enriquece; nunca la caridad empobrece. La sangre derramada cae sobre el matador. Y el que ama y sirve al prójimo, por mucho que se oculte, no escapará por ninguna estratagema a su recompensa". ¿Para qué buscar sanciones aparenciales y lejanas? La sanción es interior y fulminante. En el minuto mismo en que os resignasteis a votar y cumplir la ley social, el alma argentina, dentro de su cáscara de oro, se entristeció, se empequeñeció y se arrugó como un fruto seco. Pero la vida es elástica. La realidad es buena. Vosotros sois o seréis buenos, puesto que existís. Dominad los instintos del miedo y de la codicia. Levantad los corazones y las frentes, y vuestras manos manchadas se purificarán.

San Bernardino (Paraguay), julio de 1910





CRONOLOGIA*

* La Cronología de este volumen ha sido revisada y completada por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1876 Rafael Angel Barrett y Alvarez de Toledo nace el 7 de enero en las cercanías de Santander, hijo del súbdito inglés George Barrett Clarke y de Carmen Alvarez de Toledo, descendiente del Duque de Alba. De acuerdo a la herencia para la nacionalidad, le confieren la inglesa.

1877 Desde su infancia recorre varios países europeos debido a la actividad de su padre, que es representante de intereses económicos de la Corona Británica. Finalmente reside en París, donde realizará sus estudios básicos. Aquí obtendrá una sólida formación cultural, que le permitirá acceder de un modo directo a las diferentes literaturas europeas.

1885 El 24 de junio nace en Asunción, Francisca López Maíz, quien será esposa de Barrett; —Panchita— en su relación afectiva. De acuerdo con la información que aporta ella misma (*Cartas Intimas*, II, p. 11), el día de su casamiento oculta sus 17 años, por motivos legales, declarando 22.

1896 Muere su padre, George Barrett (25/V). Por esta fecha la familia vive en la calle Alfonso XII Nº 10 de Madrid.

1897 Cursa estudios en la Facultad de Ingeniería de Madrid. Esta formación le permitirá trabajar en Paraguay como matemático, agrimensor y funcionario técnico.

1899 De acuerdo con los testimonios de Ramiro de Maeztu —quien fuera su amigo en España—, la juventud de Barrett se inscribe dentro del ámbito social de la nobleza y la alta burguesía urbana: "...Debió haberse traído de la provincia algunos miles de duros, porque vivió una temporada la vida del joven aristócrata, más dado a la ostentación y a la buena compañía que al mundo del placer... Se le veía en el Real y la Filarmónica, pero no en el Fornos ni en el Japonés..." (R. B. en *Noticias y Juicios, Obras Completas*, p. 7).

1900 Muere en Bilbao, su madre Carmen Alvarez de Toledo (19/III).

1901 En "Baccarat", de *Cuentos Breves*, asume una lectura crítica acerca del ocio decadente de la sociedad europea, no obstante se reconoce que ese mundo le era familiar: ..."Los caballeros pedían café o whisky, ellas sorbían por una paja menta mezclada con hielo. Talló un provinciano con fisonomía de procurador, después un cronista de *boulevard*, y otros después... Con fraternidad de enfermos de un sanatorio, los puntos se cuchicheaban las eternas frases 'dos semanas de *guinge*... no he conseguido doblar aún... ha pasado seis veces... yo en la mala tiro a cinco... yo al revés... yo no, depende del temperamento del banquero... por fin un pase...' Una señora... quizás marquesa... Usaba una amplia bolsa de mallas de

oro, con cierre incrustado de perlas, donde guardaba el estuchito de las inyecciones, el dinero, una borla con polvos de arroz y dos lápices de maquillaje. Con celeridad impasible se empolvaba, se subrayaba la boca de rojo y los ojos de negro, y resucitaba así por quince minutos...".

1902 Consume su fortuna en la vida social y, empobrecido, comienza a ser objeto de acusaciones y marginamiento por la aristocracia. Se bate frecuentemente a duelo apadrinado en alguno de ellos por su amigo Valle-Inclán. Tiene un altercado en el teatro de Madrid con el Duque de Arión, representante de la alta sociedad madrileña.

Meses más tarde se retirará de ese mundo que borrará de su vida definitivamente.

1903 Viaja a Buenos Aires con su amigo el Dr. Bermejo. Consigue empleo en *El Diario Español*, dirigido por López Gómera. Es despedido por su artículo "Buenos Aires" donde describe una realidad social y anuncia su compromiso con el pueblo, sus luchas contra la injusticia social. "...Un viejo se acercó despacio a mi portal...; no pidió limosna. Vio una lata donde se había arrojado la basura del día, y sacando un gancho comenzó a revolver los desperdicios que despedían un hedor mortal. El viejo —si lo era— encontró algo... una carnaza a medio quemar, a medio mascar, manchada por la saliva de algún perro. Las manos la tomaron cuidadosamente... *¡También América!* Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser buenos es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano" (R. B. en "Buenos Aires", *Obras Completas*, p. 20). Su inquietud y formación lo lleva a realizar actividades científicas; con el matemático Julio Rey Pastor funda en Buenos Aires la "Unión Matemática Argentina". Establece una fórmula matemática que comunica al sabio francés Poincaré.

1904 Se traslada a Asunción, donde continuará con su trabajo de articulista; colaborará con los periódicos *La Tarde* y *Los Sucesos* de Eugenio Garay y es corresponsal en Asunción de *El Tiempo* del Dr. Vega Belgrano.

1905 Se suma a la rebelión del general Benigno Ferreira que lo incorpora a la lucha en la jefatura del Departamento de Ingenieros.

Con el triunfo de la revolución, fija su residencia en Asunción; trabaja en la Oficina General de Estadística; luego es secretario en los ferrocarriles llevado por el gerente Smith. Participa activamente en la actividad intelectual y cultural de Asunción; es elegido Secretario del Centro Español.

1906 Contrae matrimonio con Panchita el 20 de abril. Renuncia al empleo en el ferrocarril y decide dedicarse a la actividad periodística y cultural. Enseña matemática en el curso Mercantil del Instituto Paraguayo. Recibe de su exilio al Dr. Alejandro Audibert quien será su amigo y protector. Hace mensuras en el pueblo de Arroyos y Esteros por las propiedades familiares de su mujer. Sin embargo no obtiene beneficios de las tierras heredadas. La familia Barrett se sustenta, y así lo habían decidido, de los escasos ingresos de Rafael. Acusa los primeros síntomas de la tuberculosis.

1907 Nace su hijo Alejandro Rafael (Alex) en Areguá (24/II). Continúa sus trabajos de mensura en Junio-Julio en Laguna Porá. Recogen al pequeño Carlos Alberto Le Moulnier y se encargan de su cuidado. Colabora en *Rojo y Azul* y *El Economista Paraguayo*, dirigido por el Dr. Rodolfo Rittier —su amigo a la vez que enfrentados política e ideológicamente—. Muere en Madrid su hermano Fernando.

1908 Serie de conferencias a los obreros; en el Instituto Paraguayo y en plena calle, en la esquina de Garibaldi y Palma porque le niegan la sala del Teatro Nacional préviamente contratada. Publica por entregas "Lo que son los yerbales" en *El Diario* (VI). Denuncia que "15.000 paraguayos son esclavizados, saqueados, torturados y asesinados en los yerbales del Paraguay, Argentina y Brasil". Funda con José Guillermo Bertotto el semanario *El Germinal* (11 números hasta octubre de este año). Participa en la rebelión del 4 de julio que es reprimida sangrientamente; colabora en el auxilio de los heridos.
Publica en *El Germinal* "Bajo el Terror". Preso y deportado por Jara es llevado a Corumbá, luego de ser rescatado por el ministro inglés Golsing de manos del gobierno que nuevamente lo llevaban a prisión. Después de una corta estadía en esa ciudad brasileña, se dirige a Montevideo a bordo del vapor Ladario donde desembarca el 15 de noviembre. Se aloja en el Hotel del Globo; sufre un ataque de hemoptisis y es atendido por el Dr. Narancio. Se rodea de amigos y colegas que lo introducirán en la vida intelectual uruguaya como parte de ella. Entre sus más directos y entrañables afectos están José A. Peyrot y Emilio Frugoni, quien intenta su incorporación al diario *El Día*, pero sin éxito; finalmente Samuel Blixen, director de *La Razón*, le da trabajo en su diario. Continúa escribiendo; Frugoni publica algunos de sus cuentos en *Espíritu Nuevo*. El ministro Golsing gestiona ante el gobierno paraguayo el retorno de Barrett, a la vez que Panchita planea un regreso clandestino. Es obligado a dejar el hotel por su tuberculosis y se aloja en el Hospital Maciel y luego en el Fermín Herrera. Permanecerá en Montevideo hasta febrero del año siguiente.

1909 Escribe en el diario *El Liberal* y continúa sus colaboraciones en *La Razón*. Es atendido por el Dr. Mestre y diagnostica que su tuberculosis se encuen-

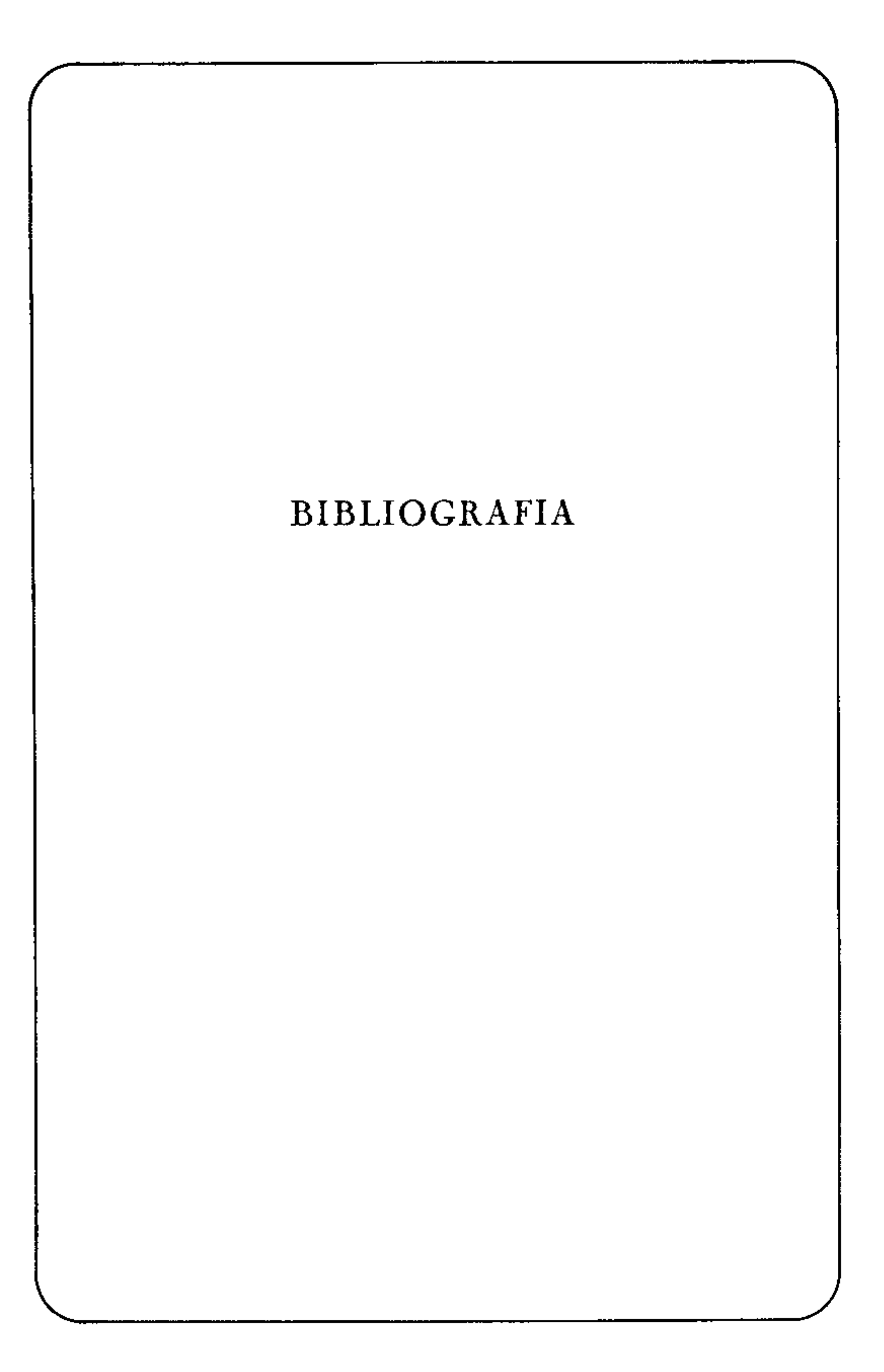
tra todavía en su período inicial; no obstante se siente débil y le teme a los fríos de marzo.

"...Pienso volver a principios de marzo. Que hagan conmigo lo que quieran. Hoy leo en los diarios que se da por inminente una revolución, que se han comprado muchos armamentos en el extranjero. Otro motivo de inquietud... De Bertotto, sólo sé que vive en la Argentina. De los emigrados y deportados paraguayos, ni una palabra. En Montevideo no hay ninguno, y me felicito de haber venido aquí. Nadie podrá decir que he conspirado" (*Cartas íntimas* XLII, 20 de enero).

Toma el vapor Guaraní (28/II) con destino a Corrientes, allí encuentra a compañeros paraguayos conspirando y decide partir. Reside clandestinamente en la estancia de Yabebyry y espera reunirse con Panchita y Alex. El encuentro se produce en la tercera semana de julio, luego de un año de separación forzosa; se trasladan luego a San Bernardino.

1910 Continúa escribiendo desde San Bernardino; Bertoni le envía la edición de *Moralidades*, realizada en Montevideo. Recibe a un grupo de amigos obreros (VIII). En procura de mejora parte del Paraguay rumbo a Francia (1/IV); llega a Montevideo (8/IX) "...Es una suerte que me vaya enseguida, porque mi cuarto es una romería. Mi libro ha tenido un éxito loco..." (Montevideo 6 de setiembre, *Cartas íntimas* LIX). A bordo del Re Vittoria se dirige a Francia. Llega a París (24/IX) e inicia su tratamiento con el Dr. Quinton, que le recomienda reposar en Arcachón, en Las Lanchas francesas. Escribe en noviembre una nota de respuesta a la crítica de *Moralidades*... hecha por Zum Felde. Uno de sus últimos artículos, "La muerte de Tolstoi" de diciembre, se publicará en Montevideo el 11 da enero de 1911. Se entera de la muerte por envenenamiento de su amigo Audibert, ocurrida hace un mes. Colabora para *El Nacional*. Panchita y su hijo preparan el viaje a Arcachón; venden todas sus pertenencias.

Escribe a su hijo Alex... "Te mando mi alma, no la ves ahora, pero la verás cuando seas grande..." firma Chulo (Arcachón, 12 de octubre, *Cartas íntimas*, LXXI). Escribe a su familia por última vez: "Hijos míos: Dos palabras para decir que estoy demasiado bien cuidado, y que mi alma está serena y llena de confianza en la vida que os recompensará de vuestros dolores, si lo examináis y lo sufrís con lealtad y con valor..." (Arcachón, 13 de diciembre *Cartas íntimas*, LXXIV). Cuatro días después de escribir esta carta muere a las 4 de la tarde, en el lecho del Hotel Regina Foret, asistido por el Dr. Lalesque, discípulo de Quinton, y su tía Susana Barrett. Inmediatamente de ocurrida su muerte, se publica en revistas y periódicos de Uruguay, Argentina y Paraguay gran cantidad de notas, comentarios y apologías.



BIBLIOGRAFIA

OBRAS

MORALIDADES ACTUALES, Montevideo, O. M. Bertani ed., 1910.

LO QUE SON LOS YERBALES, Montevideo, O. M. Bertani ed., 1910.

EL DOLOR PARAGUAYO, Montevideo, O. M. Bertani ed., 1911. Reeditado con el título *Lo que son los yerbales paraguayos*, con notas de Ramiro de Maeztu, Emilio Frugoni, José Enrique Rodó y José Guillermo Bertotto, Montevideo, Claudio García ed., 1926.

CUENTOS BREVES (*Del natural*), Montevideo, O. M. Bertani ed., 1911.

MIRANDO VIVIR, Montevideo, O. M. Bertani ed., 1912.

AL MARGEN, Montevideo, O. M. Bertani ed., 1912.

IDEAS Y CRÍTICAS, Montevideo, O. M. Bertani ed., 1912.

DIÁLOGOS, CONVERSACIONES Y OTROS ESCRITOS, Montevideo, O. M. Bertani ed., 1912, reeditado con prólogo de Alberto Lasplaces, Montevideo, Claudio García, ed. 1918.

IDEAS Y CRÍTICAS, Montevideo, O. M. Bertani, ed. 1912.

PÁGINAS DISPERSAS, Montevideo, Claudio García ed., 1923.

BARRETT SINTÉTICO, selección y prólogo de Juan Guijarro, Buenos Aires, Claridad, ed. 1929.

OBRAS COMPLETAS. Buenos Aires, Americalee ed., 1943. 2ª edición, 1954.

OBRAS COMPLETAS, Rafael Barrett, Montevideo, Amigos de Rafael Barrett ed., 1943.

CARTAS ÍNTIMAS. Prólogo de Luis Hierro Gambardella, introducción y notas de Francisca López Maíz de Barrett, Montevideo, Biblioteca Artigas ed., Colección de Clásicos Uruguayos, vol. 119, 1967.

OBRAS SOBRE

AA. VV. Revistas *Ruta*, dedicada al Centenario de Barrett, Caracas, Nº 27, 1/IV/76.

AA. VV. Revista *Reconstruir*, número especial sobre Barrett, Buenos Aires, Nº 101, marzo-abril, 1976.

CASTELNUOVO, ELÍAS, "Rafael Barrett", en *Nuevo Hombre,* Buenos Aires, 22/I/76.

DÍAZ PÉREZ, VIRIATO, "El recuerdo de Rafael Barret", en *Obras Completas,* Rodrigo Díaz Pérez ed., 1973, Vol. II.

DOMÍNGUEZ, MANUEL, *Rafael Barrett,* Asunción, La Colmena ed., 1910.

FERNÁNDEZ, MIGUEL ANGEL, "Barrett en el Centenario de su nacimiento", en Suplemento Dominical de *ABC-color,* Asunción, 8/II/76.

FORTEZA, JORGE R., *Rafael Barrett. Su obra, su prédica, su moral,* Buenos Aires, Atlas ed., 1927.

FRUGONI, EMILIO, "Cómo conocí a Rafael Barrett", en *La Cruz del Sur,* Montevideo, 31/V/24.

GARCÍA DE ZÚÑIGA, E., "Rafael Barrett, matemático" en *Boletín de la Facultad de Ingeniería,* Montevideo, año I, Nº 1, diciembre 1935.

MASSUH, VÍCTOR, *En torno a Rafael Barrett, una conciencia libre,* Tucumán, La Raza, ed., 1943.

MUÑOZ, V., Cronología, bibliografía, antología y notas sobre Rafael Barrett en *Revista de la Biblioteca Nacional,* Montevideo, Nº 16 diciembre 1976 pp. 43-113.

NOEL DE LARA (seud. de León Federico Fiel) *La obra de Rafael Barrett,* con prólogo de José Guillermo Bertotto, Buenos Aires, Sol ed., 1921.

RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, "Las moralidades de Barrett", en *El mirador de Próspero,* Montevideo, José María Serrano ed., 1913.

RODRÍGUEZ MALLARINI, ADOLFO, *Paradigmas,* Montevideo, edición del autor, 1973.

SABADELL, NANO DE, "El otro Barrett", en Revista *Umbral,* París, Nº 67, noviembre, 1967.

SUIFFET, NORMA, *Rafael Barrett,* Montevideo, edición de la autora, 1958.

YUNQUE, ALVARO, *Rafael Barrett, su vida y su obra,* Buenos Aires, Claridad ed., 1929.

PERIODICOS

La obra de Barrett fue publicada originalmente en periódicos y revistas del Paraguay, Uruguay y Argentina. La posterior edición en libros agrupa esos artículos y cuentos por entrega.

El Diario Español, dirigido por Justo López Gómara, Buenos Aires (1903).

El Tiempo, dirigido por el Dr. Vega Belgrano, Buenos Aires (1903-4).

Ideas, Buenos Aires (1903).

Los Sucesos, dirigida por Eugenio Garay, Asunción (1904-7).

El Cívico, dirigido por José Olleros, Asunción (1905).

El Paraguay, Asunción (1905).

La Tarde, Asunción (1907).

Rojo y Azul, Asunción (1907-).

El Economista Paraguayo, dirigida por Rodolfo Ritter, Asunción (1907).

El Diario, Asunción (1907-).

Germinal, dirigido por Rafael Barrett y José Guillermo Bertotto, Asunción (1908).

La Razón, dirigido por Samuel Blixen, Montevideo (1908-).

El Siglo, Montevideo (1908).

El Espíritu Nuevo, dirigido por Emilio Frugoni, Montevideo (1909).

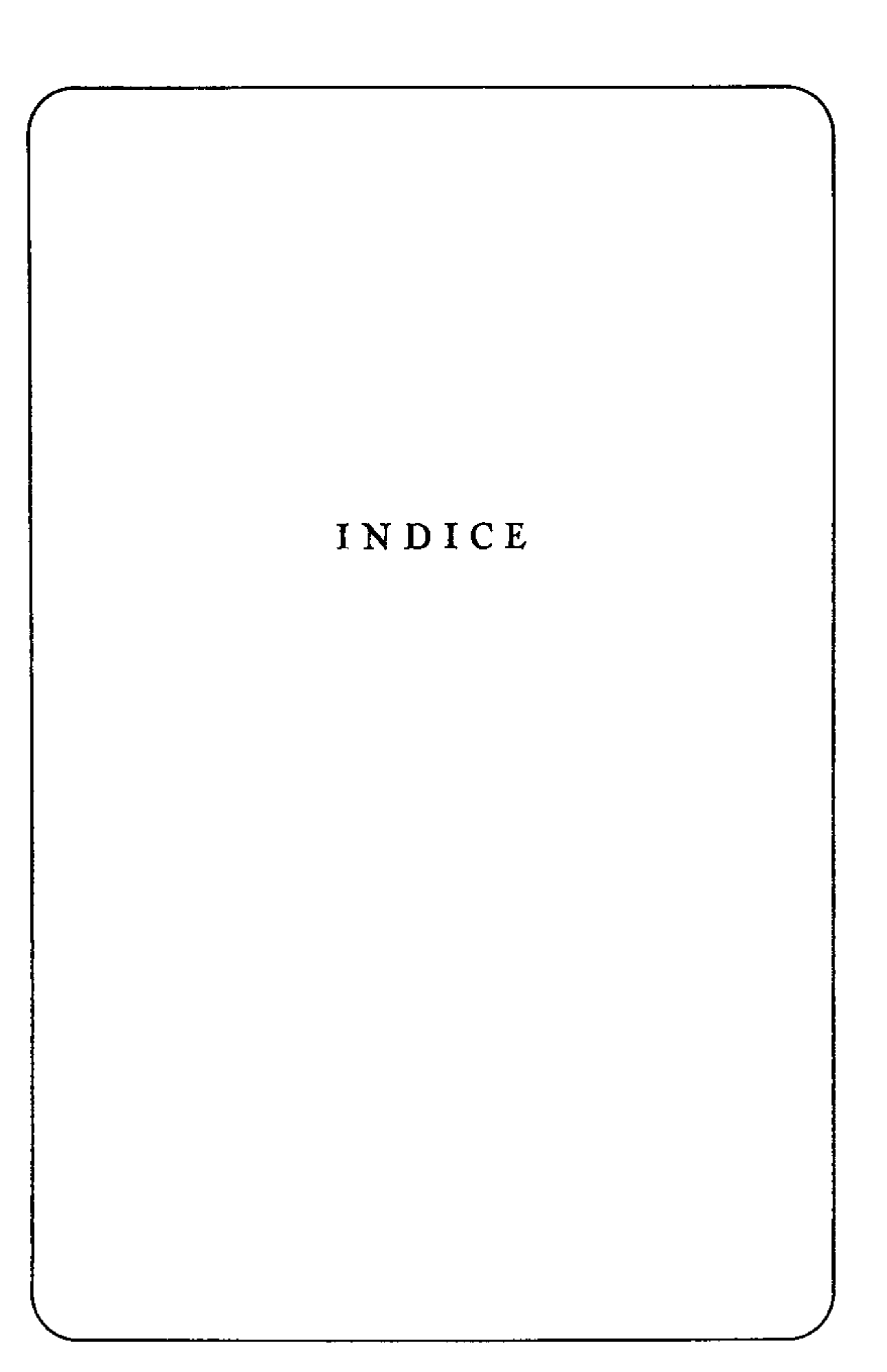
Caras y Caretas, Buenos Aires (1909).

El Liberal, dirigido por Belén de Sárraga, Montevideo (1909).

La Evolución, (1909).

La Rebelión, Asunción (1909-).

El Nacional, Asunción, (1910).



INDICE

EL DOLOR PARAGUAYO